Ediciones
Nueva Visión
Buenos Aires

Colección de
semiología y
epistemología

nv

Valentín N. Voloshinov

EL SIGNO IDEOLOGICO Y LA FILOSOFIA DEL LENGUAJE

V. N. Voloshinov: El signo ideológico y la filosofía del lenguaje

Colección Semiología y Epistemología
Dirigida por Armando Sercovich

Valentín N. Voloshinov

El signo ideológico y la filosofía del lenguaje

Ediciones Nueva Visión
Buenos Aires

Traducción del inglés de Rosa María Rússovich

Publicado originalmente en ruso bajo el título de:
Marksizm i filosofiia iazika, Leningrado, 1930
La presente edición es traducción de la versión inglesa:
Marxism and the Philosophy of Language, Seminar Press, Nueva York, 1973.
Traducción del ruso de Ladislav Matleyka e I. R. Titunik

Tucumán 3748, Buenos Aires, Rep. Argentina
Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723
Impreso en la Argentina/Printed in Argentina

Advertencia

Los nombres propios y las palabras rusas que aparecen en el texto y en las notas, así como en los apéndices, se han trasliterado ortográficamente, ya que así lo permite el carácter esencialmente fonético del alfabeto español.

María Rosa Rússovich

Prólogo de la versión inglesa

En sus observaciones retrospectivas sobre los comienzos de la lingüística estructural norteamericana, Zellig Harris consideró relevante recordar el impacto que produjo Das Kapital *de Karl Marx sobre Leonard Bloomfield, el jefe más influyente de la escuela estructuralista en los Estados Unidos de Norteamérica. Dice Harris:*

> *Durante la Depresión, cuando la admiración por Rusia y los preparativos de Norteamérica para la guerra no habían empañado aún las conclusiones sociales y científicas de Karl Marx, Leonard Bloomfield me comentó que al estudiar* Das Kapital *se impresionó sobre todo ante la similitud entre la forma en que Marx trata la conducta social y la forma en que lo hace la lingüística.*[1]

Curiosamente, contrasta la falta absoluta de referencias a Das Kapital *en* El signo ideológico y la filosofía del lenguaje, *escrito a fines de la tercera década del siglo en la URSS por un contemporáneo de Bloomfield, Valentín Nikolaievich Voloshinov (1895-?). En cambio, en la breve introducción a su trabajo,*[2] *Voloshinov declara abiertamente que el estudio del lenguaje ha sido uno de los campos del conocimiento "no tratado o tratado muy superficialmente por los fundadores del marxismo" y que esos campos del conocimiento todavía entonces estaban bajo el dominio de un "materialismo mecanicista, predialéctico", en tanto que el "espíritu filosófico del marxismo apenas se había hecho sentir". Voloshinov consideraba, por cierto, que* El signo ideológico y la filosofía del lenguaje *era una hazaña precursora, la primera de su clase que no tenía apoyo positivo, sustantivo y directo en ninguna obra marxista.*

Sin reconocer fuentes marxistas, y sin recurrir a la técnica exegética corriente de adoptar falazmente los principios de las creencias universalmente aceptadas, Voloshinov se inspiró en el concepto humboldtiano de los aspectos creativos del lenguaje humano y

1 *Language,* Nº 27, 1951, p. 297.
2 Esa introducción se eliminó en la versión inglesa y en la presente española.

propuso analizar el lenguaje como "un proceso generativo continuo que se cumple en la interacción socioverbal de los hablantes". Al mismo tiempo, previene a los lingüistas contra la mera enumeración descriptiva de formas y modelos, contra la sistematización mecanicista y, en general, contra las tentaciones de un empirismo superficial que son muy poderosas, asegura él, en la ciencia lingüística. "El estudio del aspecto sonoro del lenguaje", dice, "ocupa un espacio desproporcionadamente grande en la lingüística, imponiendo a menudo su carácter a la totalidad del campo lingüístico, y en muchos casos carece de toda relación con la real esencia significante del lenguaje." Desde esta posición básica, ataca con vehemencia a la reflexología, preocupada por investigar las respuestas del organismo animal a señales (estímulos). "Las lamentables equivocaciones y los hábitos inveterados del pensamiento mecanicista", afirma Voloshinov, "son los únicos responsables del intento de tomar estas 'señales' y casi convertirlas en la clave de la comprensión del lenguaje y la psiquis humana."

Hacia 1920, el libro que según Voloshinov ejercía mayor influencia entre los más importantes lingüistas rusos era el Curso de lingüística general, *de Ferdinand de Saussure. Es obvio que el mismo Voloshinov ha sido fuertemente impresionado por Saussure, aunque lo enfoque críticamente y a menudo utilice largas citas del* Curso *para exponerlas como antítesis de sus propios puntos de vista. Rechaza particularmente la dicotomía saussureana entre* la langue *(sistema de la lengua) y* la parole *(acto de habla/emisión lingüística) y cuestiona seriamente la separación conceptual de la sincronía y la diacronía en el examen de la comunicación verbal. Desde el punto de vista de Voloshinov, las verdaderas bases de la escuela de Saussure representan una herencia intelectual proveniente de la concepción de Leibniz acerca de la gramática universal y, sobre todo, del cartesianismo y racionalismo de los siglos XVII y XVIII.*

He aquí sus propias palabras:

> *La idea del carácter convencional y arbitrario del lenguaje es típica de todo el racionalismo; y no menos típica es la comparación del lenguaje con el sistema de signos matemáticos. Lo que interesa a los racionalistas de mentalidad matemática no es la relación del signo con la realidad que refleja o con el individuo que lo origina, sino la relación de los signos entre sí dentro de un sistema cerrado ya admitido y autorizado. En otras palabras, se interesan solo en la lógica interna del sistema de signos, que se considera, como en el álgebra, con total independencia de los significados que dan su contenido a los símbolos.*

De acuerdo con la interpretación de Voloshinov, un signo verbal es un acto de habla que incluye necesariamente, como componentes

inseparables, la participación activa del hablante (escritor) por una parte, y del oyente (lector) por la otra, "Su especificidad", señala, "consiste precisamente en que se produce entre individuos organizados, en que constituye el medio para su comunicación." Convencido de que el signo verbal es el medio más puro y sensible para el intercambio social, Voloshinov propone el estudio de los signos como tarea primordial de la investigación lingüística. En consecuencia, y a pesar de su título, el libro de Voloshinov trata principalmente del signo y de las leyes que gobiernan el sistema de signos en su despliegue dentro de la sociedad humana. En algunos aspectos, por lo tanto, los intereses fundamentales de Voloshinov coinciden con los problemas que provocaron la profunda curiosidad de Charles Sanders Peirce y estimularon su histórica contribución a la teoría general de los signos.

Voloshinov considera el lenguaje humano como el sistema de signos más fundamental y más característico de lo específicamente humano. Por tal razón, sugiere que el análisis del acto de habla como una interacción verbal puede iluminar no solo los misterios de la psiquis humana, sino también ese complejo fenómeno llamado "psicología social" en el marxismo y considerado por la mayoría de los marxistas como el vínculo entre las bases materiales y la creatividad mental del hombre. No duda en afirmar que la "psicología social" marxista, sustraída del proceso real de interacción verbal, corre el riesgo de convertirse en el concepto mítico o metafísico de "alma colectiva", "psiquis interior colectiva" o "espíritu del pueblo". En resumen, Voloshinov percibió el acto de habla y las reglas que gobiernan su uso sistemático en la sociedad como la característica dominante de la conducta humana y les asignó un papel central en el marco del marxismo. De esta manera, la ciencia de los signos, que podría remontarse hasta los filósofos de la antigüedad, que inspiró a San Agustín y que, en la Edad Media, apasionó a los escolásticos, se convierte en un tema importante para el materialismo dialéctico, según la concepción de Voloshinov. Los impulsos más decisivos, que favorecieron tal revisión del marxismo, provinieron sin duda de Saussure, de los pragmatistas americanos y de la reinterpretación vossleriana de von Humboldt, transformado todo ello críticamente dentro del clima intelectual de Leningrado en los últimos años de la década de 1920.

La filosofía del lenguaje, para Voloshinov, es la filosofía del signo. Entre numerosos sistemas de signos, considera que el signo verbal, realizado en una emisión, es el objeto de los estudios semióticos que resulta más revelador. Voloshinov estima que cada operación con signos, incluida la emisión lingüística, es una combinación

binaria que asocia inseparablemente las propiedades físicas con el significado que representan y que implica necesariamente la participación binaria de los que intervienen en el proceso significativo de la comunicación. "La emisión lingüística", como señala Voloshinov, "se construye entre dos personas organizadas socialmente y, en ausencia de un destinatario real, se lo presupone en el representante del grupo social al cual pertenece el hablante." Por supuesto, Voloshinov admite el hecho de que cada palabra en cuanto signo debe seleccionarse de un inventario de signos disponibles, pero destaca que la manipulación individual de este signo social en una emisión concreta está regulada por las relaciones sociales. Según sus propias palabras, "la situación social inmediata y el medio social más amplio determinan totalmente —y desde adentro, por así decir— la estructura de una emisión".

De ello resulta, para Voloshinov, que el diálogo es el modelo básico de relaciones recíprocas en la comunicación verbal. "El diálogo", afirma Voloshinov, "puede entenderse en un sentido más amplio, no solo como la comunicación verbal vocalizada, directa, cara a cara, entre personas, sino también como comunicación verbal de cualquier otro tipo." Con esto quiere decir que en realidad cualquier modelo cultural puede derivarse del marco conceptual del diálogo humano; por lo tanto el diálogo asume el carácter de fuente primordial de la creatividad social. En sorprendente paralelismo con la interpretación de Peirce del lenguaje interno, Voloshinov indica que un análisis más atento revela que las unidades del lenguaje interno se unen y alternan de manera semejante al intercambio en el diálogo. "La comprensión de un signo", afirma Voloshinov, "es un acto de referencia entre el signo aprehendido y otro signo ya conocido: la comprensión es una respuesta a un signo mediante signos." Es decir que la operación subyacente es considerada como una actividad creativa en pareja con otra actividad creativa y solo comprensible en una relación, puesto que "un proceso generativo solo puede entenderse con la ayuda de otro proceso generativo".

En su libro sobre psicoanálisis, publicado en 1928 con el título Freudismo, *Voloshinov incluso se inclinaba a reconocer los efectos terapéuticos del diálogo en su aspecto de verbalización de complejos mentales ocultos. En realidad, Voloshinov consideraba muy valiosa la atención que dedicó Freud al papel del lenguaje en el psicoanálisis, a pesar de rechazar los aspectos ideológicos del freudismo.*

Con respecto al diálogo, Voloshinov enfoca el problema de la definición de las unidades lingüísticas elementales en su relación con

la forma del enunciado en su conjunto. Parece estar convencido de que el análisis lingüístico, que llega al todo estructural a partir de las partes constituyentes y no viceversa, no puede tratar adecuadamente las características estructurales del diálogo ni su relevancia en la comunicación semiótica. "En tanto que el enunciado en su totalidad siga siendo una terra incognita *para el lingüista", afirma Voloshinov, "no se puede hablar de un tipo genuino y concreto, no escolástico, de comprensión de formas sintácticas." Según Voloshinov, la mayoría de los lingüistas, todavía bajo el impacto de los estudios comparativos realizados en el siglo XIX sobre el indoeuropeo, siguieron pensando en términos de categorías fonéticas y morfológicas e intentaron acercarse a la sintaxis mediante la morfologización de los problemas sintácticos. Desde el punto de vista de Voloshinov, las formas sintácticas se acercan más a las condiciones reales del discurso que las fonéticas o las morfológicas. "Por lo tanto", insiste, "nuestro punto de vista, que aborda los fenómenos vivos del lenguaje, debe dar prioridad a las formas sintácticas sobre las morfológicas o fonéticas."*

Para ilustrar este tratamiento de la sintaxis, Voloshinov dedica un tercio de su libro al problema del discurso referido[3] *concebido como "discurso dentro del discurso, enunciado dentro del enunciado y, al mismo tiempo, como discurso acerca del discurso y enunciado acerca del enunciado". En esta crucial operación verbal, un enunciado, extraído de su contexto original, se convierte en parte de otro enunciado en otro contexto, de modo que dos contextos diferentes, que implican dos posiciones espaciotemporales distintas, aparecen en interacción dentro de una estructura sintáctica simple y unificadora. Esta estructura debe tener en cuenta dos conjuntos de hablantes y, en consecuencia, dos conjuntos de reglas estilísticas y gramaticales. De esta manera, pueden interactuar dentro de una simple oración dos dialectos distintos, ya culturales, ya regionales, o dos variantes estilísticas distintas del mismo dialecto.*

En esa combinación, un enunciado refiere mientras el otro es referido, ya sea en forma de cita (repetición), de paráfrasis (transformación), o de interacción de repetición y transformación. La construcción resultante pone así en contraste los productos de dos diferentes actos de habla y sus implicaciones contextuales. En realidad, cada enunciado referido puede ser al mismo tiempo un enunciado que refiere de modo que, teóricamente, la estructura

3 El discurso "referido" también podría llamarse en español discurso "citado" o "transcripto". (N. de la T.)

resultante puede consistir en una interacción de un número ilimitado de dialectos o de variantes dialectales; aparece como un sistema de sistemas integrado por las propiedades estructurales del todo sintáctico. Voloshinov demuestra que el uso del discurso referido es típico de la comunicación verbal, y por lo tanto los problemas de citas y de paráfrasis se revelan como operaciones decisivas en el proceso generativo del signo verbal. Sugestivamente, Voloshinov señala que un correcto análisis del discurso referido, que él considera intrínsecamente relacionado con los problemas del diálogo, puede iluminar todos los aspectos de la comunicación verbal, incluso el artístico. Su libro supone, en efecto, que este análisis puede ser directamente relevante para el estudio de los valores ideológicos y de la mente humana en general.

A pesar de que V. N. Voloshinov declaró ser un teórico marxista de la filosofía del lenguaje y se propuso, tal como lo especifica en la introducción a El signo ideológico y la filosofía del lenguaje, *"señalar la dirección básica que debe seguir el genuino pensamiento ta acerca del lenguaje . . . al tratar los problemas concretos de la lingüística", su obra contrarió la versión del marxismo que el Partido imponía entonces en la URSS. Junto con muchos otros destacados intelectuales y personalidades creadoras, fue víctima de las purgas stalinistas de la época de 1930, y tanto él como su obra fueron condenadas al olvido. Ya no se mencionaría a Voloshinov durante décadas. Su propio destino personal ha quedado en el misterio.*

Solo fuera de la Unión Soviética se conocieron y se utilizaron las ideas de Voloshinov. Durante las décadas de 1930 y 1940, algunos miembros del Círculo Lingüístico de Praga continuaron desarrollando abiertamente varios aspectos del estimulante bosquejo de Voloshinov de la filosofía del lenguaje. Las propuestas de Voloshinov tuvieron un papel muy importante en los estudios semióticos de Pietr Bogatiriev e Ian Mukarovski. El libro de Voloshinov fue citado en lugar prominente en el trascendental tratado de Roman Iakobson sobre Shifters, Verbal Categories, and the Russian Verb [Embragadores, Categorías Verbales y el Verbo Ruso] *(publicado originalmente por el Departamento Eslavo de la Universidad de Harvard en 1957).*

Recientemente, gracias al actual renacimiento de la semiótica en la Unión Soviética, ha surgido nueva e interesante información sobre toda una escuela de semióticos que actuó alrededor de 1930. M, M, Bajtin, cuyos trabajos sobre Dostoievsky y Rabelais tienen ahora resonancia internacional, se ha identificado como el jefe de

esta escuela, y Voloshinov como su partidario y colaborador más cercano.[4]

El original ruso de El signo ideológico y la filosofía del lenguaje *(Marksizm i filosofiia iazika: osnovnie problemi sociologicheskogo metoda y nauke o iazike) apareció en Leningrado en dos ediciones, 1929 y 1930 respectivamente, en la serie* Voprosi metodologii i teorii iazika i litieraturi *(Problemas de metodología y teoría del lenguaje y la literatura). La traducción que se publica aquí se basa en la segunda edición. Comparadas ambas ediciones, se comprueba que difieren en aspectos de poca importancia. Los traductores reconocen que el texto traducido ofrece dificultades y recurren con frecuencia a locuciones y términos ingleses cuyo significado técnico especial debe inferirse del contexto. Sin pretender disculpar sus errores, los traductores se permiten llamar la atención del lector sobre el hecho de que el mismo Voloshinov debió enfrentar el tremendo problema de encontrar expresiones adecuadas para ideas y conceptos para los cuales el ruso aún no tenía vocabulario establecido.*

A continuación del texto de Voloshinov, el lector encontrará dos ensayos de los traductores que intentan aclarar y comentar ciertos aspectos claves de la corriente intelectual rusa representada por V. N. Voloshinov con respecto a los estudios de lenguaje y literatura.

Agradecemos a los editores de MIT Press por haber permitido utilizar la primera versión de la tercera parte, caps. 2 y 3, de El signo ideológico y la filosofía del lenguaje, *realizada por los traductores, aparecida en* Lecturas del Arte Poética Rusa (Puntos de vista formalista y estructuralista), *compilada por Ladislav Matieyka y Kristina Pomorska, MIT, Cambridge, Massachusetts, 1971, pp. 149-179. En la versión actual se han reparado algunas omisiones de la primera y efectuado algunas correcciones y cambios de poca importancia.*

Ladislav Matieyka e I. R. Titunik

4 *Voprosi Iazikoznaniia*, Nº 2, 1971, p. 160.

Primera parte

La filosofía del lenguaje y su significación para el marxismo

Capítulo 1

El estudio de las ideologías y la filosofía del lenguaje

El problema del signo ideológico. El signo ideológico y la conciencia. La palabra como signo ideológico por excelencia. La neutralidad ideológica de la palabra. La capacidad de la palabra de ser un signo interno. Resumen.

Los problemas de la filosofía del lenguaje han adquirido en los últimos tiempos excepcional pertinencia e importancia para el marxismo. Más allá del amplio campo de los sectores más vitales abarcados en su avance científico, el método marxista se dirige directamente a estos problemas y no puede seguir avanzando productivamente sin una disposición especial para investigarlos y resolverlos.

Ante todo, los verdaderos cimientos de una teoría marxista de las ideologías —las bases para los estudios del conocimiento científico, de la literatura, la religión, la ética, etcétera— están estrechamente ligados a los problemas de la filosofía del lenguaje.

Un producto ideológico no solo constituye una parte de una realidad (natural o social) como cualquier cuerpo físico, cualquier instrumento de producción o producto para consumo, sino que también, en contraste con estos otros fenómenos, refleja y refracta otra realidad exterior a él. Todo lo ideológico posee *significado*: representa, figura o simboliza algo que está fuera de él. En otras palabras, es un *signo. Sin signos, no hay ideología.* Un cuerpo físico es igual a sí mismo por así decir; no significa nada sino que coincide totalmente con su particular naturaleza dada. En este caso no hay problema de ideología.

Sin embargo, un cuerpo físico puede percibirse como imagen; por ejemplo, la imagen de inercia natural y de necesidad encarnada en ese objeto particular. Cualquier imagen artístico-simbólica originada por un objeto físico particular ya es un producto ideológico. El objeto físico se convierte en un signo. Sin dejar de ser una parte de la realidad material, ese objeto, hasta cierto punto, refleja y refracta otra realidad.

Ocurre lo mismo con cualquier instrumento de producción. Una herramienta por sí misma está desprovista de significado especial; domina solo una función determinada: servir para este o aquel propósito. La herramienta sirve para ese propósito como el particular objeto dado que es, sin reflejar o representar ninguna otra cosa. Pero una herramienta puede convertirse en un signo ideológico, como ocurre, por ejemplo, con la hoz y el martillo que constituyen la insignia de la Unión Soviética. En este caso, la hoz y el martillo poseen un significado puramente ideológico. Además, un instrumento de producción puede ser decorado ideológicamente. Las herramientas usadas por el hombre prehistórico están cubiertas con pinturas o dibujos, es decir, con signos. Por supuesto que este tratamiento no convierte en signo a una herramienta.

También es posible realzar estéticamente una herramienta, de tal manera que su diseño artístico armonice con el propósito para el que está destinada a servir en la producción. En este caso, se efectúa algo así como una máxima aproximación, casi una fusión de signo y herramienta. Pero incluso aquí detectamos una clara línea conceptual divisoria: la herramienta, como tal, no se convierte en signo; el signo, como tal, no se convierte en instrumento de producción.

Cualquier bien de consumo puede convertirse en signo ideológico. Por ejemplo, el pan y el vino son símbolos religiosos en el sacramento cristiano de la comunión. Los bienes de consumo, lo mismo que las herramientas, pueden combinarse con signos ideológicos, pero la combinación no borra la clara línea conceptual divisoria entre ellos. El pan se hace con una forma particular; esta forma no está garantizada únicamente por la función del pan como bien de consumo; también tiene un valor determinado, aunque primitivo, como signo ideológico (por ejemplo, el pan con forma de un número ocho [*krendel*] o de roseta).

Así, paralelamente a los fenómenos naturales, al equipamiento técnico y a los artículos de consumo, existe un mundo especial: el *mundo de los signos.*

Los signos son también objetos materiales particulares; y, como hemos visto, cualquier objeto de la naturaleza, de la tecnología o el consumo puede llegar a ser un signo, adquiriendo en el proceso un significado que va más allá de su particularidad específica. Un signo no existe simplemente como una parte de la realidad, sino que refleja y refracta otra realidad. Por lo tanto, puede distorsionar esa realidad o serle fiel, o percibirla desde un punto de vista

especial, etcétera. Cada signo está sujeto a los criterios de evaluación ideológica (si es verdadero o falso, correcto, honrado, bueno, etcétera). El dominio de la ideología coincide con el dominio de los signos. Son equivalentes entre sí. Dondequiera que está presente un signo también lo está la ideología. *Todo lo ideológico posee valor semiótico.*

En el dominio de los signos —en la esfera ideológica— existen profundas diferencias: es, al fin y al cabo, el dominio de la imagen artística, del símbolo religioso, de la fórmula científica, de los fallos judiciales, etcétera. Cada campo de la creatividad ideológica tiene su propia manera de orientarse hacia la realidad y cada uno refracta la realidad a su modo. Cada campo domina su propia función especial dentro de la unidad de la vida social. *Pero lo que coloca todos los fenómenos ideológicos bajo la misma definición es su carácter semiótico.*

Todo signo ideológico es no solo un reflejo, una sombra, de la realidad, sino también un segmento material de esa misma realidad. Todo fenómeno que funciona como un signo ideológico tiene algún tipo de corporización material, ya sea en sonido, masa física, color, movimientos del cuerpo, o algo semejante. En este sentido la realidad del signo es totalmente objetiva y se presta a un método de estudio objetivo, monístico, unitario. Un signo es un fenómeno del mundo exterior. Tanto el signo mismo como todos sus efectos (todas esas acciones, reacciones y nuevos signos que produce en el medio social circundante) ocurren en la experiencia exterior.

Este es un punto de extrema importancia, y sin embargo, por elemental y evidente que parezca, el estudio de las ideologías no ha obtenido aún todas las conclusiones que se derivan de allí.

La filosofía idealista de la cultura y los estudios culturales psicologistas colocan la ideología en la conciencia.[1] Afirman que la ideología es un hecho de conciencia; el cuerpo externo del signo no es más que un revestimiento, un medio técnico para la realización del efecto interior, que es la comprensión.

Tanto el idealismo como el psicologismo pasan igualmente por alto el hecho de que la comprensión solo puede producirse en un

1 Debemos señalar que puede detectarse un cambio de perspectiva a este respecto en el moderno neo-kantismo. Pensamos en el último libro de Ernst Cassirer, *Philosophie der symbolischen Formen*, vol. 1, 1923. Manteniéndose en el terreno de la conciencia, Cassirer considera que su rasgo dominante es la representación. Cada elemento de la conciencia representa algo, cumple una función simbólica. El todo existe en sus partes, pero una parte solo puede comprenderse en el todo. Según Cassirer, una idea es tan sensorial como material; tal sensorialidad, sin embargo, es la del signo simbólico, es sensorialidad representativa.

material semiótico (por ejemplo, habla interna), que el signo se dirige al signo, que *la conciencia misma puede surgir y llegar a constituir un hecho posible solo en la concreción material de los signos.* La comprensión de un signo es, al cabo, un acto de referencia entre el signo aprehendido y otros signos ya conocidos; en otras palabras, la comprensión es una respuesta a un signo con signos. Y esta cadena de creatividad y comprensión ideológicas, que pasa de un signo a otro y luego a un nuevo signo, es perfectamente consistente y continua: de un eslabón de naturaleza semiótica (y por tanto, también de naturaleza material) avanzamos ininterrumpidamente a otro eslabón exactamente de la misma naturaleza. Y no existe ruptura en la cadena, en ningún momento se hunde en el ser interior, de naturaleza no material y no corporizado en signos.

Esta cadena ideológica se extiende de conciencia individual a conciencia individual, conectándolas entre sí. Los signos surgen solamente en el proceso de interacción entre una conciencia individual y otra. Y la misma conciencia individual está llena de signos. La conciencia es conciencia solo cuando se ha llenado de contenido ideológico (semiótico), y por lo tanto, solo en el proceso de interacción social.

A pesar de las profundas diferencias metodológicas que existen entre ellos, la filosofía idealista de la cultura y los estudios culturales psicologistas cometen el mismo error fundamental. Al localizar la ideología en la conciencia, transforman el estudio de las ideologías en un estudio de la conciencia y de sus leyes; no importa si lo hacen en términos trascendentales o empírico-psicológicos. Este error es responsable no solo de la confusión metodológica con respecto a la interrelación de distintos campos de conocimiento, sino también de una radical distorsión de la realidad que se estudia. La creatividad ideológica —hecho social y material— queda restringida a los alcances de la conciencia individual y esta, a su vez, privada de todo apoyo en la realidad. Se convierte en todo o en nada.

Para el idealismo se ha convertido en todo: está ubicada por encima de la existencia y la determina. Sin embargo, en realidad, esta soberana del universo no es más que la hipostatización en el idealismo de un vínculo abstracto entre las formas y categorías más generales de la creatividad ideológica.

Para el positivismo psicológico, por el contrario, la conciencia no vale nada: no es más que un conglomerado de reacciones psicofi-

siológicas fortuitas que, por obra de algún milagro, da por resultado creatividad ideológica unificada y significativa.

La regularidad social objetiva de la creatividad ideológica, por haber sido interpretada erróneamente como una adecuación a las leyes de la conciencia individual, pierde el derecho a su verdadero lugar en la existencia, y entonces o se eleva al empíreo supraexistencial del trascendentalismo o desciende a las honduras presociales del organismo biológico, psicofísico.

Sin embargo, lo ideológico como tal quizá no pueda ser explicado en función de estas raíces super o subhumanas. Su verdadero lugar en la existencia está en la materia social específica de los signos creados por el hombre. Su especificidad consiste precisamente en su ubicación entre individuos organizados, para los cuales constituye el medio de comunicación.

Los signos solo pueden aparecer en *territorio interindividual.* Es un territorio que no puede llamarse "natural" en la acepción directa del término:[2] los signos no aparecen entre dos miembros cualesquiera de la especie *Homo sapiens.* Es esencial que los dos individuos estén *organizados socialmente,* que compongan un grupo (una unidad social); solo entonces puede tomar forma entre ellos el medio de los signos. La conciencia individual no solo no puede usarse para explicar nada, sino que, por el contrario, ella misma necesita ser explicada desde el medio ideológico y social.

La conciencia individual es un hecho ideológico-social. Hasta que esto no se admita con todas sus consecuencias, no será posible construir ni una psicología objetiva ni un estudio objetivo de las ideologías.

El problema de la conciencia, precisamente, ha creado las mayores dificultades y provocado la tremenda confusión que existe en todos los temas asociados tanto con la psicología como con el estudio de las ideologías. En general, la conciencia se ha convertido en el *asylum ignorantiae* para todas las elucubraciones filosóficas. Está condenada a ser el receptáculo de todos los problemas no resueltos, de todos los restos objetivamente irreducibles. En vez de tratar de hallar una definición objetiva de la conciencia, los pensadores comenzaron por usarla como medio de dar un carácter subjetivo y fluido a todas las definiciones que eran objetivas y rigurosas.

2 Por supuesto que la sociedad es también *parte de la naturaleza,* pero una parte cualitativamente separada y distinta y que posee sus propios sistemas *específicos* de leyes.

La única definición objetiva posible de la conciencia es sociológica. La conciencia no puede derivarse directamente de la naturaleza, de acuerdo con los intentos del ingenuo materialismo mecanicista y de la psicología objetiva contemporánea (en sus variedades biológica, conductista y reflexológica). La ideología no puede derivarse de la conciencia, según lo entienden el idealismo y el positivismo psicologista. La conciencia toma forma y vida en la materia de los signos creados por un grupo organizado en el proceso de su intercambio social. La conciencia individual se alimenta de signos; de ellos obtiene su crecimiento; refleja su lógica y sus leyes. La lógica de la conciencia es la lógica de la comunicación ideológica, de la interacción semiótica de un grupo social. Si privamos a la conciencia de su contenido semiótico, ideológico, no quedaría absolutamente nada. La conciencia solo puede hospedarse en la imagen, en la palabra, en el gesto significativo, etcétera. Fuera de este material, queda el puro acto fisiológico no iluminado por la conciencia, sin que los signos le hayan dado luz, sin que le hayan dado significado.

Todo lo dicho conduce a la siguiente conclusión metodológica: *el estudio de las ideologías no depende en absoluto de la psicología y no necesita fundarse en ella.* Como veremos con mayor detalle en un capítulo posterior, sucede casi a la inversa: *la psicología objetiva debe fundarse en el estudio de las ideologías.* La realidad de los fenómenos ideológicos es la realidad objetiva de los signos sociales. Las leyes de esta realidad son las leyes de la comunicación semiótica y están directamente determinadas por el conjunto total de las leyes económicas y sociales. La realidad ideológica es la superestructura inmediata de las bases económicas. La conciencia individual no es el arquitecto de la superestructura ideológica, sino solo un inquilino que se aloja en el edificio social de los signos ideológicos.

Nuestra argumentación inicial, que liberó los fenómenos ideológicos y su regularidad de la conciencia individual, los enlaza de modo muy firme con las condiciones y las formas de la comunicación social. La realidad del signo está totalmente determinada por esa comunicación. Después de todo, la existencia del signo no es otra cosa que la materialización de esa comunicación, y de esta naturaleza son todos los signos ideológicos.

Pero esta cualidad semiótica y el rol continuo y amplio de la comunicación social como factor condicionante en ninguna parte aparecen expresados con tanta claridad y de modo tan completo como en el lenguaje. *La palabra es el fenómeno ideológico por excelencia.*

La realidad de la palabra es totalmente absorbida por su función de signo. Una palabra no contiene nada que sea indiferente a esta función, nada que no haya sido engendrado por ella. Una palabra es el medio más puro y sensible de la comunicación social.

Este poder indicador y representativo de la palabra como fenómeno ideológico, así como la excepcional especificidad de su estructura semiótica, constituirían ya razones suficientes para colocar la palabra en una posición de privilegio en el estudio de las ideologías. Precisamente la palabra presenta la materia más reveladora de las formas ideológicas generales básicas de la comunicación semiótica.

Pero esto no es todo. La palabra no es solamente el signo más puro y de mayor poder indicador, sino que además es un *signo neutral.* Cualquier otra clase de material semiótico se especializa en algún campo particular de la creatividad ideológica. Cada campo posee su propio material ideológico y formula signos y símbolos que le son específicos y no son aplicables en otros campos. En estos casos, el signo es creado por alguna función ideológica específica y permanece inseparable de esta. Por el contrario, la palabra es neutral con respecto a cualquier función ideológica específica. Puede desempeñar funciones ideológicas de *cualquier* tipo: científicas, estéticas, éticas, religiosas.

Existe además esa inmensa área de comunicación ideológica que no puede restringirse a ninguna esfera ideológica en particular: el área de la *comunicación en la vida humana, la conducta humana.* Este tipo de comunicación es extraordinariamente rico e importante. Por una parte, se vincula directamente con el proceso de producción; por la otra, se relaciona de modo tangencial con las esferas de las diversas ideologías especializadas y totalmente desarrolladas. En el próximo capítulo hablaremos con más detalle de esta área especial de la ideología de la conducta o de la vida. Por ahora, señalaremos que la materia comunicativa de la conducta es fundamentalmente la *palabra.* El llamado lenguaje conversacional y sus formas se ubican precisamente aquí, en el área ideológica de la conducta.

Otra propiedad de la palabra que es de la mayor importancia es la que hace de la palabra el medio primordial de la conciencia individual. Aunque la realidad de la palabra, como la de cualquier signo, se da entre los individuos, al mismo tiempo la palabra es producida por los medios propios del organismo individual sin recurrir a ningún otro elemento o material extracorpóreo. Esto

determina el rol de la palabra como *material semiótico de la vida interior, de la conciencia* (lenguaje interno). Por cierto que la conciencia solo puede desarrollarse gracias a que dispuso de material dócil, expresable por medios corpóreos. Y la palabra es exactamente este tipo de material. La palabra puede utilizarse como el signo para uso interno, por así decir: puede funcionar como signo en un estado que no llega a la expresión externa. Por esta razón, el problema de la conciencia individual como *palabra interior* (como *signo interior* en general) resulta uno de los más vitales en la filosofía del lenguaje.

Es claro, desde todo punto de vista, que este problema no puede abordarse recurriendo al concepto usual de palabra y lenguaje ya agotado en la lingüística no sociológica y en la filosofía del lenguaje. Lo que se necesita es un profundo y agudo análisis de la palabra como signo social antes de que pueda comprenderse su función como medio de conciencia.

A este papel exclusivo de la palabra como medio de conciencia se debe el hecho de que *la palabra funcione como ingrediente esencial que acompaña toda clase de creatividad ideológica.* La palabra acompaña y comenta todos y cada uno de los actos ideológicos. El proceso de comprender cualquier fenómeno ideológico (sea un cuadro, una pieza de música, un ritual o un acto de conducta humana) no puede operarse sin la participación del lenguaje interno. Todas las manifestaciones de la creatividad ideológica —todos los otros signos no verbales— están inmersos, suspendidos en los elementos del lenguaje, y no pueden ser totalmente segregados o divorciados de ellos.

Esto no quiere decir, por supuesto, que la palabra pueda reemplazar cualquier otro signo ideológico. Ninguno de los signos ideológicos específicos fundamentales es reemplazable en forma total por palabras. Es esencialmente imposible traducir con exactitud en palabras una composición musical o una imagen pictórica. Las palabras no pueden sustituir totalmente un ritual religioso, y no hay sustituto verbal adecuado ni para el más simple gesto del comportamiento humano. Negarlo conduciría al racionalismo más simplista y trivial, pero no obstante, al mismo tiempo, cada uno de estos signos ideológicos, aunque no sea sustituible por palabras, se apoya en palabras y es acompañado por ellas, como en el caso del canto y su acompañamiento musical.

Ningún signo cultural, una vez que ha recibido significado y se lo ha incluido en él, permanece aislado: se hace parte de la *unidad*

de la conciencia verbalmente constituida. Esta tiene capacidad para hallar el acceso verbal al signo. Es como si se formaran ondas radiantes de respuestas y resonancias verbales alrededor de cada signo ideológico. Cada *refracción ideológica de una existencia en proceso de generación,* cualquiera que sea la naturaleza de su material significante, *es acompañada por una refracción ideológica en la palabra* como fenómeno concomitante obligatorio. La palabra está presente en cada uno de los actos de comprensión y en cada uno de los actos de interpretación.

Todas las propiedades de la palabra que hemos examinado —su *pureza semiótica, su neutralidad ideológica, su participación en la conducta comunicativa, su habilidad para convertirse en palabra interna y, en fin, su presencia obligatoria, como fenómeno concomitante, en todo acto consciente*—, todas estas propiedades hacen de la palabra el objeto fundamental del estudio de las ideologías. Las leyes de la refracción ideológica de la existencia en los signos y en la conciencia, sus formas y mecanismos, deben estudiarse ante todo en la materia de la palabra. La única manera posible de aplicar el método sociológico marxista a las profundidades y sutilezas de las estructuras ideológicas "inmanentes" es operar desde la base de la filosofía del lenguaje como *filosofía del signo ideológico.* Y esa base debe ser proyectada y elaborada por el propio marxismo.

Capítulo 2

Acerca de la relación de las bases y las superestructuras

Inadmisibilidad de la categoría de causalidad mecanicista en el estudio de las ideologías. El proceso generativo de la sociedad y el proceso generativo de la palabra. La expresión semiótica de la psicología social. El problema de los géneros lingüísticos conductales. Formas de intercambio social y formas de signos. El tema de un signo. La lucha de clases y la dialéctica de los signos. Conclusiones.

El problema de la *relación de las bases y las superestructuras* —uno de los problemas fundamentales del marxismo— está estrechamente ligado a cuestiones de filosofía del lenguaje en muchos puntos cruciales y podría beneficiarse mucho con una solución y aun con un tratamiento de estas cuestiones realizado en extensión y profundidad.

Cuando se plantea la pregunta de cómo las bases determinan la ideología, la respuesta es: *causalmente*; lo cual es muy cierto, pero también demasiado general y por lo tanto ambiguo.

Si por causalidad se entiende causalidad mecánica (como ha sido y es aún comprendida y definida la causalidad por los representantes positivistas del pensamiento científico natural), entonces esa respuesta es esencialmente incorrecta y contradictoria con los fundamentos mismos del materialismo dialéctico.

El campo de aplicación para las categorías de la causalidad mecánica es muy reducido, y aun dentro de las mismas ciencias naturales se va reduciendo cada vez más en la medida en que la dialéctica penetra más profundamente en los principios básicos de estas ciencias. Con respecto a los problemas fundamentales del materialismo histórico y del estudio de las ideologías en conjunto, carece de sentido considerar la aplicabilidad de una categoría tan inerte como la de causalidad mecánica.

Ningún valor cognitivo, cualquiera que sea, está vinculado al establecimiento de una conexión entre las bases y algún factor aisla-

do extraído de la unidad e integridad de su contexto ideológico. Sobre todo es esencial determinar el *significado de cualquier cambio ideológico en el contexto de la ideología apropiada*, comprendiendo que cada dominio de ideología es un todo unificado que reacciona con su constitución íntegra a un cambio en las bases. Por lo tanto, cualquier explicación debe preservar *todas las diferencias cualitativas* entre dominios interactuantes y descubrir los diversos estados por los que pasa un cambio. Solamente en estas condiciones el análisis puede conducir, no a una mera conjunción externa de dos hechos accidentales que pertenecen a diferentes niveles de cosas, sino al proceso de la verdadera generación dialéctica de la sociedad, proceso que emerge de las bases y termina de cumplirse en las superestructuras.

Si se ignora la naturaleza específica del material semiótico-ideológico, se simplifica en exceso el fenómeno ideológico en estudio. O se explica solo su aspecto racionalista, su contenido (por ejemplo, el sentido referencial directo de una imagen artística, como "Rudin como hombre superfluo"), y entonces ese aspecto se correlaciona con las bases (por ej., la clase alta se degenera; y de ahí el "hombre superfluo" en literatura); o, por el contrario, se señala particularmente el aspecto técnico exterior del fenómeno ideológico (por ej., algún tecnicismo en la construcción de edificios o en la química de colorear materiales), y entonces este aspecto se deriva directamente del nivel tecnológico de producción.

Ambos modos de derivar la ideología de las bases no captan la esencia real del fenómeno ideológico. Aunque la correspondencia establecida sea correcta, aunque sea verdad que los "hombres superfluos" aparezcan en la literatura en conexión con la quiebra de la estructura económica de las clases altas; aun así, por una parte, de allí no se desprende que los trastornos económicos mencionados causen mecánicamente la producción de "hombres superfluos" en las páginas de una novela (resulta obvio lo absurdo de tal afirmación); por otra parte, la misma correspondencia establecida sigue careciendo de valor cognitivo mientras no se expliquen tanto el rol específico del "hombre superfluo" en la estructura artística de la novela como el rol específico de la novela en la vida social global.

Por cierto que debe quedar claro que entre los cambios en la situación económica y la aparición del "hombre superfluo" en la novela se extiende un larguísimo camino que atraviesa muchos dominios cualitativamente distintos, cada uno con su propia serie de leyes y sus características específicas propias. Por cierto que

debe quedar claro que el "hombre superfluo" no apareció en la novela de modo independiente y desconectado de otros elementos de la obra, sino que, por el contrario, toda la novela, como una simple unidad orgánica sujeta a sus propias leyes específicas, sufrió una restructuración, y por consiguiente, también fueron restructurados todos sus otros elementos: su composición, su estilo, etcétera. Y lo que es más, esta restructuración orgánica de la novela se produjo en estrecha conexión con los cambios producidos también en el campo global de la literatura.

El problema de la interrelación de las bases y las superestructuras —problema de excepcional complejidad, que requiere una enorme cantidad de datos preliminares para su tratamiento productivo— puede dilucidarse en grado considerable a través del material de la palabra.

Observada desde el ángulo que nos concierne, la esencia de este problema se reduce al *modo* como la existencia real (la base) determina el signo y al *modo* como el signo refleja y refracta la existencia en su proceso generativo.

Las propiedades de la palabra en cuanto signo ideológico (propiedades consideradas en el capítulo anterior) hacen de la palabra el material más adecuado para examinar todo el problema en sus términos básicos. Lo que importa de la palabra a este respecto no es tanto su pureza sígnica cuanto su *ubicuidad social.* La palabra está involucrada prácticamente en todos y en cada uno de los actos o contactos entre la gente: en la colaboración en el trabajo, en las discusiones de ideas, en los contactos casuales de la vida cotidiana, en las relaciones políticas, etcétera. Incontables hilos ideológicos atraviesan todas las áreas del intercambio social y registran su influencia en la palabra. Ella, por lo tanto, es el *índice* más sensible *de los cambios sociales*, y hasta de los cambios que no han logrado aún el status de una nueva cualidad ideológica, y no han generado aún nuevas formas ideológicas plenamente maduras. La palabra tiene la capacidad de registrar todas las delicadas fases transitorias y momentáneas del cambio social

Lo que se denomina "psicología social" y que, de acuerdo con la teoría de Plejanov, la mayoría de los marxistas considera como el eslabón de transición entre el orden sociopolítico y la ideología en el sentido restringido (ciencia, arte, etcétera) es, en su real existencia material, *interacción verbal.* Separada de su verdadero proceso de comunicación e interacción verbal (de comunicación e interacción semiótica en general), la psicología social adoptaría la

apariencia de un concepto mítico o metafísico: el "alma colectiva" o la "psiquis interior colectiva", el "espíritu del pueblo", etcétera.

La psicología social no está ubicada en el interior de parte alguna (en las "almas" de los sujetos que se comunican) sino total y absolutamente *fuera*: en la palabra, el gesto, el acto. En ella no hay nada no expresado, nada "interior": está totalmente en el exterior, totalmente revelada en los intercambios, totalmente comprendida en lo material, sobre todo en la materia de la palabra.

Las relaciones de producción y el orden sociopolítico configurado por esas relaciones determinan el alcance de los contactos verbales entre la gente, las formas y los medios de su comunicación verbal: en el trabajo, en la vida política, en la creatividad ideológica. A la vez, de las condiciones, formas y tipos de la comunicación verbal derivan tanto las formas como los temas de los actos de habla.

La psicología social es ante todo una atmósfera integrada por una gran variedad de *actos de habla*, en la cual están inmersas todas las clases y formas persistentes de creatividad ideológica: discusiones privadas, intercambios de opinión en el teatro o en un concierto o en diversas clases de reuniones sociales, intercambios de palabras puramente casuales, el modo de reacción verbal de cada uno ante los sucesos de la propia vida y de la existencia cotidiana, el modo verbal interno de autoidentificarse y de identificar la propia posición en la sociedad, etcétera. La psicología social existe en primer lugar en una amplia variedad de formas de "enunciados", de *géneros* menores *de habla* de tipo interno y externo, aspectos estos que hasta hoy no se han estudiado. Todos estos actos de habla están asociados, por supuesto, con otros tipos de manifestación e intercambio semióticos: mímica, gestos, actuación dramática, etcétera.

Todas estas formas de intercambio lingüístico operan en conexión muy estrecha con las condiciones de la situación social en que se producen y muestran una extraordinaria sensibilidad a todas las fluctuaciones en la atmósfera social. Y aquí, en el funcionamiento interno de esta psicología social materializada verbalmente, se acumulan los cambios y mutaciones apenas perceptibles que más tarde encontrarán su expresión en productos ideológicos totalmente desarrollados.

De lo dicho se desprende que la psicología social debe estudiarse desde dos puntos de vista diferentes: primero, desde el punto

de vista del contenido, de los temas que le son pertinentes en un determinado momento en el tiempo; y segundo, desde el punto de vista de las formas y los tipos de comunicación verbal en que tales temas se instrumentan (se discuten, se expresan, se preguntan, se consideran, etcétera).

Hasta ahora el estudio de la psicología social ha limitado su tarea al primer punto de vista exclusivamente, ocupándose solo de la definición de su carácter temático. Por ser esto así, nunca se planteó con absoluta claridad el real problema de dónde podría buscarse documentación —expresiones concretas— de esta psicología social. También aquí, conceptos como "conciencia", "psiquis" y "vida interior" cumplieron el lamentable papel de relevar de la necesidad de descubrir formas materiales de expresión de la psicología social claramente delineadas.

Entretanto, este asunto de las formas concretas reviste la máxima importancia. No tiene que ver, por supuesto, con las fuentes de nuestro conocimiento sobre psicología social en un período particular (por ejemplo, memorias, cartas, obras literarias), ni con las fuentes de nuestra comprensión del "espíritu de la época", sino que tiene que ver con las formas de realización concreta de este espíritu, es decir, precisamente con las formas mismas de la comunicación semiótica en la conducta humana.

Una *tipología de estas formas* es una de las tareas urgentes del marxismo. Más adelante, a propósito del problema del enunciado y del diálogo, trataremos nuevamente el problema de los géneros de habla. Por ahora, señalemos al menos lo siguiente.

Cada período y cada grupo social tuvo y tiene su propio repertorio de formas lingüísticas para la comunicación ideológica en la conducta humana. Cada conjunto de formas afines, es decir, cada género lingüístico conductal, tiene su correspondiente conjunto de temas.

Una unidad orgánica articulada asocia la forma de comunicación (por ejemplo, la comunicación estrictamente técnica que se da en el trabajo), con la forma del enunciado (la concisa exposición comercial) y su tema. Por lo tanto, *la clasificación de las formas de los enunciados debe basarse en la clasificación de las formas de la comunicación verbal.* Estas están totalmente determinadas por las relaciones de producción y el orden sociopolítico. Si aplicáramos un análisis más detallado, veríamos la enorme importancia del *factor jerárquico* en el proceso de intercambio verbal y la poderosa

influencia que ejerce sobre las formas de los enunciados la organización jerárquica de la comunicación. La corrección en el lenguaje, el tacto en el hablar, y otras formas de ajustar un enunciado a la organización jerárquica de la sociedad tienen gran importancia en el proceso de establecer los géneros básicos de conducta.[1]

Sabemos que cada signo se crea en un proceso de interacción entre personas socialmente organizadas. Por lo tanto, *las formas de los signos están condicionadas ante todo por la organización social de los participantes y también por las condiciones inmediatas de su interacción.* Cuando estas formas cambian, también lo hace el signo. Investigar esta vida social del signo verbal podría constituir una de las tareas del estudio de las ideologías. Solo si se aborda así, el *problema de la relación entre signo y existencia* puede encontrar su expresión concreta; solo así el proceso de formación causal del signo por la existencia surgirá como un proceso de genuino pasaje de existencia-a-signo, de genuina refracción dialéctica de la existencia en el signo.

Para cumplir esta tarea deben respetarse ciertos requisitos metodológicos básicos:

1) *La ideología no puede estar divorciada de la realidad material del signo* (es decir localizada en la "conciencia" o en otras regiones vagas y evasivas);
2) *El signo no puede estar divorciado de las formas concretas del intercambio social* (comprender que el signo es parte del intercambio social organizado y, en cuanto tal, no puede existir fuera de aquél, convirtiéndose en un mero artefacto físico);
3) *La comunicación y sus formas no pueden estar divorciadas de las bases materiales.*

Todo signo ideológico —incluido el signo verbal— al realizarse en el proceso de intercambio social, se define por el *alcance social* del período de tiempo y del grupo social en el cual se produce. Hasta ahora hemos hablado de la forma del signo determinada por las formas de la interacción social. Ahora trataremos de su otro aspecto: el *contenido* del signo y la carga evaluativa que lo acompaña.

Cada etapa en el desarrollo de una sociedad tiene su propio y restringido círculo de elementos, los únicos accesibles a la atención

1 El problema de los géneros de conducta lingüística solo muy recientemente se ha convertido en tema de discusión para lingüistas y filósofos. Uno de los primeros intentos serios de tratar estos géneros, aunque sin ninguna orientación sociológica claramente definida, es *Italienische Umgangssprache*, de Leo Spitzer, 1922. Más adelante diremos algo más acerca de Spitzer, sus predecesores y sus colegas.

de esa sociedad y a los que esa atención provee de una carga valorativa. Solo los elementos incluidos en este círculo se conformarán como signos y serán objetos de la comunicación semiótica. ¿Cómo se determina este círculo de elementos provistos de acento valorativo?

Cualquiera que sea el campo de la realidad del cual provenga, para que cada elemento pueda entrar en el ámbito social del grupo y producir una reacción semiótica ideológica, debe estar asociado con los prerrequisitos socioeconómicos vitales para la existencia del grupo particular; de alguna manera, aunque sea indirectamente, debe estar en contacto con las bases de la vida material del grupo.

En estas circunstancias, la elección individual no puede tener ningún sentido. El signo es una creación entre individuos, una creación dentro de un medio social. Por lo tanto el elemento en cuestión debe adquirir primero significación interindividual, y solo entonces puede convertirse en objeto para la formación de un signo. En otras palabras, *solo lo que adquirió valor social puede ingresar al mundo de la ideología, tomar forma y establecerse allí.*

Por tal razón, toda acentuación ideológica, a pesar de ser producida por la voz individual (como en el caso de la palabra) o, en cualquier caso, por el organismo individual, es siempre social, reclama *reconocimiento social* y, solo gracias a ese reconocimiento, puede ser utilizada como material ideológico.

Convengamos en llamar a la entidad que llega a ser el objeto de un signo el *tema* de ese signo. Cada signo totalmente desarrollado tiene su tema. Y del mismo modo cada actuación verbal tiene su tema.[2]

Un tema ideológico siempre está socialmente acentuado. Por supuesto, todas las acentuaciones sociales también se introducen en la conciencia individual (la cual, como sabemos, es enteramente ideológica) y allí asumen el aspecto de acentos individuales, puesto que la conciencia individual los asimila como propios. Pero la fuente de estas acentuaciones no es la conciencia individual. El acento, como tal, es interindividual. El grito animal, la pura respuesta al dolor en el organismo, carece de acento; es un fenómeno puramente natural. Para ese grito, la atmósfera social es irrelevante, y por lo tanto no contiene ni siquiera el germen de la formación de un signo.

2 La relación del tema con la semántica de las palabras individuales se tratará con mayor detalle en una sección posterior de nuestro estudio.

El tema de un signo ideológico y su forma están inextricablemente unidos y solo pueden separarse en la abstracción. Finalmente, la misma clase de fuerzas y los mismos prerrequisitos materiales dan origen a uno y a otro.

Ciertamente, las condiciones económicas que instauran un nuevo elemento de la realidad en el ámbito social, que lo hacen socialmente significativo e "interesante", son exactamente las mismas condiciones que crean las formas de la comunicación ideológica (la cognitiva, la artística, la religiosa, etcétera), las cuales a su vez determinan las formas de la expresión semiótica.

Es decir, los temas y las formas de la creatividad ideológica surgen de la misma matriz y constituyen en esencia dos aspectos de la misma realidad. Donde mejor se realiza el proceso de la incorporación a la ideología —el nacimiento del tema y el de la forma— es en la materia de la palabra. Este proceso de generación ideológica se refleja de dos maneras en la lengua: tanto en sus dimensiones a gran escala, histórico-universales, estudiadas por la paleontología semántica, que descubrió la incorporación de trozos indiferenciados de la realidad en el ámbito social del hombre prehistórico, como en su dimensiones en pequeña escala dentro del marco de la contemporaneidad, ya que, como sabemos, la palabra refleja sensiblemente las más ínfimas variaciones en la existencia social.

La existencia reflejada en el signo no solo es reflejada sino *refractada*. ¿Cómo se determina esta refracción de la existencia en el signo ideológico? Por la intersección de intereses sociales orientados en distinto sentido dentro de la misma comunidad de signos, es decir, *por la lucha de clases.*

La clase no coincide con la comunidad de signos, es decir, con la comunidad, constituida por la totalidad de usuarios del mismo conjunto de signos para la comunicación ideológica. Varias clases diferentes usan la misma lengua. Como resultado, en cada signo ideológico se intersectan acentos con distinta orientación. El signo se convierte en la arena de la lucha de clases.

Esta *multiacentualidad* del signo ideológico constituye un aspecto crucial. Gracias a esta intersección de acentos un signo mantiene su vitalidad y dinamismo así como su capacidad de mayor desarrollo. Un signo que ha sido apartado de las presiones de la lucha social —que, por así decir, trasciende los límites de la lucha de clases— se debilita inevitablemente, degenera en ale-

goría y se convierte en el objeto no ya de una viva inteligibilidad social sino de la comprensión filológica. Los recuerdos históricos de la humanidad están llenos de signos ideológicos desgastados incapaces de servir de liza para el choque de acentos sociales vivos. Sin embargo, en tanto son recordados por los filólogos y los historiadores, se puede decir que conservan sus últimos resplandores de vida.

Lo mismo que da al signo ideológico un carácter vital y mutable hace de él un medio refractante y deformador. La clase dirigente se esfuerza por impartir al signo ideológico un carácter eterno, supraclasista, por extinguir u ocultar la lucha entre los juicios sociales de valor que aparecen en aquél, por hacer que el signo sea uniacentual.

En realidad, cada signo ideológico viviente tiene dos caras, como Jano. Cualquier palabrota vulgar puede convertirse en palabra de alabanza, cualquier verdad común inevitablemente suena para muchas otras personas como la mayor mentira. Esta *cualidad dialéctica interna* del signo se exterioriza abiertamente solo en tiempos de crisis sociales o cambios revolucionarios. En las condiciones ordinarias de la vida, la contradicción implícita en cada signo ideológico no puede surgir plenamente porque el signo ideológico, en una ideología dominante establecida, siempre es algo reaccionario y trata de estabilizar el factor precedente en el flujo dialéctico del proceso generativo social, acentuando la verdad de ayer para hacerla aparecer como de hoy. Y allí reside la responsabilidad por el carácter refractante y deformador del signo ideológico dentro de la ideología dominante.

He aquí presentado, pues, el problema de la relación de las bases con las superestructuras. Nos hemos limitado a concretar algunos de sus aspectos y a definir la dirección adecuada para tratarlo de modo productivo. Señalamos especialmente el lugar que le corresponde en ese tratamiento a la filosofía del lenguaje. La materia del signo verbal permite seguir fácil e íntegramente la continuidad del proceso dialéctico de cambio, proceso que va desde las bases hacia la superestructura. En el terreno de la filosofía del lenguaje pueden superarse fácilmente las categorías de la causalidad mecánica para explicar los fenómenos ideológicos.

Capítulo 3

Filosofía del lenguaje y psicología objetiva

La tarea de definir objetivamente la psiquis. La noción de Dilthey acerca de la psicología "comprensiva e interpretativa". La realidad semiótica de la psiquis. El punto de vista de la psicología funcional. Psicologismo y antipsicologismo. La cualidad distintiva del signo interno (lenguaje interno). El problema de la introspección. La naturaleza socioideológica de la psiquis. Resumen y conclusiones.

Una de las tareas más urgentes y fundamentales del marxismo es la construcción de una psicología genuinamente objetiva, lo que significa una psicología basada en principios *sociológicos*, no fisiológicos o biológicos. Como parte integrante de esa tarea, el marxismo enfrenta el difícil problema de encontrar un abordaje objetivo —pero sutil y flexible— de la psiquis humana subjetiva consciente sobre la cual, generalmente, reclaman jurisdicción los métodos introspectivos.

Para hacer frente a esta tarea no están equipadas ni la biología ni la fisiología: la psiquis consciente es un hecho socioideológico y por lo tanto está más allá del alcance de los métodos fisiológicos o de los de cualquiera otra de las ciencias naturales. La psiquis subjetiva no es algo que pueda reducirse a procesos que se producen dentro de los límites del organismo animal, natural. Los procesos que definen básicamente el contenido de la psiquis no se producen dentro sino fuera del organismo individual, aunque implican su participación.

La psiquis subjetiva del ser humano no es un objeto para el análisis científico-natural, como lo sería cualquier elemento o proceso del mundo natural; *la psiquis subjetiva es un objeto para la comprensión ideológica y para la interpretación socioideológica por la vía de la comprensión.* Una vez comprendido e interpretado, un fenómeno psíquico resulta explicable solamente en función de los factores sociales que determinan la vida concreta del individuo en las condiciones de su entorno social.[1]

1 Un esbozo popular de los modernos problemas de la psicología se encuentra en nuestro libro *Frleydizm (kritichesk(y ocherk)* [Freudismo (Un bosquejo crítico)], Leningrado, 1927. Véase cap. 2: "Dos tendencias en la psicología contemporánea".

El primer problema de fundamental importancia que surge cuando nos movemos en esa dirección es el de definir objetivamente la "experiencia interna". Esta definición debe incluir la experiencia interna dentro de la unidad de la experiencia objetiva externa.

¿Qué clase de realidad corresponde a la psiquis subjetiva? *La realidad de la psiquis interior es la misma que la del signo.* Fuera de la materia de los signos no hay psiquis; hay procesos fisiológicos, procesos en el sistema nervioso, pero no psiquis subjetiva como una especial cualidad existencial fundamentalmente distinta tanto de los procesos fisiológicos que se producen dentro del organismo como de la realidad que rodea al organismo desde afuera, ante la cual la psiquis reacciona y a la cual refleja de un modo u otro. Por su misma naturaleza existencial, la psiquis subjetiva debe localizarse en alguna parte entre el organismo y el mundo exterior, en el *límite* que separa estas dos esferas de la realidad. Aquí se encuentran el organismo y el mundo exterior, pero el encuentro no es físico: *el organismo y el mundo exterior se unen en el signo.* La experiencia psíquica es la expresión semiótica del contacto entre el organismo y el ambiente exterior. Por eso *la psiquis interior no es analizable como un objeto y solo puede ser comprendida e interpretada como un signo.*

La idea de una psicología "comprensiva e interpretativa" es muy antigua y tiene una instructiva historia. Sintomáticamente, en los tiempos modernos ha encontrado su mayor justificación a propósito de los requerimientos metodológicos de las humanidades, es decir, de las ciencias ideológicas.

Quien defendió esta idea en los tiempos modernos con mayor sagacidad y fundamento fue Wilhelm Dilthey. Para Dilthey no se trataba tanto de que la experiencia psíquica subjetiva existiera, de la manera en que se puede decir que una cosa existe, sino de que *tuviera significado.* Cuando desatendemos a este significado en el intento de llegar a la pura realidad de la experiencia, nos encontramos, según Dilthey, frente a un proceso fisiológico en el organismo y mientras tanto perdemos de vista la experiencia, tal como, cuando desatendemos al significado de una palabra, perdemos la palabra misma y nos enfrentamos a un puro sonido físico y al proceso fisiológico de su articulación. Lo que hace que una palabra sea una palabra es su significado. Lo que hace que una experiencia sea una experiencia es también su significado. Y solo puede desatenderse al significado a costa de perder la verdadera esencia de la vida psíquica interior. Por lo tanto, la

psicología no puede proponerse explicar experiencias causalmente, como si fueran análogas a los procesos físicos o fisiológicos. La psicología debe proponerse comprender, describir, segmentar e interpretar la vida psíquica, tal como si fuera un documento bajo el análisis filológico. Solo esa clase de psicología descriptiva e interpretativa es capaz, según Dilthey, de servir como base para las humanidades, o como él las llama, las "ciencias del espíritu" (*Geisteswissenschaften*).[2]

Las ideas de Dilthey demostraron ser muy fecundas y, hasta el presente, continúan recibiendo el apoyo de representantes de las humanidades. Podría afirmarse que virtualmente todos los humanistas alemanes contemporáneos con inclinación filosófica se subordinan en mayor o menor grado a las ideas de Wilhelm Dilthey.[3]

La concepción de Dilthey partió de bases idealistas, y sus seguidores se mantienen sobre estas mismas bases. La idea de una psicología comprensiva e interpretativa está estrechamente conectada con ciertas presuposiciones del pensamiento idealista y en muchos aspectos puede decirse que es una idea específicamente idealista.

Por cierto, en la forma en que fue originariamente constituida y en que ha seguido desarrollándose hasta hoy, la psicología interpretativa *es* idealista e insostenible desde el punto de vista del materialismo dialéctico.

Lo que es sobre todo insostenible es la *prioridad metodológica de la psicología sobre la ideología.* Después de todo, Dilthey y otros representantes de la psicología interpretativa pensarían que su psicología debía proveer las bases para las humanidades. La ideología se explica en función de la psicología —como expresión y encarnación de la psicología— y no al contrario. En verdad, se dice que la psiquis y la ideología coinciden, que comparten un común denominador —el significado —en virtud del cual tanto una como otra se distinguen igualmente de todo el resto de la realidad. Pero es la psicología, no la ideología, la que da el tono.

Además, las ideas de Dilthey y sus partidarios *no tuvieron en cuenta el carácter social del significado.*

2 Puede encontrarse una explicación de Dilthey en ruso en el artículo de Frisheyzen-Keler en *Logos*, I-II, 1912-1913.
3 La influencia orientadora de Dilthey ha sido reconocida (para mencionar solo a los miembros más distinguidos de las humanidades en la Alemania de hoy) por Oskar Walzel, Wilhelm Gundolf, Emil Ermatinger, y otros.

Finalmente —y este es el *proton pseudos* de toda su teoría— *no tienen noción del vínculo esencial entre significado y signo*, no tienen noción de la naturaleza específica del signo.

La comparación que hace Dilthey entre experiencia y palabra para él no es más que una simple analogía, una figura explicativa, algo bastante raro de la obra de Dilthey, por cierto, e ignora las conclusiones que surgen de esta comparación. Aun más, no quiere explicar la psiquis por medio del signo ideológico sino, tal como cualquier otro idealista, el signo por medio de la psiquis: un signo es signo para Dilthey solo en cuanto sirve como medio de expresión de la vida interior. Y esta última, sostiene, confiere al signo su propio significado. Aquí, la postulación de Dilthey sigue la tendencia común a todo el idealismo: *eliminar todo sentido, todo significado del mundo material y ubicarlo en un Espíritu atemporal y aespacial.*

Si la experiencia tiene significado y no es solo un trozo particular de la realidad (y esta afirmación de Dilthey es correcta), entonces la experiencia no podría producirse sino en la materia de los signos. Después de todo, el significado solo puede corresponder a un signo; el significado fuera del signo es una ficción. El significado es la expresión de una relación semiótica entre un trozo particular de la realidad y otra clase de realidad, la cual este reemplaza, representa o reproduce. El significado es una función del signo y por lo tanto es inconcebible (ya que el significado es pura relación, o función) fuera del signo como algo particular, de existencia independiente. Sería tan absurdo como considerar que el significado de la palabra "caballo" es este particular animal vivo que estoy señalando. Si esto fuera así, entonces yo podría afirmar, por ejemplo, que cuando como una manzana no consumo una manzana sino el significado de la palabra "manzana". Un signo es una cosa material particular, pero el significado no es una cosa y no puede ser aislado del signo como si fuera un trozo de la realidad con existencia propia separada del signo. Por lo tanto, *si la experiencia tiene significado*, si es susceptible de ser comprendida e interpretada, entonces debe tener existencia en la materia de signos reales y efectivos.

Es importante destacar que *la experiencia no solo puede expresarse exteriormente a través del signo* (una experiencia puede expresarse a otros de diversas maneras: mediante la palabra, por la expresión facial o por cualquier otro medio), *sino que ella existe, aun para la persona que la sufre, solo en la materia de los signos.* Fuera de esa materia no hay experiencia como tal. En este sen-

tido *cualquier experiencia es expresable*, es decir, es expresión potencial. Cualquier pensamiento, cualquier emoción, cualquier actividad voluntaria es expresable. Este factor de expresividad no puede descartarse de la experiencia sin destruir la verdadera naturaleza de esta.[4]

No existe ningún salto entre la experiencia interior y su expresión, ningún pasaje de un reino cualitativo de la realidad a otro. El paso de la experiencia a su expresión exterior se produce dentro del ámbito del mismo reino cualitativo y es de naturaleza *cuantitativa*. Es cierto que a menudo ocurre que en el proceso de la expresión exterior se produce el paso de un tipo de material semiótico (por ejemplo, mimético) a otro (por ejemplo, verbal), pero en ningún caso en el curso del proceso este se aparta de la materia de los signos.

¿Cuál es, entonces, la materia sígnica de la psiquis? Cualquier actividad o proceso orgánico: respiración, circulación sanguínea, movimientos del cuerpo, articulación, habla interna, gestos miméticos, reacciones a estímulos externos (como, por ejemplo, estímulos luminosos), etcétera. En resumen, *todo lo que ocurre en el organismo puede convertirse en materia de experiencia*, porque todo puede adquirir valor semiótico, hacerse expresivo.

Sin duda, toda esta materia está lejos de equipararse en importancia. Una psiquis que haya alcanzado cierto grado de desarrollo y diferenciación debe tener a su disposición una materia semiótica sutil y dócil, una materia semiótica que puede ser conformada, refinada y diferenciada en el medio social extracorpóreo en el proceso de expresión exterior. Por lo tanto, la materia semiótica de la psiquis es por excelencia la palabra, el *lenguaje interno*. Es verdad que el lenguaje interno está entrelazado con una masa de otras reacciones motoras que tienen valor semiótico. Pero de todos modos, la palabra constituye la base, el esqueleto de la vida interior. Si se la privara de la palabra, la psiquis se reduciría a un grado extremo; privada de todas las otras actividades expresivas, moriría del todo.

Si no atendemos a la función sígnica del lenguaje interno y de todas las otras actividades expresivas cuyo conjunto constituye la psiquis, nos enfrentaremos con un proceso puramente fisioló-

4 La noción de la expresividad de todos los fenómenos de conciencia no es ajena al neokantismo. Además del libro de Cassirer ya citado, Herman Cohen, en la tercera sección de su sistema, *Aesthetik des reinen Gefühls*, habla sobre el carácter expresivo de la conciencia. Sin embargo, la idea tal como está expuesta allí no permite conclusiones correctas. La esencia de la conciencia permanece más allá de los límites de la existencia.

Finalmente —y este es el *proton pseudos* de toda su teoría— *no tienen noción del vínculo esencial entre significado y signo*, no tienen noción de la naturaleza específica del signo.

La comparación que hace Dilthey entre experiencia y palabra para él no es más que una simple analogía, una figura explicativa, algo bastante raro de la obra de Dilthey, por cierto, e ignora las conclusiones que surgen de esta comparación. Aun más, no quiere explicar la psiquis por medio del signo ideológico sino, tal como cualquier otro idealista, el signo por medio de la psiquis: un signo es signo para Dilthey solo en cuanto sirve como medio de expresión de la vida interior. Y esta última, sostiene, confiere al signo su propio significado. Aquí, la postulación de Dilthey sigue la tendencia común a todo el idealismo: *eliminar todo sentido, todo significado del mundo material y ubicarlo en un Espíritu atemporal y aespacial.*

Si la experiencia tiene significado y no es solo un trozo particular de la realidad (y esta afirmación de Dilthey es correcta), entonces la experiencia no podría producirse sino en la materia de los signos. Después de todo, el significado solo puede corresponder a un signo; el significado fuera del signo es una ficción. El significado es la expresión de una relación semiótica entre un trozo particular de la realidad y otra clase de realidad, la cual este reemplaza, representa o reproduce. El significado es una función del signo y por lo tanto es inconcebible (ya que el significado es pura relación, o función) fuera del signo como algo particular, de existencia independiente. Sería tan absurdo como considerar que el significado de la palabra "caballo" es este particular animal vivo que estoy señalando. Si esto fuera así, entonces yo podría afirmar, por ejemplo, que cuando como una manzana no consumo una manzana sino el significado de la palabra "manzana". Un signo es una cosa material particular, pero el significado no es una cosa y no puede ser aislado del signo como si fuera un trozo de la realidad con existencia propia separada del signo. Por lo tanto, si la experiencia tiene significado, si es susceptible de ser comprendida e interpretada, entonces debe tener existencia en la materia de signos reales y efectivos.

Es importante destacar que *la experiencia no solo puede expresarse exteriormente a través del signo* (una experiencia puede expresarse a otros de diversas maneras: mediante la palabra, por la expresión facial o por cualquier otro medio), *sino que ella existe, aun para la persona que la sufre, solo en la materia de los signos.* Fuera de esa materia no hay experiencia como tal. En este sen-

tido *cualquier experiencia es expresable*, es decir, es expresión potencial. Cualquier pensamiento, cualquier emoción, cualquier actividad voluntaria es expresable. Este factor de expresividad no puede descartarse de la experiencia sin destruir la verdadera naturaleza de esta.[4]

No existe ningún salto entre la experiencia interior y su expresión, ningún pasaje de un reino cualitativo de la realidad a otro. El paso de la experiencia a su expresión exterior se produce dentro del ámbito del mismo reino cualitativo y es de naturaleza *cuantitativa*. Es cierto que a menudo ocurre que en el proceso de la expresión exterior se produce el paso de un tipo de material semiótico (por ejemplo, mimético) a otro (por ejemplo, verbal), pero en ningún caso en el curso del proceso este se aparta de la materia de los signos.

¿Cuál es, entonces, la materia sígnica de la psiquis? Cualquier actividad o proceso orgánico: respiración, circulación sanguínea, movimientos del cuerpo, articulación, habla interna, gestos miméticos, reacciones a estímulos externos (como, por ejemplo, estímulos luminosos), etcétera. En resumen, *todo lo que ocurre en el organismo puede convertirse en materia de experiencia*, porque todo puede adquirir valor semiótico, hacerse expresivo.

Sin duda, toda esta materia está lejos de equipararse en importancia. Una psiquis que haya alcanzado cierto grado de desarrollo y diferenciación debe tener a su disposición una materia semiótica sutil y dócil, una materia semiótica que puede ser conformada, refinada y diferenciada en el medio social extracorpóreo en el proceso de expresión exterior. Por lo tanto, la materia semiótica de la psiquis es por excelencia la palabra, el *lenguaje interno*. Es verdad que el lenguaje interno está entrelazado con una masa de otras reacciones motoras que tienen valor semiótico. Pero de todos modos, la palabra constituye la base, el esqueleto de la vida interior. Si se la privara de la palabra, la psiquis se reduciría a un grado extremo; privada de todas las otras actividades expresivas, moriría del todo.

Si no atendemos a la función sígnica del lenguaje interno y de todas las otras actividades expresivas cuyo conjunto constituye la psiquis, nos enfrentaremos con un proceso puramente fisioló-

4 La noción de la expresividad de todos los fenómenos de conciencia no es ajena al neokantismo. Además del libro de Cassirer ya citado, Herman Cohen, en la tercera sección de su sistema, *Aesthetik des reinen Gefühls*, habla sobre el carácter expresivo de la conciencia. Sin embargo, la idea tal como está expuesta allí no permite conclusiones correctas. La esencia de la conciencia permanece más allá de los límites de la existencia.

gico que se produce dentro de los confines del organismo individual. Una abstracción de este tipo es perfectamente legítima y necesaria para el fisiólogo: todo lo que él necesita es el proceso fisiológico y sus mecanismos.

Pero aun el fisiólogo, en tanto es biólogo, tiene buenas razones para tomar en cuenta la función sígnica expresiva (es decir, la función social) de los diversos procesos fisiológicos. De otra manera, no podrá entender la posición biológica de estos en la economía global del organismo. Tampoco puede el biólogo ignorar el punto de vista sociológico, desestimar el hecho de que el organismo humano no pertenece al dominio absoluto de la naturaleza sino que forma parte de un dominio específicamente social. Pero una vez que ha tenido en cuenta la función sígnica de los diversos procesos fisiológicos, el fisiólogo procede a investigar su mecanismo puramente fisiológico (por ejemplo, el mecanismo del reflejo condicionado) y ya no se ocupa de los valores ideológicos inherentes a estos procesos que son variables y están sujetos a sus propias leyes sociohistóricas. En una palabra, el contenido de la psiquis no le concierne.

Pero precisamente este contenido de la psiquis, considerado con respecto al organismo individual, es el objeto de la psicología. Ninguna ciencia que merezca el nombre de psicología tiene o puede tener ningún otro objeto de interés más que este.

Se ha afirmado que el objeto de la psicología no es el contenido de la psiquis sino solo la función que este contenido tiene en la psiquis individual. Tal es el punto de vista de la llamada *psicología funcional*.[5]

Según la doctrina de esta escuela, la "experiencia" se compone de dos factores. Uno es el *contenido de la experiencia*. No tiene naturaleza *psíquica*. Se trata o de un fenómeno físico sobre el cual se concentra la experiencia (por ejemplo, un objeto de percepción) o de un concepto cognitivo que tiene su propia regulación lógica o de un valor ético, etcétera. Este aspecto referencial de la experiencia orientado hacia el contenido corresponde al dominio de la naturaleza, de la cultura o de la historia, y por lo tanto, es competencia de las disciplinas científicas apropiadas y no concierne a la psicología.

5 Los principales representantes de la psicología funcional son Stumpf, Meinong, y otros. Franz Brentano sentó las bases para la psicología funcional, que en este momento es sin duda el movimiento dominante en la psicología alemana, aunque seguramente no en su pura forma clásica.

El otro factor en la experiencia es *la función de un contenido referencial particular dentro del sistema cerrado de la vida psíquica individual.* Y precisamente esta *experiencialidad* de cualquier contenido exterior a la psiquis es en realidad el objeto de la psicología. O, para decirlo de otra manera, el objeto de la psicología funcional no es el *qué* de la experiencia sino el *cómo*. Así, por ejemplo, el contenido de cualquier proceso de pensamiento —su *qué*— no es psíquico y pertenece al dominio de la lógica, la epistemología o las matemáticas (si se trata de un tipo de pensamiento matemático). La psicología, en cambio, estudia solamente *cómo* se produce el proceso de pensamiento con diversos contenidos objetivos (lógicos, matemáticos u otros) bajo las condiciones proporcionadas por una psiquis subjetiva individual.

No vamos a ahondar en los detalles de esta concepción psicológica, y pasaremos por alto ciertas distinciones, algunas muy oportunas, relativas a la función psíquica, que pueden encontrarse en los trabajos de representantes de esta escuela y de otros movimientos emparentados con ella en psicología. Para nuestros propósitos bastará el principio básico de la psicología funcional, ya expuesto. Nos ayudará a expresar en términos más precisos nuestras ideas sobre la psiquis y sobre la importancia de la filosofía del signo (o la filosofía del lenguaje) en la solución del problema de la psicología.

La psicología funcional también creció y se modeló sobre las bases del idealismo, pero, en ciertos aspectos, muestra una tendencia diametralmente opuesta a la psicología interpretativa del tipo de la de Dilthey.

En efecto, mientras Dilthey parece querer reducir la psiquis y la ideología a un común denominador —el significado—, la psicología funcional se esfuerza, por el contrario, por establecer un riguroso *límite entre la psiquis y la ideología*, límite que parece *atravesar la misma psiquis.* Como resultado, cualquier cosa considerada como significado termina por ser excluida sin dejar rastros del campo de la psiquis, mientras que cualquier cosa considerada como perteneciente a la psiquis termina por sumarse al puro funcionamiento de contenidos referenciales separados, ordenados en cierto tipo de constelación individual llamado "alma individual". Es decir que la psicología funcional, a diferencia de la interpretativa, otorga prioridad a la ideología sobre la psiquis.

Podemos ahora preguntarnos: ¿Cómo funciona la psiquis, y cuál es la naturaleza de su existencia? Para esta pregunta no podemos

encontrar una respuesta clara y satisfactoria en los trabajos de los representantes de la psicología funcional. No hay ninguna idea clara, ningún acuerdo, ni unanimidad alguna entre ellos acerca de este tema. No obstante, hay un punto en el cual coinciden todos: el funcionamiento de la psiquis no debe identificarse con ningún proceso fisiológico. La psiquis está netamente delimitada con respecto a lo fisiológico. Pero queda sin clarificar qué clase de entidad es esta nueva cualidad, la psíquica.

De modo similiar, en la psicología funcional queda igualmente oscuro el problema de la realidad de un fenómeno ideológico.

El único caso en que los funcionalistas proporcionan una respuesta clara es el de una experiencia dirigida hacia algún objeto en la naturaleza. Aquí deducen una oposición entre el funcionamiento psíquico y el ser físico, natural (este árbol, esta tierra, esta piedra, etcétera).

Pero ¿qué clase de oposición prevalece entre el funcionamiento psíquico y el ser ideológico: un concepto lógico, un valor ético, una imagen artística, etcétera?

Con respecto a este problema, la mayoría de los representantes de la psicología individual adhieren a los criterios idealistas que se sostienen comúnmente, principalmente kantianos.[6] Además de la psiquis individual y de la conciencia subjetiva individual, tienen en cuenta una "conciencia trascendental", "conciencia *per se*", o "sujeto epistemológico puro", etcétera. Y en ese reino trascendental ellos ubican el fenómeno ideológico en oposición a la función psíquica individual.[7]

Por lo tanto, el problema de la realidad de la ideología permanece sin solución en el terreno de la psicología funcional.

El fracaso en la comprensión del signo ideológico y su modo específico de ser es, en consecuencia, tanto en este como en todos los otros casos, la causa de la insolubilidad del problema de la psiquis.

El problema de la psiquis no hallará solución hasta que se resuelva el problema de la ideología. Ambos problemas se encuentran

6 Actualmente, también los *fenomenólogos* se basan en la psicología funcional, asociados con Franz Brentano (asociación que se extiende a su visión filosófica total).
7 En cuanto a los fenomenólogos, ontologizan nociones ideológicas, proveyéndolas de una esfera autónoma de existencia ideal.

inextricablemente unidos. Toda la historia de la psicología y toda la historia de las ciencias ideológicas —lógica, epistemología, estética, humanidades, etcétera— es una historia de lucha incesante, que implica mutuas delimitaciones y asimilaciones mutuas entre estas dos disciplinas cognoscitivas.

Parece darse un tipo de peculiar alternancia periódica entre un psicologismo elemental, que inunda todas las ciencias ideológicas, y una aguda reacción antipsicologista, que priva a la psiquis de todo su contenido, relegándola a cierto vacío status formal (como en la psicología funcional) o al puro fisiologismo. En cuanto a la ideología, una vez que un antipsicologismo consecuente la ha eliminado de su ubicación normal en la existencia (que es precisamente en la psiquis), se la deja sin ninguna ubicación, se la obliga a salir de la realidad e ir hacia lo trascendental, o aun ascender literalmente a lo trascendente.

Al comienzo del siglo XX, experimentamos una de esas fuertes oleadas de antipsicologismo (de ninguna manera la primera en la historia, por cierto). Los orientadores trabajos de Husserl,[8] principal representante del moderno antipsicologismo; los trabajos de sus seguidores, los *intencionalistas* ("fenomenólogos"); el giro francamente antipsicologista que tomaron los representantes del moderno neokantismo de la escuela de Marburg y Freiburg;[9] y la proscripción del psicologismo de todos los campos del conocimiento y hasta de la misma psicología, todo esto constituyó un acontecimiento de enorme importancia filosófica y metodológica en las dos primeras décadas de nuestro siglo.

Ahora, en la tercera década del siglo, la oleada de antipsicologismo ha comenzado a disminuir, para ser remplazada por una nueva y evidentemente muy poderosa ola de psicologismo. Una forma de psicologismo que está de moda es la "filosofía de la vida". Bajo esta etiqueta, el psicologismo más desenfrenado ha vuelto a ocupar, con extraordinaria rapidez, todas las posiciones en todas las ramas de la filosofía y del estudio ideológico que había abandonado tan poco tiempo atrás.[10]

8 Véase el vol. I de su *Logische Untersuchungen* (se tradujo al ruso en 1910), obra que ha llegado a ser algo así como una biblia del antipsicologismo contemporáneo. Véase, también, su artículo (trad. al ruso), "La filosofía como una ciencia exacta", *Logos*, I, 1911-1912.
9 Véase, por ejemplo, el instructivo estudio de Heinrich Rickert, jefe de la escuela de Freiburg (hay trad. rusa), "Dos caminos en la teoría del conocimiento", *Novie idei v filosofii* (Nuevas ideas en filosofía), VII, 1913. En este estudio, Rickert, bajo la influencia de Husserl, traduce a términos antipsicologistas su concepto de la teoría del conocimiento que originalmente era algo psicologista. El artículo es muy característico de la actitud asumida por el neokantismo hacia el movimiento antipsicologista.
10 Puede encontrarse una visión general de la contemporánea filosofía de la vida, aunque tendenciosa y algo anticuada, en el libro de Rickert (hay trad. rusa) *La filosofía de la vida*.

La creciente ola de psicologismo no trae ideas frescas sobre los fundamentos de la realidad psíquica. En contraste con la ola precedente de psicologismos (el psicologismo empírico-positivista de la segunda mitad del siglo XIX, cuyo más típico representante fue Wundt), el nuevo psicologismo se inclina a interpretar el ser interior, el "fenómeno elemental de la experiencia", en términos metafísicos.

Por lo tanto, este flujo dialéctico de psicologismo y antipsicologismo no ha producido ninguna síntesis dialéctica. Ni el problema de la psicología ni el de la ideología han encontrado hasta hoy su correcta solución en la filosofía burguesa.

Las bases para el tratamiento de ambos problemas deben establecerse simultánea e interrelacionadamente. Con esto sugerimos que una y la misma llave abre el acceso objetivo a ambas esferas. Esa llave es la *filosofía del signo* (la filosofía de la palabra como el signo ideológico por excelencia). El signo ideológico es el territorio común tanto para la psiquis como para la ideología, un territorio que es material, sociológico y significativo. En este territorio precisamente es donde debe realizarse la delimitación entre psicología e ideología. La psiquis no necesita ser un duplicado del resto del mundo (sobre todo del mundo ideológico), y el resto del mundo no necesita ser un mero comentario material al monólogo de la psiquis.

Pero si la naturaleza de la realidad de la psiquis es la de la realidad del signo, ¿cómo se puede trazar una línea divisoria entre la psiquis subjetiva individual y la ideología, en el exacto sentido de la palabra, que es también una entidad semiótica? Hasta aquí hemos señalado solamente el territorio general; ahora debemos trazar dentro de este el límite apropiado.

Entre la psiquis y la ideología no pueden existir fronteras desde el punto de vista del contenido ideológico mismo. Todo contenido ideológico, sin excepción, no importa cuál pueda ser la materia semiótica que lo corporiza, es susceptible de ser comprendido y, en consecuencia, incluido en la psiquis, es decir, reproducido en la materia de los signos internos. Por otra parte, cual-

"Academie", 1921. El libro de E. Spranger *Lebensforman* ha ejercido considerable influencia en las humanidades. Los principales representantes de las disciplinas literarias y lingüísticas en Alemania están todos, en mayor o menor grado, bajo la influencia de la filosofía de la vida en los actuales momentos. Podemos mencionar a Ermatinger (*Das dichterische Kunstwerk*, 1921), Gundolf (obras sobre Goethe y George, 1916-1925), Hefele (*Das Wesen der Dichtung*, 1923), Walzel (*Gehalt und Gestalt im dichterischen Kunstwerk*, 1923), Vossler y los vosslerianos, y muchos otros. Más adelante tendremos algo que decir acerca de algunos de estos investigadores.

quier fenómeno ideológico en proceso de creación atraviesa la psiquis como una etapa esencial de ese proceso. Repetimos: todo signo ideológico exterior, de cualquier tipo, es sumergido e inundado por signos internos: por la conciencia. El signo exterior se origina en este mar de signos internos y continúa morando allí, pues su vida es un proceso de renovación para ser comprendido, experimentado y asimilado, su vida consiste en una permanente reiteración de su compromiso con el contexto interno.

Por lo tanto, *desde el punto de vista del contenido, no existe una división básica entre la psiquis y la ideología: la diferencia es solo de grado.* El ideologema es una entidad vaga en la etapa de su desarrollo interior en que aún no está corporizado en materia ideológica exterior; solo puede adquirir definición, diferenciación y fijeza en el proceso de corporización ideológica. La intención es siempre inferior a la creación, aun a la creación fracasada. Mientras un pensamiento solo existe en el contexto de mi conciencia, sin corporizarse en el contexto de una disciplina que constituya un sistema ideológico unificado, no es más que un pensamiento oscuro, sin elaborar. Pero ese pensamiento había nacido en mi conciencia ya con una orientación hacia un sistema ideológico, y él mismo había sido engendrado por los signos ideológicos que yo había absorbido antes. Repetimos, no hay aquí diferencia cualitativa en ningún sentido fundamental. El conocimiento con respecto a libros y a palabras de otras personas y el conocimiento dentro del propio cerebro pertenecen a la misma esfera de la realidad, y las diferencias que existen entre el cerebro y el libro no afectan al contenido del conocimiento.

Lo que más complica nuestro problema de delimitar la psiquis y la ideología es el concepto de "individualidad". Lo "social" es generalmente pensado en oposición binaria con lo "individual", y de aquí proviene la noción de que la psiquis es individual mientras que la ideología es social.

Nociones de esta clase son fundamentalmente falsas. El correlato de lo social es lo "natural" y entonces "individuo" no se refiere a una persona sino al ejemplar biológico, natural. El individuo poseedor de los contenidos de su propia conciencia, autor de sus propios pensamientos, personalidad responsable de sus pensamientos y sentimientos, es un fenómeno puramente socioideológico. Por lo tanto, el contenido de la psiquis "individual", por su propia naturaleza, es tan social como la ideología, y el mismo grado de conciencia de la propia individualidad y de sus derechos y privilegios internos es ideológico, histórico, y totalmente con-

dicionado por factores sociológicos.[11] Todo signo *en tanto que* signo es social, y esto no es menos cierto para el signo interno que para el externo.

Para evitar malentendidos, debe hacerse siempre una rigurosa distinción entre el concepto de individuo como espécimen natural sin referencias al mundo social (el individuo como objeto de conocimiento y estudio del biólogo), y el concepto de individualidad que tiene el status de una superestructura ideológico-semiótica por encima del individuo natural y que, por lo tanto, es un concepto social. Estos dos significados de la palabra "individuo" (el ejemplar natural y la persona) generalmente se confunden, con el resultado de que los argumentos de la mayoría de los filósofos y psicólogos exhiben constantemente *quaternio terminorum*: tan pronto rige un concepto, tan pronto el otro.

Si el contenido de la psiquis individual es tan social como la ideología, por otra parte los fenómenos ideológicos son tan individuales (en el significado ideológico de la palabra) como los fenómenos psicológicos. Todo producto ideológico lleva la marca de la individualidad de su o sus creadores, pero incluso esta marca es tan social como todas las otras propiedades y atributos de los fenómenos ideológicos.

De tal modo, todo signo, aun el signo de la individualidad, es social. ¿En qué consiste, entonces, la diferencia entre signo interno y externo, entre psiquis e ideología?

El significado que se realiza en la materia de la actividad interna es significado vuelto hacia el organismo, hacia el yo del individuo particular, y se determina ante todo en el contexto de la vida particular de ese yo. En este aspecto, hay que reconocer cierta parte de verdad en los puntos de vista de los representantes de la escuela funcional. La psiquis posee, en efecto, una unidad especial que se distingue de la unidad de los sistemas ideológicos, y que no se puede ignorar. La naturaleza especial de esta unidad psíquica es totalmente compatible con la concepción ideológica y sociológica de la psiquis.

En realidad, cualquier pensamiento cognoscitivo, incluso en mi conciencia, en mi psiquis, nace, como ya dijimos, con una orientación hacia un sistema ideológico de conocimiento donde encon-

11 En la última sección de nuestro trabajo, veremos cuán relativo e ideológico es el concepto de autoría verbal, de "derecho de propiedad de la palabra", y qué tarde aparece en el lenguaje el desarrollo de un sentido claro de prerrequisitos individuales en el habla.

trará su lugar. Mi pensamiento, en este sentido, desde el comienzo mismo pertenece a un sistema ideológico y es gobernado por el conjunto de leyes de este sistema. Pero, al mismo tiempo, pertenece a otro sistema que es también una unidad y también posee su propio conjunto de leyes: el sistema de mi psiquis. La unidad de este segundo sistema está determinada no solo por la unidad de mi organismo biológico sino también por la totalidad de las condiciones de la vida y la sociedad en que está inmerso este organismo. Los psicólogos estudiarán mi pensamiento abarcando esta unidad orgánica de mi yo y estas condiciones específicas de mi existencia. El ideólogo, a su vez, se interesará por este mismo pensamiento solo en función de su contribución objetiva a un sistema de conocimiento.

El sistema de la psiquis, determinado por factores orgánicos y también biográficos (en el más amplio sentido de la palabra), no es el simple resultado del "punto de vista" del psicólogo. Es efectivamente una unidad real, tan real como el yo biológico con su constitución particular, sobre el cual se funda la psiquis, y tan real como el conjunto de condiciones de la vida que determina la vida de este yo. Cuanto más estrecha sea la vinculación del signo interno con la unidad de este sistema psíquico, y cuanto más marcada sea la caracterización impuesta por los factores biológicos y biográficos, más lejos estará el signo interno de alcanzar una expresión ideológica totalmente desarrollada. A la inversa, al acercarse a su formulación y corporización ideológica, el signo interior puede soltar las ataduras del contexto psíquico que lo retenía.

Esto determina también la diferencia en el proceso de comprensión del signo interno (experiencia) por una parte, y el signo externo, puramente ideológico, por la otra. En el primer caso, *comprender* significa referir un signo interno particular a una unidad que consiste en otros signos internos, percibirlo en el contexto de una psiquis particular. En el segundo caso, comprender es percibir el signo en el sistema de la ideología que le corresponde. En verdad, el primer caso debe incluir también la consideración del significado puramente ideológico de la experiencia; después de todo, si el psicólogo no comprende el sentido puramente cognoscitivo de un pensamiento, tampoco podrá comprender la ubicación de este pensamiento en la psiquis del sujeto. Si no tiene en cuenta el significado cognoscitivo del pensamiento, se enfrentará con algo que no es un pensamiento ni un signo, sino el puro proceso fisiológico de realización del pensamiento o signo en el organismo. Por eso es que la psicología del conocimiento debe fun-

damentarse en la epistemología y la lógica; por eso, en general, la psicología debe basarse en la ciencia ideológica y no al revés.

Es necesario señalar que cualquier expresión sígnica exterior, un enunciado, por ejemplo, también puede organizarse en una de las dos direcciones: o hacia el mismo sujeto o hacia la ideología. En el primer caso, el enunciado trata de dar expresión sígnica externa a signos internos, como tales, y requiere al receptor del enunciado para referir estos a un contexto interior, es decir, requiere un tipo de comprensión puramente psicológica. En el segundo caso, se requiere una comprensión objetivo-referencial puramente ideológica.[12]

Es así como se produce la delimitación entre la psiquis y la ideología.[13]

Ahora bien, ¿en qué forma percibimos la psiquis, los signos internos, para su observación y estudio? En su forma pura, el signo interno, es decir, la experiencia, solo puede percibirse mediante la autoobservación (introspección). Podría pensarse que la introspección se opone a la unidad de la experiencia objetiva, externa, pero nada de esto ocurre con una correcta comprensión de la psiquis y de la misma introspección.[14]

Después de todo, el signo interno es el objeto de la introspección y puede ser también signo externo. Se le puede dar voz al habla interna. Los resultados de la introspección en su proceso de autoclarificación necesariamente deben ser expresados de modo visible o, por lo menos, deben llevarse al nivel de la expresión externa. La introspección, funcionando como tal, sigue un camino de los signos internos a los externos. La introspección en sí misma, entonces, tiene carácter expresivo.

La autoobservación o introspección es la comprensión del propio signo interior. En este aspecto se distingue de la observación de

12 Hay que señalar que las emisiones de la primera clase pueden tener un carácter dual: pueden informar acerca de experiencias ("Estoy contento"), o pueden expresarlas directamente ("¡Hurra!"). También son posibles formas transicionales ("¡Soy tan feliz!", con una fuerte entonación expresiva de alegría). La distinción entre estos dos tipos es de enorme importancia tanto para el psicólogo como para el ideólogo. En el primer caso, no hay expresión de la experiencia y, por lo tanto, no hay realización de signo interno. Lo que se expresa es el resultado de la introspección (se da el signo de un signo, por así decir). En el segundo caso, la introspección en la experiencia interna sale a la superficie y se convierte en objeto para la observación externa (habiendo sufrido ciertas alteraciones al salir a la superficie). En el tercer caso (transicional) el resultado de la introspección está coloreado por la aparición del signo interno (el signo inicial).

13 Nuestro punto de vista sobre el contenido de la psiquis como ideología se encuentra en nuestro libro citado arriba, *Freydizm*. Véase el cap.: "El contenido de la psiquis como ideología".

14 Podría darse tal oposición si la realidad de la psiquis fuera la realidad de una cosa y no la de un signo.

un objeto o de un proceso físico. No vemos ni sentimos una experiencia, la comprendemos. Esto quiere decir que en el proceso de la introspección introducimos nuestra experiencia en un contexto integrado por otros signos que comprendemos. Un signo puede ser aclarado solo con la ayuda de otro signo.

La introspección es un tipo de *comprensión* y, por lo tanto, inevitablemente, sigue una dirección ideológica específica. Puede, entonces, ser conducida según el interés de la psicología, y, en ese caso, se convierte en comprensión de una experiencia particular dentro del contexto de otros signos internos, focalizada en la unidad de la vida psíquica.

En este caso, la introspección ilumina los signos internos con la ayuda del sistema cognoscitivo de los signos psicológicos; somete la experiencia a clarificación y diferenciación, con el objeto de dar una exacta explicación psicológica de aquella. Esto es, por ejemplo, lo que se le pide que haga a un sujeto en un experimento psicológico. La respuesta del sujeto es una explicación psicológica, o el esbozo de una explicación de ese tipo.

Pero la introspección puede seguir una dirección diferente, proponiéndose la autoobjetivación moral o ética. El signo interno entonces se introduce en un sistema de valores y normas éticas, y se comprende y se explica desde el punto de vista de ellos.

También son posibles otras direcciones. Pero siempre, en todas partes, la introspección se propone explicar el signo interno, llevándolo al más alto grado de definición semiótica. Este proceso llega a su límite cuando el objeto de la introspección llega a ser totalmente *comprendido*; es decir, cuando se convierte en un objeto no solo de la introspección sino también de la observación ordinaria, objetiva, ideológica (semiótica).

De este modo la introspección, como comprensión ideológica, se incluye dentro de la unidad de la experiencia objetiva. A esto debemos añadir la salvedad de que, en casos concretos, es imposible marcar una clara línea divisoria entre signos internos y externos, entre introspección interna y observación externa, pues la segunda suministra una corriente continua de interpretaciones tanto semióticas como empíricas a los signos internos que se quieren comprender.

La interpretación empírica está siempre presente. La comprensión de cualquier signo, ya sea interno o externo, se produce inextri-

cablemente unida a *la situación en la cual se realiza el signo.* Esta situación, aun en el caso de la introspección, existe como un conjunto de hechos provenientes de la experiencia externa, la cual interpreta e ilumina un signo interno particular. Es siempre una *situación social.* La orientación en la propia alma (introspección) es en realidad inseparable de la orientación en la situación social particular en la cual se produce la experiencia. De tal modo, solo puede profundizarse la introspección si va unida a una comprensión profundizada de la orientación social. El total desconocimiento de la orientación social conduce a la total extinción de la experiencia, tal como ocurre cuando se desconoce su naturaleza semiótica. Como veremos con más detalle más adelante, *el signo y su situación social están inextricablemente unidos.* No puede separarse el signo de la situación social sin despojarlo de su naturaleza de signo.

El problema del signo interno es uno de los más cruciales de la filosofía del lenguaje. Después de todo, el signo interno es principalmente la palabra, o habla interna. El problema del habla interna es un problema filosófico, como todos los problemas tratados en este capítulo. Se ubica en la articulación entre la psicología y las ciencias ideológicas. Solo puede llegarse a una solución metodológica fundamental de este problema en el campo de la filosofía del lenguaje como filosofía del signo. ¿Cuál es la naturaleza de la palabra en su rol como signo interno? ¿En qué forma se realiza el habla interna? ¿Cómo se vincula con la situación social? ¿Cuál es su relación con el enunciado externo? ¿Cuáles son los procedimientos para descubrir, para captar, por así decir, el habla interna? Las respuestas a todas estas preguntas solo puede darlas una filosofía del lenguaje muy elaborada.

Veamos la segunda de estas preguntas, la que se refiere a las formas en que se realiza el habla interna.

Es inmediatamente claro que, sin excepción, todas las categorías elaboradas por los lingüistas para el análisis de las formas de la lengua externa (lexicológica, gramatical, fonética) son inaplicables al análisis del habla interna, y, si son aplicables, lo son solo en versiones corregidas completa y radicalmente.

Un análisis más estricto mostraría que las unidades que constituyen el habla interna son ciertas *entidades totales* algo semejantes a un pasaje de habla monologal o a enunciados completos. Pero principalmente se asemejan a las *líneas alternantes de un diálogo.* Había buenas razones para que los pensadores antiguos hubieran

concebido el habla interna como *diálogo interno.* Estas entidades totales del habla interna no pueden resolverse en elementos gramaticales (o se puede, pero con muchos reparos) y existen entre ellas, tal como en el caso de las líneas alternantes del diálogo, conexiones que no son gramaticales sino de una clase diferente. Estas unidades de habla interna, estas *impresiones totales*[15] *de enunciados* están unidas unas a otras y alternan recíprocamente no según las leyes de la gramática o de la lógica sino según las leyes de *correspondencia evaluativa* (emotiva), de *desarrollo dialogal*, etcétera, en estrecha dependencia de las condiciones históricas de la situación social y de todo el curso pragmático de la vida.[16]

Solo mediante la indagación de las formas de los enunciados completos y, especialmente, de las formas del habla dialogal, se puede arrojar luz sobre las formas del habla interna y sobre la peculiar lógica de su concatenación en la corriente del habla interna.

Todos los problemas del habla interna que hemos señalado aquí exceden en mucho los límites de nuestro estudio. Su tratamiento productivo es aún imposible en la actualidad. Es esencial disponer primero de enormes cantidades de material fáctico preliminar, así como resolver los problemas básicos y más elementales de la filosofía del lenguaje, como por ejemplo, el problema del enunciado en particular.

En conclusión, creemos que el problema de la delimitación mutua de la psiquis y la ideología puede resolverse sobre el territorio unitario del signo ideológico, que abarca ambas.

Mediante esta solución, también se suprimiría dialécticamente la contradicción entre psicologismo y antipsicologismo.

La posición del antipsicologismo es correcta cuando se niega a derivar la ideología de la psiquis. Pero se necesita aun más que eso: la psiquis debe derivarse de la ideología. La psicología debe fundamentarse en la ciencia ideológica. El lenguaje debió surgir

15 El término ha sido tomado de Gompertz, *Weltanschauungslehre*. Parece que el primero en usarlo fue Otto Weininger. Impresión total se refiere a la impresión aún indiferenciada de la totalidad de un objeto, algo así como el aroma de su totalidad, que precede y subyace al conocimiento preciso del objeto. A veces, por ejemplo, no podemos recordar un nombre o una palabra, aunque "lo tenemos en la punta de la lengua", es decir, ya tenemos una impresión total del nombre o de la palabra pero esta no puede evolucionar hasta su forma diferenciada concreta. Según Gompertz, las impresiones totales tienen gran valor epistemológico. Son los equivalentes psíquicos de las formas de la totalidad y transmiten a esta su unidad.
16 La distinción que se hace comúnmente entre los tipos de habla interna (visual, auditiva y motora) no es relevante aquí para nuestras consideraciones. Dentro de cada tipo, el habla obra en términos de impresiones totales, ya sean visuales, auditivas o motoras.

y desarrollarse primero en el proceso del intercambio social de los organismos para después poder introducirse en el organismo y convertirse en habla interna.

Sin embargo, la posición del psicologismo también es correcta. No existe signo externo sin signo interno. Un signo externo incapaz de integrar el contexto de los signos internos, incapaz de ser comprendido y experimentado, deja de ser un signo y vuelve al status de objeto físico.

El signo ideológico se hace posible por su realización psíquica, tanto como su realización psíquica se hace posible por su plenitud ideológica. La experiencia psíquica es algo interior que se hace exterior y el signo ideológico, algo externo que se hace interno. La psiquis goza de status extraterritorial en el organismo. Es una entidad social que se introduce en el organismo de la persona individual. Todo lo ideológico es también extraterritorial en la esfera socioeconómica, puesto que el signo ideológico, cuya ubicación está fuera del organismo, debe ingresar al mundo interno para realizar su significado como signo.

Entre la psiquis y la ideología existe, pues, una continua acción recíproca dialéctica: *la psiquis se anula a sí misma, o es eliminada, en el proceso de convertirse en ideología, y la ideología se anula a sí misma en el proceso de convertirse en la psiquis.* El signo interno debe liberarse de ser absorbido por el contexto psíquico (el contexto biológico-biográfico), debe dejar de ser una experiencia subjetiva para convertirse en signo ideológico. El signo ideológico debe sumergirse en el elemento de los signos internos, subjetivos; debe sonar con tonos subjetivos para seguir siendo un signo vivo y no ser relegado al honroso status de incomprensible pieza de museo.

Esta dialéctica acción recíproca entre los signos internos y externos —entre la psiquis y la ideología— atrajo la atención de los pensadores más de una vez, pero nunca obtuvo una comprensión correcta o una expresión adecuada.

En épocas recientes, el análisis más profundo e interesante de esta acción recíproca se debe al filósofo y sociólogo Georg Simmel.

Simmel percibió esta acción recíproca en una forma típica de la especulación burguesa contemporánea, la de la "tragedia de la cultura" o, más exactamente, la tragedia de la personalidad subjetiva que crea cultura. Esta personalidad creativa, de acuerdo

con Simmel, se anula a sí misma, a su subjetividad y a su verdadera "personalidad" en el producto objetivo que ella misma crea. El nacimiento de un valor cultural objetivo acarrea la muerte del espíritu subjetivo.

No vamos a detallar el análisis que hace Simmel de todo este problema (análisis que contiene no pocas observaciones agudas e interesantes).[17] Pero señalaremos la deficiencia básica en la teoría de Simmel.

Para Simmel existe una discrepancia irreconciliable entre la psiquis y la ideología: *no reconoce en el signo una forma de la realidad común tanto a la psiquis como a la ideología.* Más aun, a pesar de ser sociólogo, *no puede apreciar la pronunciada naturaleza social de la realidad de la ideología, ni de la realidad de la psiquis.* Pero una y otra clase de realidad son, después de todo, una refracción de una misma existencia socioeconómica. Por consiguiente, la vital contradicción dialéctica entre la psiquis y la existencia asume para Simmel la forma de una antinomia fija e inerte, una "tragedia", y en vano trata de superar esa inevitable antinomia recurriendo a una dinámica metafísicamente engañosa del proceso vital.

Solo sobre la base de un monismo materialista puede lograrse una solución dialéctica de esas contradicciones. Cualquier otra base conduce necesariamente o a cerrar los ojos a estas contradicciones e ignorarlas, o a transformarlas en una antinomia irreparable, un trágico callejón sin salida.[18]

En el medio verbal, en cada enunciado, por trivial que pueda ser, constantemente se produce esta viva síntesis dialéctica una y otra vez entre la psiquis y la ideología, entre lo interno y lo externo. En cada acto de habla, la experiencia subjetiva desaparece en el

17 Dos estudios de Simmel, dedicados a este tema, han sido traducidos al ruso: "La tragedia de la cultura", *Logos*, II-III, 1911-1912, y "Los conflictos de la cultura contemporánea", publicados separadamente y con un prefacio del prof. Sviatlovskiy con el título *Nachatki znaniy* ("Rudimentos de conocimiento"), Petrogrado, 1923. En su último libro, *Lebensanschauung*, 1919, Simmel trata el mismo problema desde el punto de vista de la filosofía-de-la-vida. La misma idea es el leitmotif de la vida de Goethe escrita por Simmel, y hasta cierto punto también de sus libros sobre Nietzsche y Schopenhauer y sus estudios sobre Rembrandt y Miguel Angel (este apareció traducido al ruso en *Logos*, I, 1911-1912). La tipología de Simmel de personalidades creativas se sustenta en los diversos medios de superar este conflicto entre la psiquis y su objetivación creativa en un producto externo de la cultura.
18 En la literatura filosófica rusa, Fedor Steppun se ha ocupado y sigue ocupándose del problema de la objetivación de la psiquis subjetiva en los productos ideológicos, y de las contradicciones y conflictos que se derivan. Véase sus trabajos en *Logos*, II-III, 1911-1912, y II-IV, 1913. También Steppun presenta estos problemas bajo una luz trágica e incluso mística. No puede examinarlos en el sistema de la realidad material objetiva. Solo dentro de este sistema el problema puede encontrar solución productiva y sanamente dialéctica.

hecho objetivo de la expresión verbal enunciada, y la palabra enunciada se subjetiviza en el acto de la comprensión correspondiente para generar, tarde o temprano, un enunciado opuesto. Cada palabra, como sabemos, es un pequeño campo de lucha para la oposición y entrecruzamiento de acentos sociales con distinta orientación. Una palabra en boca de una particular persona individual es un producto de la viva interacción de las fuerzas sociales.

De este modo, la psiquis y la ideología se interpenetran dialécticamente en el proceso unitario y objetivo del intercambio social.

Segunda parte

Hacia una filosofía marxista del lenguaje

Capítulo 1

Dos corrientes del pensamiento en la filosofía del lenguaje

El problema del modo real de existencia del lenguaje. Principios básicos de la primera corriente de pensamiento en la filosofía del lenguaje (subjetivismo individualista). Representantes de la primera corriente. La segunda corriente de pensamiento en la filosofía del lenguaje: objetivismo abstracto. Las raíces históricas de la segunda corriente. Representantes contemporáneos del objetivismo abstracto. Conclusiones.

¿Cuál es, en realidad, la materia de que trata la filosofía del lenguaje? ¿Dónde la vamos a encontrar? ¿Cómo es su existencia material, concreta? ¿Qué método o métodos nos permiten captar su modo de existencia?

En la primera sección —introductoria— de nuestro estudio, evitamos totalmente estos temas concretos. Nos aplicamos a la filosofía del lenguaje, la filosofía de la palabra. Pero ¿qué es lenguaje, y qué es palabra?

Por cierto que no poseemos una definición terminante de estos conceptos. Tal definición (hasta donde una definición científica pueda considerarse terminante) puede obtenerse al finalizar un trabajo, no al comenzarlo. Al comenzar una investigación hay que construir pautas metodológicas, no definiciones. Sobre todo es esencial tener la percepción concreta del objeto real el objeto a investigar; es esencial separarlo de la realidad circundante y delimitarlo en forma preliminar. En el origen de una investigación, no guía tanto la facultad intelectual de hacer fórmulas y definiciones cuanto los ojos y las manos en el intento de lograr la percepción concreta de la presencia real del objeto de estudio.

Pero cuando vamos a nuestro caso particular los ojos y las manos se encuentran en un aprieto: los ojos no ven nada y no hay nada que las manos puedan tocar. Parecería que el oído está en ventaja porque puede alegar que oye una palabra que oye el lenguaje. Las tentaciones de un *empirismo fonético superficial* son muy poderosas en la ciencia lingüística. El estudio del aspecto sonoro

de la lengua ocupa un lugar desproporcionadamente extenso en la lingüística. A menudo da la tónica a la disciplina, y en muchos casos se realiza separado de toda conexión con la esencia real de la lengua como signo ideológico.[1]

La tarea de identificar el objeto real de estudio en la filosofía del lenguaje no es nada fácil. Con cada intento de delimitar el objeto de la investigación, de reducirlo a una compacta y compleja materia de dimensiones definidas y discernibles, perdemos la verdadera esencia de lo que estamos estudiando: su naturaleza semiótica e ideológica. Si aislamos el sonido como un *fenómeno puramente acústico*, no tendremos al lenguaje como nuestro objeto específico. El sonido corresponde íntegramente al campo de la física. Si agregamos el *proceso fisiológico de producción del sonido* y el proceso de *recepción del sonido*, aún no nos acercamos a nuestro objeto. Si a esto sumamos la *experiencia* (signos internos) del hablante y del oyente, obtenemos dos procesos psicofísicos, que se producen en dos entes psicofisiológicos distintos, y un proceso físico sonoro cuya manifestación natural es gobernada por las leyes de la física. Se nos sigue escapando el lenguaje como objeto específico de estudio. Pero ya abarcamos tres esferas de la realidad, la física, la fisiológica y la psicológica, y obtuvimos un complejo mixto bastante elaborado. Lo que le falta a este complejo es un "alma"; sus partes componentes son una colección de entidades separadas que no pueden formar una unidad en virtud de ningún poder interno, lo que podría transformar ese complejo en el fenómeno del lenguaje, precisamente.

¿Qué hay que agregar, entonces, a nuestro complejo ya elaborado? Ante todo, hay que incluir este complejo en otro más amplio y más comprensivo: en la esfera unitaria del intercambio social organizado. Para observar el proceso de combustión, debe colocarse una sustancia en el aire. Para observar el fenómeno del lenguaje, hay que colocar en la atmósfera social tanto al productor como al receptor del sonido y al sonido mismo. Después de todo, el hablante y el oyente deben pertenecer a la misma comunidad lingüística, a una sociedad organizada según un plan particular. Además, nuestros dos individuos deben ser abarcados por la unidad de la situación social inmediata, deben tomar contacto, de persona a persona, sobre una base específica. Solo sobre una

1 Esto se refiere principalmente a la fonética experimental, que no estudia los sonidos de un lenguaje sino simplemente los sonidos producidos por los órganos vocales y recibidos por el oído, sin tener en cuenta la posición que esos sonidos ocupan en el sistema de la lengua o en la construcción de un enunciado. Otras ramas de la fonética también emplean enorme cantidad de material fáctico, recolectado laboriosa y prolijamente, sin ubicarlo metodológicamente en la lengua.

base específica es posible el intercambio verbal, aunque la base compartida pueda ser impersonal o impuesta por la ocasión, por decirlo así.

Entonces, podemos decir que *la unidad del medio social y la unidad del acontecimiento social inmediato de comunicación* son condiciones absolutamente esenciales para poner a nuestro complejo físico-psico-fisiológico en relación con la lengua, con el habla, para que pueda convertirse en un hecho de habla lingüístico. Dos organismos biológicos en condiciones puramente naturales no producen el hecho de habla.

Pero los resultados de nuestro análisis no nos han permitido delimitar, como queríamos, nuestro objeto de investigación, sino que nos condujeron a complicarlo aun más, llevándolo a su máxima expansión. Porque el hecho de que tanto el medio social organizado en el cual incluimos nuestro complejo como la situación social comunicativa inmediata presentan ya una gran complicación e implican multitud de relaciones multifacéticas y diversas, de las cuales no todas tienen la misma importancia para la comprensión de los hechos lingüísticos, ni son todas constituyentes de la lengua. En definitiva, lo que se necesita es llevar a un común denominador todo este variado sistema de rasgos y relaciones, de procesos y de hechos. Todos su ramales deben canalizarse hacia un solo centro: el punto focal del proceso lingüístico.

Ya expusimos arriba el problema del lenguaje, revelando las dificultades que le son inherentes. ¿Qué han hecho la filosofía del lenguaje y la lingüística general para resolver este problema? ¿Qué hitos nos han dejado para orientarnos en el camino de su solución?

No nos proponemos hacer un estudio detallado de la historia de la filosofía del lenguaje y de la lingüística general ni tampoco siquiera de su situación actual. Nos limitaremos aquí a un análisis general de las principales corrientes del pensamiento filosófico y lingüístico en los tiempos modernos.[2]

2 Hasta hoy no han aparecido estudios dedicados especialmente a la filosofía del lenguaje. Solo existe investigación básica sobre la filosofía del lenguaje en la antigüedad, por ejemplo, *Geschichte der Sprachwissenschaft bei den Griechen und Römern*, de Steinthal (1890). En cuanto a la historia europea, solo poseemos monografías sobre pensadores y lingüistas individuales (Humboldt, Wundt, Marty y otros). Nos referiremos a ellos en el momento oportuno. El lector encontrará un esbozo de historia de la filosofía del lenguaje y de la lingüística, hasta ahora el único esencial en su tipo, en el libro de Ernst Cassirer, *Philosophie der symbolischen Formen: Die Sprache*, 1923. Véase el cap. I, "Das Sprachproblem in der Geschichte der Philosophie", pp. 55-121.
Dentro de la literatura erudita rusa, el artículo de R. Shor "Krizis sovriemiennoi lingvistiki"

Tanto en la filosofía del lenguaje como en los sectores de la lingüística general relacionados metodológicamente con aquella, observamos *dos corrientes básicas* en la solución de nuestro problema, que es el de la *identificación y delimitación del lenguaje como objeto específico de estudio.* Las diferencias en este punto implican también, por supuesto, diferencias fundamentales entre ambas corrientes con respecto a todos los otros aspectos que atañen al estudio del lenguaje.

La primera corriente puede llamarse *subjetivismo individualista* en el estudio del lenguaje, y la segunda, *objetivismo abstracto.*[3]

La primera corriente considera que la base del lenguaje (entendiéndose por lenguaje todas las manifestaciones lingüísticas sin excepción) es el acto de habla individual creativo. El origen del lenguaje está en la psiquis individual. Las leyes de la creatividad del lenguaje —y el lenguaje es, para esta orientación, un proceso continuo, una creatividad incesante— son las de la psicología individual, y estas leyes son precisamente lo que se supone que deben estudiar el lingüista y el filósofo del lenguaje. Elucidar un fenómeno lingüístico quiere decir ponerlo de acuerdo con un acto de creatividad individual significativo (a menudo incluso discursivo). Cualquier otra cosa que haga el lingüista solo tiene carácter preparatorio, delineador, descriptivo o clasificatorio; sirve únicamente para preparar el terreno a la verdadera explicación del fenómeno lingüístico en función del acto creativo individual, o para los fines prácticos de enseñanza de la lengua. Visto con esta perspectiva, el lenguaje resulta análogo a otros fenómenos ideológicos, en particular al arte, a la actividad estética.

El modo en que la primera corriente considera al lenguaje se puede resumir en estos cuatro principios básicos:

1) *El lenguaje es actividad, un proceso incesante de creación* (energía) *que se lleva a cabo en actos individuales de habla;*

2) *Las leyes de la creatividad del lenguaje son las de la psicología individual;*

(La crisis de la lingüística contemporánea), *Iafleticheskiy sbornik*, V, 1927, pp. 32-71, proporciona una reseña completa del estado actual de las cuestiones lingüísticas y de filosofía del lenguaje. Se encuentra una visión general, nada completa, de los estudios sociológicos en lingüística en el artículo de M. N. Peterson "Iazik kak social'noe ievlienie" (El lenguaje como fenómeno social), *Uchenie zapiski Instituta Iazika i litieratury*, Ranion, Moscú, 1927, pp. 3-21. No mencionaremos aquí obras sobre historia de la lingüística.

3 Ningún vocablo, como ocurre siempre en estos casos, abarca totalmente la envergadura y la complejidad de la corriente denotada. Como veremos, la designación de la primera tendencia es particularmente inadecuada, pero no pudimos lograr otra mejor.

3) *La creatividad del lenguaje es significativa, análoga al arte creativo;*

4) *La lengua como producto terminado* (ergon), *como sistema estable (léxico, gramática, fonética) es algo así como la corteza inerte,* la lava endurecida de la creatividad del lenguaje, *que la lingüística convierte en una construcción abstracta en beneficio de la enseñanza práctica de la lengua como instrumento ya listo para usar.*

El representante más destacado de la primera corriente, el que estableció sus bases, fue Wilhelm von Humboldt.[4]

El poderoso pensamiento de Humboldt ejerció una influencia que excede el alcance de la corriente que acabamos de caracterizar. Puede afirmarse que hasta hoy, todo lingüista posthumboldtiano ha recibido su influencia determinante. No es necesario decir que la totalidad del pensamiento de Humboldt no se contiene en el marco de los cuatro principios mencionados; es más extenso, más complejo y más contradictorio, lo cual explica que Humboldt pueda ser el orientador de corrientes y movimientos muy divergentes.[5]

A pesar de todo, el núcleo de las ideas de Humboldt constituye la expresión más potente y profunda de las tendencias fundamentales ejemplificadas por la primera corriente.

En la lingüística rusa, los principales representantes de esta tendencia son A. A. Potiebnia y su círculo.[6]

Los representantes de la primera corriente, posteriores a Humboldt, no alcanzaron el nivel de su síntesis y profundidad filosófica. Esta corriente se fue limitando, especialmente al adoptar

4 Hamann y Herder fueron precursores de Humboldt en lo que concierne a esta corriente.

5 Humboldt expuso sus ideas sobre filosofía del lenguaje en su estudio "Ueber die Verschiedenheiten des menschlichen Sprachbaues", *Gesammelte Werke*, VI, Berlín, 1841-1852; hace ya bastante tiempo, en 1859, P. Billiarskiy hizo una traducción al ruso con el título *O razlichii organizmov chelovischeskogo iazika* (Sobre la distinción entre organismos y lenguaje humano). Existe una vasta literatura sobre Humboldt. Debemos mencionar la obra de R. Haym, *Wilhelm von Humboldt*, que tiene traducción rusa. Entre los estudios más recientes, podemos mencionar el de Edward Spranger, *Wilhelm von Humboldt*, Berlín, 1909.
Pueden encontrarse comentarios rusos sobre Humboldt y su papel en el pensamiento lingüístico ruso en el libro de B. M. Engeligart, *A. N. Vieslelovskiy*, Petrogrado, 1922. Recientemente, G. Shpett publicó un libro interesante y estimulador titulado *Vnutrenniaia forma slova (etyudi i varietsii na temu Gumbolidta)* [La forma interna de la palabra (Estudios y variaciones sobre un tema de Humboldt)]. Shpett intenta aquí recuperar al Humboldt auténtico, original, oculto bajo sucesivos mantos de interpretaciones tradicionales. El subjetivo concepto que tiene Shpett acerca de Humboldt prueba una vez más cuán complejo y contradictorio es este; las "variaciones" demuestran ser ciertamente muy libres.

6 El trabajo fisolófico básico de Potiebnia es: *Misli i iazik* (Pensamiento y lenguaje). Sus seguidores, pertenecientes a la llamada escuela de Jarkov (Ovsianiko-Kulikovskiy, Liezin, Jartsiev, *et al.*, publicaron una serie no periódica, *Voprosi tieorii i psijologii tvorchesta*, que incluía las obras póstumas de Potiebnia y artículos de los discípulos acerca de su maestro. En el volumen de los escritos fundamentales de Potiebnia hay una exposición de las ideas de Humboldt.

métodos positivistas y casi empiristas. Ya Steinthal no logra el alcance de Humboldt. Pero aparece, como compensación, una mayor precisión y sistematización metodológica. Steinthal consideró también que la psiquis individual era fuente del lenguaje y que las leyes del desarrollo lingüístico eran psicológicas.[7]

Los principios básicos de la primera corriente se degradaron drásticamente por el psicologismo empirista de Wundt y sus seguidores.[8] Conforme a la posición de Wundt todos los hechos del lenguaje sin excepción pueden explicarse en función de la psicología individual sobre una base voluntarista.[9] En verdad, Wundt considera el lenguaje, lo mismo que Steinthal, como un hecho de la "psicología de los pueblos" (*Völkerpsychologie*) o "psicología étnica".[10] Sin embargo, la psicología étnica de Wundt se compone de las psiquis de personas individuales; para él, solo ellas poseen una medida plena de la realidad.

En el análisis final, todas sus explicaciones de los actos de lenguaje, mito y religión se reducen a explicaciones puramente psicológicas. No llega a percibir la regulación puramente sociológica, que es una propiedad de todos los signos y no puede reducirse a leyes de psicología individual.

La primera corriente en la filosofía del lenguaje, luego de abandonar los vínculos con el positivismo, en los últimos tiempos, había logrado nuevamente gran desarrollo y envergadura en la concepción de sus tareas gracias a la escuela de Vossler.

La escuela de Vossler (llamada "Idealistische Neuphilologie") es sin duda uno de los movimientos más poderosos en el pensamiento lingüístico-filosófico de hoy. Y la positiva contribución especializada que sus adherentes han aportado a la lingüística (en filología románica y germánica) es asimismo excepcional. Basta con nombrar, además del mismo Vossler, a algunos de sus seguidores como Leo Spitzer, Lorck, Lerch, entre otros. Más adelante tendremos ocasión de referirnos a cada uno de estos investigadores.

7 Detrás de la concepción de Steinthal se halla la psicología de Herbart, que intenta construir todo el edificio de la psiquis humana a partir de rudimentos de ideas unidos por asociación.
8 En este punto, la conexión con Humboldt ya es muy débil.
9 El voluntarismo coloca el elemento de la voluntad en la base de la psiquis.
10 Fue G. Shpett quien propuso usar el término "psicología étnica" en vez de la traducción literal de la expresión alemana "Volkerpsychologie". El vocablo original es ciertamente insatisfactorio y la alternativa de Shpett nos parece muy acertada. Véase G. Shpett, *Vvedienie v etnicheskuiu psiiologiiu* [Introducción a la psicología étnica], Gosudarstviennaia Akadiemiia Judozhestv i Nauk, Moscú, 1927. El libro contiene una crítica sustancial de la perspectiva de Wundt, pero el sistema propio de Shpett es totalmente inaceptable.

El punto de vista general filosófico-lingüístico sostenido por Vossler y su escuela está totalmente caracterizado por los cuatro principios fundamentales que presentamos para la primera corriente. La escuela se define sobre todo y primero por su decisivo rechazo, fundamentado teóricamente, *del positivismo lingüístico*, con su incapacidad para ver nada más allá de la forma lingüística (principalmente, la forma fonética como la más "positiva") y el acto psicofisiológico elemental que la produce.[11] En consecuencia, se llevó al primer plano el factor *ideológico significativo* en el lenguaje. Se dice que el principal impulso para la creatividad lingüística es el "gusto lingüístico", una variedad especial del gusto artístico. El gusto lingüístico es esa verdad lingüística por la cual vive el lenguaje y que el lingüista debe descubrir en toda manifestación de la lengua para comprender genuinamente y explicar tal manifestación. Dice Vossler:

"La única historia del lenguaje que puede pretender el status de una ciencia es la que puede recorrer toda la escala del orden práctico, causal, de las cosas para llegar al orden estético, de tal modo que el pensamiento lingüístico, la verdad lingüística, el gusto lingüístico y la sensibilidad lingüística o, como la llamó Wilhelm Humboldt, la forma interior del lenguaje, puede hacerse clara y comprensible en sus transformaciones física, psíquica, política, económica y, en general, culturalmente condicionadas."[12]

Vemos que todos los factores que producen un efecto determinante sobre un fenómeno lingüístico (factores físicos, políticos, económicos y otros) no tienen relevancia directa para el lingüista, según Vossler; para él, solo es importante el sentido artístico de cualquier fenómeno lingüístico dado.

Tal es la naturaleza de la concepción puramente estética del lenguaje que tiene Vossler. En sus propias palabras: "El pensamiento lingüístico es esencialmente pensamiento poético; la verdad lingüística es verdad artística, es belleza significativa."[13]

Es totalmente comprensible, entonces, que para Vossler la manifestación fundamental, la realidad fundamental, del lenguaje no debe ser la lengua como un sistema elaborado, en el sentido de un cuerpo de formas heredadas inmediatamente usables —fonéticas, gramaticales y otras— sino el *acto de habla creativo indi-*

11 El orientador primer trabajo filosófico de Vossler, *Positivismus und Idealismus in der Sprachwissenschaft*, Heidelberg, 1904, ya comenzó la crítica del positivismo lingüístico.
12 (Versión rusa) "La gramática y la historia del lenguaje", *Logos*, I, 1910, p. 170.
13 *Ibid.*, p. 167.

vidual (Sprache als Rede). Síguese de esto que, desde el punto de vista de la producción del lenguaje, el rasgo vital de todo acto de habla no consiste en las formas gramaticales, que son compartidas, estables e inmediatamente usables en todos los otros enunciados de una lengua, sino en la concretización estilística y en la modificación de estas formas abstractas, lo cual individualiza y caracteriza de modo singular cualquier enunciado.

Solo esta individualización estilística del lenguaje en una emisión concreta es histórica y creativamente productiva. Es aquí precisamente donde se genera el lenguaje, que luego se va a solidificar en formas gramaticales: *todo lo que llega a ser un hecho de gramática ha sido alguna vez un hecho de estilo.* En esto consiste la idea de Vossler de la *precedencia del estilo sobre la gramática.*[14] La mayoría de los estudios lingüísticos publicados por la escuela de Vossler se ubican en el límite entre la lingüística (en el sentido restringido) y la estilística. Los vosslerianos se esfuerzan permanentemente por discernir las raíces ideológicas significativas en cada forma de lengua.

Básicamente, tal es el punto de vista lingüístico-filosófico sostenido por Vossler y su escuela.[15]

Entre los representantes contemporáneos de la primera corriente en filosofía del lenguaje, también debe mencionarse al filósofo italiano, erudito de la literatura, Benedetto Croce, por la gran influencia que ha ejercido sobre el pensamiento europeo contemporáneo en la filosofía del lenguaje y en los estudios literarios.

Las ideas de Benedetto Croce se acercan en muchos puntos a las de Vossler. También para Croce, el lenguaje es un fenómeno estético. La palabra clave, fundamental, en su teoría es *ex-*

14 Volveremos sobre esta idea para su crítica.

15 Los estudios lingüístico-filosóficos fundamentales de Vossler, publicados después de *Positivismus und Idealismus*, están reunidos en *Philosophie der Sprache*, 1926. Esta obra proporciona un cuadro completo de la perspectiva filosófica y lingüística general de Vossler. Entre los trabajos lingüísticos que exponen el método característico de Vossler, podemos citar su *Frankreich Kultur im Spiegel seiner Sprachentwicklung*, 1913. Se puede hallar una bibliografía completa de los escritos de Vossler hasta 1922 en *Idealistische Neuphilologie. Festschrift für K. Vossler*, 1922. Hay dos artículos de Vossler traducidos al ruso: "Grammatika i istoriia iazika" (La gramática y la historia del lenguaje), *Logos*, I, 1910, y "Otnoshiennie istorii iazikov k istorii litieratury", *Logos*, I-II, 1912-1913. Ambos artículos contribuyen a la comprensión de los fundamentos de la perspectiva de Vossler. No se discute cuánto ha sido aceptado, en la literatura lingüística rusa, de los puntos de vista de Vossler y sus seguidores. Hay unas pocas referencias en un artículo de V. M. Zirmunskiy sobre los estudios literarios alemanes contemporáneos (en *Poetika*, III, "Academia", 1927). En el estudio ya citado de R. Shor, la escuela de Vossler solo se menciona en una nota al pie de página. En el momento oportuno, tendremos algo que decir de las obras de los seguidores de Vossler que tienen importancia filosófica y metodológica.

presión. Todo tipo de expresión en su raíz es artístico. De aquí la idea de que la lingüística, en cuanto estudio de la expresión por excelencia (el medio verbal), coincide con la estética. Y esto significa que también para Croce el acto individual de expresión verbal es la manifestación fundamental del lenguaje.[16]

Y ahora pasemos a caracterizar la segunda corriente en la filosofía del lenguaje.

El centro organizador de todos los fenómenos lingüísticos, el que hace que sean el objeto específico de una ciencia especial del lenguaje, en el caso de la segunda corriente se ubica en un factor totalmente distinto: *en el sistema lingüístico como sistema de las formas fonéticas, gramaticales y léxicas del lenguaje.*

Si, para la primera tendencia, el lenguaje es un río de ininterrumpida corriente de actos de habla en el cual nada permanece fijo e idéntico a sí mismo, para la segunda el lenguaje es el arco iris estático tendido sobre ese río.

Cada acto creativo individual, cada emisión, es idiosincrásica y singular, pero cada emisión contiene elementos idénticos a los de otras emisiones del mismo grupo lingüístico. Y son precisamente estos factores —los fonéticos, gramaticales y léxicos que son *idénticos* y por tanto *normativos* para toda emisión— los que aseguran la unidad de una lengua y su comprensión de parte de todos los miembros de una comunidad determinada.

Si consideramos un sonido cualquiera de la lengua, por ejemplo el fonema /b/ de "ámbar", este sonido al ser producido por el aparato fisiológico articulatorio de organismos individuales es idiosincrásico y singular para cada hablante. La /b/ en "ámbar" tendrá tantas pronunciaciones distintas como personas que pronuncien la palabra (aunque nuestro oído se resista o sea incapaz de distinguir esas peculiaridades). El sonido fisiológico (el sonido producido por el aparato fisiológico individual) es, al fin y al cabo, tan singular como las impresiones digitales o como la composición química de la sangre de cada persona individual (a pesar de que la ciencia no halló aún la fórmula de la sangre individual).

Pero nos preguntamos qué importancia pueden tener, desde el punto de vista de la lengua, todas estas peculiaridades idiosincrásicas en la pronunciación de /b/, peculiaridades que depen-

16 La primera parte de *La estética como ciencia de la expresión y lingüística general*, de B. Croce, se ha traducido al ruso (Moscú, 1920). Los puntos de vista generales de Croce sobre el lenguaje y la lingüística se explicitan en esta primera parte del libro.

den, podemos suponer, de la forma individual de los labios y de la cavidad bucal (suponiendo que pudiéramos distinguir minuciosamente todas estas peculiaridades). Naturalmente, la respuesta es que no tienen ninguna importancia. Lo que importa es la *identidad normativa* del sonido en todos los casos en que se pronuncia la palabra "ámbar". Como la identidad factual, en definitiva, no existe, la identidad normativa es el factor que constituye la unidad del sistema de sonidos de una lengua (en un momento particular de su vida) y que garantiza que una palabra será comprendida por todos los miembros de la comunidad lingüística. Este fonema /b/ normativamente idéntico puede considerarse un hecho lingüístico, objeto específico de estudio para la ciencia del lenguaje.

Esto es así también para los otros elementos del lenguaje. Encontramos la misma identidad normativa de la forma lingüística en todas partes (por ejemplo, una estructura sintáctica) y la realización individual específica de la forma particular en el acto de habla singular. La primera pertenece al sistema de la lengua, la segunda es un hecho que corresponde al proceso individual del habla condicionado por factores fisiológicos, psicológico-subjetivos y otros que no pueden estimarse con exactitud, todos los cuales resultan fortuitos desde el punto de vista de la lengua como sistema.

Es evidente que el sistema de la lengua, como se lo ha caracterizado aquí, es totalmente independiente de los actos, intenciones o móviles creativos individuales. Desde el punto de vista de la segunda corriente, la creatividad lingüística significativa de parte del hablante no debe tenerse en cuenta.[17] La lengua se presenta al individuo como la norma inviolable e indiscutible, que aquel no puede sino aceptar. Si el individuo no percibe una forma lingüística como norma indiscutible, entonces esta no existe para él como una forma de la lengua sino simplemente como una posibilidad natural para su aparato psicofísico individual. El individuo recibe de su comunidad lingüística el sistema de la lengua completamente elaborado. Cualquier cambio en ese sistema se encuentra fuera del alcance de su conciencia individual. El acto individual de articular sonidos se convierte en acto lingüístico solo a través de su coincidencia con el sistema de la lengua ya fijado (en un momento dado en el tiempo) e indiscutible (para el individuo).

17 Más adelante veremos que los fundamentos de la segunda corriente en filosofía del lenguaje descriptos aquí, en el campo del racionalismo incorporaron la idea de una lengua universal, lógica, artificialmente construida.

¿Cuál es, entonces, la naturaleza del conjunto de leyes vigentes dentro del sistema de la lengua?

Este conjunto de leyes tiene una naturaleza puramente *inmanente y específica* que no es reductible a ningún otro conjunto de leyes, ya sean ideológicas, artísticas o de cualquier tipo. Todas las formas de la lengua en un determinado momento, es decir, *sincrónicamente*, se encuentran en posición de mutua necesidad y complementariedad, con lo cual transforman la lengua en un sistema ordenado, con leyes de naturaleza específicamente lingüística. *Esta sistematicidad específicamente lingüística, a diferencia de la sistematicidad de la ideología* —del conocimiento, el arte creativo y la ética— *no puede convertirse en motivo para la conciencia individual.* El individuo debe aceptar y asimilar este sistema tal como es; no queda lugar para las discriminaciones evaluativas, ideológicas, tales como decidir si algo es mejor, peor, hermoso, feo. Hay un solo criterio lingüístico: correcto versus incorrecto, donde *lingüísticamente correcto* solo significa la *correspondencia de una cierta forma con el sistema normativo de la lengua.* Por lo tanto, no se discute nada semejante a gusto lingüístico o verdad lingüística. Desde el punto de vista del individuo, la sistematicidad lingüística es arbitraria, carente de toda motivación o posibilidad de comprensión natural o ideológica artística, por ejemplo. No existe, entonces, ni relación natural ni correspondencia artística entre el aspecto fonético de una palabra y su significado.

Si la lengua, como sistema de formas, es absolutamente independiente de los impulsos o actividades creativas de parte del individuo, entonces la lengua es el producto de la creatividad colectiva, es decir, una entidad social, y por lo tanto, como todas las instituciones sociales, es normativa para cada individuo por separado.

Pero este sistema de la lengua, que es una unidad inmutable en cualquier momento determinado, es decir, sincrónicamente, no obstante cambia, evoluciona en el proceso de evolución histórica de la comunidad lingüística. La identidad normativa del fonema que hemos establecido será diferente en diferentes períodos del desarrollo de cada lengua. Es decir, que la lengua tiene su historia, y hay que ver cómo puede comprenderse esta historia en la perspectiva de la segunda corriente.

Una característica contradictoria de la segunda tendencia en la filosofía del lenguaje es su aceptación de una especie de *discontinuidad entre la historia de la lengua y el sistema de la lengua* (la lengua en su dimensión sincrónica, a-histórica). Desde el punto de

vista de los principios fundamentales de la segunda corriente, esta discontinuidad dualística es absolutamente insuperable. No puede existir nada en común entre la lógica que gobierna el sistema de formas lingüísticas en un momento dado y la lógica (o mejor "a-lógica") del cambio histórico de esas formas. Hay dos clases distintas de lógica; o mejor, si reconocemos solo una de ellas como lógica, la otra es a-lógica, es decir una total violación de la lógica aceptada.

Ciertamente, las formas lingüísticas que comprenden el sistema de la lengua son mutuamente indispensables y complementarias, de la misma manera que lo son los términos en una fórmula matemática. Un cambio en uno de los miembros del sistema crea un nuevo sistema, tal como el cambio de uno de los términos en una fórmula crea una nueva fórmula. La interconexión y la regularidad que gobierna la relación entre los términos en una fórmula no se extienden, ni pueden extenderse, a las relaciones entre esa fórmula particular o sistema y otra fórmula o sistema subsiguiente.

Ilustraremos con una analogía la actitud de la segunda corriente en la filosofía del lenguaje hacia la historia de la lengua. Podemos comparar el sistema de la lengua con la fórmula de Newton para la solución de binomios. Esta fórmula está regida por un conjunto estricto de reglas que da a cada término una función fija. Supongamos que un estudiante cometió un error en la interpretación de esta fórmula (confundió los exponentes o los signos más y menos, por ejemplo). Se obtuvo así una nueva fórmula con sus propios principios de regulación interna (por supuesto, la nueva fórmula no resuelve los binomios, pero eso no interesa para la analogía). Entre la primera y la segunda fórmula no existe una relación matemática que sea análoga a la que se da entre los términos dentro de cada fórmula.

La situación es exactamente igual en la lengua. Las relaciones sistemáticas que conectan entre sí dos formas lingüísticas en el sistema (en un momento determinado) no tienen nada en común con las relaciones que existen entre una de esas formas y su modificación en un período subsiguiente de la evolución histórica de la lengua. Hasta el siglo XVI, el alemán formaba el tiempo pretérito del verbo "ser": *ich was*; *wir waren*. El alemán actual usa: *ich war*; *wir waren*. Es decir, que "ich was" pasó a ser "ich war". Entre las formas "ich was" y "wir waren" y entre "ich war" y "wir waren" existe una relación lingüística sistemática y de complementariedad. Se relacionan y se complementan como primera persona singular y plural del mismo verbo. La rela-

ción que existe entre "ich was" e "ich war" y entre "ich war" (moderno) y "wir waren" (siglos XV y XVI) es una relación distinta, que no tiene nada que ver con la anterior, perteneciente al sistema. La forma "ich war" surgió por analogía con "wir waren"; por influencia de "wir waren", la gente (individuos aislados) comenzó a usar "ich war" en vez de "ich was".[18] Este fenómeno se difundió y así un error individual se convirtió en norma lingüística. Entre las dos series siguientes:

I) *ich was-wir waren* (en un corte sincrónico en el siglo XV) o *ich war-wir waren* (en un corte sincrónico en el siglo XIX) y

II) *ich was-ich war*

wir waren (como factor provocante de la analogía)

existen diferencias profundas y fundamentales. La primera serie —sincrónica— está regida por la relación lingüística sistemática de los elementos mutuamente indispensables y complementarios. Esta serie se mantiene independiente del individuo, en cuanto norma lingüística indiscutible. La segunda —histórica o diacrónica— se rige por sus propios principios especiales, estrictamente, los de error por analogía.

La lógica de la historia de la lengua —la lógica de los errores o desviaciones individuales (el cambio de "ich was" a "ich war")— opera fuera de los límites de la conciencia individual. El cambio es inintencional e inadvertido y solo así puede producirse. En cada momento histórico puede existir una sola norma lingüística: o "ich was" o "ich war". Una norma solo puede coexistir con su violación pero no con otra norma contradictoria (por la cual no pueden producirse "tragedias" en la lengua). Si la violación no se siente como tal y por lo tanto no es corregida, y si hay terreno favorable para que se divulgue esta violación particular —en nuestro caso la analogía se considera terreno favorable— entonces aquella se convierte en la próxima norma lingüística.

Resulta, entonces, que no hay nada en común —ninguna relación— entre la lógica de la lengua como sistema de formas y la lógica de su evolución histórica. En cada uno de estos dominios influyen principios y factores totalmente distintos. Lo que da a la lengua unidad y significado en su dimensión sincrónica se anula e ignora en su dimensión diacrónica. *El estado actual de una lengua y la historia de una lengua no pueden comprenderse mutuamente.*

18 Compárese con el inglés "I was".

Aquí llegamos a una diferencia fundamental entre la primera y la segunda corriente en la filosofía del lenguaje. Para la primera, la verdadera esencia del lenguaje se revela precisamente en su historia; *la lógica de la lengua no consiste en absoluto en reproducir una forma normativamente idéntica sino en la continua renovación e individualización de esa forma por medio de la emisión estilísticamente irreproducible. La realidad de la lengua es su producción.* Hay un entendimiento mutuo total entre cualquier momento determinado en la vida de la lengua y su historia. En una y en otra rigen los mismos motivos ideológicos. En términos vosslerianos, *el gusto lingüístico crea unidad de una lengua en cada momento determinado; y este mismo gusto lingüístico crea y asegura la unidad de la evolución histórica de una lengua.* La transición de una forma histórica a otra se produce, básicamente, dentro de la conciencia individual, puesto que, para Vossler, como sabemos, cada forma gramatical fue en su origen una forma estilística libre.

La diferencia entre la primera y la segunda corriente se ve con toda claridad en el siguiente contraste. Las formas idénticas *a sí* mismas que abarcan el inmutable sistema de la lengua (*ergon*) representaban para la primera corriente solo la corteza inerte del real proceso generativo del lenguaje, de la verdadera esencia del lenguaje realizada en el acto de creación individual, irreproducible. Para la segunda corriente, en cambio, es precisamente este sistema de formas idénticas a sí mismas lo que constituye la esencia del lenguaje; la refracción creativa individual y la variación individual de las formas lingüísticas, para esta tendencia no son más que la escoria de la vida lingüística o, mejor, de la monumentalidad lingüística; no son más que sonidos huidizos y extraños, accesorios del tono fijo fundamental de las formas lingüísticas.

La perspectiva de la segunda corriente puede condensarse en los siguientes principios básicos:

1) *La lengua es un sistema estable e inmutable de formas lingüísticas normativamente idénticas que la conciencia individual encuentra ya elaborado y a la cual se le presenta como indiscutible.*

2) *Las leyes del lenguaje son las leyes específicamente lingüísticas de conexión entre los signos lingüísticos dentro de determinado sistema lingüístico cerrado.*

3) *Las conexiones específicamente lingüísticas no tienen nada de común con los valores ideológicos* (artísticos, cognitivos u

otros). Los fenómenos de la lengua no se fundamentan en motivos ideológicos. Entre la palabra y su significado no existe conexión de tipo natural y comprensible para la conciencia ni de tipo artístico.

4) *Los actos individuales de habla, desde el punto de vista de la lengua, son meras refracciones y variaciones fortuitas o simples y llanas distorsiones de las formas normativamente idénticas;* pero precisamente estos actos de discurso individual explican la mutabilidad histórica de las formas lingüísticas, mutabilidad que, desde el punto de vista del sistema de la lengua, es en sí misma irracional y carente de sentido. *No hay conexión ni motivos comunes entre el sistema de la lengua y su historia. Son mutuamente extraños.*

El lector habrá advertido que los cuatro principios básicos que acabamos de formular para caracterizar la segunda corriente en la filosofía del lenguaje representan las antítesis de los cuatro principios básicos correspondientes a la primera corriente.

Es mucho más difícil trazar el desarrollo histórico de la segunda corriente que el de la primera. En este caso, en el de la segunda, no aparece representante ni fundador equivalente a Wilhelm von Humboldt en los albores de nuestra época. Las raíces de esta tendencia deben buscarse en el racionalismo de los siglos XVII y XVIII. Estas raíces tienen fundamentos cartesianos.[19]

Las ideas en que se apoya la segunda corriente tuvieron su expresión original, claramente delineada, en la concepción de Leibniz de la gramática universal.

La idea de la *convencionalidad*, de la *arbitrariedad de la lengua*, es típica de todo el racionalismo, y no lo es menos la *comparación de la lengua con el sistema de signos matemáticos.* A los racionalistas de mente matemática no les interesa la relación del signo con la realidad que refleja ni con el individuo que lo origina, sino la *relación entre los signos dentro de un sistema cerrado* ya admitido y autorizado. En otras palabras, solo les interesa la *lógica interna del sistema de signos en sí mismo*, tomado, como en el álgebra, con total independencia de los significados ideológicos que dan contenido a los signos. Los nacionalistas no se oponen a to-

19 Es indudable que la segunda tendencia tiene una profunda conexión interna con el pensamiento cartesiano y con la visión total del mundo del neoclasicismo y su culto de la forma autónoma, fija, racional. El mismo Descartes no produjo obras sobre filosofía del lenguaje, pero pueden encontrarse en sus cartas declaraciones características. Véase Cassirer, *Philosophie der symbolischen Formen*, pp. 67-68.

mar en cuenta el punto de vista del receptor, pero no consideran el del emisor, el sujeto que expresa su propia vida interior. Porque el signo matemático es el que menos permite ser interpretado como expresión de la psiquis individual, y es precisamente el signo matemático el que los racionalistas consideran el ideal de todo signo, incluido el verbal. Esto es exactamente lo que se expresaba en la idea de Leibniz acerca de la gramática universal.[20]

Debemos señalar que la superioridad del punto de vista del receptor sobre el del hablante ha sido un rasgo permanente en la segunda corriente. Por lo tanto, sobre la base de esta tendencia no se puede tener acceso al problema de la expresión ni, consecuentemente, al problema de la producción verbal de pensamiento y de la psiquis subjetiva, que constituye uno de los problemas fundamentales para la primera corriente.

En forma algo simplificada, la idea de la lengua como un sistema de signos convencionales, arbitrarios, de naturaleza fundamentalmente racional, fue presentada por representantes del iluminismo en el siglo XVIII.

Concebidas en suelo francés, las ideas del objetivismo abstracto aun tienen predominio en Francia.[21] Pasemos por alto las etapas intermedias de su desarrollo y vayamos directamente a la caracterización actual de la segunda tendencia.

El objetivismo abstracto tiene actualmente su expresión más conspicua en la escuela de Ginebra de Ferdinand de Saussure. Sus representantes, en particular Charles Bally, se encuentran entre los lingüistas más prominentes de los tiempos modernos. Todas las ideas de la segunda tendencia han recibido sorprendente claridad y precisión de Ferdinand de Saussure. Sus formulaciones de los conceptos fundamentales de la lingüística pueden considerarse clásicos en su tipo. Además, Saussure desarrolló sus ideas hasta sus últimas consecuencias, proporcionando los fundamentos del objetivismo abstracto con excepcional claridad y rigurosa precisión.

En Rusia, la escuela de Saussure tiene toda la popularidad e influencia que no tiene la de Vossler. Puede afirmarse que la ma-

20 El lector puede conocer los puntos de vista de Leibniz que interesan aquí recurriendo al libro de Cassirer, *Leibniz' System in seinen wissenschftlichen Grundlagen*, Marburg, 1902.
21 Curiosamente, la primera corriente, en contraste con la segunda, se ha desarrollado y continúa desarrollándose principalmente en suelo alemán.

yoría de los lingüistas rusos se hallan bajo la determinante influencia de Saussure y sus discípulos, Bally y Sechehaye.[22]

Los puntos de vista de Saussure tienen importancia fundamental para la segunda corriente en su totalidad y para el pensamiento lingüístico ruso en particular, por lo cual los veremos con cierto detalle. También aquí, por cierto, nos limitaremos a las posiciones lingüístico-filosóficas fundamentales.[23]

Saussure parte de una distinción entre tres aspectos del lenguaje: *lenguaje* (langage), *lengua como sistema de forma* (langue) y el *acto de habla individual, el habla* (parole). La lengua (en el sentido de *langue:* sistema de formas) y el habla *(parole)* son constituyentes del lenguaje *(langage),* que es la suma total de todos los fenómenos —físicos, fisiológicos y psicológicos— involucrados en la realización de la actividad verbal.

El lenguaje (*langage*), según Saussure, no puede ser el objeto de estudio de la lingüística. Carece por sí mismo de unidad interna y de validez como entidad autónoma; es un compuesto heterogéneo. Su composición contradictoria dificulta su estudio y no permite definir con precisión el hecho lingüístico. El lenguaje no puede ser el punto de partida del análisis lingüístico.

¿Qué propone, pues, Saussure como procedimiento metodológico correcto para la identificación del objeto específico de la lingüística? He aquí sus propias palabras:

A nuestro parecer, no hay más que una solución para todas estas dificultades [las dificultades que provienen de tomar el *langage* como punto de partida para el análisis - V.V.]: *hay que colocarse desde el primer momento en el terreno de la lengua y tomarla como norma de todas las otras manifestaciones del lenguaje* (langage). En efecto, entre tantas dualidades, la lengua parece ser lo único susceptible de definición autónoma y es la que da un punto de apoyo satisfactorio para el espíritu.[24]

22 *Iazik I obschchleestvo* (Lenguaje y sociedad), de R. Shor, Moscú, 1926, está decididamente inscripto en el espíritu de la escuela de Ginebra. La autora hace también una ardiente apología de las ideas fundamentales de Saussure en su artículo "Krizis sovlemennoi lingvistiki", ya citado. Las del lingüista V. V. Vinogradov puede considerarse discípulo de la escuela de Ginebra. Dos escuelas de lingüística rusa, las llamadas Fortunatov y Kazan (Krushlevskiy y Baudoin de Courtenay, ambas vivas expresiones del formalismo lingüístico, encajan perfectamente dentro del esquema que hemos delineado para la segunda orientación en la filosofía del lenguaje.
23 La obra teórica fundamental de Saussure, publicada después de su muerte por sus alumnos, es *Cours de linguistique générale*, 1916. Resulta increíble que, con toda su influencia, aún no haya sido traducida al uraso. Puede encontrarse un breve resumen de los puntos de vista de Saussure en el citado artículo de R. Shor y en un artículo de Petersen, "Obshchaia lingvistika" (Lingüística general), *Pechat I Revoliutsiia,* 6, 1923.
24 Ferdinand de Saussure, *Curso de lingüística general*, publicado por Charles Bally y Albert Sechehaye. Traducción, prólogo y notas de Amado Alonso, Losada, Buenos Aires, 1945, p. 51.

¿Y dónde ve Saussure la diferencia esencial entre lenguaje (*langage*) y lengua (*langue*)?

Tomado en su conjunto, el lenguaje es multiforme y heteróclito; a caballo en diferentes dominios, a la vez físico, fisiológico y psíquico, pertenece además al dominio individual y al dominio social; no se deja clasificar en ninguna de las categorías de los hechos humanos, porque no se sabe cómo desembrollar su unidad.

La lengua, por el contrario, es una totalidad en sí y un principio de clasificación. En cuanto le damos el primer lugar entre los hechos de lenguaje, introducimos un orden natural en un conjunto que no se presta a ninguna otra clasificación.[25]

Saussure sostiene pues que la lengua, como sistema de formas normativamente idénticas, debe tomarse como punto de partida y que todas las manifestaciones del lenguaje deben enfocarse desde el ángulo de estas formas estables y autónomas.

Después de establecer la distinción entre lengua, lenguaje (lenguaje como la suma total de las manifestaciones de la facultad verbal, *langage*), Saussure distingue entre la lengua y los actos de habla individual, es decir, entre la lengua y el habla (*parole*):

Al separar la lengua (*langue*) del habla (*parole*), se separa a la vez: 1º) lo que es social de lo que es individual, y 2º) lo que es esencial de lo que es accesorio y más o menos accidental.

La lengua no es una función del sujeto hablante, es el producto que el individuo registra pasivamente; nunca supone premeditación, y la reflexión no interviene en ella más que para la actividad de clasificar, de que hablamos en la p. 207 y ss.

El habla es, por el contrario, un acto individual de volumen y de inteligencia, en el cual conviene distinguir: 1º) las combinaciones por las que el sujeto hablante utiliza el código de la lengua con miras a expresar su pensamiento personal y 2º) el mecanismo psicofísico que le permita exteriorizar esas combinaciones.[26]

La lingüística, tal como la concibe Saussure, no puede tener el habla como objeto de estudio.[27] Lo que constituye el elemento lingüístico del habla son la formas normativamente idénticas de la lengua que están presentes en ella. Todo lo demás es "accesorio y accidental".

25 *Ibid.*, p. 51.
26 *Ibid.*, p. 57.
27 Es cierto que Saussure admite la posibilidad de una lingüística especial del habla ("linguistique de la parole"), pero guarda silencio con respecto a qué clase de lingüística sería. He aquí sus palabras:

> Hay que elegir entre dos caminos que es imposible tomar a la vez; tienen que ser recorridos por separado.
> Se puede en rigor conservar el nombre de lingüística para cada una de estas dos disciplinas y hablar de una lingüística del habla; pero con cuidado de no confundirla con la lingüística propiamente dicha, esa cuyo objeto único es la lengua. (*Ibid.*, pp. 65-66.)

Subrayemos la tesis principal de Saussure: *la lengua se opone al habla como lo social se opone a lo individual.* Por lo tanto el habla es considerada como una entidad totalmente individual. Aquí, como veremos más adelante, reside el *pseudos proton* de los puntos de vista de Saussure y de toda la corriente objetivista abstracta.

El acto de habla individual, el habla (*parole*), apartada de modo tan decisivo de la lingüística, reaparece, sin embargo, como factor esencial en la historia de la lengua.[28] Saussure, en el espíritu de la segunda corriente, opone rigurosamente la historia de la lengua a la lengua como sistema sincrónico. La historia es dominada por el "habla" con su individualidad y su cualidad azarosa, y por lo tanto para la historia de la lengua rige un conjunto de principios totalmente distintos de los que rigen el sistema de la lengua. Saussure declara:

Y así es como el "fenómeno" sincrónico nada tiene en común con el diacrónico ... La *lingüística sincrónica* se ocupará de las relaciones lógicas y psicológicas que unen términos coexistentes y que forman sistema, tal como aparecen a la conciencia colectiva.

La *lingüística diacrónica* estudiará por el contrario las relaciones que unen términos sucesivos no apercibidos por una misma conciencia colectiva, y que se reemplazan unos a otros sin formar sistema entre sí.[29]

Las opiniones de Saussure sobre la historia son muy características del espíritu del racionalismo que predomina en esta segunda orientación de la filosofía del lenguaje y que considera la historia como una fuerza irracional que distorsiona la pureza lógica del sistema de la lengua.

Saussure y la escuela saussureana no constituyen la única representación importante del objetivismo abstracto en nuestra época. Junto a la escuela de Saussure se destaca otra, la escuela sociológica de Durkheim, representada en lingüística por una figura como Meillet. No vamos a extendernos en la descripción de las ideas de Meillet.[30] Coinciden totalmente con el esquema de los principios fundamentales de la segunda corriente. También para Meillet la lengua es un fenómeno social, no en cuanto proceso,

28 Dice Saussure: *"Tout ce qui est diachronique dans la langue ne l'est que par la parole. C'est* dans la parole que se trouve la germe de tous les changements." (*"Todo cuanto es diacrónico en la lengua solamente lo es por el habla.* En el habla es donde se halla el germen de todos los cambios.") *Ibid.*, p. 172.
29 *Ibid.*, pp. 162 y 174.
30 Puede encontrarse una exposición de las ideas de Meillet vinculadas a los principos del método sociológico de Durkheim en el artículo ya citado de M. N. Peterson: "Iazik kak sotsialinoie iavlenie", que incluye una bibliografía.

sino en cuanto sistema estable de normas lingüísticas. La naturaleza coercitiva de la lengua y el hecho de que esta es exterior a la conciencia individual son para Meillet sus características sociales fundamentales.

Y esto es suficiente con respecto a los puntos de vista de la segunda orientación en la filosofía del lenguaje, la corriente del objetivismo abstracto.

No es necesario decir que hay numerosas escuelas y movimientos en lingüística, algunas de mucho valor, que no se adaptan al esquema de las dos orientaciones descriptas. Nos propusimos delinear las corrientes más poderosas. Todas las otras manifestaciones de pensamiento lingüístico-filosófico constituyen combinaciones o compromisos con respecto a las tendencias discutidas, o carecen totalmente de una orientación teórica apreciable.

Tomemos por ejemplo el movimiento de los neogramáticos, fenómeno de no poca importancia en la lingüística de la segunda mitad del siglo XIX. Los neogramáticos, por algunos de sus principios fundamentales, se asocian con la primera corriente, acercándose a su extremo fisiológico. Para ellos, el individuo que crea la lengua es esencialmente un ser fisiológico. Por otro lado, los neogramáticos intentaron construir, sobre bases psicofisiológicas, leyes lingüísticas naturales, científicas, invariables, totalmente ajenas a cualquier cosa que pudiera describirse como voluntad individual de los hablantes. De aquí provienen las ideas de los neogramáticos sobre las leyes del sonido (*Lautgesetze).*[31]

En lingüística, como en cualquier otra disciplina, existen dos recursos básicos para evitar la obligación y la molestia de pensar en términos responsables, teóricos, y por consiguiente, filosóficos. El primero consiste en aceptar en bloque todos los criterios teóricos (eclecticismo académico), y el segundo en no aceptar un solo punto de vista de naturaleza teórica y proclamar el "hecho" como la base y el criterio último para cualquier clase de conocimiento (positivismo académico).

Ambos recursos para evitar la filosofía conducen al mismo resultado, pues también en el segundo caso todos los posibles puntos

31 Las obras fundamentales del movimiento de los neogramáticos son: Osthoff, *Das physiologische und psychologische Moment in der Sprachlichen Formenbildung,* Berlín, 1879; Brugmann y Delbrück, *Grundriss der vergleichenden Grammatik der indogermanischen Sprachen,* 5 vols. (vol. I, 1ª edición, 1886). El programa de los neogramáticos se explica en el prefacio de la obra de Osthoff y Brugmann, *Morphologische Untersuchungen,* vol. I, Leipzig, 1878.

de vista teóricos pueden deslizarse en la investigación como "hechos". Cuál de estos caminos elegirá el investigador depende exclusivamente de su temperamento: el ecléctico tenderá hacia el camino despejado; el positivista hacia el subrepticio.

Se han producido muchos desarrollos en lingüística, y han existido escuelas (escuelas en el sentido de formación científica y técnica) que evitaron el problema de una orientación lingüística filosófica. En este estudio, naturalmente, no tienen lugar.

Más adelante, tendremos ocasión de referirnos, a propósito de nuestro análisis del problema de la interacción verbal y del problema del significado, a algunos lingüistas que aún no hemos mencionado, como Otto Dietrich y Anton Marty.

Al comienzo de este capítulo, planteamos el *problema de la identificación y delimitación del lenguaje como objeto especifico de investigación.* Intentamos presentar los hitos ya colocados en el camino para la solución del problema por las corrientes anteriores en la filosofía del lenguaje. Como resultado, nos enfrentamos a dos series de hitos que señalan direcciones diametralmente opuestas: *la tesis del subjetivismo individualista y la antítesis del objetivismo abstracto.*

¿Cuál es, entonces, el verdadero centro de la realidad lingüística: el acto de habla individual —el habla— o el sistema de la lengua? ¿Y cuál es el verdadero modo de existencia de la lengua: incesante generación creativa o inerte inmutabilidad de normas idénticas a sí mismas?

Capítulo 2

Lengua, habla y enunciado

¿Puede la lengua, como sistema de formas normativas, idénticas a sí mismas, ser considerada un hecho objetivo? La lengua como sistema de normas y el punto de vista actual sobre la lengua en la conciencia del hablante. ¿Qué clase de realidad lingüística sustenta al sistema lingüís-Btico? El problema de la palabra extranjera, extraña. Los errores del objetivismo abstracto. Resumen y conclusiones.

En el capítulo anterior, intentamos presentar un cuadro totalmente objetivo de las dos corrientes principales de pensamiento en la filosofía del lenguaje. Ahora debemos someterlas a un cuidadoso análisis crítico. Solo después de hacerlo así estaremos en condiciones de responder a la pregunta planteada al final del capítulo anterior.

Comencemos por el análisis crítico de la segunda corriente, la del objetivismo abstracto.

Ante todo, hagámonos esta pregunta: ¿hasta qué punto puede considerarse una entidad real el sistema de normas lingüísticas idénticas a sí mismas (es decir, el sistema de la lengua, como lo entienden los representantes de la segunda corriente)?

Ninguno de los representantes del objetivismo abstracto atribuiría, por supuesto, realidad material concreta al sistema de la lengua. Si bien el sistema se expresa en objetos materiales —en signos—, en cuanto es sistema de forma normativamente idénticas tiene realidad solo en su carácter de norma social.

Los representantes del objetivismo abstracto siempre ponen de relieve —y es uno de sus principios fundamentales— que el sistema de la lengua es un hecho subjetivo exterior e independiente de *cualquier* conciencia individual. En realidad, representado como sistema de normas inmutables, idénticas a sí mismas, solo puede ser percibido así por la conciencia individual, y desde el punto de vista de esa conciencia.

Ciertamente, si desconociéramos la conciencia subjetiva individual frente al sistema de la lengua, sistema de normas indiscutibles

para esa conciencia, si observáramos la lengua de modo verdaderamente objetivo, apartándonos, o mejor, ubicándonos por encima de ella, no descubriríamos ningún sistema inerte de normas idénticas a sí mismas, sino que nos encontraríamos presenciando la generación incesante de normas lingüísticas.

Desde un punto de vista verdaderamente objetivo, que se proponga ver la lengua independientemente de la forma en que se le presenta a un individuo determinado en un momento determinado, aquella aparece como una corriente incesante de transformación. La observación objetiva de una lengua no permite descubrir ningún momento en que pudiera construirse un sistema sincrónico.

Desde el punto de vista objetivo, un sistema sincrónico no corresponde a ningún momento real en el proceso histórico de transformación. Y ciertamente, para el historiador de la lengua, que tiene un punto de vista diacrónico, un sistema sincrónico no es una entidad real; no sirve más que como escala convencional en la cual se registran las desviaciones que se producen a cada instante en el tiempo real.

Puede decirse, entonces, que un sistema sincrónico existe solo desde el punto de vista de la conciencia subjetiva de un hablante individual que pertenece a un grupo lingüístico particular en un momento histórico particular. Desde un punto de vista objetivo, tal sistema no existe en ningún momento real de la historia. Podemos suponer, por ejemplo, que mientras Julio César se dedicaba a escribir sus obras, la lengua latina era para él un sistema fijo e indiscutible de normas idénticas a sí mismas; pero, para el historiador del latín, en el momento en que Julio César trabajaba se estaba produciendo un proceso continuo de cambio lingüístico (cambios que el historiador puede percibir o no en detalle).

Cualquier sistema de normas sociales ocupa una posición análoga. Existe solamente con respecto a la conciencia subjetiva de los individuos que pertenecen a una comunidad particular gobernada por normas. Esa es la naturaleza de un sistema de normas morales, judiciales, o de normas para el gusto estético (que, por cierto, existen), etcétera. Naturalmente, estas normas varían: varía su carácter obligatorio, así como la envergadura de su alcance social, y también el grado de su importancia social, que es determinada por su proximidad a las bases. Pero la naturaleza de su existencia como normas permanece igual: existen solo con respecto a la conciencia subjetiva de los miembros de una comunidad particular.

¿Quiere decir, entonces, que esta relación entre la conciencia subjetiva y la lengua como sistema de normas objetivas, indiscutibles, carece de toda objetividad? Por supuesto que no. Entendida correctamente, esta relación puede considerarse como un hecho objetivo.

Si afirmamos que la lengua como sistema de normas indiscutibles e inmutables tiene existencia objetiva, cometemos un gran error. Pero si afirmamos que la lengua, con respecto a la conciencia individual, es un sistema de normas inmutables, que ese es el modo de existencia de la lengua para cada miembro de cualquier comunidad lingüística, con estas palabras estamos expresando una relación totalmente objetiva. Pero decidir si el hecho mismo está correctamente constituido y si la lengua realmente aparece solo como un fijo e inerte sistema de normas a la conciencia del hablante, ya es otra cuestión. Por ahora dejaremos abierta la pregunta. Pero el hecho es que, en cualquier caso, puede establecerse cierto tipo de relación objetiva.

Ahora bien, ¿cómo consideran esto los representantes del objetivismo abstracto? ¿Afirman que la lengua es un sistema de normas objetivas, indiscutibles e idénticas a sí mismas, o saben que este no es más que el modo de existencia de la lengua para la conciencia subjetiva del hablante de cualquier lengua determinada?

No puede darse mejor respuesta que la siguiente: La mayoría de los representantes del objetivismo abstracto se inclinan a afirmar *la realidad no mediada, la objetividad no mediada de la lengua como sistema de formas normativamente idénticas.* En el caso de estos representantes de la segunda corriente, el objetivismo abstracto se convierte directamente en una *hipostatización del objetivismo abstracto.* Otros representantes de esa tendencia (Meillet, por ejemplo) asumen una actitud más crítica y tienen en cuenta la naturaleza abstracta y convencional del sistema lingüístico. Sin embargo, ni un solo representante del objetivismo abstracto ha llegado a un concepto claro y distinto de la clase de realidad que posee la lengua como sistema objetivo. En la mayoría de los casos, estos representantes caminan por la cuerda floja entre dos conceptos de la palabra "objetivo" aplicada al sistema de la lengua: uno entre comillas, por así decir (desde el punto de vista de la conciencia subjetiva del hablante), y otro sin comillas (desde el punto de vista objetivo). Entre paréntesis, esta es la forma en que también Saussure maneja el problema, y no proporciona ninguna solución definida.

Ahora debemos preguntarnos si la lengua existe realmente para la conciencia subjetiva del hablante como un sistema objetivo de formas incontestables, normativamente idénticas; si el objetivismo abstracto ha entendido correctamente el punto de vista de la conciencia subjetiva del hablante, o, para decirlo de otra manera, si el modo de existencia de la lengua en la conciencia lingüística subjetiva es realmente el que afirma el objetivismo abstracto.

La respuesta es negativa. La conciencia subjetiva del hablante no opera de ningún modo con la lengua como un sistema de formas normativamente idénticas. Ese sistema no es más que una abstracción a la que se llegó con mucha dificultad y con una precisa concentración práctica y cognitiva de la atención. El sistema de la lengua es producto de la reflexión sobre la lengua, un tipo de reflexión que de ninguna manera realiza la conciencia del hablante nativo y que no se produce en absoluto con el propósito inmediato de hablar.

En efecto, la atención del hablante se concentra en relación con el enunciado concreto y particular que produce. Lo que le importa es aplicar una forma normativamente idéntica (concedamos por ahora que tal cosa existe) en un texto concreto y particular. Para él, el centro de gravedad no se sitúa en la identidad de la forma sino en el nuevo y concreto significado que aquella adquiere en el contexto particular. El hablante no valora aquel aspecto de la forma que es invariablemente idéntico en todas las circunstancias en que se usa, sea cual sea la naturaleza de estas circunstancias, sino el aspecto de la forma lingüística que le permite figurar en el contexto concreto y determinado, que le permite convertirse en un signo adecuado a las condiciones de la situación concreta y determinada.

Podemos expresarlo así: *lo que al hablante le importa de la forma lingüística no es su carácter de signo estable y autoequivalente, sino su carácter de signo adaptable y siempre cambiante.* Este es el punto de vista del hablante.

¿Pero acaso el hablante no tiene que tomar también en cuenta el punto de vista del oyente receptor? ¿Y no será aquí, entonces, donde cobra fuerza la identidad normativa de una forma lingüística?

Tampoco es exactamente así. La tarea fundamental de la comprensión no consiste en el reconocimiento de la forma lingüística usada por el hablante como "esa misma forma" familiar, así como

reconocemos, por ejemplo, una señal a la que no estamos muy acostumbrados o una forma de la lengua que no conocemos muy bien. En absoluto. La tarea de la comprensión no consiste fundamentalmente en reconocer la forma usada, sino en comprenderla en un contexto concreto particular, en entender su significado en un enunciado particular, es decir, consiste en comprender su novedad y no en reconocer su identidad.

En otras palabras, el receptor, que pertenece a la misma comunidad lingüística, tampoco acepta la forma lingüística como un signo fijo, idéntico a sí mismo, sino como un signo adaptable y cambiante.

El proceso de comprensión no debe confundirse con el proceso de reconocimiento. Son totalmente distintos. Solamente puede comprenderse un signo. Se reconoce una señal. Una señal es un objeto singular, fijado internamente, que no aparece en lugar de otra cosa, ni refleja ni refracta nada, sino que es simplemente un medio técnico para indicar un objeto fijo y definido, o una acción también fija y definida.[1] En ninguna circunstancia la señal se relaciona con el dominio de lo ideológico; se relaciona en cambio con el mundo de los artefactos técnicos, con los instrumentos de producción en el sentido amplio del término. Aun más alejadas de la ideología están las señales de que se ocupa la reflexología. Consideradas en relación con el organismo del sujeto animal, es decir, como señales para ese sujeto, no tienen nada que ver con las técnicas de producción, y no son señales sino estímulos de una clase especial. Se convierten en instrumentos de producción solo en las manos del experimentador. Los lamentables errores y vicios del pensamiento mecanicista son los únicos responsables del intento de tomar estas "señales" casi como la clave de la comprensión del lenguaje y de la psiquis humana (mundo interno).

Si la forma lingüística no fuera más que una señal, reconocida como tal por el receptor, entonces no existiría para él como forma lingüística. La pura señalidad no se ha demostrado ni siquiera en las primeras etapas del aprendizaje de la lengua. También en este caso la forma lingüística se orienta en el contexto; también aquí es un signo, aunque sean operativos el factor de la señalidad y su correlativo, el factor del reconocimiento.

1 Se encuentran distinciones ingeniosas e interesantes entre una señal o combinaciones de señales (en el uso marítimo, por ejemplo) y una forma lingüística o combinaciones de formas lingüísticas en relación con el problema de la sintaxis, en K. Bühler, "Vom Wessen der Syntax", *Festschrift für Karl Vossler*, pp. 6169.

Siendo así, el factor constituyente de la forma lingüística y del signo no es su autoidentidad como señal sino su variabilidad específica; y el factor constituyente de la comprensión de la forma lingüística no es el reconocimiento de "la misma cosa", sino la comprensión en el exacto sentido de la palabra, es decir, orientación en el contexto particular, determinado, y en la situación particular, determinada, orientación en el proceso dinámico de transformación y no "orientación" en un estado inerte.[2]

Lo dicho no significa, por supuesto, que los factores de señalización y su correlativo, el reconocimiento, están ausentes del lenguaje. Están presentes, pero no son constituyentes de la lengua como tal. Son eliminados dialécticamente por la nueva cualidad del signo (de la lengua como tal). En la lengua nativa del hablante, es decir, para la conciencia lingüística de un miembro de una comunidad lingüística particular, el reconocimiento de la señal se elimina dialécticamente. En el proceso de aprendizaje de una lengua extranjera, la señalidad y el reconocimiento aún se hacen sentir, por así decirlo, y aún deben ser superados, mientras la lengua no se haya hecho totalmente lengua. El dominio ideal de una lengua es la absorción de la señalidad por pura semioticidad y del reconocimiento por pura comprensión.[3]

A la conciencia lingüística del hablante y del oyente que comprende, en la práctica viva del habla, no le interesa el sistema abstracto de formas normativamente idénticas de la lengua, sino la lengua como conjunto de posibles contextos de uso para una forma lingüística particular. Para una persona que habla su idioma natal, una palabra no se le presenta como un elemento del vocabulario sino como una palabra que ha sido usada en una gran variedad de enunciados por el co-hablante A, el co-hablante B, el co-hablante C, etcétera, y en los propios enunciados del ha-

2 Más adelante veremos que este tipo de comprensión en el sentido correcto, una comprensión de proceso, está en la base de la respuesta, en la base de la interacción verbal. No puede marcarse una neta línea divisoria entre la comprensión y la respuesta. Todo acto de comprensión es una respuesta, traslada lo que está siendo comprendido a un nuevo contexto desde el cual puede producirse una respuesta.

3 Este principio sustenta la práctica (aunque pueda faltar el conocimiento teórico correcto) de todos los métodos sensatos de enseñanza de lenguas vivas extranjeras. En todos estos métodos es central que los alumnos conozcan cada forma lingüística solo en contextos y situaciones concretas. Los estudiantes aprenden una palabra solo mediante la presentación de una variedad de contextos en los cuales figura esa palabra. Gracias a este procedimiento, el factor de reconocimiento de palabras idénticas se combina dialécticamente (sumergiéndose en él) con el factor de mutabilidad contextual de la palabra, de su diversidad y capacidad para nuevos significados. Una palabra extraída de su contexto, escrita en un cuaderno y memorizada con su traducción rusa, es sometida a señalización. Se convierte en un objeto rígido particular, y se intensifica el factor de reconocimiento en el proceso de su comprensión. Para decirlo brevemente, en un método correcto y razonable de instrucción práctica, una forma debe asimilarse no en su relación con el sistema abstracto de la lengua, como una forma idéntica a sí misma, sino en la estructura concreta del enunciado como un signo mutable y flexible.

blante. Se necesita una orientación muy especial y específica para pasar de allí a la palabra idéntica a sí misma que pertenezca al sistema lexicológico de la lengua en cuestión, la palabra del diccionario. Por eso, un miembro de una comunidad lingüística normalmente no se siente presionado por las normas lingüísticas indiscutibles. Una forma lingüística sacará a la luz su valor normativo solo en casos excepcionalmente raros de conflicto, casos que no son típicos de la actividad del lenguaje (y que para el hombre moderno están asociados casi exclusivamente con la escritura).

Debemos agregar aquí otra consideración muy pertinente. La conciencia verbal de los hablantes en general no tiene nada que ver con la forma lingüística como tal o con la lengua como tal.

En realidad, la forma lingüística que, tal como hemos visto, existe para el hablante solo en el contexto de enunciados específicos, existe, por consiguiente, solo en un contexto ideológico específico. Nunca decimos u oímos *palabras*, sino que decimos y oímos lo que es verdadero o falso, bueno o malo, importante o intrascendente, agradable o desagradable, etcétera. *Las palabras siempre están llenas de contenido y de significado tomados de la conducta o de la ideología.* Así es como entendemos las palabras, y podemos responder solo aquellas que comprometen nuestra conducta o nuestra ideología.

Solo en casos especiales y anormales aplicamos el criterio de la corrección de un enunciado (en la enseñanza de la lengua, por ejemplo). Normalmente, el criterio de la corrección lingüística se sumerge en un criterio puramente ideológico: la corrección de un enunciado es eclipsada por su verdad o su falsedad, su carácter poético o vulgar. etcétera.[4]

En el proceso de su instrumentación práctica, la lengua es inseparable de su contenido ideológico o conductal. También aquí se requiere una orientación de una clase muy especial —no afectada por los propósitos de la conciencia del hablante— para separar en abstracción la lengua de su contenido ideológico o conductal.

Si damos a esta separación abstracta el status de un principio, si reificamos la forma lingüística divorciada del contenido ideológico,

4 Sobre esta base, como veremos más adelante, tendríamos que estar en desacuerdo con la postulación que hace Vossler de la existencia de una clase separada y distinta de gusto lingüístico que en cada caso permanecería aparte de una clase específica de "gusto" ideológico: estético, cognitivo, ético, etcétera.

como hacen algunos representantes de la segunda tendencia, terminamos tratando con una señal y no con un signo lingüístico.

El divorcio de la lengua de su contenido ideológico es uno de los errores más serios del objetivismo abstracto.

En suma, entonces, para la conciencia del hablante de una lengua, el modo real de existencia de esa lengua no es un sistema de formas normativamente idénticas. Desde el punto de vista de la conciencia del hablante y de su práctica cotidiana en el intercambio social, no hay acceso directo al sistema de la lengua imaginado por el objetivismo abstracto.

En tal caso, ¿qué es este sistema?

Es evidente desde el principio que ese sistema se obtiene por medio de la abstracción, que se compone de elementos extraídos por abstracción de las unidades reales que integran el flujo del habla, es decir, de los enunciados. Toda abstracción, para ser legítima, debe justificarse por algún objetivo específico práctico o teórico. Una abstracción puede ser o no productiva, o puede ser productiva para algunos fines o tareas y no productiva para otros.

¿Cuáles son los objetivos que sustentan la abstracción lingüística que conduce al sistema sincrónico de la lengua? ¿Y desde qué punto de vista este sistema puede considerarse productivo y necesario?

En la base del pensamiento lingüístico que conduce a la postulación de la lengua como sistema de formas normativamente idénticas se encuentra una *focalización teórica y práctica de la atención sobre el estudio de las lenguas muertas extranjeras preservadas en monumentos escritos.*

Esta orientación filológica ha determinado el curso del pensamiento lingüístico en el mundo europeo en un grado muy considerable, y en esto debemos insistir con todo el énfasis posible. El pensamiento lingüístico europeo se formó y llegó a su madurez ocupándose de los cadáveres de lenguas escritas; casi todas sus categorías fundamentales, sus enfoques y técnicas básicas se elaboraron en el proceso de resucitar estos cadáveres.

El filologismo es la inevitable marca distintiva de toda la lingüística europea determinada por las vicisitudes históricas de su

nacimiento y desarrollo. Por mucho que retrocedamos en el tiempo al reconstruir la historia de las categorías y métodos lingüísticos, siempre encontramos filólogos. No solo los alejandrinos, sino también los antiguos romanos eran filólogos, así como los griegos (Aristóteles es un filólogo típico). También los antiguos hindúes eran filólogos.

Podemos afirmar sin reservas: *la lingüística hace su aparición allí donde y cada vez que aparece la necesidad filológica.* La necesidad filológica dio nacimiento a la lingüística, meció su cuna, y su filológica flauta quedó envuelta en los pañales. Se suponía que esa flauta podía despertar a los muertos. Pero carecía del alcance necesario para dominar el habla viva, que se produce efectiva y continuamente.

N. I. Marr tiene razón cuando señala esta esencia filológica en el pensamiento lingüístico indoeuropeo:

> La lingüística indoeuropea, que domina un objeto de investigación ya establecido y completamente formado hace ya mucho tiempo —las lenguas indoeuropeas de las épocas históricas— y que parte casi exclusivamente de las formas petrificádas de las lenguas escritas —la mayoría de ellas lenguas muertas— es naturalmente incapaz de iluminar el proceso de emergencia del lenguaje en general y la forma en que se originan sus especies.[5]

O en otro pasaje:

> El mayor obstáculo (para el estudio del lenguaje primitivo - V.V.) no reside en la dificultad propia de la investigación, ni en la falta de datos consistentes, sino en nuestro pensamiento científico, encerrado en la perspectiva tradicional de la filología o de la historia de la cultura y que no se ha nutrido en la percepción etnológica y lingüística del lenguaje vivo en su flujo y reflujo ilimitadamente libre y creativo.[6]

Las palabras de Marr valen no solamente, por supuesto, para los estudios indoeuropeos, que han marcado el estilo de toda la lingüística contemporánea, sino también para toda la lingüística tal como la conocemos históricamente. En cualquier parte, como dijimos, la lingüística es hija de la filología.

Guiada por la necesidad filológica, la lingüística tomó siempre como punto de partida la emisión monologal terminada, el antiguo monumento escrito, al que consideró como realidad última. Todos sus métodos y categorías se elaboraron en este trabajo sobre la

5 N. I. Marr, *Po etapam lafetskoy teorii* (Etapas del desarrollo de la teoría jafética), 1926, p. 269.
6 *Ibid.*, pp. 94-95.

difunta habla monologal, es decir, sobre una serie de estas emisiones que constituyen un corpus para la lingüística tan solo en virtud del lenguaje común.

Pero el habla monologal es ya una abstracción, aunque se trate de una abstracción de tipo "natural". Cualquier habla monologal, incluso el monumento escrito, es un elemento inseparable de la comunicación verbal. Cualquier enunciado —sin excluir la emisión escrita, terminada— responde a algo y se supone que ha de recibir respuesta a su vez. No es más que un eslabón en una cadena continua de actuaciones lingüísticas. Cada monumento continúa el trabajo de sus predecesores, polemiza con ellos y espera una comprensión activa, responsiva, anticipando su propia comprensión. Cada monumento es, en realidad, parte integrante de la ciencia, la literatura, o la vida política. El monumento, como cualquier otra habla monológica, está destinado a ser percibido en el contexto de la vida científica o literaria actual, es percibido en el proceso generativo del particular dominio ideológico del que es parte integrante.

El lingüista-filólogo separa el monumento de su dominio real y lo observa como si fuera una entidad aislada, independiente. No le dedica una comprensión ideológica activa sino un tipo de comprensión totalmente pasivo, sin la menor posibilidad de respuesta, propia de cualquier acto auténtico de comprensión. El filólogo toma el monumento aislado como documento de una lengua y lo relaciona con otros monumentos sobre el plano general de esa lengua. Todos los métodos y categorías del pensamiento lingüístico se originaron en este proceso de comparación y correlación de enunciados monologales aislados en el plano de la lengua.

La lengua muerta que estudia el lingüista es, naturalmente, una lengua extraña. Por lo tanto, el sistema de categorías lingüísticas no puede ser producto de una reflexión cognitiva de parte de la conciencia lingüística de un hablante de esa lengua. Aquí la reflexión no incluye la sensibilidad de un hablante nativo hacia su propia lengua. La reflexión que se da aquí es la de una mente que se abre camino para introducirse en el mundo extraño de una lengua ajena.

Es inevitable que la comprensión pasiva del lingüista-filólogo se proyecte al monumento que estudia desde el punto de vista de la lengua, como si ese monumento hubiera sido realmente calculado para ese tipo de comprensión, como si hubiera sido escrito para el filólogo.

El resultado de todo esto es una teoría fundamentalmente errónea de la comprensión que sustenta no solo los métodos de interpretación lingüística de textos sino toda la semasiología europea. Todas sus opiniones sobre el significado y el tema de las palabras están impregnadas de la falsa noción de *comprensión pasiva*, esa manera de comprender una palabra que excluye de antemano y por principio la respuesta activa.

Más adelante veremos que esta manera de comprender, que excluye la respuesta sistemáticamente, no es en absoluto la clase de comprensión aplicable al lenguaje. Esta última aparece inextricablemente unida a una posición activa a propósito de lo que se ha dicho y se comprende. El rasgo característico de la comprensión pasiva es un claro sentido del factor de identidad en un signo lingüístico, la percepción de este como una señal-artefacto y, por consiguiente, el predominio del factor de reconocimiento.

Lengua extraña, muerta, escrita: he aquí la verdadera descripción de la lengua que ha ocupado al pensamiento lingüístico.

El *enunciado monologal, terminado, aislado*, separado de su contexto real y verbal y que no está abierto a cualquier clase de respuesta activa sino solo a la comprensión pasiva del filólogo, constituye el dato último y el punto de partida del pensamiento lingüístico.

Originado en el proceso de dominar una lengua muerta extraña con propósitos de investigación científica, el pensamiento lingüístico ha servido también a un propósito de instrucción: no el de descifrar una lengua sino el de enseñar una lengua ya descifrada. Los monumentos se convertían de documentos heurísticos en modelos clásicos de lengua para la sala de conferencias.

Esta segunda tarea fundamental de la lingüística —la creación del aparato esencial para enseñar una lengua descifrada, para codificarla, digamos, de acuerdo con los fines de la trasmisión académica marcó de modo sustancial el pensamiento lingüístico. La *fonética*, la *gramática*, el *léxico* —las tres partes del sistema de la lengua, los tres centros organizadores de las categorías lingüísticas— se acomodaron al cauce de las dos tareas mayores de la lingüística: *la heurística y la pedagógica*.

¿Qué es un filólogo?

A pesar de las grandes diferencias en los lineamientos culturales e históricos desde los antiguos sacerdotes hindúes hasta los mo-

dernos especialistas europeos del lenguaje, el filólogo ha sido siempre y en todas partes un descifrador de manuscritos y palabras extrañas, "secretas", así como un maestro, un divulgador de lo que ha sido descifrado y transmitido por tradición.

Los primeros filólogos y los primeros lingüistas siempre fueron *sacerdotes* en todas partes. No se conoce nación alguna en la historia que no tuviera sus escritos sagrados o su tradición oral en una lengua hasta cierto punto extraña e incomprensible para el profano. Descifrar el misterio de las palabras sagradas fue la tarea de los filólogos-sacerdotes.

Así nació la antigua filosofía del lenguaje: a partir de la enseñanza védica de la palabra, del *logos* de los antiguos pensadores griegos, y de la filosofía bíblica de la palabra.

Para comprender correctamente estos filosofemas, no debemos olvidar ni por un instante que eran *filosofemas de la palabra extranjera.* Si una nación no hubiera conocido más que su propia lengua nativa; si, para esa nación, la palabra hubiera coincidido siempre con la palabra vernácula en la vida de esa nación; si jamás se hubiera introducido una palabra misteriosa, extraña, de un idioma extranjero, entonces esa nación no hubiera creado nunca nada parecido a estos filosofemas.[7] Es sorprendente que desde la más remota antigüedad hasta nuestros días, la filosofía de la palabra y el pensamiento lingüístico se hayan construido sobre la sensibilidad específica hacia la palabra extranjera y sobre el tipo de tareas que exige al espíritu esa clase de palabras: el desciframiento y la enseñanza de lo descifrado.

El sacerdote védico y sus contemporáneos lingüistas-filólogos están hechizados y permanecen cautivos en su pensamiento acerca de la lengua por obra de la palabra ajena, extranjera.

La sensibilidad a nuestra palabra vernácula es totalmente distinta, o para ser más precisos, generalmente no sentimos que nuestra palabra vernácula esté atiborrada de todas esas categorías que ha producido en el pensamiento lingüístico y en el pensamiento filosófico-religioso de los antiguos. La palabra vernácula es nuestro mundo familiar, sentimos por ella lo mismo que por nuestro atavío habitual, o, mejor aun, por la atmósfera en la cual habitual-

7 Según la religión védica, la palabra sagrada —en el uso al que la destina el sacerdote "gnóstico" consagrado— se hace soberana de todo Ser, tanto de dioses como de hombres. El sacerdote gnóstico se define aquí como aquel que domina la palabra, y aquí reside todo su poder. La doctrina correspondiente ya se encuentra en el Rig Veda. El antiguo filosofema griego del *logos* y la doctrina alejandrina del *logos* son bien conocidos.

mente respiramos y vivimos. No tiene misterio; puede hacerse misteriosa solo en boca de otros que sean jerárquicamente extraños para nosotros, es decir, en boca del jefe, o de los sacerdotes. Pero en ese caso, ya se ha convertido en una palabra de una clase distinta, modificada exteriormente y separada de la rutina de la vida diaria (tabú para ser usado en la vida cotidiana, o un arcaísmo lingüístico); y esto si desde el principio no ha sido ya una palabra extranjera en boca de un jefe conquistador. Solo en este punto nace la "Palabra", y solo en este punto *incipit philosophia, incipit philologia.*

La orientación de la lingüística y la filosofía del lenguaje hacia la palabra ajena, extraña, no es accidental ni caprichosa. Esa orientación expresa el importante papel histórico que ha desempeñado la palabra extranjera en la formación de las culturas históricas. Desempeñó ese papel en todos los dominios de la creatividad ideológica sin excepción, desde el orden sociopolítico hasta el código de comportamiento de la vida cotidiana. Ciertamente, la palabra extranjera, ajena, fue portadora de civilización, cultura, religión y organización política, como por ejemplo, el papel de los sumerios con respecto a los semitas babilonios, de los jafitas para los helenos, de Roma y la Cristiandad para los pueblos bárbaros, de Bizancio, los "varangianos", las tribus eslavas del Sur para los eslavos del Este, etcétera Este grandioso papel organizativo de la palabra extranjera, que siempre o entró en escena con la fuerza de las armas y la organización extranjeras o fue hallada en la escena por la joven nación conquistadora de una antigua cultura que una vez fue poderosa y que aceptó, desde su tumba, digamos, la conciencia ideológica de la nación recién llegada, este papel de la palabra extranjera hizo que esta se uniera, en las profundidades de la conciencia histórica de las naciones, con la idea de autoridad, de poder, de santidad, de verdad, y provocó que las preocupaciones acerca de la palabra se orientaran predominantemente hacia la palabra extranjera.

Sin embargo, la filosofía del lenguaje y la lingüística nunca comprendieron objetivamente, ni comprenden aún, el importante papel histórico desempeñado por la palabra extranjera. La lingüística es aún su esclava; la lingüística representa, por decirlo así, el último intento que realiza por llegar hasta nosotros de lo que fue en un tiempo fecunda invasión del lenguaje extranjero, el último residuo de su papel dictatorial y creador de cultura.

Por esta razón, la lingüística, producto ella misma de la palabra extranjera, está lejos de alcanzar una comprensión correcta del

papel desempeñado por esta en la historia del lenguaje y de la conciencia lingüística. Por el contrario, los estudios indoeuropeos han creado categorías para comprender la historia del lenguaje que impiden la correcta evaluación del papel de la palabra extranjera. Y ese papel, según todas las apariencias, es muy importante.

La idea del *"cruzamiento" lingüístico como factor fundamental en la evolución de las lenguas* ha sido desarrollada definitivamente por Marr, que también consideró el cruzamiento lingüístico como el factor principal para la solución del problema del origen del lenguaje:

> El cruzamiento en general, como factor en la emergencia de diferentes especies y aun de diferentes tipos de lenguaje, por ser *la* causa de la formación de nuevas especies, ha sido observado e investigado en todas las lenguas jaféticas, y esto debe considerarse una de las proezas más trascendentales de la lingüística jafética... El quid está en que no existe una lengua pura original, una lengua particular de una tribu, y, como veremos, ni existió ni pudo haber existido. El lenguaje, producto de la sociabilidad que surgió sobre la base de la comunicación intertribal originada por necesidades económicas, es la acumulación precisamente de esa clase de sociabilidad, que siempre es multitribal.[8]

En su artículo "Sobre el origen del lenguaje", Marr se refiere a nuestro tema de la siguiente manera:

> Para resumir, el enfoque de una determinada lengua en función de la llamada cultura nacional, como la lengua vernácula, masiva, de toda una población, no es científico ni realista; la lengua nacional, ecuménica, no clasista, es una ficción. Pero esto no es todo. Así como en las primeras etapas del desarrollo las castas surgen de las tribus —o mejor de las formaciones tribales, que tampoco son simples en sí mismas— así por medio del cruzamiento, las lenguas tribales concretas, y aun más, las lenguas nacionales, vienen a representar tipos híbridos de lenguas, híbridos por la combinación de elementos simples que, de una u otra manera, constituyen todas las lenguas. El análisis paleontológico del lenguaje humano no va más allá de la definición de estos elementos tribales, pero la teoría jafética ajusta estos elementos de modo tan decisivo y definitivo que el problema del origen del lenguaje se reduce al problema de la emergencia de estos elementos, que no son en realidad más que nombres tribales.[9]

Aquí solo podemos tomar conocimiento de la importancia de la palabra extranjera en el problema del origen del lenguaje y su evolución. Estos problemas exceden los límites de nuestro trabajo. Para nosotros la importancia de la palabra extranjera consiste en su papel como factor determinante del pensamiento lingüístico filosófico y de las categorías y criterios que emanan de ese pensamiento.

8 N. I. Marr, *Teoría jafética*, p. 268.
9 *Ibid.*, pp. 315-316.

Dejaremos a un lado las particularidades del pensamiento primitivo acerca de la palabra extranjera[10] así como las categorías de los antiguos filosofemas de la palabra que ya mencionamos. Intentaremos registrar aquí solo esos rasgos particulares en el pensamiento acerca del mundo que persistieron a través de los siglos y tuvieron un efecto determinante sobre el pensamiento lingüístico contemporáneo. Podemos suponer sin riesgos que estas son precisamente las categorías que encontraron su expresión más definida y clara en la doctrina del objetivismo abstracto.

A continuación, trataremos de formular, en una serie de sucintas premisas, los rasgos del conocimiento de la palabra extranjera que sustentan al objetivismo abstracto. Esta enumeración constituirá también una síntesis de nuestra exposición precedente, a la que completará en algunos puntos cruciales.[11]

1) *El factor de autoidentidad estable en las formas lingüísticas supera al de su mutabilidad.*

2) *Lo abstracto tiene prioridad sobre lo concreto.*

3) *La sistematización abstracta tiene prioridad sobre la realidad histórica.*

4) *Las formas de los elementos tienen prioridad sobre la forma del conjunto.*

5) *Reificación del elemento lingüístico aislado y desdén por la dinámica del lenguaje.*

6) *Singularización del significado y la inflexión de la palabra; desdén por la viva multiplicidad del significado y la inflexión.*

7) *Noción de lengua como artefacto listo para usar transmitido de generación en generación.*

8) *Incapacidad para conceptualizar el proceso generativo interno de una lengua.*

Consideremos rápidamente cada uno de estos rasgos del sistema de pensamiento dominado por la palabra extranjera.

10 La palabra extranjera determinó en grado significativo la percepción mágica del mundo en el hombre prehistórico. Con respecto a esto pensamos en todos los fenómenos relevantes *in toto*.

11 No debe olvidarse que el objetivismo abstracto en su nueva formación expresa la condición que la palabra extranjera había alcanzado luego de perder hasta un grado significativo su autoridad y productividad. Además, la especificidad de la percepción de la palabra extranjera ha disminuido en el objetivismo abstracto, debido a que las categorías fundamentales de este pensamiento se extendieron a la percepción de las lenguas vivas vernáculas. La lingüística estudia una lengua viva como si fuera una lengua muerta, y la lengua vernácula como si fuera extranjera. Por eso las postulaciones del objetivismo abstracto son tan diferentes de los antiguos filosofemas de la palabra extranjera.

1) El primer rasgo no necesita mayores comentarios. Ya hemos señalado que la comprensión de la propia lengua no consiste en el reconocimiento de elementos idénticos en el habla sino en la comprensión de su nuevo significado contextual. La construcción de un sistema de formas idénticas a sí mismas puede considerarse entonces como una etapa vital e indispensable en el proceso de desciframientos y transmisión de una lengua extraña.

2) El segundo punto resulta también muy claro sobre la base de lo ya dicho. El enunciado monologal terminado es una abstracción, en realidad. La concretización de una palabra solo es posible mediante la inclusión de esa palabra en el contexto histórico real de su realización original. Al proponer el enunciado monologal aislado, se arrancan todos los vínculos que atan una emisión a la plena concreción de su producción histórica.

3) El formalismo y la sistematicidad son las señales distintivas típicas de cualquier tipo de pensamiento centrado en un objeto prefabricado, detenido.

Este rasgo particular de pensamiento tiene muchas manfestaciones distintas. Es característico que la sistematización se sustente por lo común (si no de modo exclusivo) en el pensamiento de algún otro. Los verdaderos creadores, iniciadores de nuevas corrientes ideológicas, nunca son sistematizadores formalistas. La sistematización aparece en escena en una época que se atribuye el dominio de un cuerpo prefabricado y heredado de pensamiento autoritario. Tiene que haber sido precedida por una época creativa; entonces y solo entonces comienza la sistematización formalista, empresa típica de herederos y epígonos que se consideran en posesión de la palabra, ahora muda, de algún otro. La orientación en el flujo dinámico del proceso generativo nunca puede ser de carácter formal y sistematizador. Por lo tanto, el pensamiento gramatical formal y sistematizador solo pudo haber alcanzado su máximo desarrollo y poder sobre la materia de una lengua muerta, extraña, y solamente si esa lengua ya había perdido en grado considerable su potencia afectiva, su carácter sacrosanto y autoritario. Con respecto a la lengua viva, el pensamiento gramatical sistemático debe adoptar inevitablemente una posición conservadora, debe interpretar la lengua viva como si ya fuera terminada y perfecta, y por lo tanto, ver con hostilidad cualquier tipo de innovación.

El pensamiento sistemático y formal acerca del lenguaje es incompatible con la comprensión viva e histórica de la lengua. Desde

el punto de vista del sistema, la historia parece siempre una serie de transgresiones accidentales.

4) Ya vimos que la lingüística se orienta hacia el habla monologal aislada. El material de estudio está comprendido en los monumentos lingüísticos, y la mente pasivamente comprensiva del filólogo es conducida a ocuparse de este material. De este modo, todo el trabajo se realiza dentro de los límites de una posesión determinada y los límites que deslindan el enunciado como una entidad completa son percibidos muy débilmente, y a veces no se perciben en absoluto. La investigación se dedica totalmente al estudio de las conexiones inmanentes en el territorio interno del enunciado. Sus asuntos externos, digamos, quedan fuera del campo de estudio. Se ignoran por lo tanto todas las conexiones que excedan los límites del enunciado como un todo monologal. Se podría muy bien esperar, entonces, que la verdadera naturaleza de la totalidad de un enunciado y las formas que puede tomar esa totalidad queden fuera del pensamiento lingüístico. Y en efecto, este no va más allá de los elementos que componen el enunciado monologal. La estructura de una oración compuesta (un período) es el límite máximo a que llega la lingüística. La estructura del enunciado completo queda a cargo de otras disciplinas: la retórica y la poética. La lingüística carece de acceso a las formas composicionales de la totalidad. Por lo tanto, no hay transición directa entre las formas lingüísticas de los elementos de un enunciado y las forma de su totalidad, no hay conexión en absoluto. Solo mediante un salto desde la sintaxis se puede llegar a los problemas de composición. Esto es absolutamente inevitable, puesto que las formas que componen la totalidad de un enunciado solo pueden percibirse y comprenderse sobre la base de otros enunciados completos que pertenecen a una unidad de algún dominio particular de la ideología. Así, por ejemplo, las formas de un producto literario, una obra de arte literaria, solo pueden comprenderse en la unidad de la vida literaria, indisolublemente conectadas con otras clases de formas *literarias.* Cuando relegamos una obra literaria a la historia de la lengua como sistema, cuando la consideramos solo como un documento de la lengua, perdemos el acceso a sus formas como pertenecientes a una totalidad literaria. Hay un mundo de distancia entre referir una obra al sistema de la lengua y referirla a la unidad concreta de la vida literaria, y esa distancia resulta insalvable en el terreno del objetivismo abstracto.

5) La forma lingüística no es más que un factor que puede extraerse por abstracción de la totalidad dinámica de la actuación lingüística, del habla. Una abstracción de este tipo es, por supuesto,

perfectamente legítima dentro de las tareas específicas que se propone la lingüística. Pero el objetivismo abstracto da las bases para la reificación de la forma lingüística, para que esta se convierta en un elemento supuestamente separable de la realidad y supuestamente capaz de una existencia histórica propia, aislada. Esto es muy comprensible: después de todo, el sistema como totalidad no puede someterse al desarrollo histórico. El enunciado como entidad total no existe para la lingüística. En consecuencia, solo quedan los elementos del sistema, las formas lingüísticas separadas, y a *ellas* les corresponde sufrir el cambio histórico.

La historia de la lengua, pues, consiste en la historia de las formas lingüísticas separadas (fonéticas, morfológicas, y otras), sometidas a cambios a pesar del sistema como totalidad y aparte de las emisiones concretas.[12]

Vossler está en lo cierto cuando habla de la historia de la lengua tal como la concibe el objetivismo abstracto:

> De un modo general, la historia de la lengua, tal como la presenta la gramática histórica, equivale a lo que sería una historia del vestido que no tomara como punto de partida el concepto de moda ni el gusto de la época, y proporcionara una lista de botones, hebillas, medias, sombreros y cintas ordenada cronológica y geográficamente. En la gramática histórica, los botones y las cintas se llamarían *e* débil o fuerte, *t* sorda, *d* sonora, etcétera.[13]

6) El significado de una palabra está totalmente determinado por su contexto. En realidad, hay tantos significados para una palabra como contextos para su uso.[14] A un tiempo, sin embargo, la palabra no deja de ser una entidad simple; no puede dividirse, diríamos, en tantas palabras como contextos hay para su uso. La unidad de la palabra está asegurada, por supuesto, no solo por la unidad de su composición fonética sino también por ese factor de unidad que es común a todos sus significados. ¿Cómo puede reconciliarse esa polisemanticidad de la palabra con su unidad? Plantear esta pregunta equivale a formular, de un modo tosco y elemental, el problema cardinal de la semántica. Se trata de un problema que solo puede resolverse dialécticamente. ¿Pero cómo lo maneja el objetivismo abstracto? Para él, el factor de unidad de una palabra se solidifica, por decirlo así, y se separa de la fundamental multiplicidad de sus significados. Esta multiplicidad se percibe como connotaciones ocasionales de un solo significado fijo. La aten-

12 La emisión no es más que un medio neutral para el cambio de la forma lingüística.
13 Véase Vossler, "Grammatika i istoriia iazika", *Logos,* I, 1910, p. 170.
14 Por ahora no tomamos en cuenta la distinción entre significado y tema, a la cual nos referiremos más adelante (cap. 4).

ción lingüística se dirige en dirección inversa a la comprensión real de los hablantes que intervienen en un intercambio lingüístico particular. El lingüista-filólogo, cuando compara diferentes contextos en que aparece una palabra determinada, dirige su atención al factor de identidad en su uso, puesto que para él lo importante es poder aislar la palabra de los contextos comparados y definirla fuera de contexto, crear a partir de ella un vocablo de diccionario. Este proceso de aislamiento de una palabra y fijación de su significado fuera de todo contexto adquiere aun mayor fuerza cuando se comparan diferentes lenguas, cuando se trata de equiparar una palabra con una equivalente en otra lengua. En el proceso del tratamiento lingüístico, el significado se construye, por así decirlo, en el límite de dos lenguas como mínimo. Estos intentos de parte del lingüista se complican más por el hecho de que él crea la ficción de un objeto único y real que corresponde a la palabra dada. Este objeto, por ser simple e idéntico a sí mismo, es precisamente lo que asegura la unidad de significado. La ficción de la realidad literal de una palabra lleva a un grado aun más alto la reificación de su significado. En estas condiciones se hace imposible la combinación dialéctica de la unidad del significado con su multiplicidad.

Veremos a continuación otro grave error del objetivismo abstracto. Los diversos contextos en que puede usarse una palabra particular se conciben como si estuvieran todos en el mismo plano. Se piensa en estos contextos como constituyentes de una serie de enunciados circunscriptos, independientes, que apuntan todos en la misma dirección. Esto no es así en la realidad: los contextos en que puede usarse cada palabra a menudo contrastan entre sí. El caso clásico de contextos opuestos para el uso de una misma palabra se encuentra en el diálogo. En las líneas alternativas de un diálogo, la misma palabra puede figurar en dos contextos mutuamente antagónicos. Por supuesto, el diálogo es el caso más gráfico y obvio de contextos pluridireccionales. En verdad, cualquier enunciado real, de una u otra manera, hace una afirmación o una negación de algo. Los contextos no están uno al lado del otro, en fila, ignorándose mutuamente, sino que se encuentran en un estado de constante tensión, o de incesante interacción y conflicto. El cambio del acento evaluativo de una palabra en diferentes contextos es totalmente ignorado por los lingüistas y no se refleja en su doctrina sobre la unidad del significado. Este acento permite menos su reificación, pero es precisamente la multiacentualidad lo que da vida a una palabra. El problema de la multiacentualidad debe asociarse estrechamente con el de la multiplicidad de significados. Solo así pueden resolverse ambos problemas, pero

precisamente esta asociación se evita totalmente en los principios fundamentales del objetivismo abstracto. La lingüística desechó el acento evaluativo junto con el habla singular (*parole*).[15]

7) De acuerdo con las enseñanazs del objetivismo abstracto, la lengua se trasmite de generación en generación como un producto prefabricado. Por supuesto, los representantes de la segunda tendencia entienden la transmisión de la herencia lingüística, la transmisión de la lengua como artefacto, en términos metafóricos, pero en sus manos esa comparación no es solo una metáfora. Al reificar el sistema de lengua y al considerar la lengua viva como si fuera muerta y extraña, el objetivismo abstracto convierte al lenguaje en algo externo a la corriente de comunicación verbal. Esta corriente es fluida, pero la lengua es lanzada de generación en generación, como una pelota. En realidad, sin embargo, la lengua se mueve con la corriente y es inseparable de ella. No se puede decir con propiedad que la lengua se transmite; la lengua dura, pero dura como un continuo proceso de transformación. Los individuos no reciben una lengua prefabricada, en absoluto, sino que ingresan ellos a la corriente de comunicación verbal; y por cierto que solo en esta corriente comienza a operar su conciencia. Solo al aprender una lengua extranjera, ocurre que una conciencia totalmente preparada —totalmente preparada gracias a la propia lengua vernácula— se enfrenta con una lengua totalmente preparada a la que no tiene más que aceptar. A su lengua materna, en cambio, la gente no la "acepta", pues es en su lengua materna donde accede a la conciencia.[16]

8) El objetivismo abstracto, como hemos visto, es incapaz de juntar la existencia de la lengua en su dimensión sincrónica, abstracta, con la evolución de aquella. La lengua existe para la conciencia del hablante como un sistema de formas normativamente idénticas, pero como proceso generativo solo existe para el historiador. Esto excluye toda posibilidad para la conciencia del hablante de estar en contacto activo con el proceso de la evolución histórica. Sobre esta base resulta totalmente imposible la conjunción dialéctica de la necesidad con la libertad y con la responsabilidad lingüística. Sin duda, este rasgo del objetivismo abstracto está relacionado también con su fijación subconsciente a las lenguas muertas extrañas.

15 Ampliaremos estas afirmaciones en el cuarto capítulo de esta sección.
16 El proceso de la asimilación de la lengua materna de parte del niño es el proceso de su inmersión gradual en la comunicación verbal. Al ir avanzando este proceso de inmersión, la conciencia del niño se forma y se llena de contenido.

Solo nos resta resumir nuestro análisis crítico del objetivismo abstracto. El problema que planteamos al principio del primer capítulo —el problema del modo real de existencia de los fenómenos lingüísticos como objeto de estudio específico y unificado— no fue bien resuelto por el objetivismo abstracto. La lengua como sistema de formas normativamente idénticas es una abstracción justificable en la teoría y en la práctica solo desde el punto de vista del desciframiento y la enseñanza de una lengua muerta extranjera. Este sistema no puede servir de base para la comprensión y la explicación de los hechos lingüísticos tal como realmente existen y se producen. Por el contrario, este sistema nos aparta de la viva realidad dinámica de la lengua y sus funciones sociales, a pesar de que los adherentes al objetivismo abstracto atribuyen valor sociológico a su punto de vista. La teoría del objetivismo abstracto se sustenta en presuposiciones de una concepción racionalista y mecanicista del mundo. Estas presuposiciones son menos capaces de proveer las bases para una comprensión correcta de la historia, y la lengua, en definitiva, es un fenómeno puramente histórico.

¿Quiere decir entonces que las posiciones fundamentales de la primera corriente, el subjetivismo individualista, son las correctas? ¿Acaso el subjetivismo individualista ha logrado entender la verdadera realidad del lenguaje? ¿O quizá la verdad se encuentre en el medio de ambas, como un compromiso entre la primera y la segunda corriente, entre la tesis del subjetivismo individualista y la antítesis del objetivismo abstracto?

Creemos que en este caso, como en cualquier otro, la verdad no se va a encontrar en el medio y no se trata de un compromiso entre tesis y antítesis, sino que está por encima y más allá de ellas, y constituye una negación tanto de la tesis como de la antítesis, constituye una *síntesis dialéctica.* Las tesis de la primera corriente tampoco soportan el examen crítico, como veremos en el próximo capítulo.

En este punto observemos lo siguiente: el objetivismo abstracto, al tomar el sistema de la lengua y considerarlo como lo esencial de los fenómenos lingüísticos, desechó el acto de habla como algo individual. Como ya dijimos, aquí reside el *proton pseudos* del objetivismo abstracto. Para el subjetivismo individualista lo esencial es precisamente el acto de habla, el enunciado. Sin embargo, el subjetivismo individualista también define este acto como algo individual y por lo tanto trata de explicarlo en función de la vida psíquica individual del hablante. Aquí reside su *proton pseudos*.

En realidad, el acto de habla o, más exactamente, su producto, el enunciado, no puede en ninguna circunstancia ser considerado un fenómeno individual en el exacto sentido de la palabra y no puede explicarse en función de las condiciones psicológicas o psicofisiológicas individuales del hablante. *El enunciado es un fenómeno social.*

Nos ocuparemos de justificar esta tesis en el próximo capítulo.

Capítulo 3

Interacción verbal

El subjetivismo individualista y su teoría de la expresión. Crítica de la teoría de la expresión. La estructura sociológica de la experiencia y la expresión. El problema de la ideología conductal. El enunciado como unidad básica en el proceso generativo del lenguaje. Criterios para la solución del problema del modo real de existencia de la lengua. El enunciado como entidad total y sus formas.

La segunda corriente de pensamiento en la filosofía del lenguaje se asociaba, como dijimos, con el racionalismo y el neoclasicismo. La primera corriente —subjetivismo individualista— se asocia con el romanticismo. El romanticismo fue, en grado considerable, una reacción contra la palabra extranjera y las categorías del pensamiento suscitadas por ella. De modo más particular e inmediato, el romanticismo fue una reacción contra los últimos resurgimientos del poder cultural de la palabra extranjera, las épocas del Renacimiento y el neoclasicismo. Los románticos fueron los primeros filólogos de la lengua vernácula, los primeros que intentaron una reestructuración radical del pensamiento lingüístico. Esta reestructuración se basaba en la experiencia con la lengua vernácula como el medio por el cual se generaban la conciencia y las ideas. En verdad, los románticos siguieron siendo filólogos en el estricto sentido de la palabra. Estaba, por cierto, más allá de sus posibilidades reestructurar un modo de pensar acerca del lenguaje formado y afianzado durante siglos. No obstante, se introdujeron nuevas categorías en ese pensamiento, y precisamente estas categorías dieron sus características específicas a la primera corriente. De modo sintomático, incluso representantes recientes del subjetivismo individualista han sido especialistas en lenguas modernas, principalmente lenguas romances (Vossler, Leo Spitzer, Lorch, y otros).

Sin embargo, el subjetivismo individualista también tomó el habla monologal como realidad última y como punto de partida para su pensamiento acerca del lenguaje. No la abordó desde el punto de vista del filólogo que comprende pasivamente sino que lo hizo desde adentro, desde el punto de vista de la persona que habla y se expresa.

¿Cuál es entonces el valor del habla monologal para el subjetivismo individualista? Ya vimos que es un acto puramente individual, la expresión de una conciencia individual, de sus ambiciones, intenciones, impulsos creativos, gustos, etcétera. Para el subjetivismo individualista la categoría de la expresión es la más elevada y la más amplia en que puede incluirse el acto de habla.

¿Pero qué es la expresión?

Su definición más simple y llana es la siguiente: algo que, habiéndose formado y definido de alguna manera en la psiquis de un individuo, es objetivado exteriormente para otros con la ayuda de ciertos signos externos.

Hay por lo tanto dos elementos en la expresión: eso interior que es *expresable*, y su *objetivación externa* para otros (o posiblemente para uno mismo). Cualquier teoría de la expresión, por compleja o sutil que pueda ser, presupone inevitablemente estos dos elementos: la expresión se produce entre ellos. Cualquier teoría de la expresión, entonces, presupone inevitablemente que lo expresable es algo que de algún modo puede tomar forma y existir aparte de la expresión; que existe primero en una forma y luego cambia a otra forma. Así debería ser; de lo contrario, si lo expresable existiera desde el principio en forma de expresión, con una transición cuantitativa entre los dos elementos (en cuanto a clarificación, diferenciación, etcétera), toda la teoría de la expresión se derrumbaría. La teoría de la expresión presupone inevitablemente cierto dualismo entre los elementos internos y externos y la primacía explícita de los primeros, ya que cualquier acto de objetivación (expresión) se produce de adentro hacia afuera. Sus orígenes son internos. No por nada la teoría del individualismo subjetivista, así como todas las teorías de la expresión en general, no surgieron más que en terrenos idealistas y espiritualistas. Todo lo verdaderamente importante es interno; el elemento externo puede adquirir real importancia solo si se convierte en un vehículo de lo interno, si es expresión del espíritu.

Al hacerse externo, al expresarse exteriormente, el elemento interno sufre naturalmente un cambio. Debe poder dominar la materia externa que posee una validez propia independiente del elemento interno. En este proceso de lograr el control, de dominar la materia externa y convertirla en un medio dócil de expresión, el mismo elemento expresable y experimental se altera y debe asumir un compromiso. Por lo tanto, los fundamentos idealistas, sobre los cuales se establecieron todas las teorías de la expresión,

también permiten negar radicalmente la expresión, que deforma la pureza del elemento interno.[1] En cualquier caso, todas las fuerzas creativas y organizadoras de la expresión son internas. Lo externo no es más que materia pasiva para ser manipulada por el elemento interno. La expresión se forma básicamente en lo interior y luego simplemente sale al exterior. Según este argumento, la comprensión, interpretación y explicación de un fenómeno ideológico también debería dirigirse hacia adentro; debería hacer un camino inverso al de la expresión. Partiendo de la objetivación externa, la explicación debe descender hasta las bases organizativas internas. Así es como entiende la expresión el subjetivismo individualista.

La teoría de la expresión que sustenta la primera corriente de pensamiento en la filosofía del lenguaje es fundamentalmente insostenible.

El elemento vivencial expresable y su objetivación exterior se crean, como sabemos, a partir de la misma materia. La experiencia fuera de su corporización en signos no existe. En consecuencia, la verdadera noción de una diferencia cualitativa fundamental entre el elemento interno y el externo no es válida. Además, el centro organizador y formativo no se localiza internamente (en la materia de los signos internos) sino exteriormente. La experiencia no organiza la expresión, sino a la inversa: *la expresión organiza la experiencia.* La expresión es lo que primero da a la experiencia su forma y especifidad de dirección.

Desde cualquier aspecto que se lo considere, la expresión-habla es determinada por las condiciones reales de un habla determinada, principalmente por su *situación social inmediata.*

El habla, como sabemos, se construye entre dos personas socialmente organizadas, y en ausencia de un destinatario real, se presupone uno en la persona, diríamos, de un representante normal del grupo social al cual pertenece el hablante. La *palabra se orienta hacia un destinatario,* hacia *quien* ese destinatario debe ser: un miembro o no-miembro del mismo grupo social, de situación superior o inferior (el status jerárquico del destinatario), alguien relacionado con el hablante por lazos sociales estrechos (padre, hermano, marido, etcétera) o no. No puede existir algo así como un destinatario abstracto, un hombre "en sí", por así decir, con

1 "El pensamiento hablado es una mentira" (Tyutchev); "Oh, si se pudiera hablar desde el alma sin palabras" (Fet). Estas afirmaciones son muy típicas del romanticismo idealista.

quien no tendríamos por cierto un lenguaje en común, ni en sentido literal ni en sentido figurado. Aunque a veces tenemos pretensiones de experimentar y decir cosas *urbi et orbi*, en realidad vislumbramos este "mundo infinito" a través del prisma del medio social concreto que nos rodea. En la mayoría de los casos, presuponemos cierta *esfera social* típica y estabilizada hacia la cual se orienta la creatividad ideológica de nuestra propia época y grupo social, suponemos como destinatario a un contemporáneo de nuestra literatura, nuestra ciencia, nuestros códigos morales y legales.

El pensamiento y el mundo interno de cada uno tiene su *auditorio social* estabilizado, que comprende el entorno en el cual se forman las razones, los motivos, los valores. Cuanto más culta sea una persona, más se acercará su auditorio interno al auditorio normal de la creatividad ideológica; pero, en cualquier caso, clase específica y época específica son límites que el ideal de destinatario no puede sobrepasar.

La orientación de la palabra hacia el destinatario tiene muchísima importancia. En realidad, *la palabra es un acto de dos caras*. Está tan determinada por *quien* la emite como por aquel *para quien* es emitida. Es *el producto de la relación recíproca entre hablante y oyente, emisor y receptor*. Cada palabra expresa el "uno" en relación con el "otro". Yo me doy forma verbal desde el punto de vista de otro, y en definitiva, desde el punto de vista de la comunidad a que pertenezco. Una palabra es un puente tendido entre yo y otro. Si un extremo del puente se apoya en mí, entonces el otro se apoya en mi interlocutor. Una palabra es territorio compartido por el emisor y el receptor, por el hablante y su interlocutor.

¿Pero qué quiere decir ser el hablante? Incluso si una palabra no le es totalmente propia, como si constituyera la zona límite entre él y su interlocutor, en parte le pertenece.

Hay un caso en que el hablante es indudablemente el poseedor de la palabra, a la cual, en esta circunstancia, tiene plenos derechos. Este caso es el acto fisiológico de realización de la palabra. Pero mientras el acto se considere en sus términos puramente fisiológicos, la categoría de posesión no es pertinente.

Si, en vez del acto fisiológico de producción de sonido, consideramos la producción de la palabra como signo, entonces el problema de la propiedad se hace muy complicado. Aparte del hecho de que la palabra como signo es un préstamo que toma el hablante del repertorio social de signos disponibles, la manipulación real-

mente individual de este signo social en una emisión concreta está totalmente determinada por las relaciones sociales. La individualización estilística de un enunciado, de que hablan los vosslerianos, representa un reflejo de las interrelaciones sociales que constituyen la atmósfera en que se forma un enunciado. *La situación social inmediata y el medio social más amplio determinan totalmente —y desde adentro— la estructura de un enunciado.*

En efecto, cualquier clase de emisión que consideremos, aun aquella que no es un mensaje referencial (comunicación en el sentido estricto) sino la expresión verbal de una necesidad —hambre, por ejemplo— podemos estar seguros de que está orientada socialmente en su totalidad. Principalmente está determinada de modo inmediato y directo por los participantes del hecho de habla, participantes tanto explícitos como implícitos, relacionados con una situación específica. Esta situación da forma al enunciado, estableciendo que debe sonar de cierta manera y no de otra: como exigencia o como súplica, insistencia en los propios derechos o pedido de clemencia, en estilo florido o llano, de modo seguro o dubitativo, etcétera.

La situación social inmediata y los participantes sociales inmediatos determinan la forma "ocasional" y el estilo de un enunciado. Las capas más profundas de su estructura se determinan por conexiones sociales más fundamentales con las que el hablante está en contacto.

Aunque tomáramos un enunciado todavía en vías de generarse "en el alma", en el fondo las cosas no cambiarían, puesto que la estructura de la experiencia es tan social como lo es la estructura de su objetivación exterior. El grado en que una experiencia es perceptible, distinta y formulada es directamente proporcional al grado en que está socialmente orientada.

En realidad, ni siquiera la aprehensión más simple y confusa de una sensación —la sensación de hambre, por ejemplo, no expresada exteriormente— puede evitar algún tipo de forma ideológica. Cualquier aprehensión debe tener lenguaje interno, entonación interna y rudimentos de estilo interno: se puede aprehender la propia hambre de modo apologético, irritable, enojado, indignado, etcétera. Hemos indicado solo las tendencias más burdas y ruidosas que puede seguir la entonación interna; en realidad, existe un conjunto sumamente sutil y complejo de posibilidades para el tono de una experiencia. En la mayoría de los casos la expresión externa no hace más que continuar y dar mayor precisión al sen-

tido que ya asumió el lenguaje interno y a la entonación que incluye.

Cómo se va a entonar la sensación interna de hambre depende de la posición social general de la persona tanto como de las circunstancias inmediatas de la experiencia. Estas determinan en qué contexto valorativo, dentro de qué ámbito social se percibirá la experiencia de hambre. El contexto social inmediato determinará los posibles destinatarios, amigos o enemigos, hacia quienes se orientará la conciencia y la experiencia de hambre: si incluirá descontento con la cruel naturaleza, consigo mismo, con la sociedad, con un grupo específico dentro de la sociedad, con una persona específica, etcétera. Son posibles, naturalmente, diversos grados de perceptibilidad, claridad y diferenciación en la orientación social de una experiencia; pero no existe experiencia sin orientación social valorativa. Incluso el llanto de un bebé está "orientado" hacia su madre. Es posible que la experiencia de hambre tome un tinte político, y en tal caso su estructura se determinará en el sentido de una potencial exhortación política o de una razón para la agitación política. Puede percibirse como una forma de protesta, etcétera.

Con respecto al destinatario potencial (a veces claramente percibido), pueden distinguirse dos extremos entre los cuales puede aprehenderse y estructurarse ideológicamente una experiencia, con predominio de uno o de otro. Estos extremos pueden denominarse la *"experiencia-yo"* y la *"experiencia-nosotros"*.

La "experiencia-yo" tiende hacia el exterminio: a medida que se acerca a su límite extremo, va perdiendo su estructuración ideológica y, por lo tanto, su condición de aprehensible, retrocediendo hacia la reacción fisiológica del animal. Al acercarse a este extremo, la experiencia se despoja de todas sus potencialidades, de toda orientación social posible, y también pierde, por lo tanto, su concreción verbal. Experiencias aisladas o grupos enteros de experiencias pueden acercarse a este extremo, depojándose así de su claridad y estructuración ideológicas y atestiguando la inhabilidad de la conciencia para acuñar matrices sociales.[2]

La "experiencia-nosotros" no es de ninguna manera una nebulosa experiencia de rebaño; es diferenciada, y la diferenciación ideoló-

2 Sobre la posibilidad de un conjunto de experiencias sexuales humanas producidas fuera del contexto social con la pérdida concomitante de la comprensión verbal, véase *nuestro libro Freydizm* (Freudismo), 1927, pp. 135-136.

gica, el aumento de conciencia, aparece en proporción directa a la firmeza y precisión de la orientación social. Cuanto más fuerte, organizada y diferenciada es la comunidad en la cual el individuo se orienta, más vívido y complejo ha de ser su mundo interior.

La "experiencia-nosotros" permite diferentes grados y tipos de estructuración ideológica.

Supongamos un caso en que el hombre es experimentado por un miembro de un conjunto no homogéneo de personas hambrientas cuya hambre depende del azar (el miserable, el pordiosero, o seres semejantes). La experiencia de ese solitario desclasado se coloreará de cierta manera específica y gravitará hacia ciertas formas ideológicas particulares con una amplia gama de posibilidades: humildad, vergüenza, envidia, y otros tonos valorativos colorearán su experiencia. Las formas ideológicas según las cuales se desarrollará su experiencia podrán ser o la protesta individualista de un vagabundo o la penitente resignación mística.

Supongamos ahora un caso en que la persona hambrienta pertenece a un grupo donde el hambre no depende del azar y tiene carácter colectivo, pero el grupo de esta gente hambrienta no está estrechamente unido por lazos materiales, y cada uno de sus miembros experimenta el hambre por cuenta propia. Esta es la situación de muchos campesinos. El hambre se experimenta en general, pero en condiciones de desigualdad material, en ausencia de una liga económica unificadora, cada persona sufre el hambre en el pequeño mundo cerrado de su propia economía individual. Ese grupo carece de la estructura material unitaria imprescindible para la acción conjunta. Bajo tales condiciones, la regla consistirá en una aprehensión resignada de la propia hambre, que no degrada ni avergüenza: "si todos la soportan, tú también debes soportarla". Aquí se dan las bases para el desarrollo de los sistemas filosóficos y religiosos de tipo fatalista o de aceptación pasiva (cristianismo primitivo, tolstoianismo).

Una experiencia de hambre totalmente distinta corresponde al miembro de un grupo unido, objetiva y materialmente alineado (un regimiento de soldados; obreros asociados dentro de una fábrica; mano de obra contratada en una granja capitalista de explotación en gran escala; finalmente, toda una clase si ha madurado hasta el punto de ser "clase para sí"). Esta vez la experiencia de hambre se indicará predominantemente por tonos de protesta activa y de confianza en sí mismo, sin fundamento para una entonación humilde y sumisa. Este es el terreno más favorable

para que una experiencia adquiera claridad y estructuración ideológica.[3]

Todos estos tipos de expresión, cada uno con sus entonaciones fundamentales, llegan plenos de términos y formas que corresponden a posibles enunciados. En todos los casos, la situación social determina qué término, qué metáfora y qué forma puede desarrollarse en un enunciado que expresa hambre aparte del particular soporte entonacional de la experiencia.

La *autoexperiencia* individualista se caracteriza por su índole especial. No pertenece a la "experiencia-yo" en el sentido estricto del término tal como lo hemos definido. La experiencia individualista está completamente diferenciada y estructurada. El individualismo es una forma ideológica especial de la "experiencia-nosotros" de la clase burguesa (también existe un tipo análogo de autoexperiencia individualista en la clase aristocrática feudal). El tipo individualista de experiencia deriva de una orientación social inmutable y segura. La confianza individualista en sí mismo, el sentido del propio valor personal, no proviene de adentro, de las profundidades de la propia personalidad, sino del mundo exterior. Es la interpretación ideológica del propio reconocimiento y mantenimiento social por derecho, y de la seguridad y mantenimiento objetivos de la propia vida individual proporcionados por todo el orden social. La estructura de la personalidad consciente individual es tan social como lo es el tipo colectivo de experiencia. Es una clase particular de interpretación, proyectada en la psiquis individual, acerca de una situación socioeconómica compleja y establecida. Pero en este tipo de "experiencia-nosotros" individualista, así como en el orden al cual corresponde, reside una contradicción interna que tarde o temprano destruirá su estructuración ideológica.

Una estructura análoga se presenta en la autoexperiencia solitaria ("la habilidad y la fuerza para mantenerse solo en la propia rectitud"), cultivada por Romain Rolland y, en cierta medida, por Tolstoy. El orgullo que implica esta soledad también depende de "nosotros". Es una variante de la "experiencia-nosotros" característica de la moderna intelligentsia de la Europa occidental. Las afirmaciones de Tolstoy acerca de la existencia de diferentes cla-

3 Puede encontrarse interesante material sobre expresiones de hambre en las obras de Leo Spitzer, *Italienische Kriegsgefangenenbriefe* y *Die Umschreibungen des Begriffes Hunger*. El interés fundamental de estos trabajos reside en la adaptabilidad de palabra e imagen a las condiciones de una situación excepcional. Pero el autor no opera con un criterio genuinamente sociológico.

ses de pensamiento —"para uno mismo" y "para el público"— no hacen más que yuxtaponer dos conceptos diferentes de "público". El "para uno mismo" de Tolstoy en realidad se refiere solo a una peculiar concepción de destinatario. No existe el pensamiento sin la orientación hacia una expresión posible, y por lo tanto, fuera de la orientación social de esa expresión y del pensamiento involucrado.

La personalidad del hablante, entonces, tomada desde adentro, diríamos, resulta ser totalmente un producto de las interrelaciones sociales. No solo su expresión externa sino también su experiencia interna son territorio social. Por lo tanto, todo el camino entre la experiencia interna (lo "expresable") y su objetivación externa (el "enunciado") cruza territorio social. Cuando una experiencia alcanza el estado de realización en un enunciado plenamente maduro, su orientación social aumenta su complejidad al concentrarse en las circunstancias sociales inmediatas del discurso y, sobre todo, en destinatarios reales.

Nuestro análisis arroja una nueva luz sobre el problema de la conciencia y la ideología que examinábamos antes.

Fuera de la objetivación exterior, de la corporización exterior en alguna materia particular (la materia del gesto, palabra interna, gritería), *la conciencia es una ficción.* Es una construcción ideológica impropia creada por abstracción a partir de los hechos concretos de la expresión social. Pero la conciencia como expresión material organizada (en la materia ideológica de la palabra, de un signo, un dibujo, colores, sonido musical, etcétera), la conciencia, concebida, es un hecho objetivo y una tremenda fuerza social. Esta clase de conciencia no es un fenómeno supraexistencial y no puede determinar la constitución de la existencia. Ella misma es parte de la existencia y una de sus fuerzas, y por esa razón posee eficacia y juega un papel en el tablado de la existencia. La conciencia, mientras todavía está en el interior de la cabeza de una persona consciente como palabra-interna germen de la expresión, es aún una diminuta parte de la existencia, con una actividad de muy poco alcance. Pero una vez que pasa por todas las etapas de la objetivación social e ingresa al sistema de poder de la ciencia, el arte, la ética, o la ley, se convierte en una fuerza real, capaz incluso de ejercer a su vez influencia sobre las bases económicas de la vida social. Esta fuerza de la conciencia se encarna en organizaciones sociales específicas, y se encaja en determinados modos ideológicos de expresión (ciencia, arte, etcétera), pero incluso en

su vaga forma original de pensamiento y experiencia vacilante, ya constituyó un hecho social en pequeña escala y no fue un acto interno de parte del individuo.

Desde el comienzo, la experiencia se dirige hacia la expresión exterior plenamente realizada. La expresión de una experiencia puede realizarse o quedar inhibida. En este caso, la experiencia es expresión inhibida (no vamos a entrar en el complejísimo problema de las causas y condiciones de la inhibición). La expresión realizada, a su vez, ejerce una poderosa influencia sobre la experiencia: comienza a unir la vida interior, dándole una expresión más definida y duradera.

Esta influencia retroactiva de la expresión estructurada y estabilizada sobre la experiencia (expresión interior) tiene enorme importancia y siempre debe ser tenida en cuenta. Puede afirmarse que no se trata *tanto de que la expresión se adapta a nuestro mundo interno sino de que nuestro mundo interno se adapta a las potencialidades de nuestra expresión, a sus posibles vías y direcciones.*

Para distinguirla de los sistemas de ideología establecidos —los sistemas del arte, de la ética, de las leyes, etcétera—, emplearemos el término *ideología conductal* para la suma total de experiencias vitales y las expresiones externas directamente relacionadas con ella. La ideología conductal es la atmósfera del lenguaje interno y externo no sistematizado ni fijado que dota de significado a cada una de nuestras instancias de conducta y acción y cada uno de nuestros estados "conscientes". Si consideramos la naturaleza sociológica de la estructura de la expresión y la experiencia, podemos decir que en nuestro concepto la ideología conductal corresponde básicamente a la llamada "psicología social" en la literatura marxista. En el presente contexto, preferiríamos evitar la palabra "psicología", puesto que solo nos interesa el contenido de la psiquis y la conciencia. El contenido es totalmente ideológico, determinado no por factores individuales, orgánicos (biológicos o fisiológicos), sino por factores de índole puramente sociológica. El factor orgánico individual es absolutamente irrelevante para la comprensión de los lineamientos básicos creativos y vitales del contenido de la conciencia.

Los sistemas ideológicos establecidos de ética social, ciencia, arte y religión son cristalizaciones de la ideología conductal, y estas cristalizaciones, a su vez, ejercen una poderosa influencia sobre la ideología conductal. La ideología conductal introduce la obra en una situación social particular. La obra se combina con todo el

contenido de la conciencia de los que la perciben y establece sus valores perceptivos solo en el contexto de esa conciencia. Es interpretada en el espíritu del contenido particular de la conciencia (la conciencia del que percibe) y es iluminada nuevamente por esta, lo cual constituye la vitalidad de una producción ideológica. En cada período de su existencia histórica, una obra debe entrar en estrecha asociación con la cambiante ideología conductal, ser impregnada por ella, y realimentarse de ella. Solo en la medida en que una obra pueda integrar una asociación orgánica de ese tipo con la ideología conductal de un período determinado resulta viable para ese período (y por supuesto, para un grupo social determinado). Fuera de esta conexión con la ideología conductal deja de existir, pues deja de ser experimentada como algo ideológicamente significativo.

Debemos distinguir varios estratos diferentes en la ideología conductal. Se definen por la escala social en la que se miden la experiencia y la expresión, o por la fuerzas sociales con respecto a las que deben orientarse directamente.

La esfera en que se produce una experiencia o expresión puede variar en sus alcances, según sabemos. El mundo de una experiencia puede ser estrecho y confuso; su orientación social puede ser fortuita y efímera y característica solo para una coalición adventicia y débil de un pequeño número de personas. Naturalmente, incluso estas experiencias excéntricas son ideológicas y sociológicas, pero se sitúan en los límites de lo normal y lo patológico. Una experiencia así quedará como un hecho aislado en la vida psicológica de la persona expuesta a ella. No echará raíces firmes y no tendrá una expresión diferenciada y plenamente madura, porque, si carece de una audiencia estable, con fundamento social, no tendría dónde encontrar las bases para su diferenciación y su completa realización. Es aun menos probable que una experiencia accidental como esa pueda llegar a ponerse por escrito o incluso imprimirse. Experiencias de esa clase, nacidas de una situación momentánea o accidental, no tienen ninguna probabilidad de lograr eficacia o impacto social.

El estrato inferior de la ideología conductal, el más fluido y más rápidamente cambiante consiste en experiencias de esa clase. Por consiguiente, a este estrato pertenecen todas las experiencias y pensamientos vagos y sin desarrollar, y las palabras vanas y accidentales que se nos cruzan en la mente. Son todos casos de desvíos de la orientación social, novelas sin héroes, actuaciones sin audiencia. Carecen de cualquier tipo de lógica o de unidad. Es muy

difícil detectar regularidad sociológica en estos desechos ideológicos. En este estrato inferior de la ideología conductal solo es detectable la regularidad estadística; con una cantidad inmensa de productos de esta clase podrían revelarse los trazos de la regularidad socioeconómica. No es necesario decir que sería prácticamente imposible descubrir en cualquiera de estas experiencias o expresiones accidentales sus premisas socioeconómicas.

Los estratos superiores de la ideología conductal, directamente vinculados con los sistemas ideológicos, son más vitales, más serios y de carácter creativo. Comparados con una ideología establecida, son muchos más móviles y sensibles: transmiten cambios en las bases socioeconómicas, con mayor rapidez e intensidad. Aquí, precisamente, se reconstruyen esas energías creadoras por cuya acción se efectúa la reestructuración parcial o radical de los sistemas ideológicos. Las fuerzas sociales de surgimiento reciente encuentran su expresión ideológica y adquieren su forma primero en estos estratos superiores de la ideología conductal antes de que puedan dominar el campo de alguna ideología oficial organizada. Naturalmente, en el proceso de esta lucha, en el proceso de su gradual infiltración en las organizaciones ideológicas (prensa, literatura y ciencia), estas nuevas corrientes de la ideología estructural, por revolucionarias que sean, sufren la influencia de los sistemas ideológicos establecidos y, en cierta medida, incorporan formas, prácticas ideológicas y criterios ya existentes.

Lo que comúnmente se llama "individualidad creativa" no es sino la expresión de la línea fundamental, consistente y firmemente establecida de la orientación social de una persona particular. Esto atañe a los estratos más altos del lenguaje interno (ideología conductal), totalmente estructurados, cada uno de cuyos términos y entonaciones ya atravesó la etapa de la expresión y, diríamos, pasó la prueba de la expresión. Lo que está involucrado aquí, entonces, son palabras, entonaciones, y gestos de habla interna que pasaron la experiencia de la expresión externa en una escala social más o menos amplia y adquirieron, por así decir, gran lustre y brillo social gracias a las reacciones y las respuestas, la resistencia o el apoyo, de parte de la audiencia social.

En los estratos inferiores de la ideología conductal, juega, por supuesto, un papel decisivo el factor biológico-biográfico, pero su importancia va disminuyendo al ir penetrando el habla cada vez más profundamente en un sistema ideológico. En consecuencia, mientras en los estratos inferiores de la experiencia y la expre-

sión (habla) tienen algún valor las explicaciones biobiográficas, su papel es muy modesto en los estratos superiores. Aquí se impone totalmente el método sociológico objetivo.

Debe rechazarse, entonces, la teoría de la expresión que sustenta el subjetivismo individualista. *El centro organizador de toda emisión, de toda experiencia, no está adentro sino afuera, en el medio social que circunda al ser individual.* Solo el grito inarticulado de un animal se organiza realmente desde el interior del aparato fisiológico de una criatura individual. Ese grito carece de un factor ideológico positivo comparado con la reacción fisiológica. Pero incluso el habla humana más primitiva producida por el organismo individual, desde el punto de vista de su contenido, su sentido y su significado, se organiza fuera del organismo, en las condiciones extraorgánicas del medio social. Esa habla es en su totalidad un producto de la interacción social, tanto de la inmediata determinada por las circunstancias del discurso, como por la más general determinada por la totalidad de las condiciones en las cuales opera una comunidad de hablantes.

El habla individual (*parole*), a pesar de las pretensiones del objetivismo abstracto, de ninguna manera es un hecho individual no susceptible de análisis sociológico en virtud de su individualidad. Si fuera así, ni la suma total de estos actos individuales ni los rasgos abstractos comunes en esos actos individuales (las "formas normativamente idénticas") podrían quizás engendrar un producto social.

El subjetivismo individualista *tiene razón* al afirmar que las hablas individuales *son* lo que constituye la realidad concreta y actual de la lengua, y que *tienen* efectivamente valor creativo para la lengua.

Pero el subjetivismo individualista *se equivoca* al ignorar y no poder comprender la naturaleza social del habla y al intentar derivar el habla del mundo interno del hablante como expresión de ese mundo. La estructura del habla y de la verdadera experiencia que se expresa es una *estructura social.* La forma estilística de un enunciado es de tipo social, y la corriente verbal de enunciados, que constituye la realidad de la lengua, es una corriente social. Cada gota de esa corriente es social, y es social toda la dinámica de su producción.

El subjetivismo individualista también *tiene razón* en que la forma lingüística y su contenido ideológico *no* son separables. Cada una de las palabras es ideológica y cada una de las aplicaciones de

la lengua implica cambio ideológico. Pero el subjetivismo individualista *se equivoca* en cuanto deriva también este contenido ideológico de las condiciones de la psiquis individual.

El subjetivismo individualista *se equivoca* al tomar el habla monologal como su punto de partida fundamental, lo mismo que hace el objetivismo abstracto. Algunos vosslerianos, en verdad, comenzaron a considerar el problema del diálogo, aproximándose así a una comprensión más correcta de la interacción verbal. Altamente sintomático en este sentido es un libro de Leo Spitzer que ya citamos, *Italienische Umgangssprache*, que intenta analizar las formas de la lengua italiana conversacional en estrecha relación con las condiciones del discurso y sobre todo con el problema del destinatario.[4] Sin embargo, Leo Spitzer utiliza un método *psicológico descriptivo*, y no extrae de su análisis las conclusiones fundamentalmente sociológicas que este sugiere. Por lo tanto, para los vosslerianos, la realidad básica sigue siendo el habla monologal.

El problema de la interacción verbal fue planteado con claridad y precisión por Otto Dietrich,[5] quien somete a crítica la teoría del habla como expresión. Para él, la función fundamental de la lengua no es la expresión sino la *comunicación* (en sentido estricto), y esto lo conduce a considerar el papel del destinatario o receptor. La condición mínima para una manifestación lingüística, según Dietrich, es *doble* (hablante y oyente). No obstante, Dietrich comparte supuestos de tipo psicológico general con el subjetivismo individualista. Las investigaciones de Dietrich también carecen de una base sociológica determinada.

Ahora estamos en situación de responder la pregunta planteada al final del primer capítulo de esta sección. *La verdadera realidad del lenguaje no es el sistema abstracto de formas lingüísticas, ni el habla monologal aislada. ni el acto psicofisiológico de su realización, sino el hecho social de la interacción verbal que se cumple en uno o más enunciados.*

La interacción verbal, entonces, es la realidad fundamental del lenguaje.

El diálogo, en el sentido estricto de la palabra, es, naturalmente, solo una de las formas —muy importante, por cierto— de la in-

4 Al respecto, es sintomática la organización de ese libro, que se divide en cuatro capítulos principales, titulados: I. *Eröffnungsformen des Gesprächs*; II. *Sprecher und Hörer*: A. *Höflichkeit (Rücksicht auf den Partner)*, B. *Sparsamkeit und Verschwendung im Ausdruck* y C. *In einandergreifen von Rede und Gegenrede*; III. *Sprecher und Situation*; IV. *Der Abschluss des Gesprächs.* El predecesor de Spitzer en el estudio de la lengua conversacional en las condiciones del discurso de la vida real fue Hermann Wunderlich. Véase su libro *Unsere Umgangssprache*, 1894.
5 Véase *Die Probleme der Sprachpsychologie*, 1914.

teracción verbal. Pero también puede entenderse el diálogo en un sentido más amplio, que no solo abarca la comunicación verbal vocalizada, directa y cara a cara entre personas, sino también la comunicación verbal de cualquier otro tipo. Un libro, por ejemplo, *una actuación verbal impresa*, es también un elemento de la comunicación verbal. Es algo discutible con respecto al verdadero diálogo de la vida real, pero aparte de ello, está realizado especialmente para su percepción activa, que implica lectura atenta y responsividad interna, y para la reacción *impresa*, organizada, en las diversas formas correspondientes a la particular esfera de este tipo de comunicación verbal (reseñas de libros, estudios críticos, influencia en obras posteriores, etcétera). Además, una actuación verbal de esta clase se orienta también inevitablemente con respecto a actuaciones anteriores en la misma esfera, tanto las del mismo autor como las de otros. Parte inevitablemente de un estado particular que implica un problema científico o un estilo literario. Es como si la actuación verbal impresa se comprometiera en un coloquio ideológico de largo alcance: responde a algo, objeta algo, afirma algo, anticipa posibles respuestas y objeciones, busca apoyo, etcétera.

Todo enunciado, por importante y completo que pueda ser, *es solo un momento en el proceso continuo de la comunicación verbal.* Pero esa comunicación verbal continua, a su vez, no es más que un momento en el proceso generativo continuo y totalmente inclusivo de un agregado social. Y aquí surge un problema importante: el estudio de la relación entre la interacción verbal concreta y la situación extraverbal, tanto la situación inmediata como la más general, a través de la primera. Esta relación adquiere formas diferentes, y en una situación factores distintos asociados con una u otra forma pueden asumir distintos significados (estas relaciones, por ejemplo, no concuerdan con los distintos factores de la situación en la comunicación literaria o científica). *La comunicación verbal no puede comprenderse ni explicarse fuera de esta relación con una situación concreta.* El intercambio verbal está estrechamente vinculado con otros tipos de comunicación, todos los cuales tienen su origen común en la comunicación de la producción. Se sobreentiende que la palabra no puede divorciarse de su proceso unificado de comunicación, eternamente generativo. En su relación concreta con una situación, la comunicación verbal está siempre acompañada por actos sociales de carácter no verbal (la ejecución de un trabajo, los actos simbólicos de un ritual, una ceremonia, etcétera), y a menudo no es más que un accesorio de estos actos, con un papel meramente auxiliar. *El lenguaje adquiere vida y desarrollo histórico precisamente aquí,*

en la comunicacion verbal concreta, y no en el abstracto sistema lingüístico de formas de la lengua, ni en la psiquis individual de los hablantes.

De todo ello se sigue que el orden para el estudio del lenguaje, con base metodológica, debería ser: 1) formas y tipos de interacción verbal en relación con sus condiciones concretas; 2) formas de enunciados particulares, de actuaciones lingüísticas particulares, como elementos de una interacción muy ligada, es decir, los géneros del desempeño lingüístico en la conducta humana y la creatividad ideológica determinados por la interacción verbal y 3) un nuevo examen, sobre estas nuevas bases, de las formas de la lengua en su presentación lingüística usual.

He aquí el orden que sigue el verdadero proceso generativo del lenguaje: *se genera el intercambio social* (originado en las bases); *en este se generan la comunicación y la interacción verbal; en esta última se generan las formas de la actuación lingüística; finalmente, este proceso generativo se refleja en el cambio de las formas de la lengua.*

De todo lo dicho surge algo de gran importancia, el problema de las formas de un enunciado *como un todo*. Ya hemos señalado que la lingüística contemporánea no lo aborda, pues su análisis no va más allá de los elementos que lo constituyen. Entretanto, los enunciados son las verdaderas unidades del flujo lingüístico. Para estudiar las formas de esta verdadera unidad es necesario precisamente que no se la aísle del flujo histórico de enunciados. Como entidad total, el enunciado solo se realiza en el flujo del intercambio verbal. La totalidad se define por sus límites, y estos límites siguen la línea de contacto entre un enunciado dado y el medio verbal (constituido por otros enunciados) y el extraverbal.

Las primeras y las últimas palabras, los puntos iniciales y finales de los enunciados de la vida real: eso constituye ya el problema de la totalidad. El proceso del lenguaje, ampliamente comprendido como el proceso de la vida verbal interna y externa, continúa sin interrupción. No conoce principio ni fin. El producto lingüístico realizado exteriormente es una isla que surge del mar sin límites del lenguaje interno; las dimensiones y formas de esta isla están determinadas por la particular *situación del* enunciado y sus oyentes. La situación y los oyentes hacen que el lenguaje interno se realice en algún tipo de expresión específica exterior que está directamente incluida en un contexto no verbalizado de conducta. En este contexto es ampliado por las

acciones, la conducta o las respuestas verbales de otros participantes del enunciado. En enunciados conductales las formas más típicas de totalidades son la pregunta, la exclamación, la orden y el ruego, totalmente desarrollados. Todas ellas (especialmente la orden y el ruego) requieren un complemento extraverbal y, por cierto, un comienzo extraverbal. La verdadera estructura que adquirirán estos pequeños *géneros* conductales se determina por el efecto que produce, sobre una palabra, su aparición frente al medio extraverbal y frente a otra palabra (es decir, las palabras de la otra gente). La forma que adoptará una orden, entonces, se determina por los obstáculos que puede encontrar, el grado de obediencia que se espera, etcétera. La estructura del género en estos casos estará de acuerdo con los rasgos únicos y accidentales de las situaciones de conducta. Solo cuando la costumbre social y las circunstancias fijaron y estabilizaron de modo apreciable ciertas formas en el intercambio de conductas, puede hablarse de tipos específicos de estructura en géneros de lenguaje conductal. Así, por ejemplo, se ha logrado un tipo muy especial de estructura para el género de charla ligera y casual de salón, donde todos se sienten cómodos y donde la diferencia fundamental (en los oyentes) es la que existe entre hombres y mujeres. Aquí se hallan formas especiales de insinuación, de medias palabras, alusiones a pequeñas historias de carácter deliberadamente poco serio, etcétera. Se da un tipo distinto de estructura en el caso de la conversación entre marido y mujer, hermano y hermana, etcétera. En el caso en que se reúne un grupo de gente al azar —como cuando se espera en una fila o se hace un trabajo— las manifestaciones y cambios de palabras comienzan y terminan y se construyen de modo totalmente distinto. Las ruedas de costura en las aldeas, las parrandas ciudadanas, las pláticas de los trabajadores a la hora del almuerzo, tienen su características propias. Cada situación, fijada y establecida por el uso social, exige un tipo particular de organización de los oyentes, y por lo tanto, un repertorio particular de pequeños géneros de conducta. El género de conducta encaja siempre en el canal de intercambio social que se le asigna y funciona como reflejo ideológico de su tipo, su estructura, su objetivo y su composición social. El género de conducta es un hecho del medio social: de momentos de ocio, de fiesta, y de contacto social en el salón, en el taller, etcétera. Se mezcla con el medio, que lo delimita y lo define en todos sus aspectos internos.

Los procesos de producción del trabajo y los procesos del comercio conocen formas distintas para producir enunciados.

Las formas de intercambio ideológico en el sentido estricto del término —formas para discursos políticos, actos políticos, leyes, reglamentos, manifiestos; y formas para expresiones poéticas, tratados científicos, etcétera—, han sido objeto de investigación especial en retórica y en poética, pero, como ya vimos, estas investigaciones han estado totalmente divorciadas del problema del lenguaje por una parte, y del problema del intercambio social por la otra.[6] El análisis productivo de las formas de la totalidad de los enunciados como las verdaderas unidades en el flujo del lenguaje solo es posible si se considera el habla individual como un fenómeno puramente sociológico. La filosofía marxista del lenguaje debe resueltamente estimar el habla como el verdadero fenómeno del lenguaje y como una estructura socioideológica.

Una vez bosquejada la estructura sociológica del habla, volvamos a las dos tendencias en el pensamiento lingüístico filosófico y hagamos un resumen final.

R. Shor, lingüista moscovita adherente de la segunda tendencia en filosofía del lenguaje, concluye una breve reseña de la lingüística contemporánea con estas palabras:

"La lengua no es un artefacto (*ergon*) sino una actividad natural y congénita de la humanidad" —afirman los lingüistas románticos del siglo XIX. Contrariamente, los lingüistas teóricos modernos sostienen: "La lengua no es actividad individual (*energeia*) sino un legado histórico-cultural de la humanidad (*ergon*)".[7]

Esta conclusión es asombrosamente parcial y unilateral. Con respecto a los hechos resulta totalmente falsa. La lingüística teórica moderna incluye, después de todo, la escuela vossleriana, uno de los movimientos más fuertes en el pensamiento lingüístico contemporáneo alemán. Es imperdonable que se identifique la lingüística moderna con una sola de sus corrientes.

Desde el punto de vista teórico, tanto la tesis como la antítesis presentadas por Shor son igualmente refutables, puesto que son igualmente inadecuadas a la verdadera naturaleza del lenguaje.

Finalizaremos el tratamiento de este tema con un intento de formulación de nuestros propios puntos de vista en el siguiente conjunto de proposiciones:

6 Acerca del divorcio entre la obra de arte literaria y las condiciones de la comunicación artística y la consiguiente desvitalización de la obra, véase nuestro trabajo: "Slovo v zhizni i slovo v poezii (La palabra en la vida y en la poesía), *Zvezda*, 6, 1926.
7 R. Shor, "Krizis sovriemienoy linvistiki" (La crisis en la lingüística contemporánea). *Iafetlcheskiy sbornik*, V, 1927, p. 71.

1) *La lengua como sistema estable de formas normativamente idénticas no es más que una abstracción científica*, que resulta productiva solo en relación con ciertos objetivos particulares, teóricos y prácticos. Esta abstracción no se adecua a la realidad concreta del lenguaje.

2) *La lengua es un proceso generativo continuo realizado en la interacción socio-verbal de los hablantes.*

3) *Las leyes del proceso generativo de la lengua no son en absoluto las leyes de la psicología individual, pero no pueden divorciarse de la actividad de los hablantes.* Las leyes de la generación de la lengua son *sociológicas.*

4) *La creatividad lingüística no coincide con la creatividad artística ni con ningún otro tipo de creatividad ideológica especializada. Pero a un mismo tiempo, la creatividad lingüística no puede entenderse separada de los significados y valores que contiene.* El proceso generativo de la lengua, tanto como cualquier proceso generativo histórico, puede percibirse como ciega necesidad mecánica, pero también puede convertirse en "libre necesidad" una vez que alcanzó la posición de necesidad consciente y deseada.

5) *La estructura del habla es puramente sociológica.* El habla, como tal, se produce entre hablantes. El acto lingüístico individual (en el sentido estricto del vocablo "individual") es *contradictio in adjecto.*

Capítulo 4

Tema y significado en la lengua

Tema y significado. El problema de la percepción activa. Valoración y significado. La dialéctica del significado.

El problema del significado es uno de los más difíciles de la lingüística. Los esfuerzos por resolverlo pusieron de manifiesto el unilateral carácter monologal de la ciencia lingüística con particular relieve. La teoría de la comprensión pasiva excluye toda posibilidad de integrar en la lengua los rasgos más fundamentales y decisivos del significado.

El alcance de este trabajo nos obliga a limitarnos a un breve y superficial examen de este problema. Intentaremos solo trazar las líneas principales de un tratamiento productivo.

Un significado definido y unitario, una significación unitaria, es una propiedad de cualquier enunciado *en su totalidad.* Llamaremos *tema* a la significación de un enunciado completo.[1] El tema debe ser unitario, ya que de otro modo careceríamos de fundamento para referirnos a un enunciado. El tema mismo de un enunciado es individual e irreproducible, tal como lo es el enunciado. El tema es la expresión de la situación histórica concreta que engendró el enunciado. El enunciado "¿Qué hora es?" tiene distinto significado cada vez que se lo usa, y por lo tanto, de acuerdo con nuestra terminología, tiene diferente tema, según la situación histórica concreta (aquí "histórica" en dimensiones microscópicas) durante la cual se lo emite y de la cual es, esencialmente, una parte.

El tema de un enunciado, por consiguiente, es determinado no solo por las formas lingüísticas que lo contienen —palabras, estructuras morfológicas y sintéticas, sonidos y entonación— sino también por factores extraverbales de la situación. Si pasáramos por alto estos factores situacionales, estaríamos tan imposibilitados de compren-

1 El término es provisorio, por supuesto. *Tema* en el sentido que le damos abarca también su realización; por lo tanto, nuestro concepto no debe confundirse con el tema de una obra literaria. El concepto de "unidad temática" estaría más cerca de lo que queremos significar.

der un enunciado como si careciéramos de sus palabras más importantes. El tema de un enunciado es concreto, tan concreto como el momento histórico al que pertenece el enunciado. *Solo un enunciado percibido en su alcance pleno y concreto como fenómeno histórico posee un tema.* Eso es lo que significa el tema de un enunciado.

Pero si nos limitáramos a las condiciones de unidad y de irreproducibilidad histórica de cada enunciado concreto y su tema, seríamos dialécticos muy pobres. Junto con el tema, o mejor, dentro del tema, también está el *significado* que corresponde a un enunciado. Por significado, a diferencia del tema, entendemos todos esos aspectos del enunciado que son *reproducibles* e *idénticos a sí mismos* en todos los casos en que se repite. Estos aspectos son abstractos, naturalmente: no tienen existencia autónoma concreta en una forma aislada artificialmente, pero a la vez constituyen una parte esencial e inseparable de enunciado. El tema de un enunciado es esencialmente indivisible. Por el contrario, su significado se descompone en un conjunto de significados que corresponden a cada uno de los diversos elementos lingüísticos que integran el enunciado. El tema irreproducible del enunciado "¿Qué hora es?" considerado en su indisoluble conexión con la situación histórica concreta, no puede dividirse en elementos. El significado del enunciado "¿Qué hora es?" —significado que, por supuesto, sigue siendo siempre el mismo en todos los momentos históricos de su enunciación— está formado por los significados de las palabras, las formas de unión morfológica y sintáctica, entonaciones interrogativas, etcétera, que componen el enunciado.

El tema es un complejo y dinámico sistema de signos que procura adecuarse a un instante dado del proceso generativo. El tema es la reacción de la conciencia en su proceso generativo al proceso generativo de la existencia. El significado es *el aparato técnico para la realización del tema.* Naturalmente, no puede trazarse ningún límite mecanicista absoluto entre tema y significado. No hay tema sin significado ni significado sin tema. Además, es casi imposible comunicar el significado de una palabra particular (al enseñar a otra persona un idioma extranjero, por ejemplo) sin haberlo convertido en elemento del tema, sin haber construido un enunciado como ejemplo. Por otra parte, un tema debe basarse en cierta fijeza de significado: de otro modo pierde su conexión con lo que lo precedió y lo que lo sigue, es decir, pierde totalmente su significación.

El estudio de las lenguas de los pueblos prehistóricos y la moderna paleontología semántica llegaron a una conclusión acerca de la

"complejidad" del pensamiento prehistórico. El hombre prehistórico usaba una palabra para denotar una gran variedad de fenómenos que, desde nuestro punto de vista moderno, no están relacionados entre sí de ningún modo. Más aun, la misma palabra podía usarse para denotar nociones diametralmente opuestas: cúspide y fondo, tierra y cielo, bueno y malo, etcétera. Marr declara:

Baste decir que el estudio paleontológico contemporáneo del lenguaje nos dio la posibilidad, gracias a sus investigaciones, de retroceder hasta una época en que una tribu disponía de una sola palabra para todos los significados que conocía la humanidad.[2]

Pero podría preguntarse: "¿Acaso tal palabra todo-significante era realmente una palabra?" Sí, precisamente, una palabra. Si, por el contrario, un sonido complejo tuviera un solo significado, invariable e inerte, no sería entonces una palabra ni un signo, sino solo una señal.[3] *La multiplicidad de significados es el rasgo constitutivo de la palabra.* Con respecto a la palabra todo-significante de la que habla Marr, podemos decir lo siguiente: *tal palabra, en esencia, no tiene virtualmente ningún significado; es todo tema.* Su significado es *inseparable de la situación concreta de su realización.* Este significado cada vez es diferente, tal como la situación es diferente cada vez. El tema, en este caso, incluyó el significado y lo disolvió antes de que este tuviera oportunidad de consolidarse y congelarse. Pero al ir desarrollándose el lenguaje, y agrandándose el repertorio de sonidos complejos, el significado comenzó a congelarse según los lineamientos que eran fundamentales y más frecuentes en la vida de la comunidad para la aplicación temática de esta o aquella palabra.

Como ya dijimos, el tema es atributo solamente de un enunciado completo; puede corresponder a una palabra aislada solo en tanto esa palabra opere como enunciado completo. De tal modo, por ejemplo, la palabra todo-significante de Marr opera siempre como una totalidad (y precisamente por esa razón no tiene significados fijos). Por otra parte, el significado corresponde a un elemento o a un agregado de elementos en su relación con la totalidad. Si no tuviéramos en cuenta esta relación con la totalidad (es decir, con el enunciado), perderíamos completamente el significado. Por eso no puede trazarse un límite preciso sobre el tema y el significado.

2 N. I. Marr, *Teoría jafética*, 1926, p. 278.
3 Es evidente que aun esa primera palabra, a la que se refiere Marr, no es en modo alguno semejante a una señal (a la cual reducen el lenguaje muchos investigadores). Una señal que significara todo sería muy poco capaz de cumplir la función de señal. La capacidad de una señal para adaptarse a las condiciones cambiantes de una situación es muy baja. De modo general, el cambio en una señal significa reemplazo de una señal por otra.

La formulación más exacta de la interrelación entre tema y significado es la siguiente. El tema es *el límite real más alto de la significación lingüística*; esencialmente, solo el tema significa algo definido. El significado es el *límite más bajo* de la significación lingüística. El significado, en el fondo, no significa nada; solo posee potencialidad, la posibilidad de tener un significado dentro de un tema concreto. La investigación del significado de un elemento lingüístico puede seguir una de dos direcciones, según nuestra definición, o hacia el límite más alto, hacia el tema, en cuyo caso se trataría de una investigación del significado contextual de una palabra dada dentro de las condiciones de un enunciado concreto; o bien puede tender hacia el límite más bajo, el límite del significado, en cuyo caso se trataría de una investigación del significado de una palabra en el sistema de la lengua, o, en otras palabras, de una investigación de una palabra de diccionario.

La distinción entre tema y significado y la correcta comprensión de su interrelación son pasos vitales para construir una genuina ciencia de los significados. Hasta hoy se ha fracasado completamente en comprender su importancia. Discriminaciones tales como las que se hacen entre los significados *usuales* y *ocasionales* de una palabra, entre sus significados centrales y laterales, entre su denotación y su connotación, etcétera, son fundamentalmente insatisfactorias. La tendencia básica que sustenta todas esas discriminaciones —la tendencia a atribuir mayor valor a los aspectos centrales, usuales, del significado, presuponiendo que ese aspecto realmente existe y es estable— es totalmente falaz. Además, el tema quedaría sin explicar, ya que este no puede reducirse a un significado ocasional o lateral de las palabras.

La distinción entre tema y significado adquiere particular claridad en relación con el *problema de la comprensión,* que trataremos rápidamente.

Ya tuvimos ocasión de hablar del tipo filológico de comprensión pasiva, que excluye de antemano la respuesta. Cualquier tipo de comprensión genuina ha de ser activa y constituir el germen de una respuesta. Solo la comprensión activa puede captar el tema: un proceso generativo solo puede entenderse con la ayuda de otro proceso generativo.

Comprender un enunciado de otra persona significa orientarse con respecto a él, encontrar su lugar correcto en el correspondiente contexto. Para cada palabra del enunciado que estamos en proceso de comprender, proponemos, por así decir, un conjunto de pala-

bras nuestras como respuesta. Cuanto mayor sea su número e importancia, más profunda y sustancial ha de ser nuestra comprensión.

De este modo, cada uno de los elementos significativos diferenciables en un enunciado y el enunciado completo como una entidad total se traslada en nuestras mentes a otro contexto activo y responsivo. *Toda comprensión verdadera tiene naturaleza dialogal.* La comprensión es al enunciado lo que una línea del diálogo es a la siguiente. La comprensión hace lo posible por aparear la palabra del hablante con una *palabra opuesta.* Solo al comprender una palabra en una lengua extranjera se ha realizado el intento de equipararla con la "misma" palabra en la propia lengua.

Por lo tanto, no hay razón para decir que el significado corresponde a una palabra como tal. El significado corresponde a una palabra en su posición entre hablantes; es decir, el significado se realiza solo en el proceso de la comprensión activa y responsiva. El significado no reside en la palabra o en el alma del hablante o en la del oyente. El significado es el *efecto de la interacción entre el hablante y el oyente producida por medio de la materia de un particular sonido complejo.* Es como una chispa eléctrica que se produce solo cuando dos terminales diferentes están en contacto. Los que ignoran el tema (que solo es accesible a la comprensión activa y responsiva) y quienes, en su intento de definir el significado de una palabra, se acercan al límite inferior, estable, idéntico a sí mismo, pretenden encender una lamparita después de haber cortado la corriente. Solo la corriente del intercambio verbal da a la palabra la luz del significado.

Pasemos ahora a uno de los problemas más importantes en la ciencia de los significados, el de la *interrelación entre significado y valoración.*

Cualquier palabra usada en el habla real no solo posee tema y significado en el sentido referencial, o de contenido, de estas palabras, sino también juicio de valor, es decir, todos los contenidos referenciales producidos en el habla viva se dicen o escriben en conjunción con un específico *acento valorativo.* No existe la palabra sin acento valorativo.

¿Cuál es la naturaleza de este acento, y cómo se relaciona con el aspecto referencial del significado?

El aspecto más obvio, pero, al mismo tiempo, el más superficial del juicio social de valor incorporado a la palabra es el que se

comunica con ayuda de la *entonación expresiva*. En la mayoría de los casos, la entonación es determinada por la situación inmediata y a menudo por sus circunstancias más efímeras. Sin duda, también es posible una entonación de un tipo más sustancial. He aquí un caso clásico de tal uso de la entonación en el habla de la vida real. Dostoiveskiy, en el *Diario de un escritor*, hace el siguiente relato:

Pero un domingo, ya de noche, me ocurrió andar algunos pasos al lado de una pandilla de seis artesanos borrachos, y de pronto me convencí de que se pueden expresar todos los pensamientos, sensaciones y hasta hondos juicios con solo ese sustantivo, que, por añadidura no tiene nada de complejo. (Dostoievskiy piensa aquí en una palabra obscena muy usada - V.V.). He aquí, por ejemplo, uno de esos chicarrones que lo pronuncia de un modo enérgico y tajante para expresar su negativa rotunda respecto de algo de que acaban de hablar. Otro le replica con ese mismo sustantivo, pero ya en otro tono y sentido muy diverso... precisamente poniendo en duda la justicia de la negación del primero. Un tercero indígnase de pronto contra el negador, irrumpe violentamente en el diálogo y le suelta el mismo sustantivo, pero ya en son de amenaza e insulto. Vuelve entonces a terciar el segundo interlocutor, indignado con el tercero, con el ofensor, y lo interpela diciéndole: "Vamos, hombre, ¿a qué te metes en nuestra conversación? ¡Estamos hablando tranquilamente, y de pronto saltas y te pones a insultar a Filka!" Y he aquí que todo eso lo viene a decir con ese mismo vocablo prohibido, con la misma denominación sencilla de un objeto, sin más aditamento acaso que el de alzar la mano y coger al otro por el hombro. Pero hete aquí que, de pronto, un cuarto interlocutor, el más joven de la partida, que hasta allí no despegó los labios, buscando probablemente la solución de la primera discrepancia que dio lugar a la disputa, entusiasmado, alzando los brazos, grita: "*¡Eureka!* —pensáis—. ¿Encontré?" Pues no hay tal *eureka* ni tal *encontré*, sino que repite exactamente ese mismo sustantivo que no figura en los diccionarios, esa misma palabra, una nada más, pero con entusiasmo, con un grito de fruición, al parecer, demasiado intensa, pues al sexto amigote, el mayor y de gesto agrio, no le hace gracia, y en un santiamén le disipa el entusiasmo al mozo, repitiéndole, con malhumorada y admonitoria voz de bajo... pues ese mismo sustantivo que está prohibido emplear delante de señoras, con el que, por lo demás, expresa clara y exactamente: "¿A qué te entremetes en la conversación? ¡Cierra el pico!" Y así, sin proferir otra palabra, repitiendo ese vocablo favorito seis veces, por turno, se comprendieron perfectamente.[4]

Las seis "actuaciones lingüísticas" de los artesanos son diferentes, a pesar de que todas consistieron en la misma palabra. Esa palabra, en este caso, fue esencialmente solo un vehículo para la entonación. La conversación se condujo en entonaciones que expresaban los juicios de valor de los hablantes. Estos juicios de valor y sus correspondientes entonaciones estaban totalmente determinados por la situación social inmediata de la charla y por lo tanto no necesitaban ningún apoyo referencial. En el habla viva, la entonación tiene a menudo un significado completamente indepen-

4 Fedor M. Dostoievskiy. *Obras completas*, tomo III. Aguilar, Madrid, 1949, p. 799.

diente de la composición semántica del discurso. La materia entonacional encerrada dentro de nosotros a menudo encuentra la salida *en construcciones lingüísticas totalmente inapropiadas al tipo particular* de entonación que va involucrada. En tal caso, la entonación no choca con la significación referencial, intelectual, concreta de la construcción. Tenemos el hábito de expresar nuestros sentimientos dándole entonación expresiva y significativa a una palabra que aparece en nuestra mente por casualidad, con frecuencia una interjección vacía o un adverbio. Casi todo el mundo tiene su interjección o adverbio favorito y hasta a veces una palabra en pleno desarrollo semántico que suele usar para resolver mediante pura entonación ciertas situaciones y estados de ánimo triviales (y a veces no tan triviales) que se presentan en la vida cotidiana. Existen ciertas expresiones como "sí-sí", "ya-ya", "bien-bien" y otras que suelen servir, como estas, de "válvulas de escape". La duplicación común en estas expresiones es sintomática; es decir, representa una prolongación artificial de la imagen sonora con el propósito de permitir que se exhale totalmente la entonación reprimida. Cualquiera de estas breves expresiones favoritas puede pronunciarse, por cierto, con una gran variedad de entonaciones según la gran diversidad de situaciones y estados de ánimo que se producen en la vida cotidiana.

En todos estos casos, el tema, que es propio de cada enunciado (cada uno de los enunciados de los seis artesanos tenía un tema que le era propio) se realiza entera y exclusivamente por el poder de la entonación expresiva sin ayuda del significado de la palabra o de la coordinación gramatical. Esta clase de juicio de valor y su correspondiente *entonación no puede exceder los estrechos confines* de la situación inmediata y del pequeño mundo social íntimo en el cual se produce. La valoración lingüística de esta clase puede muy bien considerarse como un acompañamiento, un fenómeno accesorio al significado en el lenguaje.

Pero no son así todos los juicios lingüísticos de valor. Podemos tomar cualquier enunciado, digamos, por ejemplo, un enunciado que abarca el espectro semántico más amplio posible y alcanza la audiencia social más extensa posible, y aun veremos la enorme importancia que corresponde a la valoración. Naturalmente, el juicio de valor en este caso no permitirá adecuar la expresión en lo más mínimo por la entonación, pero será el factor determinante en la elección y despliegue de los elementos fundamentales que sustentan el significado del enunciado. No se puede coordinar ningún enunciado sin un juicio de valor. Todo enunciado es por sobre todo una *orientación valorativa.* Por lo tanto, cada elemento de un

enunciado vivo no solo tiene un significado sino también un valor. Solo el elemento abstracto, percibido dentro del sistema de la lengua y no dentro de la estructura de un enunciado, aparece desprovisto de juicio de valor. Al centralizar su atención en el sistema abstracto de la lengua, muchos lingüistas llegaron como consecuencia a divorciar la valoración del significado y a considerar aquella como un factor accesorio de este, como la expresión de la actitud individual de un hablante hacia el objeto que es tema de su discurso.[5]

Entre los rusos, G. Shpett habló de valoración como de la *connotación* de una palabra. Es característico su modo de operar con una división estricta entre denotación referencial y connotación valorativa, ubicando esta división en diversas esferas de la realidad. Es totalmente inadmisible que se separen el significado diferencial y la valoración, actitud que proviene de no advertir las funciones más profundas de la valoración en el lenguaje. El significado referencial se plasma por la valoración; es ella la que determina, en definitiva, que un significado referencial particular ingrese a la esfera de los hablantes, tanto de la esfera inmediata como de la esfera social más amplia de un particular grupo social. Y con respecto a los cambios de significado, el papel creativo corresponde precisamente a la valoración. El cambio de significado es siempre, esencialmente, una revaloración: la transposición de una palabra particular de un contexto valorativo a otro. Una palabra es ascendida a un rango más alto o disminuido a uno más bajo. Al separar el significado de una palabra de la valoración se lo despoja inevitablemente de su lugar en el proceso social vivo (donde el significado está siempre impregnado de juicio de valor), se lo ontologiza y se lo transforma en el Ser ideal divorciado del proceso histórico del Devenir.

Precisamente para comprender el proceso histórico de la generación del tema y de los significados que lo implementan, es esencial tomar en cuenta la información social. El proceso generativo de la significación en la lengua está siempre asociado con la generación de la esfera valorativa de un grupo social particular y la generación de una esfera valorativa —en el sentido de la totalidad de lo que tiene significado e importancia para el grupo particular— está totalmente determinada por la expansión de la base económica. Al expandirse la base económica, provoca una real expansión en el ámbito de la existencia que es accesible, comprensible

5 Así define la valoración Anton Marty, que proporciona el análisis más penetrante y detallado de los significados de las palabras; véase su *Untersuchungen zur Grundlegung der allgemeines Grammatik und Sprachphilosophie*, Halle, 1908.

y vital para el hombre. El pastor prehistórico no se interesaba virtualmente en nada, y virtualmente nada le atañía. Al hombre del fin de la época capitalista le importa directamente todo, y su interés llega a los rincones más remotos de la tierra y hasta a las estrellas más distantes. Esta expansión de su esfera valorativa se produce de modo dialéctico. Los nuevos aspectos de la existencia, ya incorporados a la esfera del interés social, ya en contacto con la palabra y la emoción humana, no coexisten pacíficamente con otros elementos de la existencia incorporados antes, sino que luchan contra ellos, los revalúan, y producen un cambio en su posición dentro de la unidad de la esfera valorativa. Este proceso dialéctico generativo se refleja en la generación de propiedades semánticas en el lenguaje. De una vieja significación surge una nueva, y lo hace con su ayuda, pero esto ocurre de modo tal que la nueva significación puede entrar en contradicción con la vieja y reestructurarla.

El resultado es una lucha constante de acentos en cada sector semántico de la existencia. No hay nada en la estructura de la significación de lo que pudiera decirse que trasciende el proceso generativo, que es independiente de la expansión dialéctica de la esfera social. La sociedad en proceso de generación expande su percepción del proceso generativo de la existencia. Nada hay en esta de lo que pudiera decirse que es absolutamente fijo. Y así ocurre que el significado —un elemento abstracto, idéntico a sí mismo— es incluido en el tema y expulsado por las vivientes contradicciones del tema, para retornar en la forma de un nuevo significado con fijeza y autoidentidad momentánea, como antes.

Tercera parte

Hacia una historia de las formas de expresión en las construcciones de la lengua

(Estudio de la aplicación del método sociológico a problemas de sintaxis)

Capítulo 1

Teoría del enunciado y problemas de sintaxis

La significación de los problemas de sintaxis. Categorías sintácticas y enunciado en conjunto. El problema de los párrafos. Formas de discurso referido.

Los principios y métodos tradicionales en lingüística no proporcionan bases firmes para un abordaje productivo de los problemas de sintaxis. Esto es particularmente cierto con respecto al objetivismo abstracto, donde encontraron su expresión más clara y coherente los métodos y principios tradicionales. Todas las categorías fundamentales del moderno pensamiento lingüístico, cuyo desarrollo se originó en la lingüística comparativa indoeuropea, son enteramente *fonéticas* y *morfológicas*. Producto de la fonética y la morfología comparativa, ese pensamiento es incapaz de considerar otros fenómenos de la lengua sino a través de los cristales de las formas fonéticas y morfológicas. El intento de considerar la sintaxis de la misma manera condujo a la morfologización de los problemas sintácticos.[1] En consecuencia, el estudio de la sintaxis se encuentra en estado deplorable, hecho admitido abiertamente incluso por la mayoría de los representantes de la escuela indoeuropea.

Esto se comprende perfectamente si recordamos los rasgos fundamentales que caracterizan a la percepción de una lengua muerta y extranjera, percepción regida por la imperiosa necesidad de descifrar esa lengua y enseñarla a otros.[2]

Entretanto, los problemas de sintaxis tienen enorme importancia para la correcta comprensión de la lengua y su proceso generativo.

1 Como consecuencia de esta tendencia encubierta a morfologizar la forma sintáctica, el estudio de la sintaxis es dominado por el pensamiento escolástico hasta un grado no igualado en ninguna otra rama de la lingüística.

2 A esto se agregan los propósitos especiales de la lingüística comparativa: establecimiento de una familia de lenguas, o de su orden genético, y de una protolengua. Estos propósitos refuerzan la primacía de la fonética en el pensamiento lingüístico. El problema de la lingüística comparativa, muy importante en la moderna filosofía del lenguaje por la sólida posición que ocupa en la lingüística moderna, queda lamentablemente fuera de los límites de este trabajo. Es un problema de una gran complejidad, y su tratamiento aun superficial exigiría alargar considerablemente este libro.

De todas las formas de la lengua, *las sintácticas son las más cercanas a las formas concretas del enunciado,* a las formas de las actuaciones lingüísticas concretas. Todos los análisis sintácticos del discurso exigen el análisis del cuerpo vivo de un enunciado y, por lo tanto, se resisten poderosamente a que se los relegue al sistema abstracto de la lengua. Las formas sintácticas son más concretas que las morfológicas o las fonéticas y están más estrechamente asociadas con las condiciones reales del discurso. Como a nosotros nos interesan los fenómenos vivos del lenguaje, debemos dar preferencia a las formas sintácticas sobre las morfológicas y las fonéticas. Pero, como ya lo expresamos claramente, el estudio productivo de las formas sintácticas solo es posible sobre la base de una teoría del enunciado, totalmente elaborada. Mientras el enunciado, en su totalidad, siga siendo *terra incognita* para el lingüista, no se puede hablar de una comprensión genuina, concreta y no escolástica de las formas sintácticas.

Ya dijimos que el problema de los enunciados totales es un tema muy descuidado en la lingüística, y podemos llegar a decir que *el pensamiento lingüístico ha perdido, sin esperanzas, todo sentido de la totalidad verbal.* El lingüista se siente más seguro de sí mismo cuando opera en el centro de una unidad de frase. Cuanto más se acerca a la periferia del discurso y de ese modo al problema del enunciado en su totalidad, más insegura es su posición. No tiene manera de hacer frente a la totalidad. Ni una sola de las categorías de la lingüística tiene valor para definir una entidad lingüística total.

El hecho es que las categorías lingüísticas, *per se,* son aplicables solamente en el interior de un enunciado. Todas las categorías morfológicas, por ejemplo, tienen validez exclusivamente con respecto a los constituyentes de un enunciado y dejan de ser útiles cuando se trata de definir la totalidad. Lo mismo ocurre con las categorías sintácticas, la categoría de "oración", por ejemplo: la categoría de oración no es más que una definición de la oración como un elemento unitario dentro de un enunciado, y en modo alguno como entidad total.

Como prueba de esta "elementaridad" de todas las categorías lingüísticas, basta con tomar cualquier enunciado completo (en un sentido relativo, por supuesto, ya que todo enunciado forma parte de un proceso verbal) que consista en una sola palabra. Si aplicamos a esta palabra todas las categorías empleadas por la lingüística, se hace evidente en el acto que estas categorías definen la

palabra exclusivamente en función de un elemento potencial del discurso y que ninguna abarca el enunciado total. Lo que convierte esta palabra en un enunciado completo permanece fuera del ámbito del conjunto de las categorías y definiciones lingüísticas. Si desarrolláramos esta palabra en una oración totalmente explícita llenando los constituyentes básicos (según la prescripción: "no expreso, pero sobreentendido"), obtendríamos una simple oración y no un enunciado. Cualesquiera que sean las categorías lingüísticas que tratáramos de aplicar en esta oración, nunca encontraríamos aquello que la convierte en un enunciado total. De modo que si permanecemos dentro de los límites de las categorías gramaticales que nos proporciona la lingüística contemporánea, siempre se nos escapará la totalidad verbal, para siempre huidiza y fuera de nuestro alcance. Estas categorías lingüísticas nos alejan implacablemente del enunciado y de su estructura concreta, llevándonos hacia el sistema abstracto de la lengua.

Este fracaso de la definición lingüística se aplica no solo al enunciado como entidad total, sino también a las unidades que dentro de un enunciado monologal tienen derecho a ser consideradas como unidades completas. Este es el caso de las unidades separadas escritas con sangría, es decir, los *párrafos*. La composición sintáctica de los párrafos es muy variada. Pueden contener desde una sola palabra hasta todo un conjunto de oraciones complejas. Decir que un párrafo consiste en un pensamiento completo es no decir nada. Se necesita una definición desde el punto de vista de la lengua, y bajo ninguna circunstancia puede considerarse la noción de "pensamiento completo" como una definición lingüística. Aun si, como creemos, las definiciones lingüísticas no pueden divorciarse completamente de las ideológicas, tampoco pueden usarse unas en sustitución de las otras.

Si nos propusiéramos indagar en la naturaleza lingüística de los párrafos, seguramente encontraríamos que en ciertos aspectos cruciales los párrafos son análogos a los intercambios en el diálogo. El párrafo es algo así como un *diálogo invalidado que se ha introducido en el cuerpo de un enunciado monologal.* Detrás del recurso de dividir el discurso en unidades llamadas párrafos en su forma escrita, se encuentra la orientación hacia el oyente o el lector y el cálculo de sus posibles reacciones. Cuanto más débil sea esta orientación y cálculo, menos organizado será nuestro discurso con respecto a los párrafos. Los tipos clásicos de párrafos son: pregunta y respuesta (cuando el mismo autor plantea la pregunta y da la respuesta); suplementación; anticipación de posibles objeciones; exposición de aparentes discrepancias o ilogicidades en

el propio argumento, etcétera.[3] Con mucha frecuencia, tomamos como objeto de discusión nuestro propio discurso o una parte de él (el párrafo precedente, por ejemplo). En tal caso, la atención del hablante se traslada del referente de su discurso al discurso mismo (reflexión sobre las propias palabras). Pero aun este desvío en los propósitos verbales está condicionado por el interés del receptor. Si pudiéramos imaginar un discurso que ignorara de manera absoluta al receptor (un discurso imposible, por cierto) tendríamos un caso de discurso con la división orgánica reducida al mínimo. No hace falta decir que aquí no pensamos en ciertos tipos especiales de división determinadas por los objetivos y propósitos particulares de campos ideológicos específicos, como la división en estrofas del discurso en verso o la división puramente lógica del discurso de los siguientes tipos: premios, conclusión; tesis, antítesis, y otros semejantes.

Nuestro estudio de las formas de la comunicación verbal y las formas correspondientes de enunciados totales puede arrojar luz sobre el sistema de los párrafos y todos los problemas análogos. Mientras la lingüística siga orientándose hacia la emisión monologal, aislada, seguirá privada de un acceso orgánico a todas estas cuestiones. Aun el tratamiento de los problemas más elementales de sintaxis es posible solo en el terreno de la comunicación verbal. Todas las categorías fundamentales de la lingüística deben ser reexaminadas atentamente en este sentido. El interés por la entonación que acaba de aparecer en los estudios sintácticos y, en conjunción con este interés, los intentos por revisar las definiciones de las totalidades sintácticas por medio de una consideración más sutil y diferenciada de la entonación, no nos parecen muy productivos. Pueden llegar a serlo solo si se combinan con una comprensión correcta de las bases de la comunicación verbal.

Dedicaremos los capítulos restantes de nuestro estudio a uno de los problemas especiales de la sintaxis.

A veces resulta muy importante exponer algún fenómeno familiar y aparentemente bien estudiado a una nueva luz reformulándolo como problema, es decir, iluminar nuevos aspectos del fenómeno mediante preguntas especialmente relacionadas con él. Es muy importante hacerlo en los campos donde la investigación se ha

3 Por supuesto, aquí solo esbozamos el problema de los párrafos. Nuestras afirmaciones pueden parecer dogmáticas, ya que las presentamos sin pruebas y sin el apropiado soporte material. Además, hemos simplificado el problema. Mediante la forma escrita de los párrafos pueden realizarse muchas divisiones distintas del discurso monologal. Aquí mencionamos solo una de las más importantes: la división que toma en cuenta de modo decisivo al receptor y su comprensión activa.

hundido en masas de prolijas y detalladas descripciones y clasificaciones, absolutamente inútiles. Al reformularse así un problema, puede ponerse en evidencia que lo que parecía ser un fenómeno limitado y secundario tiene en realidad una importancia fundamental para la totalidad del campo de estudio. Un planteo idóneo del problema puede lograr que el fenómeno que se examina revele las potencialidades metodológicas que encierra.

Creemos que uno de estos fenómenos altamente productivos, de central importancia, es el llamado *discurso referido,* es decir, los modelos sintácticos (discurso directo, discurso indirecto, discurso cuasi-directo), las modificaciones de estos modelos y las variantes de estas modificaciones, que encontramos en una lengua para referir los enunciados de otras personas y para incorporarlas, como enunciados de otros, en un contexto monologal limitado. Hasta hoy se ha ignorado totalmente el extraordinario interés metodológico que ofrecen estos fenómenos. El examen superficial impedía discernir en la sintaxis problemas de gran significación teórica y lingüística general.[4] Cuando se lo relaciona con la lengua en una orientación científica sociológica, se revela toda la significación y el valor hermenéutico de este fenómeno.

La tarea que nos proponemos para el resto de nuestro estudio es *tomar el fenómeno del discurso referido y postularlo como problema desde una orientación sociológica.* Sobre la materia de este problema intentaremos proyectar el método sociológico en la lingüística. No tenemos la arrogancia de establecer conclusiones importantes y positivas de tipo específicamente histórico. La verdadera naturaleza del material que hemos elegido, si bien es adecuado para el propósito de exponer el problema y poner en evidencia la necesidad de tratarlo con criterio sociológico, no lo es para conducir a amplias generalizaciones históricas. Tal como se producen, estas son de un carácter meramente provisional e hipotético.

4 Por ejemplo, en el estudio de A. M. Pleshkovskiy sobre la sintaxis, no se dedican más que cuatro páginas a este fenómeno. Véase su *Russkiy sintaksis v nauchnom osvieshchenii* (La sintaxis rusa a la luz científica), 2ª ed., Moscú, 1920, pp. 465-468; (3ª ed., 1928, pp. 552-555).

Capítulo 2

Exposición del problema del discurso referido

Definición de discurso referido. El problema de la recepción activa del discurso referido en conexión con el problema del diálogo. La dinámica de la interrelación del contexto autoral y el discurso referido. El "estilo lineal" del discurso referido. El "estilo pictórico" para referir el discurso.

El discurso referido es discurso dentro del discurso, enunciado dentro del enunciado, y al mismo tiempo *discurso acerca del discurso, enunciado acerca del enunciado.*

Todo aquello acerca de lo cual hablamos es solo el contenido del discurso, el tema de nuestras palabras. Ese tema —y no es más que un tema— podría ser, por ejemplo, "la naturaleza", "el hombre" o 'la proposición subordinada" (uno de los temas de la sintaxis). Un enunciado referido, sin embargo, no es solo un tema del discurso: tiene la capacidad de introducirse por sí mismo, por así decir, en el discurso, en su estructura sintáctica, como unidad integrante de la construcción. Retiene así su propia autonomía semántica y de construcción y deja perfectamente intacta la textura linüística del contexto que lo incorpora.

Además, la mejor caracterización que puede hacerse de un enunciado referido, que de otro modo no podría incorporarse plenamente. solo puede ser superficial. Para captar íntegramente su contenido debe aceptarse como parte de una construcción lingüística. Cuando nos limitamos a tratar el discurso referido en función de tema, podemos responder a "cómo" y "acerca de qué" habló Fulano, pero revelar "qué" dijo solo es posible refiriendo sus palabras, al menos en forma de discurso indirecto.

Sin embargo, siendo ya una unidad de construcción en el discurso del autor, al cual entró por sí mismo, el enunciado referido se con vierte en un tema de ese discurso: se introduce en el plan temático de este precisamente como referido, un enunciado con su propio tema autónomo: el tema autónomo llega a ser de este modo tema de un tema.

El discurso referido es visto por el hablante como un enunciado que pertenece a *algún otro*, como un enunciado que en su origen fue totalmente independiente, completo en su construcción, y externo al contexto dado. Desde esta existencia independiente el discurso referido es trasladado al contexto del autor conservando su propio contenido referencial y por lo menos los rudimentos de su propia integridad lingüística, su original independencia de construcción. El enunciado del autor, al incorporar el otro enunciado, pone en juego normas sintácticas, estilísticas y de composición para su asimilación parcial. es decir para adaptarlo al plan sintáctico, estilístico y de composición del enunciado del autor, preservando al mismo tiempo (aunque solo sea en forma rudimentaria) la autonomía inicial (en términos sintácticos, estilísticos y de composición) del enunciado referido, tratado en forma aislada como tema del discurso,

Ciertas modificaciones del discurso indirecto y, en particular, del cuasi-directo en las lenguas modernas revelan una disposición para trasladar el enunciado referido de la esfera de la construcción del discurso al nivel temático, la esfera del contenido. Sin embargo, aun en estos casos, el enunciado referido no puede disolverse totalmente en el contexto del autor. También aquí, aparte de indicaconstrucción, el cuerpo del discurso referido sigue siendo detectable como una unidad autosuficiente.

Lo que se expresa, entonces, en las formas empleadas para el discurso referido es una *relación activa* de un mensaje con otro, y no se expresa en el nivel del tema sino en las pautas de construcción estabilizadas, propias de la lengua.

Nos estamos ocupando de palabras que reaccionan ante palabras Pero este fenómeno es fundamentalmente distinto del diálogo. En este, las líneas de los participantes individuales están desconectadas en cuanto a la gramática; no se integran en un contexto unificado. No puede ser de otra manera, ya que *no existen formas sintácticas con las cuales se pueda construir una unidad de diálogo.* Por otra parte, si un diálogo se presenta incluido en el contexto de un autor, entonces tenemos un caso de discurso directo, una de las variantes del fenómeno que estamos investigando.

Cada vez más, la atención de los lingüistas se dirige al problema del diálogo, y a veces hasta llega a constituir su principal interés.[1]

1 En Rusia se publicó un solo trabajo dedicado al problema del diálogo desde el punto de vista lingüístico: L. P. Iakubinskiy. *O dialogichieskoy riechi* (Sobre el habla dialogal), Russkaia riech, Petrogrado, 1923. Se encuentran interesantes comentarios de naturaleza semilingüística sobre *el*

Esto es muy natural, pues, como sabemos ahora, la verdadera unidad de la lengua que se da en el habla (*Sprache als Rede*) no es el enunciado monologal aislado, individual, sino la interacción de por lo menos dos enunciados, en una palabra, el diálogo. El estudio productivo del diálogo presupone, sin embargo, una investigación más profunda de las formas usadas en el discurso referido, pues estas formas reflejan las tendencias fundamentales y constantes en la *recepción activa del discurso de otros hablantes*, y esta recepción, en definitiva, es también fundamental para el diálogo.

¿Cómo se recibe, en efecto, el discurso de otro hablante? ¿Cuál es el modo de existencia del enunciado de otro en la conciencia lingüística interna, real, del receptor? ¿Cómo se lo manipula allí, y qué proceso de orientación ha sufrido el discurso subsiguiente del receptor con respecto a aquél?

Las formas del discurso referido constituyen un documento objetivo de esta recepción. Una vez que aprendimos a descifrarlo, este documento nos provee información, no sobre procesos psicológicos subjetivos accidentales y mercuriales en el "alma" del receptor, sino sobre las tendencias sociales constantes en una recepción activa del discurso de otros hablantes, tendencias que cristalizaron en formas de lengua. El mecanismo de este proceso no está localizado en el alma individual sino en la sociedad. La sociedad tiene la función de seleccionar y dar carácter gramatical (adaptar a la estructura gramatical de su lengua) solo a aquellos factores de la recepción activa y valorativa de enunciados, que son socialmente vitales y constantes y, por lo tanto, están arraigados en el ser económico de la particular comunidad de hablantes.

Hay, por supuesto, diferencias esenciales entre la recepción activa del discurso de otro y su transmisión en un contexto determinado. Estas diferencias no deben pasarse por alto. Cualquier tipo de transmisión —en particular la codificada— persigue objetivos especiales, a propósito para un cuento, para procedimientos legales, para una polémica científica, etcétera. Además la transmisión toma en cuenta una tercera persona, aquella a la cual se transmiten los enunciados referidos. Esto es especialmente importante porque fortalece el impacto de las fuerzas sociales organizadas sobre la recepción del discurso. Cuando nos empeñamos en un diálogo

---

problema del diálogo en V. Vinogradov, *Poeziia Anni Ajmatovoy* (La poesía de Anna Ajmatova), Leningrado, 1925; véase el capítulo "*Grimasi dialoga*" (Gesticulaciones dialogales). En Alemania, el problema recibe un tratamiento muy intenso de parte de la escuela de Vossler. Véase, especialmente, Gertraud Lerch. "Die uneigentliche direkte Rede", en *Festschrift für Karl Vossler*, 192.2

vivaz con alguien, en el mismo acto en que reaccionamos ante el discurso recibido de nuestro interlocutor, generalmente omitimos las palabras a las cuales estamos respondiendo. Las repetimos solo en circunstancias especiales y excepcionales, cuando queremos comprobar que nuestra comprensión es correcta, o hacer tropezar a nuestro interlocutor con sus propias palabras, etcétera. Todos estos factores específicos, que pueden afectar a la transmisión, deben tenerse en cuenta. Pero eso no cambia la esencia del asunto. Las circunstancias en las que se produce la transmisión y los propósitos que persigue no hacen más que contribuir a que se cumpla lo que ya fue introducido en las tendencias de la recepción activa por la propia conciencia del lenguaje interno. Y estas tendencias, por su parte, solo pueden desarrollarse dentro del sistema de formas usadas para referir el discurso en una lengua dada.

Estamos lejos de sostener que las formas sintácticas —por ejemplo las del discurso directo e indirecto— expresan directa e inequívocamente las tendencias y formas de una recepción activa y valorativa del enunciado de otro. Nuestra manera de recibir el discurso no opera, por cierto, directamente en las formas del discurso directo e indirecto. Tales formas no son más que modelos normalizados para referir el discurso. Pero, por una parte, estos modelos y sus modificaciones solo pudieron surgir y tomar forma de acuerdo con las tendencias que rigen la recepción del discurso y, por otra parte, una vez que estos modelos han asumido forma y función en la lengua, a su vez ejercen influencia, regulándolas o inhibiéndolas en su desarrollo, sobre las tendencias de la recepción valorativa que opera dentro del cauce prescripto por las formas existentes.

La lengua no refleja las vacilaciones psicológicas subjetivas, sino las relaciones sociales estables entre los hablantes. Las diversas formas lingüísticas de estas interrelaciones, y las diversas modificaciones de estas formas, prevalecen en las distintas lenguas en distintos períodos de tiempo dentro de grupos sociales distintos y bajo el efecto de distintos objetivos contextuales. Esto atestigua la relativa fuerza o debilidad de esas tendencias en la interorientación social de una comunidad de hablantes, cuyas formas lingüísticas dadas son cristalizaciones seculares estabilizadas. Si se produjera una conspiración de circunstancias del discurso indirecto (tal como el tipo "racionalista-dogmático" en la moderna novela rusa), se tomaría como evidencia de que esa forma particular no pone correctamente de manifiesto las tendencias dominantes en la comprensión y evaluación de los mensajes que se van a referir, que es una forma muy poco útil y que pone trabas.

Todo lo que es vital en la recepción valorativa del enunciado de otro, todo lo que tiene algún valor ideológico, se expresa en la materia del lenguaje interno. Después de todo, no es una criatura muda y sin palabras la que recibe ese enunciado, sino un ser humano lleno de palabras internas. Todas sus experiencias —su base aperceptiva— existen codificadas en su lenguaje interno, y solo en esa medida se ponen en contacto con el discurso recibido de afuera. La palabra se pone en contacto con la palabra. En el contexto del lenguaje interno se recibe, comprende y evalúa el habla del otro; allí tiene lugar la orientación activa del hablante. Esta recepción activa del lenguaje interno avanza en dos direcciones: primero, el enunciado recibido es encuadrado en un contexto de interpretación fáctica (que coincide en parte con la llamada base aperceptiva de las palabras), los signos visuales de la expresión, etcétera; segundo, se prepara una respuesta (*Gegenrede*). Tanto la preparación de la respuesta (*réplica interna*) como la *interpretación fáctica*[2] se funden orgánicamente en la unidad de la recepción activa, y solo pueden aislarse en términos de abstracción. Ambas líneas de recepción encuentran su expresión, son objetivadas, en el contexto "del autor" que circunda el discurso referido. Aparte de la orientación funcional del contexto dado —ya sea una obra de ficción, un artículo polémico, un resumen de los argumentos de un abogado defensor, etcétera— distinguimos en él con claridad estas dos tendencias: la de la interpretación y la de la réplica. Generalmente una es la dominante. Entre el discurso referido y el contexto que refiere se dan relaciones dinámicas de gran complejidad y tensión. Si no se toma esto en cuenta resulta imposible comprender ninguna forma de discurso referido.

Los primeros investigadores de las formas del discurso referido cometieron el error fundamental de divorciar virtualmente el discurso referido del contexto que lo refiere. Esto explica por qué tratan estas formas de modo tan estático e inerte (caracterización aplicable a todo el campo del estudio sintáctico en general). Entretanto, el verdadero objeto de investigación debería ser precisamente la interrelación dinámica de estos dos factores, el discurso que es referido (el discurso de la otra persona) y el discurso que refiere (el discurso del autor). Después de todo, los dos existen realmente, funcionan y se conforman solo en su interrelación, y no por sí mismos, separados uno del otro. El discurso referido y el contexto que lo refiere son los términos de una interrelación dinámica. Este dinamismo refleja el de la interorientación social

2 Tomamos el término de L. P. Iakubinskiy (véase el artículo citado más arriba).

en la comunicación ideológica verbal entre la gente (dentro, por supuesto, de las tendencias vitales y constantes de esa comunicación).

¿En qué dirección puede moverse el dinamismo de la interrelación entre el discurso del autor y el referido?

Lo vemos moverse en dos direcciones fundamentales.

En primer lugar, la tendencia fundamental de la reacción ante el discurso referido puede ser mantener su integridad y autenticidad; una lengua puede esforzarse por forjar límites rígidos y firmes para el discurso referido. En tal caso las pautas y sus modificaciones sirven para distinguir el discurso referido con la mayor claridad posible, para protegerlo de la penetración de las entonaciones del autor, y para condensar y realzar sus características lingüísticas individuales.

Esa es la primera dirección, dentro de la cual debemos definir con rigor hasta qué punto una comunidad lingüística dada diferencia la recepción social del discurso que se refiere y hasta qué punto la expresividad, las cualidades estilísticas del discurso, su coloración léxica, se sienten como claros valores socialmente importantes. Puede ser que el discurso del otro se reciba como un bloque íntegro de comportamiento social, como la posición conceptual, indivisible del hablante, y en ese caso el "qué" del discurso entra en la recepción y queda afuera el "cómo". Esta conceptualización del contenido, y esta manera despersonalizadora (en sentido lingüístico) de recibir y referir el discurso predomina en el francés antiguo y medio (en este último con un considerable desarrollo de las modificaciones despersonalizadoras del discurso indirecto).[3] El mismo tipo se encuentra en los monumentos literarios del ruso antiguo, aunque aquí casi no existe modelo para el discurso indirecto. El tipo dominante en este caso era el del discurso directo despersonalizado (en sentido lingüístico).[4]

Dentro del campo cubierto por la primera dirección, también debemos definir el grado de recepción autoritaria de un enunciado

3 Véase más adelante las referencias a rasgos especiales del francés antiguo en relación con esto. Sobre el discurso referido en francés medio, véase Gertrand Lerch, *Festschrift*, y, también, K. Vossler, *Frankreiche Kultur im Spiegel seiner Sprachentwicklung*, 1913.

4 Por ejemplo, en *Slovo o polku Igorleve* (La balada de la campaña de Igor), no hay un solo caso de discurso indirecto a pesar de la abundancia de palabras de otros hablantes en este monumento. El discurso indirecto es muy raro en las crónicas del antiguo ruso. El discurso referido se incorpora en todas partes como un bloque compacto, impermeable, con poca o ninguna individualización.

y el grado de su seguridad ideológica, su dogmatismo. Cuanto más dogmático es un enunciado, cuanto menor es la desviación permitida entre lo verdadero y lo falso o entre lo bueno y lo malo en la recepción de los que comprenden y evalúan, mayor es la despersonalización que sufren las formas del discurso referido. En realidad, dada la situación en la cual todos los juicios sociales de valor se dividen en bloques de alternativas básicas, bien definidas, no queda lugar para una actitud positiva hacia todos esos factores que dan su carácter individual al enunciado del otro hablante. Un dogmatismo autoritario de este tipo caracteriza los textos del francés medio y el ruso antiguo. El siglo XVII en Francia y el XVIII en Rusia se caracterizaron por un dogmatismo racionalista que tendía a reprimir la individualización del discurso referido, aunque de distinta manera. En la esfera del dogmatismo racionalista las formas dominantes eran las modificaciones que analizan el contenido del discurso y las modificaciones retóricas del discurso directo.[5] Aquí alcanzan su grado máximo la explicitación y la inviolabilidad de los límites entre el discurso del autor y el referido.

Esta primera dirección en que se mueve el dinamismo de la interorientación entre el discurso que refiere y el referido puede denominarse *estilo lineal* (*der lineare stil*) para referir el discurso (tomamos la expresión del estudio sobre el arte de Wölfflin). La tendencia fundamental del estilo lineal es la construcción de contornos externos bien definidos para el discurso referido, minimizando su propia individualidad interna. Siempre que el contexto íntegro presenta una total homogeneidad estilística (en que el autor y sus personajes hablan todos exactamente el mismo lenguaje), la manipulación gramatical y de composición del discurso referido logra la máxima densidad y relieve plástico.

Los procesos que observamos en la segunda dirección en que se mueve el dinamismo de la interorientación entre el discurso que refiere y el referido son de naturaleza exactamente opuesta. La lengua crea medios para infiltrar en el discurso referido la réplica del autor y su interpretación con habilidad y sutileza. El contexto que refiere trata de quebrar la densidad propia del discurso referido, de disolverlo, de borrar sus límites. Este estilo puede denominarse referencia *pictórica* del discurso. Tiende a borrar los contornos externos precisos del discurso referido; al mismo tiempo, el discurso referido se individualiza en un grado mucho más alto, la tangibilidad de las diversas facetas de un enunciado puede

5 El discurso indirecto no existe virtualmente en el neoclasicismo ruso.

diferenciarse de modo sutil. Esta vez la recepción incluye no solo el significado referencial del enunciado, la afirmación que expresa, sino también todas las peculiaridades lingüísticas de su realización verbal.

Esta segunda dirección incluye diversos tipos. El ímpetu por debilitar los contornos del enunciado puede originarse en el contexto del autor, y en tal caso el contexto impregna el discurso referido con su propia entonación, ya sea de humor, ironía, amor u odio, entusiasmo o burla. Este tipo es característico del Renacimiento (especialmente en la lengua francesa), del fin del siglo XVIII, y virtualmente de todo el siglo XIX. Implica un severo debilitamiento del dogmatismo del enunciado, tanto el autoritario como el racionalista. Los juicios sociales de valor se regulaban por un relativismo que proporcionaba un terreno excelente para la recepción positiva y sensible de todos los matices verbales de pensamiento, creencia, sentimiento, individualizados. Este terreno favoreció incluso el crecimiento de una tendencia "decorativa" en el tratamiento del discurso referido, y a veces se llegó a preferir el significado en favor de su "color", como ocurre, por ejemplo, en la "escuela natural" rusa. Por cierto que en el caso de Gogol, el discurso de los personajes a veces pierde casi todo su significado referencial y adquiere en cambio valor decorativo, lo mismo que la ropa, la apariencia, el mobiliario, etcétera.

También es posible un tipo bien distinto: el dominante verbal puede trasladarse al discurso referido, el cual entonces se hace más potente y activo que el contexto que lo incluye. Ahora el discurso referido comienza, diríamos, a disolver el contexto que lo refiere, en vez de ser al revés. El contexto del autor pierde la mayor objetividad que normalmente impone en comparación con el discurso referido. Comienza a percibirse a sí mismo —e incluso se reconoce a sí mismo— como un discurso subjetivo, de "otra persona". En obras de ficción, a menudo esto se expresa estructuralmente mediante la aparición de un narrador que reemplaza al autor (en el sentido usual de la palabra). El discurso del narrador es tan individualizado, colorido y no autoritario como el de los personajes. La posición del narrador es fluida, y en la mayoría de los casos emplea el lenguaje de los personajes presentados en la obra. El narrador no puede oponer a la posición subjetiva de estos un mundo más autoritario y objetivo. Tal es la naturaleza de la narración en Dostoievskiy, Andrey Beliy, Riemizov, Sologub, y prosistas rusos más recientes.[6]

6 Existe abundante literatura sobre el papel del narrador en la novela. Hasta el presente el trabajo fundamental es el de K. Friedmann, *Die Rolle des Erzählers in der Epik*, 1910. En Rusia los "formalistas" despertaron el interés en el problema del narrador. V. V. Vinogradov define el

Mientras que la incursión del contexto de un autor en el discurso referido es típica de la recepción del discurso tanto en el tipo moderado de idealismo como de colectivismo, la disolución del contexto del autor atestigua un relativo individualismo en la recepción del discurso. En el segundo caso, el enunciado subjetivo referido está en oposición con un contexto interpretativo y replicante que también se reconoce a sí mismo como subjetivo.

Toda la segunda dirección se caracteriza por un excepcional desarrollo de formas mixtas de referir el discurso, incluyendo el discurso cuasi indirecto y, en particular, el cuasi directo, en el cual los límites del mensaje referido están debilitados al máximo. Y entre las modificaciones del discurso directo e indirecto, predominan las que muestran mayor flexibilidad y son más susceptibles de ser afectadas por las tendencias del autor (por ejemplo, el discurso directo diseminado, formas analíticas de la textura de discurso indirecto, y otros).

La investigación de todas estas tendencias observadas en la recepción del discurso que presenta un carácter de respuesta activa debe tener en cuenta cada peculiaridad del fenómeno lingüístico que se estudia. Es especialmente importante la teleología del contexto del autor. En este aspecto, el arte verbal realiza del modo más sutil todas las permutaciones en la interorientación sociolingüística. A diferencia del arte verbal, la retórica, debido simplemente a su teleología, tiene menos libertad en el manipuleo de enunciados de otros hablantes. La retórica requiere una clara delimitación del discurso referido. Se caracteriza por una aguda conciencia de los derechos de propiedad sobre las palabras y una gran escrupulosidad en lo que respecta a la autenticidad.

---

discurso del narrador en Gogol como "un zigzagueo del autor a los personajes". (Véase su *Gogoll j natural'nala shkola* (Gogol y la escuela natural). Según Vinogradov, el estilo lingüístico del narrador de Dostoievskiy en *Dvoinik* (El doble) es semejante al estilo del héroe, Golliadkin. Consultar "Still peterburgskoy poemi, *Dvoinik*" (El estilo de la épica de Petersburgo, *El doble*), *Dostoievskiy*, de Vinogradov, editado por Dolinin, I, 1923, pp. 239-24-1 (la semejanza entre la lengua del narrador y la del héroe ya había sido notada por Bielinskiy). B. M. Engellgardt señala con toda razón que "no se puede encontrar ninguna descripción objetiva del mundo externo en Dostoievskiy . . . Por tal razón en la obra de arte literaria se produjo una multiestratificación de la realidad que condujo a una singular disolución del ser en el caso de los sucesores de Dostoievskiy". Engeligardt encuentra la evidencia de esta "disolución del ser" en *Melkiy bes* (El diablito) de Sologub y en *Petersburg* de A. Bieliy. Véase B. M. Engellgart, "Idieologicheskiy roman Distoievskogo" (La novela ideológica de Dostoiveskiy). *Dostoievskiy*, comp. por Dolinin, II, 1925, p. 94. *Cfr.* la descripción que hace Bally del estilo de Zola:

Personne plus que Zola n'a usé et abusé du procédé qui consiste à faire passer tous les événements par le cerveau de ses personnages, à ne décrire les paysages que par leurs yeux, à n'énnoncer des Idées personnelles que par leur bouche. Dans ses derniers romans, ce n'est plus une manière: c'est un tic, c'est une obsession. Dans Rome, *pas un coin de la ville éternelle, pas une scène qu'il ne voie par les yeux de son abbé, pas une idée sur la religion qu'il ne formule par son "intermédiaire"* (citado en E. Lorck, *Die "Erlebte Rede"*, p. 64).

Un artículo interesante dedicado al problema del narrador es el de Illie Gruzdiev "O priemaj judozhiestvlennogo povlestvovani la" (Sobre los recursos de la narración en el arte literario), *Zapiski Pieriedvizhnogo Tieatra*, Petrogrado, 1922, Nos. 40, 41, 42. Pero en ninguno de estos estudios se formula el problema lingüístico del discurso referido.

El lenguaje judicial, por su propia naturaleza, asume una neta discrepancia entre el subjetivismo verbal de las partes de un caso y la objetividad de la corte, entre un fallo del tribunal y todo el aparato judicial de investigación e interpretación. La retórica política presenta un caso análogo. Es importante determinar la importancia específica que tiene el discurso retórico, judicial o político, en la conciencia lingüística de un grupo social dado en un momento dado. Además, también hay que tener en cuenta la posición que ocupa en la jerarquía social de valores un discurso particular que ha de ser referido. Cuanto más fuerte es la sensación de encumbramiento jerárquico en el enunciado del otro, con mayor claridad se definen sus límites, y el enunciado es menos accesible a la penetración de tendencias externas de interpretación y réplica. Así, por ejemplo, fue posible, dentro de la esfera neoclásica para los géneros inferiores, poner de manifiesto notables desviaciones del estilo lineal, racionalista y dogmático, de referir el discurso. Es sintomático que el discurso cuasi-directo haya adquirido su primer desarrollo importante precisamente allí, en las fábulas y cuentos de La Fontaine.

Resumiendo todo lo dicho sobre las diversas tendencias posibles en la interrelación dinámica del discurso referido y el que refiere, podemos establecer la siguiente secuencia cronológica:

1) *Dogmatismo autoritario*, caracterizado por el estilo lineal, impersonal, monumental de la transmisión del discurso referido en la Edad Media;

2) *Dogmatismo racionalista*, con el estilo lineal aun más pronunciado en los siglos XVII y XVIII;

3) *Individualismo realista y crítico*, con su estilo pictórico y su tendencia a impregnar el discurso referido con la réplica y la interpretación del autor (fines del siglo XVIII y comienzos del XIX); y finalmente

4) *Individualismo relativista*, que descompone el contexto del autor (período actual).

La lengua no existe en y por sí misma sino solo en conjunción con la estructura individual de un enunciado concreto. Solo a través del habla la lengua establece contacto con la comunicación, absorbe su poder vital y se hace realidad. Las condiciones de la comunicación verbal, sus formas y sus métodos de diferenciación, son impuestas por los prerrequisitos económicos y sociales de un período dado. Estas cambiantes condiciones sociolingüísticas

constituyen el factor que determina efectivamente los cambios en las formas del discurso referido que se revelaron en nuestro análisis. Y hasta nos atreveríamos a decir que en las formas con que la lengua registra las impresiones del discurso referido y del hablante, se destaca con particular relieve la historia de los tipos cambiantes de comunicación socioideológica.

Capítulo 3

Discurso indirecto, discurso directo y sus variaciones

Modelos y variaciones; gramática y estilística. La índole general del discurso referido en ruso. El modelo de discurso indirecto. La variación analítica del referente. La variación impresionista del discurso indirecto. El modelo del discurso directo. El discurso directo determinado. El discurso directo particularizado. Discurso directo anticipado, diseminado y encubierto. El fenómeno de la interferencia del discurso. Preguntas y exclamaciones retóricas. Discurso directo sustituido. Discurso cuasi-directo.

Hemos delineado las direcciones fundamentales del dinamismo que caracteriza la interorientación del discurso del autor y el de otra persona. Este dinamismo encuentra su expresión lingüística concreta en los modelos de discurso referido y en las variaciones de estos modelos, que pueden considerarse como índices del balance que se logra en un momento dado en el desarrollo de una lengua entre los mensajes que refieren y los referidos.

Haremos ahora una breve caracterización de estos modelos y de sus variaciones principales desde el punto de vista de las tendencias ya señaladas.

Es necesario, primero, hacer una pequeña referencia a la relación de las variaciones con el modelo. Esta relación es análoga a la relación de la realidad del ritmo con la abstracción del metro. Un modelo solo puede realizarse en la forma de su variación específica. Dentro de las variaciones se van imponiendo cambios a lo largo del tiempo, ya sea en siglos o en décadas, y se crean nuevos hábitos de orientación activa hacia el discurso que se refiere, hábitos que cristalizan más tarde como formaciones lingüísticas regulares en modelos sintácticos. Las variaciones se ubican en el límite entre la gramática y la estilística. De cuando en cuando surge la discusión acerca de si cierta forma de transmisión del discurso es un modelo o una variación, si es asunto de gramática o de estilo. Un ejemplo de tal controversia fue la sostenida acerca del discurso cuasi-directo en francés y alemán, en la cual Bally se opuso a Kalepky y Lorck. Bally se negó a reconocer

un modelo sintáctico legítimo en el discurso cuasi-directo y no lo consideró más que como una variación estilística. Podría aplicarse el mismo argumento al discurso cuasi-indirecto en francés. Desde nuestro punto de vista, la demarcación de un límite estricto entre gramática y estilo, entre un modelo gramatical y su variación estilística, es metodológicamente improductiva y de hecho imposible. Ese límite es fluido debido al verdadero modo de existencia de la lengua, en la cual, simultáneamente, unas formas sufren gramaticalización mientras otras están sufriendo desgramaticalización. Y son precisamente estas formas ambiguas, limítrofes, las que ofrecen el mayor interés para el lingüista: es precisamente aquí donde pueden discernirse las tendencias de desarrollo de una lengua.[1]

Limitaremos nuestra breve caracterización de los modelos del discurso directo e indirecto a la lengua literaria rusa clásica, sin intentar cubrir todas sus posibles variaciones. Solo nos interesa aquí el aspecto metodológico del problema.

En ruso, como es sabido, están muy poco desarrollados los modelos sintácticos para referir el discurso. Aparte del discurso cuasi-directo (que en ruso no tiene demarcadores sintácticos definidos, lo mismo que en alemán), tenemos dos modelos: discurso directo e indirecto. Pero estos dos modelos no están delimitados uno de otro tan estrictamente como en otras lenguas. Las señales de contraste del discurso indirecto son débiles, y en lenguaje coloquial se combinan fácilmente con las del discurso directo.[2]

La falta de *consecutio temporum* y de modo subjuntivo priva al discurso indirecto en ruso de carácter distintivo propio. De tal modo no hay terreno favorable a un desarrollo amplio de ciertas variaciones que son de particular interés e importancia desde nuestro punto de vista. En general, hay que admitir la primacía absoluta del discurso directo en ruso. En la historia de la lengua

1 Con mucha frecuencia se oye acusar a Vossler y a los vosslerianos de interesarse más en la estilística que en la lingüística en sentido estricto. En realidad, la escuela de Vossler se interesa en problemas limítrofes entre ambas y en la total verificación de la importancia metodológica y heurística de esos problemas; y en eso reside la gran ventaja de esta escuela. Lamentablemente, los vosslerianos, como sabemos, ponen su máxima atención en los factores psicológicos subjetivos y en las intenciones individuales al explicar estos fenómenos. Por lo cual la lengua se convierte a veces en mero juguete del gusto individual.

2 En muchas otras lenguas, el discurso indirecto tiene una neta diferenciación sintáctica del discurso directo (uso especial de los tiempos, modos, conjunciones, formas personales), lo cual da por resultado un especial y complejo *modelo* para la referencia indirecta del discurso. Pero en ruso, aun estas pocas señales distintivas que acabamos de mencionar pierden su efecto muy a menudo, y el discurso indirecto se confunde con el directo. Por ejemplo, en *Rievizor* (El Inspector general) de Gogol, dice Osip: "El posadero dijo *que yo* no *te* daré nada de comer hasta que pagues lo que debes". (Ejemplo tomado de Pieshkovskiy, *Sintaxis rusa*, 3ª ed., p. 553, con subrayado de Pieshkovskiy).

rusa no hay ningún período cartesiano, racionalista, durante el cual haya existido un "contexto de autor", objetivo, confiado en el propio poder de la razón, que analizara y disecara la estructura referencial del discurso a referir y creara mecanismos complejos e interesantes para la transmisión indirecta del discurso.

Todas estas peculiaridades de la lengua rusa crean una situación muy favorable para el estilo pictórico de referir el discurso, que, sin embargo, se da de un modo algo relajado y débil, es decir, sin la sensación de forzar límites y superar resistencias que se experimenta en otras lenguas. La regla es una extraordinaria facilidad de interacción e interpenetración entre el discurso que refiere y el referido. Esta circunstancia se relaciona con el papel insignificante que representó la retórica en la historia de la lengua literaria rusa, con su neto estilo lineal en el manejo de los enunciados a referir y su entonación indiscriminada, pero clara y sincera.

Vamos a describir primero las características del discurso indirecto, que es el modelo menos elaborado en ruso. Y comenzaremos con una breve crítica de las afirmaciones del gramático A. M. Pieshkovskiy. Luego de señalar que las formas del discurso indirecto no se han desarrollado en ruso, Pieshkovskiy hace la siguiente declaración, por demás extraña: [3]

Para convencerse de que la lengua rusa no se aviene por naturaleza a expresar el discurso indirecto, basta con intentar trasladar a discurso indirecto cualquier trozo de discurso directo, aunque apenas exceda a una simple proposición. Por ejemplo: El Asno, inclinando la cabeza hacia el suelo, le dice al Ruiseñor *que no tan mal, que fuera de broma, es lindo oírlo cantar, pero que qué lástima que él no conozca a su Gallo, que podría afinar considerablemente su canto, si tomara algunas lecciones con él.*

Si Pieshkovskiy hubiese realizado el mismo experimento de trasladar mecánicamente el discurso directo al indirecto usando la lengua francesa y observando solo las reglas gramaticales, habría llegado exactamente a las mismas conclusiones. Si, por ejemplo, hubiera intentado trasladar a formas de discurso indirecto el discurso directo de las fábulas de La Fontaine o incluso el cuasidirecto (que es muy común en estas fábulas), los resultados obtenidos habrían sido tan correctos gramaticalmente y tan inadmi-

3 *Ibid.*, p. 55a (El "trozo de discurso directo" que utiliza Pieskovskiy para su ejemplo está tomado de la conocida fábula de Ivan Krylov, *El asno y el ruiseñor*. En la fábula, el Asno dice al Ruiseñor, después de haber dado éste pruebas de su arte: "¡No tan mal! Fuera de broma, es lindo escucharte cantar. ¡Pero qué lástima que no conozcas a nuestro Gallo! Podrías afinar considerablemente tu canto si tomaras algunas lecciones con él." Pieshkovskiy hace un traslación puramente mecánica al discurso indirecto. El resultado es torpe; más aun, imposible. La traducción inglesa trata de reflejar este resultado. *Nota de los traductores al inglés.*) (La misma aclaración es válida para la versión española. — N. de la T.)

sibles estilísticamente como en el ejemplo. Y esto hubiera sido así a pesar de que el discurso cuasi-directo en francés está muy cerca del indirecto (en ambos se produce la misma variación de tiempos y personas). Hay grupos enteros de palabras, frases idiomáticas y giros lingüísticos aptos para el discurso directo y el cuasi-directo, que sonarían horribles traspuestos en la construcción del estilo indirecto.

Pieshkovskiy comete un error típico de los gramáticos. Su modo mecánico, puramente gramatical de trasladar el discurso referido de un modelo a otro sin la adaptación estilística apropiada, no es sino una manera espuria y muy objetable de fabricar ejercicios escolares de gramática. Esta aplicación de los modelos de referir el discurso no tiene nada que ver con la real existencia de estos en una lengua. Los modelos expresan la tendencia que tiene una persona en la recepción activa del discurso de otro. Cada modelo trata el mensaje a referir en su propio estilo creativo, y sigue la dirección específica que le es propia solo a ese modelo. Si, en una determinada etapa de su desarrollo, una lengua percibe habitualmente el enunciado del otro como un todo compacto, indivisible, fijo e impenetrable, entonces esa lengua no dispondrá de otro modelo más que el del primitivo e inerte discurso directo (el estilo monumental). Y es precisamente esta concepción de la inmutabilidad de un enunciado y de la absoluta literalidad ed su transmisión lo que se demuestra en el experimento de Pieshkovskiy; pero, sin embargo, él trata de aplicar el modelo del discurso indirecto. Los resultados de ese experimento de ninguna manera prueban que la lengua rusa no se aviene por naturaleza al discurso indirecto. Al contrario, prueban que, por poco desarrollado que esté el modelo, el discurso indirecto en ruso tiene una índole propia que no permite que cualquier caso de discurso directo se preste a la traslación literal.[4]

Este singular experimento de Pieshkovskiy pone en evidencia su total fracaso en el reconocimiento de la esencia lingüística del estilo indirecto. Esta esencia consiste en la transmisión analítica del discurso de otro. Un análisis que sea simultáneo e inseparable de la transmisión constituye la prueba de calidad obligatoria de todas las modificaciones en cualquier discurso indirecto, las que solo pueden diferir con respecto al grado y la dirección del análisis.

4 El error de Pieshkovskiy que acabamos de examinar es una nueva prueba de lo pernicioso que resulta metodológicamente el divorcio de la gramática y la estilística.

La tendencia analítica del discurso indirecto se manifiesta en el hecho de que todos los rasgos emotivo-afectivos del discurso, en tanto no son expresados en el contenido sino en la forma de un mensaje, no pasan intactos al discurso indirecto. Se trasladan de la forma al contenido, y solo así entran en la construcción del discurso indirecto o pasan a la oración principal como un comentario que modifica al *verbum dicendi.*

Así, por ejemplo, el enunciado directo: "¡Bien hecho! ¡Qué hazaña!" no puede manifestarse en estilo indirecto como: "Él dijo que bien hecho y qué hazaña." Sino: "Él dijo que eso había estado bien hecho y que era una verdadera hazaña." O: "Él dijo, con gran satisfacción, que eso había estado bien hecho y que era una verdadera hazaña." Las diversas variantes de elipsis y omisiones posibles en el discurso directo sobre bases afectivo-emotivas no son toleradas por las tendencias analíticas del discurso indirecto y solo pueden pasar a este si se desarrollan y completan. La exclamación del Asno "¡No tan mal!", en el ejemplo de Pieshkovskiy, no puede trasladarse mecánicamente al estilo indirecto como "Dice que no tan mal . . ." sino como "Dice que no estuvo mal . . ." o incluso "Dice que el ruiseñor no cantaba mal".

Tampoco la expresión "fuera de broma" puede registrarse de modo mecánico en discurso indirecto ni "qué lástima que no conozca . . ." puede dejarse como "pero que qué lástima que él no conozca . . .".

Es obvio que la misma imposibilidad de una trasposición mecánica del discurso directo al indirecto se aplica también a la forma original de cualquier recurso de inflexión o de orden de las palabras que el hablante que ha de ser citado utilizó para comunicar lo que quería. De tal modo, las peculiaridades de inflexión o de orden de palabras de las oraciones interrogativas, exclamativas e imperativas se abandonan en el discurso indirecto, y su identificación no depende más que del contenido.

El discurso indirecto "oye" el mensaje de manera diferente; recibe activamente y aporta a la transmisión factores y aspectos del mensaje diferentes de los de los otros modelos. Esto hace imposible una trasposición mecánica y literal de enunciados de otros modelos al discurso indirecto. Solo es posible en los casos en que el mismo enunciado directo haya sido construido de modo un tanto analítico, hasta donde pueda tolerar tal análisis el discurso directo. El análisis es el cuerpo y el alma del discurso indirecto.

Un examen más estricto del "experimento" de Pieshkovskiy revela que el aspecto léxico de expresiones como "no tan mal" y "afinar"

no armonizan del todo con el espíritu analítico del discurso indirecto. Son expresiones demasiado coloridas; no solo transmiten el significado exacto de lo que se dijo sino que también sugieren el estilo (ya sea individual o tipológico) del Asno como protagonista. Sería preferible reemplazarlas con un sinónimo (como "muy bien" y "perfecto/su canto/") o, si debe mantenerse esta terminología "tramposa" en el discurso indirecto, por lo menos colocarla entre comillas. Si el resultado debiera leerse en voz alta, las expresiones entre comillas se pronunciarían con una entonación algo diferente para informar que se toman directamente del discurso de otra persona y que se quiere mantener distancia.

Aquí nos enfrentamos con la necesidad de distinguir entre las dos direcciones que puede tomar la tendencia analítica del discurso indirecto y, por lo tanto, con la necesidad de distinguir sus dos variantes básicas.

El análisis implícito en una construcción de discurso indirecto puede dirigirse en dos sentidos o, más precisamente, puede enfocar su atención en dos objetos fundamentalmente distintos. Un enunciado puede recibirse como una determinada actitud particular de ideación del hablante. En ese caso, su referente exacto (lo que dijo el hablante) se transmite analíticamente por medio de la construcción del discurso indirecto. De tal modo, en el ejemplo que utilizamos, es posible transmitir con precisión el significado referencial de la evaluación del Asno acerca del canto del Ruiseñor. Por otra parte, podemos recibir un enunciado y transmitirlo analíticamente como una expresión que no solo caracteriza al referente sino también, y aun en mayor medida, al hablante mismo: su manera de hablar (individual, o tipológica, o ambas); su estado de ánimo, no expresado en el contenido sino en las formas de su discurso (desconexión, pausas entre palabras, entonación expresiva, etcétera); su habilidad o incompetencia para expresarse, etcétera.

Estos dos objetos de análisis en la transmisión del discurso indirecto son profunda y fundamentalmente distintos. En un caso, el significado se divide en sus unidades referenciales, constituyentes, y de ideación, mientras en el otro caso el enunciado se descompone por sí mismo en los diversos hilos estilísticos que componen su textura verbal. La segunda tendencia, llevada a su límite lógico, importaría un análisis técnico lingüístico de estilo. Sin embargo, simultáneamente con lo que aparecería como análisis estilístico, en este tipo de discurso indirecto se produce un análisis referencial del discurso que ha de referirse, lo que da por

resultado una división entre el significado referencial y su implementación por la envoltura verbal.

Llamaremos modificación *analítica del referente* a la primera variante del modelo de discurso indirecto, y modificación *analítica de la textura* a la segunda. La modificación analítica del referente recibe un enunciado en el nivel puramente temático y simplemente no "oye" o no recibe cosa alguna de ese enunciado que no tenga significancia temática. Los aspectos de la construcción verbal formal que tienen significancia temática —esenciales para comprender la actitud de ideación del hablante— pueden transmitirse temáticamente mediante esta variante o incorporarse al contexto del autor como caracterización de parte de este.

La modificación analítica del referente posibilita ampliamente las tendencias a la réplica y al comentario en el discurso del autor, y al mismo tiempo mantiene una separación neta y estricta entre el enunciado que refiere y el referido. Por tal razón, constituye un medio excelente para el estilo lineal de referir el discurso. Tiene sin duda una tendencia estructural a tematizar el enunciado del otro hablante, y preservar así la cohesión y la autonomía del enunciado, no solo en función de la construcción sino del significado (ya vimos cómo puede interpretarse temáticamente una construcción expresiva de un mensaje que se cita). Sin embargo, estos resultados se logran solo al precio de cierta despersonalización del discurso referido.

La modificación analítica del referente se desarrolla hasta un nivel apreciable solo dentro de un contexto autoral de naturaleza algo racionalista y dogmática, cuyo foco de atención sea fuertemente ideacional y cuyo autor ponga de manifiesto a través de sus palabras su derecho a una particular actitud de ideación. Allí donde esto no se verifique, allí donde el lenguaje del autor sea por sí mismo colorido y particularizado, o donde el manejo del discurso se ponga directamente en manos de un narrador del tipo apropiado, esta modificación no tendrá más que una importancia secundaria y ocasional (como ocurre, por ejemplo, en Gogol, Dostoievskiy, y otros).

En general, esta variación se ha desarrollado muy poco en ruso. Se encuentra fundamentalmente en contextos discursivos o retóricos (de naturaleza científica, filosófica, política o similar), en los que el autor debe explicar, comparar y poner en perspectiva las opiniones de otras personas sobre el tópico que se discute. Es rara su aparición en el arte verbal. Adquiere cierta importancia

solo en obras de escritores como Turgueñev o Tolstoy, aunque ni aun en ellos encontramos esta variante con la riqueza y diversidad que observamos en francés o alemán.

Volvamos a la modificación analítica de la textura. Esta incorpora en el discurso indirecto palabras y locuciones que caracterizan la fisonomía subjetiva y estilística del mensaje considerado como expresión. Estas palabras y locuciones se incorporan de modo tal que se distinguen claramente su especificidad, su objetividad y su tipicalidad; es más frecuente encontrarlas entre comillas que sin ellas. He aquí cuatro ejemplos:

Del difunto Smerdiákov dijo, santiguándose, que era un chico mañoso, pero estúpido y *enfermucho*, y, *lo que era peor, un ateo*, y que su ateísmo se lo habían inculcado Fiodór Pávlovich y su hijo mayor. (Dostoievskiy, *Los hermanos Karamazov*; las bastardillas son nuestras).[5]

Otro tanto ocurrió con los polacos, los cuales comparecieron con facha de orgullo e independencia. En voz alta manifestaron que en primer lugar ambos *"habían servido a la Corona"* y que *"pan* Mitia" había querido comprar su honor con tres mil rublos, habiéndole visto ellos mucho dinero en las manos. *(Ibid.)*[6]

Krasotkin rechazaba con orgullo tal inculpación, haciendo constar que con los muchachos de su edad, es decir, de trece años, habría sido una vergüenza ponerse a jugar *"en nuestro tiempo"* a los caballitos; pero que él lo hacía con unos *"pequeñines"* porque los quería, y de sus sentimientos nadie habría osado pedirle cuenta. *(Ibid.)*[7]

Encontróla en un estado parecido a locura completa: gritaba, temblaba, vociferaba que Rogochin estaba escondido en el jardín, allí, en su misma casa; que ella acababa de verlo; que iba a *matarla* aquella noche. *¡a degollarla!* (Dostoievskiy. *El idiota*. Aquí la construcción del estilo indirecto conserva la entonación expresiva del mensaje original. Las bastardillas son nuestras.)[8]

Las palabras y expresiones, incorporadas al discurso indirecto con su propia especificidad detectable (especialmente cuando se colocan entre comillas), se "hacen extrañas", para usar el lenguaje de los formalistas, y precisamente en la dirección que conviene a las necesidades del autor: son particularizadas, se acentúa su coloración, pero al mismo tiempo se las acomoda a las gradaciones de la actitud del autor: su ironía, su humor, etcétera.

Conviene mantener separada esta variante de los casos de transición continua del discurso indirecto al directo, aunque ambos tipos

5 F. M. Dostoievskiy, *Obras completas*, tomo III, Aguilar, Madrid, 1949, p. 525. Trad. de Rafael Cansinos Assens. (N. de la T.)
6 *Op. cit.*, t. III, p. 530. (N. de la T.)
7 *Op. cit.*, t. III, p. 415. (N. de la T.)
8 *Op. cit.*, t. III, p. 886. (N. de la T.)

tengan funciones virtualmente idénticas. Cuando el discurso directo sigue al indirecto, la subjetividad del discurso adquiere mayor definición y se mueve en la dirección que conviene a las necesidades del autor. Por ejemplo:

Por más que tratara de ser evasivo, Trifón Borisovich, después de interrogados los campesinos respecto a los cien rublos, acabó por confesar, añadiendo únicamente que al punto había devuelto escrupulosamnete todo a Dmitriy Fiodorovich *"por el más estricto sentido del honor"*, y que *"solo que, mire usted, el caballero estaba tan borracho, que no puede recordarlo"* (Dostoievskiy, *Los hermanos Karamazov*; las bastardillas son nuestras).[9]

Con grandísimo respeto para la memoria de su difunto amo, dijo, no obstante, que aquél era injusto con Mitia y *"no había criado como era debido a sus hijos"*. —*A éste, de chico, se lo hubiera comido la miseria* —dijo, refiriéndose a la niñez de Mitia. (*Ibid.*, las bastardillas son nuestras.)[10]

Este caso, en el que el discurso directo es preparado por el indirecto y parece surgir del interior de este —como esas esculturas de Rodin, en las cuales la figura no termina de salir de la piedra—, es una de las innumerables variantes del discurso directo tratado pictóricamente.

Tal es la naturaleza de la modificación analítica de la textura en la construcción del discurso indirecto. Crea efectos pictóricos muy originales en la transmisión del discurso referido. Es una variante que presupone en la conciencia lingüística un alto grado de individualización de los enunciados de otros hablantes y habilidad para percibir de modo claramente diferenciado la envoltura verbal de un enunciado y su significado referencial. Nada de eso es propio del tipo autoritario ni del tipo racionalista de recepción de enunciados de otros hablantes. Como recurso estilístico viable, puede arraigar en una lengua solo en el terreno del individualismo crítico y realista, mientras que la modificación analítica del referente es característica del individualismo racionalista. En la historia de la lengua literaria rusa, este último período tuvo una existencia limitada, lo que explica la preeminencia absoluta de la modificación analítica de la textura sobre la variante analítica del referente en ruso. Asimismo, el desarrollo de la modificación analítica de la textura se benefició en alto grado de la falta de *consecutio temporum* en ruso.

Vemos, por lo tanto, que nuestras dos variantes, a pesar de que se relacionan por la tendencia analítica común del modelo, expre-

9 La versión de Cansinos Assens transmite todo el párrafo en discurso indirecto. (N. de la T.)
10 *Op. cit.*, tomo III, p. 525. (N. de la T.)

san concepciones lingüísticas profundamente distintas con respecto a las palabras del emisor citado y a la individualidad del hablante. Para la primera modificación, la individualidad del hablante es un factor solo en cuanto ocupa una posición ideacional específica (epistemológica, ética, existencial o conductal), y más allá de esa posición (que se transmite en términos estrictamente referenciales) no tiene existencia para el relator. No hay ninguna posibilidad de que la individualidad del hablante se congele en una imagen.

Lo opuesto vale para la segunda variación, en la cual la individualidad del hablante se presenta como un modo subjetivo (individual o tipológico), como un modo de pensar y de hablar, que involucra incluso la evaluación de ese modo de parte del autor. Aquí la individualidad del hablante se congela hasta el punto de formar una imagen.

Aún puede señalarse una tercera variante en la constitución del discurso indirecto en ruso, de no poca importancia. Se usa principalmente para relatar el discurso interno, los pensamientos y experiencias de un personaje. Trata con mucha libertad el discurso a relatar; lo abrevia, a menudo solo pone de relieve sus temas y dominantes, por lo cual puede denominarse variante impresionista. Sobre la fluida estructura ondea natural y libremente la entonación del autor. He aquí un ejemplo clásico de la variante impresionista, en un trozo de *Jinete de bronce*, de Pushkin:

¿Qué pensamiento rumiaba entonces? Que era pobre; que estaba obligado a trabajar para llegar a adquirir respeto y seguridad; que Dios podría haberle concedido más inteligencia y más dinero. ¡Que sabe Dios que existen esos afortunados perros haraganes con cerebro de mosquito, esos holgazanes, *para quienes la vida es una jauja*! Que él había estado en servicio durante dos años; sus pensamientos advirtieron también que el tiempo no se calmaba; que el río seguía subiendo; que era muy probable que estuvieran levantados todos los puentes sobre el Nieva y que él iba a estar dos o tres días aislado de su Parasha. Así reflexionaba. (Las bastardillas son nuestras.)

A juzgar por este ejemplo, se ve que la variación impresionista del discurso indirecto está a mitad de camino entre las variantes analíticas del referente y de la textura. En cualquier caso, se ha producido un análisis referencial con toda seguridad. Ciertas palabras y locuciones tienen un claro origen en la mente del heroe, Evgieniy (aunque no se acentúa su especificidad). Lo que más se destaca es la ironía del autor, su acentuación, su maestría en ordenar y abreviar el material.

Pasemos ahora al modelo de *discurso directo*, muy bien resuelto en la lengua literaria rusa, que domina una gran variedad de mo-

dificaciones claramente diferenciadas. Desde los pesados, inertes e indivisibles bloques de discurso directo en los monumentos literarios del antiguo ruso hasta los modernos, elásticos y a menudo ambiguos modos en que se incorpora al contexto autoral, se extiende el largo e instructivo camino de su desarrollo histórico, que aquí no podemos examinar. Tampoco podemos inventariar las variaciones de discurso directo que subsisten en la lengua literaria. Nos limitaremos solo a las modificaciones que exhiben un intercambio mutuo de entonaciones, una especie de contagio entre el contexto que refiere y el discurso referido. Y dentro de estos límites, no nos preocupan tanto los casos en que el discurso del autor avanza sobre el mensaje referido y lo penetra con sus propias entonaciones, sino aquellos en que, por el contrario, los elementos del mensaje referido se deslizan dentro del contexto total del autor y se dispersan en toda su extensión, haciéndolo fluido y ambiguo. Pero no siempre puede trazarse una clara línea divisoria entre ambos casos: a menudo se trata de efectos recíprocos.

La primera dirección de la interrelación dinámica, caraterizada por la "imposición" del autor, puede denominarse *discurso directo predeterminado.*[11]

El discurso directo que surge del indirecto (con el cual estamos ya familiarizados) pertenece a esta categoría. Un difundido caso de esta variante que presenta particular interés es el discurso directo que surge del cuasi-directo. Como este último es mitad narración y mitad discurso referido, predetermina la apercepción del discurso directo. Los temas básicos del inminente discurso directo son anticipados por el contexto y coloreados por las entonaciones del autor. Este tratamiento debilita los límites del enunciado referido. Un ejemplo clásico de esta variante se encuentra en la descripción del estado mental del Príncipe Mishkin al borde de un ataque de epilepsia, que abarca casi todo el quinto capítulo de la segunda parte de *El idiota* de Dostoievskiy (donde también se hallan magníficos ejemplos de discurso cuasi-directo). En este capítulo, el discurso del Príncipe Mishkin citado directamente resuena dentro del propio mundo interior del protagonista, pues la narración del autor se mantiene dentro de la esfera mental del Príncipe. La mitad del fondo aperceptivo creado para el enunciado del "otro hablante" pertenece aquí a ese otro hablante (el héroe),

11 Dejamos de lado los recursos más primitivos para la réplica y el comentario del autor en el discurso directo, como el uso de bastardilla (cambio de acento), interpolación de observaciones de diverso tipo entre paréntesis, o simplemente de signos de admiración o de interrogación o de notaciones convencionales como (¡sic!), etcétera. Tienen importancia crucial para superar la pasividad del discurso directo las diversas ubicaciones posibles del verbo relator en combinación con el comentario y la réplica.

y la otra mitad al autor. Sin embargo, es muy evidente que una penetración profunda de las entonaciones del autor en el discurso directo se acompaña casi siempre de un debilitamiento de la objetividad en el contexto autoral.

Existe otra variante en la misma dirección, que puede denominarse *discurso directo particularizado.* El contexto del autor está construido aquí de tal modo que los rasgos que este utiliza para definir a un personaje arrojan pesadas sombras sobre su discurso citado en forma directa. Los juicios de valor y las actitudes que impregnan la pintura del personaje persisten en las palabras que enuncia. En esta variante disminuye el peso referencial de los enunciados citados, pero aumenta en cambio su significación caracterológica, su pintoresquismo, su tipicidad témporo-espacial. De modo similar, cuando hemos reconocido a un personaje cómico en el escenario por el estilo de su maquillaje, de su vestimenta, y su actitud general, estamos dispuestos a reírnos aun antes de haber comprendido el significado de sus palabras. Así manejan el discurso directo autores como Gogol y los representantes de la llamada "escuela natural". En realidad, Dostoievskiy trató de revitalizar este tratamiento particularizado de los enunciados referidos en su primera obra, *Pobres gentes.*

La predeterminación del discurso referido y la anticipación de su tema en la narrativa, sus juicios y acentos, pueden subjetivizar y colorear de tal modo el contexto del autor con los tintes de su héroe, que el mismo contexto puede empezar a sentirse como "discurso referido", aunque de un tipo de discurso referido que mantiene intactas las entonaciones del autor. Al conducir la narración exclusivamente dentro de la esfera propia del héroe, no solo en cuanto a sus dimensiones de tiempo y espacio sino también a su sistema de valores y entonaciones, se crea un tipo sumamente original de fondo aperceptivo para enunciados referidos, que nos permite hablar de una variante especial: el *discurso referido anticipado y diseminado* oculto en el contexto del autor, que podríamos decir que se convierte en enunciados directos y reales del héroe.

Esta variación está muy difundida en la prosa contemporánea, especialmente la de Andrey Bieliy y los escritores influidos por él (en *Nikolay Kurbov*, de Erenburg, por ejemplo). Pero los ejemplos clásicos deben buscarse en las obras de Dostoievskiy del primero y segundo período (en el último período esta variante es menos frecuente). Veamos su *Skvierniy aniekdot* [Una historia enojosa].

Se debería colocar toda la narración entre comillas, como relato hecho por un "narrador", aunque tal narrador no sea denotado, ni temática ni composicionalmente. Sin embargo, la situación dentro del relato es tal que casi todos los epítetos o definiciones o juicios de valor deberían colocarse también entre comillas, como si se originaran en la mente de algún personaje.

Citaremos un breve pasaje del comienzo de la historia:

Una clara y fría noche de invierno —muy tarde ya, serían como las doce— hallábanse sentados en una habitación *suntuosamente* amueblada, pero *cómoda*, con chimenea, de una hermosa casa de dos pisos de la zona petersburguesa, tres caballeros *muy distinguidos*, los cuales trataban en *grave* y *superlativa* conversación un tema de *extraordinaria importancia*. Los tres habían alcanzado ya título de excelencia. Estaban sentados en torno a una mesita redonda, en *hermosas y muelles* butacas, y en tanto conversaban, de cuando en cuando sorbían *cómodamente su champaña*. (Las bastardillas son nuestras.)

Si no tuviéramos en cuenta el notable y complejo juego de entonaciones en este pasaje, deberíamos juzgarlo detestable y trivial en cuanto a su estilo. En pocas líneas de texto se repiten los epítetos "hermoso" y "cómodo", y aparecen otros como "suntuosamente", "grave", "superlativo" y "muy distinguidos" . . .[12]

Un estilo así merecería el juicio más severo si lo tomáramos seriamente como una descripción que proviene del autor (como lo haríamos en el caso de Turgueñev o Tolstoy) o incluso como la descripción de un narrador, siempre que el narrador perteneciera al tipo *Ich-Erzählung*.

Pero es imposible interpretar así este pasaje. Cada uno de estos descoloridos, triviales e insípidos epítetos es un campo de lucha en el que convergen y chocan *dos* entonaciones, *dos* puntos de vista, *dos* actos de habla.

Veamos algunos otros extractos del pasaje en el cual se caracteriza al dueño de casa, el consejero privado Nikiforov:

Digamos de pasada dos palabras acerca de él: había iniciado su carrera como empleado modesto y despreocupado, había desempeñado tranquilamente su empleo por espacio de cuarenta y cinco años . . . Le desagradaban, sobre todo, el desorden y el entusiasmo, que en su concepto representaba el desorden moral, y en el ocaso de su vida sumíase completamente en cierta *comodidad regalona* y en una soledad sistemática . . . *Era su aspecto muy decente; todo afeitado*, parecía algo más joven de lo que era, se conservaba bien, prometía

12 Cansinos Assens eliminó en su versión española los "defectos" mencionados por Voloshinov. *Cfr. cit.*, tomo 1, p. 1391. (N. de la T.)

vivir aún mucho, y siempre, desde los pies a la cabeza, *tenía todo el aire de un verdadero "gentleman"*. Trabajar no le era necesario ya; conservaba todavía un cargo, pero sus obligaciones limitábanse a presidir reuniones y echar firmas. *En una palabra: todo el mundo lo tenía por un hombre magnífico.* Sólo una pasión había tenido ese hombre, o, mejor dicho, un solo deseo vehemente: poseer casa propia y, desde luego, una casa señorial, no un cuartel de pisos para alquilar. Finalmente, había podido satisfacer ese único capricho. (Las bastardillas son nuestras.)[13]

Ahora vemos con toda claridad de dónde provenían los triviales y monótonos epítetos del primer pasaje, que *apoya* su monotonía trivial en la mordacidad. No se originaron en la mente del autor sino en la del general que saboreaba su bienestar, su casa propia, su situación en la vida, su rango; en la mente del Consejero Privado Nikiforov, un hombre que "llegó muy alto". Ese párrafo debería colocarse entre comillas, como "discurso de otro", el discurso referido de Nikiforov. Pero no le pertenece solamente a él. La historia es contada por un narrador, que parece ser solidario con los "generales", los adula, imita sus actitudes, habla su lengua, pero hace todo esto de modo exagerado exponiendo así a la ironía y la burla del autor los enunciados reales y potenciales de aquellos. Con cada uno de estos epítetos triviales, el autor, a través de su narrador, ridiculiza a su héroe. Así se crea en el pasaje citado ese complejo juego de entonaciones, virtualmente imposible de producir con la lectura en voz alta.

El resto de la historia se construye íntegramente dentro de la esfera que corresponde a otro personaje principal, Pralinskiy. Toda esta parte está también plagada de epítetos y juicios de valor del héroe (su discurso secreto), y en contraste con ese fondo, impregnado de la ironía del autor, surge su discurso directo real, interno y externo, con su énfasis propio.

De este modo, casi todas las palabras del relato (en lo que respecta a su expresividad, su color emocional, su posición acentual en la frase) figuran simultáneamente en dos contextos que se intersectan, en dos actos de habla: en el discurso del autor-narrador (irónico y burlón) y en el discurso del héroe (que está muy lejos de la ironía). Esta presencia simultánea de dos actos de habla, cada uno con diferente orientación en cuanto a su expresividad, explica también la extraña estructura de la oración, los giros y peculiaridades de la sintaxis, el originalísimo estilo del cuento. Si se hubiera usado solo uno de los actos de habla, las oraciones se habrían estructurado de otra manera, el estilo ha-

13 *Op. cit.*, t. I, p. 1392. (N. de la T.)

bría sido diferente. Aquí nos encontramos con un caso clásico de fenómeno lingüístico casi nunca estudiado: el fenómeno de *interferencia de discursos.*

En ruso, este fenómeno de interferencia de hablas puede presentarse hasta cierto punto en la variante analítica de la textura del discurso indirecto, en los casos comparativamente raros en que la oración referida no solo contiene algunas de las palabras y expresiones originales sino también la estructura expresiva del mensaje citado. Ya hemos visto un ejemplo, en el que el discurso indirecto incorporaba la estructura exclamatoria —si bien algo debilitada— del mensaje original. El resultado era un contrapunto entre la calma y formal entonación narrativa de la transmisión analítica del autor y la entonación emocional, histérica, de su heroína semienloquecida. Esto también explica la peculiar deformación de la fisonomía sintáctica de la oración que sirve a dos señores, participando simultáneamente en dos actos de habla. Pero el discurso indirecto no permite resolver el problema de lograr una expresión estilística durable y particular para este fenómeno de la interferencia de hablas.

El caso más importante de fusión interferencial de dos actos de habla con distinta orientación y, al menos en francés, el más normalizado sintácticamente, es el *discurso cuasi-directo.* En vista de su extraordinaria importancia, le dedicaremos todo el próximo capítulo. Examinaremos cómo se trató el problema en la lingüística románica y en la germánica. La controversia sobre el discurso cuasi-directo y las diferentes posiciones adoptadas, especialmente por miembros de la escuela vossleriana, constituyen un material de considerable interés metodológico y, por lo tanto, los someteremos a un análisis crítico.

Dentro de los alcances de este capítulo, procederemos a examinar otros fenómenos relacionados con el discurso cuasi-directo, que en ruso probablemente deban identificarse como las bases para su inicio y formación.

Al interesarnos exclusivamente en las modificaciones dúplices del discurso directo en su tratamiento pictórico, descuidamos una de las variantes *lineales* más importantes: el *discurso directo retórico.* Esta modificación "persuasiva", con sus diversas variantes, tiene gran importancia sociológica. No podemos detenernos en estas formas pero nos referiremos a ciertos fenómenos asociados con la retórica.

En el intercambio social existe la denominada *pregunta retórica* o *exclamación retórica*. Algunos casos de este fenómeno ofrecen especial interés por el problema de su localización en el contexto. Parecerían situarse en el límite mismo entre el discurso del autor y el referido (generalmente, discurso interno) y a menudo se deslizan directamente dentro de alguno de los dos. Pueden interpretarse entonces como una pregunta o exclamación de parte del héroe, dirigida a sí mismo.

He aquí un ejemplo de una de esas preguntas:

¿Pero quién se aproxima, con paso cauteloso, por el sendero iluminado por la luna, en medio del más profundo silencio? Repentinamente el ruso reacciona. Ante él, saludándolo tiernamente y sin palabras, se halla la joven circasiana. Él la observa en silencio y piensa: es un sueño falaz, una falsa representación de los sentidos vacilantes... (Pushkin, *El cautivo del Cáucaso*.)

Las palabras finales (internas) del héroe parecen responder a la pregunta retórica del autor, y al mismo tiempo esa pregunta retórica puede interpretarse como parte del propio discurso del héroe.

He aquí un ejemplo de exclamación retórica:

Todo, todo revelaba el espantoso ruido. El mundo de la naturaleza se oscureció ante sus ojos. ¡Adiós, bendita libertad! ¡Es un esclavo! *(Ibid.)*

Es muy frecuente en prosa el caso en que una pregunta como ¿"Qué hacer ahora?" introduce las deliberaciones internas del héroe o el recuento de sus acciones, y la pregunta pertenece tanto al autor como al héroe que se la plantea en un apuro.

Se nos dirá seguramente que en estas y otras preguntas y exclamaciones similares tiene primacía la iniciativa del autor, y que por eso nunca aparecen entre comillas. En estos casos particulares el autor marcha a la delantera, pero lo hace en nombre de su héroe, como si hablara por él.

He aquí un interesante ejemplo de este tipo:

Los cosacos, apoyados en sus picas, contemplan las torrentosas aguas del río, y no perciben, en medio de la niebla, el cadáver de un villano que flota con su arma... ¿En qué piensas, Cosaco? ¿Rememoras batallas de tiempos idos?... Adiós, aldeas libres de la frontera, hogar paterno, apacible Don, guerra y lindas muchachas. El enemigo oculto alcanza la ribera, una flecha abandona el carcaj, alza vuelo, y cae el Cosaco desde la muralla ensangrentada. (*Ibid.*)

Aquí el autor se identifica con su héroe, dice por él lo que el héroe podría o debería haber dicho, dice lo que exige la ocasión. Pushkin se despide, en nombre del Cosaco, de su tierra natal (algo que, naturalmente, el Cosaco no podría haber hecho por sí mismo).

Este hablar en lugar de otro se acerca mucho al discurso cuasi-directo. Lo denominaremos *discurso directo sustituido*. La sustitución presupone un *paralelismo de entonaciones*, es decir, que las entonaciones del discurso del autor y del discurso sustituido del héroe (lo que hubiera podido o debido decir) vayan ambas en la misma dirección. De tal manera, no se produce interferencia.

Cuando existe una total solidaridad en valores y entonaciones entre el autor y su héroe dentro de un contexto construido retóricamente, la retórica del autor y la del héroe comienzan a superponerse: sus voces se confunden, y llegamos a largos pasajes que pertenecen al mismo tiempo a la narrativa del autor y al discurso interno (aunque a veces también externo) del héroe. El resultado apenas se distingue del discurso cuasi-directo; solo falta la interferencia. El discurso cuasi-directo tomó forma en ruso (quizá por primera vez) en la retórica byroniana del joven Pushkin. En *El cautivo del Cáucaso*, el autor comparte valores y entonaciones con su héroe, en total solidaridad. La narrativa se forja en los tonos del héroe, y los enunciados del héroe en los tonos del autor. Por ejemplo:

> Allá, los picos de las montañas, todos iguales, se extienden alineados; entre ellas serpentea un sendero solitario que se pierde en las tinieblas... *Pensamientos opresivos* acosan el atormentado corazón del joven cautivo... El lejano sendero conduce a Rusia, la tierra donde se inició su ardiente juventud, orgullosa y despreocupada: donde conoció la dicha temprana, donde encontró tanto para amar, donde aceptó horrible sufrimiento, donde destruyó el placer, el deseo y la esperanza en una vida turbulenta... Escudriñó las rutas del mundo, y supo el precio de una vida sin fe... Halló traición en los corazones, loca ilusión en los sueños de amor... ¡Libertad! Solo *por ti* siguió indagando en este mundo sublunar... Sucedió... Ahora no ve nada en el mundo donde colocar sus esperanzas, e incluso *tú*, el último sueño que acariciara, *tú* también te alejaste de él. Es un esclavo. (*Ibid.*; las bastardillas son nuestras.)

Aquí se ve claramente que se transmiten los propios "pensamientos opresivos" del cautivo. Es el discurso *de él*, formalmente comunicado por el autor. Si la tercera persona se reemplazara por la primera, no se produciría disonancia ni incongruencia alguna, ya sea en el estilo o en cualquier otro aspecto. Es sintomático que este discurso contenga apóstrofes en se-

gunda persona (a "libertad" y a "sueño"), lo cual no hace más que subrayar la identificación del autor con su héroe. Este trozo del discurso del héroe no se diferencia en estilo ni en ideas del discurso directo retórico citado en boca del héroe en la segunda parte del poema:

"¡Olvídame! No merezco tu amor, delicia de tu corazón... Vedado el éxtasis, hambriento de deseo languidezco, víctima de la pasión... ¡Oh, por qué mis ojos no te hallaron tiempo atrás, cuando aún podía confiar en los sueños venturosos! ¡Ahora ya es muy tarde! Para la dicha he muerto, la ilusoria esperanza se ha extinguido..." *(Ibid.)*

Quizá con la única excepción de Bally, cualquiera podría juzgar este pasaje como un ejemplo perfectamente genuino de discurso directo sustituido, aunque, en verdad, no falta más que un paso para convertirlo en discurso cuasi-directo. Y Pushkin dio ese paso cuando se apartó de sus héroes y los opuso a un texto autoral más objetivo con sus propios valores y entonaciones. En el ejemplo citado no hay ninguna interferencia entre el discurso del autor y el del personaje. Por lo tanto, tampoco aparecen los rasgos gramaticales y estilísticos que genera esa interferencia y que caracterizan al discurso cuasi-directo, diferenciándolo del contexto autoral que lo circunda. En nuestro ejemplo reconocemos el discurso del "cautivo" sólo por indicaciones puramente semánticas. No se percibe la fusión de dos actos de habla de orientación *diferente*; no se percibe la *integridad* y la *resistencia* del mensaje referido por detrás de lo transmitido por el autor.

Finalmente, como demostración de lo que consideramos un verdadero discurso cuasi-directo, reproduciremos un notable ejemplo de *Poltava* de Pushkin, con lo cual concluimos este capítulo.

Pero Kochubey ocultó en lo más profundo de su corazón su ansia de actuar. "Sus angustiosos pensamientos enderezaban todos hacia la muerte. No le guardaba rencor a Mazeppa, sólo a su hija censuraba. Pero también le otorgaba su perdón: Que ella responda ante Dios, de haber hundido a su familia en la vergüenza, de haber olvidado las leyes divinas y humanas..." Pero entretanto escudriñaba con ojos de águila a los suyos, en busca de compañeros valientes, rectos, incorruptibles.

Capítulo 4

El discurso cuasi-directo en francés, alemán y ruso

El discurso cuasi-directo en francés: Tobler; Kalepky; Bally. Crítica del objetivismo abstracto hipostatizante de Bally. Bally y los vosslerianos. El discurso cuasi-directo en alemán. La concepción de Eugen Lerch. Las ideas de Lorck. La teoría de Lorck con respecto al papel de la fantasía en el lenguaje. La concepción de Gertraud Lerch. El discurso referido en francés antiguo. El discurso referido en francés medio. El Renacimiento. El discurso cuasi-directo en La Fontaine y La Bruyère. El discurso cuasi-directo en Flaubert. La aparición del discurso cuasi-directo en alemán. Crítica del subjetivismo individualista hipostatizante de los vosslerianos.

Distintos escritores han propuesto distintas nomenclaturas para el fenómeno del discurso cuasi-directo en francés y en alemán. Cada uno que ha escrito sobre el tema ha propuesto su propia terminología. Nosotros hemos usado hasta aquí y seguiremos usando la nomenclatura de Gertraud Lerch, "uneigentliche direkte Rede"[1] (discurso cuasi-directo), por ser el más neutral de todos los propuestos y el de menor compromiso teórico. Para el ruso y el alemán esta expresión resulta irreprochable; pero para el francés, puede presentar ciertas dudas.[2]

1 Literalmente, "discurso directo aparente". (N. de la T.)

2 He aquí algunos ejemplos de discurso cuasi-directo en francés:

1) Il protesta: *Son père la haïssait!*
En discurso directo sería:
Il protesta et s'écria: *"Mon père te hait!"*
En discurso indirecto:
Il protesta et s'écria que son père la haïssait.
En discurso cuasi-indirecto:
Il protesta: *"Son père*, s'écria-t-il, *la haïssait!"*
(Ejemplo de Balzac citado por G. Lerch.)
2) Tout le jour, il avait l'oeil au guet et la nuit, si quelque chat faisit du bruit, *le chat prenait l'argent* (La Fontaine).

3) En vain il (le colonel) parla de la sauvagerie du pays et de la difficulté pour une femme d'y voyager: elle (Miss Lydia) *ne craignait rien; elle aimait par-dessus tout voyager à cheval; elle se faisait une fête de coucher au bivac; elle menaçait d'aller en Asie Mineure.* Bref, elle avait réponse à tout, car *jamais Anglaise n'avais été en Corse; donc elle devait y aller* (P. Mérimée, Colomba).

4) Resté seul dans l'embrasure de la fenêtre, le cardinal s'y tint immobile, un instant encore . . . Et ses bras frémissants se tendirent, en un geste d'imploration: *Ô Dieu! puisque ce médecin s'en allait ainsi, hereux de sauver l'embarras de son impuissance, ô Dieu! que ne faisiez-vous un miracle, pour montrer l'éclat de votre pouvoir sans bornes! Un miracle, un miracle!* Il le demandait du fond de son âme de croyant (Zola, *Rome*).
[Los ejemplos *3)* y *4)* son citados y discutidos por Kalepky, Bally y Lorck.]

La primera mención del discurso cuasi-directo como una forma especial de referir un enunciado, al mismo nivel del discurso directo e indirecto, corresponde a Tobler en 1887 (*Zeitschrift für romanische Philologie, XI, 437*).

Tobler definió el discurso cuasi-directo como una "peculiar combinación de discurso directo e indirecto" *(eigentümliche Mischung direkter und indirekter Rede).* Esta forma mixta, según Tobler, deriva su *tono* y *orden de palabras* del discurso directo y sus *tiempos verbales* y *personas* del indirecto.

Esta definición puede considerarse aceptable en su aspecto puramente descriptivo. En verdad, desde el punto de vista superficial de la descripción comparativa de los rasgos, Tobler indicó con acierto las semejanzas y diferencias entre la forma en cuestión y el discurso directo e indirecto.

Pero el término "combinación" es totalmente inaceptable en la definición, ya que implica una explicación genética —"formado por una combinación de"— que difícilmente se pueda probar. Y aun en su aspecto puramente descriptivo esa definición resulta incorrecta por cuanto lo que tenemos en el discurso cuasi-directo no es una simple combinación mecánica o suma aritmética de dos formas sino una tendencia positiva, totalmente *nueva*, en la recepción del enunciado de otra persona, una *dirección especial* en que se mueve la dinámica de la interrelación entre el discurso referido y el discurso que refiere. Pero Tobler es insensible a la dinámica y solo registra los rasgos abstractos de los modelos.

Esto en cuanto a la definición de Tobler. Ahora bien, ¿cómo explica él la aparición de la forma?

Un hablante que relata sucesos pasados cita el enunciado de otra persona en forma autónoma tal como fue emitido en su momento. En el proceso, el hablante cambia el tiempo *presente* del enunciado original por el *imperfecto*, para manifestar que el enunciado es contemporáneo de los hechos pretéritos que se relatan. Hace también algunos cambios adicionales (personas de los verbos y pronombres) para que el enunciado no sea recibido como procedente del relator.

La explicación de Tobler se basa en un modo de argumentar que, aunque incorrecto, es tradicional y muy difundido en la lingüística: si el hablante se hubiera propuesto introducir la nueva forma de manera consciente y premeditada, ¿cuáles habrían sido su razonamiento y su motivación?

Aun si se admitiera este tipo de explicación, los motivos del "hablante" de Tobler no resultan totalmente convincentes y claros: si quiere preservar la autonomía del enunciado tal como se produjo en el pasado, ¿no sería mejor referirlo en discurso directo? De ese modo quedaría fuera de toda duda su pertenencia al pretérito y al emisor citado, no al que cita. Además, si el *imperfecto* y la *tercera* persona son lo que está en juego, ¿no sería mucho más simple usar el discurso indirecto? El inconveniente reside en que lo que es *básico* para nuestra forma —*esa relación totalmente nueva que se produce entre el discurso que refiere y el referido*— es precisamente lo que no pueden explicar los motivos de Tobler. Para este, no se trata más que de dos formas viejas de cuyo adosamiento quiere obtener una nueva.

A nuestro entender, lo que puede explicarse muy bien con este tipo de argumento sobre los motivos del hablante es el mero uso de algún caso concreto de una forma *ya existente*, pero en ninguna circunstancia se podrá explicar así la composición de una forma *nueva* en la lengua. Los motivos e intenciones individuales de un hablante pueden tener efectos significativos, pero limitados por las posibilidades gramaticales corrientes, por una parte, y por la otra, por las condiciones del intercambio socioverbal que predominan en su grupo. Estas posibilidades y condiciones son *cantidades dadas*, y circunscriben el ámbito lingüístico del hablante, cuyo poder individual no es suficiente para forzar la apertura de ese ámbito.

Cualesquiera que sean las intenciones del hablante, cualesquiera que sean los errores que pueda cometer, cualquiera que sea el modo en que analice, mezcle o combine formas, no creará un nuevo modelo en la lengua ni una nueva tendencia en el intercambio socioverbal. Sus intenciones subjetivas tendrán carácter creativo solo cuando haya algo en ellas que coincida con tendencias que estén en proceso de formación, de generación, en el intercambio socioverbal de los hablantes; y estas tendencias dependen de factores socioeconómicos. Tuvo que haberse producido algún desplazamiento, alguna desviación en el intercambio socioverbal y en la orientación mutua de los enunciados para que se estableciera esa manera esencialmente nueva de percibir las palabras de otra persona, que encontró su expresión en la forma del discurso cuasi-directo. Una vez configurada, esta nueva forma comenzó a penetrar en el único campo de posibilidades lingüísticas dentro de cuyos límites las intenciones verbales individuales del hablante hallan definición, motivación, y se realizan de modo productivo.

Otro autor que se ocupó del tema del discurso cuasi-directo fue Th. Kalepky (*Zeitschrift für romanische Philologie*, XIII, 1899, pp. 491-513), quien vio en el discurso cuasi-directo una tercera forma, totalmente autónoma, de discurso referido y lo definió como discurso *velado* o *encubierto (verschleierte Rede)*. El rasgo estilístico de esta forma dependía de la necesidad de acertar quién es el hablante. Y por cierto se trata de un acertijo: desde el punto de vista de la gramática abstracta, quien habla es el autor; desde el punto de vista del sentido real de todo el contexto, quien habla es un personaje.

Sin duda alguna, el análisis de Kalepky avanza un paso en la investigación del tema que nos interesa. En vez de acoplar mecánicamente los rasgos abstractos de dos modelos, Kalepky intenta descubrir el *nuevo* aspecto estilítico positivo de la forma. Además, comprendió correctamente la naturaleza *doble* del discurso cuasi-directo, aunque lo definió mal. De ninguna manera podemos concordar con Kalepky en que el discurso cuasi-directo es un discurso "enmascarado" y que su finalidad consiste en acertar quién es el hablante. Nadie comienza el proceso de comprensión con consideraciones gramaticales abstractas, y por lo tanto es claro para cualquiera desde el principio que, en función del *sentido* de lo dicho, está hablando el personaje. Las dificultades aparecen solo para los gramáticos. Además, nuestra forma no contiene en absoluto un dilema del tipo "o/o"; su *specificum* consiste en que tanto el autor *como* el personaje hablan al mismo tiempo, en una sola construcción lingüística en la cual se mantienen los acentos de dos voces con distinta orientación. Ya hemos visto que el fenómeno del discurso referido genuinamente encubierto tiene lugar efectivamente en la lengua. Hemos visto cómo el insidioso efecto del discurso de otra persona oculto en el contexto del autor puede provocar manifestaciones de rasgos especiales estilísticos y gramaticales en ese contexto. Pero esta es una de las modificaciones o variantes del discurso directo. El discurso cuasi-directo, sin embargo, es un tipo *evidente* de discurso, a pesar de que tiene dos caras, como Jano.

La principal deficiencia metodológica en el enfoque de Kalepky consiste en que interpreta un fenómeno lingüístico dentro del marco de la *conciencia individual*, e intenta descubrir sus raíces psíquicas y sus efectos estético-subjetivos. Volveremos con una crítica fundamental en este enfoque cuando examinemos los puntos de vista de los vosslerianos (Lorck, E. Lerch y G. Lerch).

Bally se refirió al tema que nos ocupa en 1912 (*Germanisch-romanische Monatsschrift*, IV, 549 y ss., 597 y ss.), y lo retomó en 1914,

para responder a Kalepky, con un artículo donde trató los fundamentos, titulado "Figures de pensée et formes linguistiques" (*Germanisch-romanische Monatsschrift*, VI, 1914, 405 y ss., 456 y ss.).

La sustancia de los puntos de vista de Bally puede expresarse así: este autor considera el discurso cuasi-directo como una nueva variante posterior de la forma clásica del discurso indirecto. Reconstruye su formación en las series: il disait qu'il était malade > il disait: il était malade > il était malade (disait-il).[3] La caída de la conjunción *que* se explica, según Bally, por una tendencia más reciente de la lengua a preferir la coordinación paratáxica de oraciones a la subordinación hipotáxica. Bally señala, además, que esta variante del discurso indirecto —que con toda propiedad denomina *style indirect libre*— no es una forma inerte sino en movimiento, que se dirige hacia el discurso directo como su meta final. En casos particularmente enfáticos, afirma Bally, es a veces difícil decir dónde termina el *style indirect libre* y comienza el *style direct*. Incidentalmente, él ve desde esta manera el pasaje de Zola citado en nuestro cuarto ejemplo (véase nota p. 173).

La dificultad aparece precisamente en el momento en que el cardenal se dirige a Dios: *"O Dieu! que ne faisiez-vous un miracle!"*, apóstrofe que contiene simultáneamente un rasgo de discurso indirecto (el imperfecto) y el uso de la segunda persona como en discurso directo. Bally considera análoga al *style indirect libre* francés la forma del discurso indirecto alemán que omite la conjunción y mantiene el orden de las palabras como en discurso directo (el segundo tipo en el análisis de Bally).

Bally establece una estricta distinción entre *formas lingüísticas* ("formes linguistiques") y *figuras de pensamiento* ("figures de pensée"). Estas últimas son recursos de expresión ilógicos desde el punto de vista de la lengua y en los cuales se viola la normal interrelación entre el signo lingüístico y su significado usual. Las figuras de pensamiento no pueden considerarse fenómenos lingüísticos en sentido estricto: en efecto, no existen rasgos lingüísticos estables específicos que pueden expresarlos. Por el contrario, los rasgos lingüísticos que intervienen tienen en la lengua un significado muy distinto del que les imponen las figuras de pensamiento. Bally relega a las figuras de pensamiento las formas puras del discurso cuasi-directo. En realidad, desde un punto de vista estrictamente gramatical, es el discurso del autor, en tanto que de acuerdo con el sentido, es el discurso

3 La forma intermedia (transicional) es, naturalmente, una ficción lingüística.

del personaje. Pero este "sentido" no está representado por ningún signo lingüístico especial. Por lo tanto, se trata, según Bally, de un fenómeno extralingüístico.

Tal es la concepción de Bally en lo fundamental. Bally es el lingüista más destacado entre los representantes del objetivismo abstracto lingüístico. Hipostatiza y vivifica formas de lengua obtenidas, por abstracción, de hechos concretos de habla (hechos de habla correspondientes a las esferas de la vida práctica, la literatura, la ciencia, etcétera). Ya dijimos que los lingüistas realizaron este proceso de abstracción con el propósito de descifrar una lengua muerta extranjera, y con el objetivo práctico de enseñarla. Y ahora viene Bally y otorga vida y movimiento a estas abstracciones: una variante del discurso indirecto comienza a acercarse al modelo del discurso directo, y en el camino se forma el discurso cuasi-directo. Se asigna un papel creativo en la composición de la nueva forma a la caída de la conjunción *que* y al verbo que refiere. En realidad, sin embargo, el sistema abstracto de la lengua, donde deben encontrarse las *formes linguistiques* de Bally, carece totalmente de movimiento y de vida. Esta comienza en el punto en que un enunciado se cruza con otro enunciado, es decir, donde comienza la interacción verbal, aunque no se trate de la interacción verbal "cara a cara", sino la variedad literaria, mediada.[4]

No se trata de que una forma abstracta se dirige hacia otra, sino de que la orientación mutua de dos enunciados cambia sobre la base de un cambio en la percepción activa por la conciencia lingüística de la "personalidad hablante", de su autonomía ideológica, ideacional, de su individualidad verbal. La caída de la conjunción *que* no junta dos formas abstractas sino dos enunciados en toda su plenitud ideacional. Es como si se rompiera el dique y las entonaciones del autor fluyeran libremente para internarse en el discurso referido.

Esta clase de objetivismo hipostatizante produce también un divorcio metodológico entre formas lingüísticas y figuras de pensamiento, entre "langue" y "parole". En realidad, las formas lingüísticas que Bally tiene en mente solo existen en los textos de gramática y en los diccionarios (donde, por cierto, su existencia es perfectamente legítima), pero en la realidad viva del lenguaje están profundamente inmersas en eso que, desde el abstracto pun-

4 Acerca de las formas mediadas y no mediadas de la interacción verbal, véase el estudio ya citado de L. P. Iakubinskiy.

to de vista de la gramática, es el elemento irracional de "figures de pensée".

Bally se equivoca también cuando considera que la construcción de su segundo tipo de discurso indirecto alemán es análogo al discurso cuasi-directo francés.[5] Es un error muy sintomático. La analogía de Bally resulta irreprochable desde el punto de vista de la gramática abstracta, pero desde el punto de vista de la tendencia socioverbal, la comparación no soporta la crítica. En efecto, la misma tendencia socioverbal (dictada por idénticas condiciones socioeconómicas) en diferentes lenguas puede aparecer con diferentes rasgos externos, de acuerdo con las estructuras gramaticales de esas lenguas. En cualquier lengua particular, lo primero que se modifica en cierta dirección específica es precisamente el modelo que resulta ser el más adaptable en el aspecto necesario. En francés lo fue el modelo de discurso indirecto, en alemán y en ruso, el discurso directo.

Pasemos ahora a examinar el punto de vista de los vosslerianos. Estos lingüistas trasladan el aspecto dominante en sus investigaciones de la gramática a la estilística y la psicología, de las "formas de lengua" a las "figuras de pensamiento". Sus desacuerdos con Bally son fundamentales y de largo alcance. En su crítica al lingüista de Ginebra, Lorck contrasta, en términos humboldtianos, la visión que Bally tiene del lenguaje como *ergon* con su propia visión del lenguaje como *energeia.* De este modo, las premisas básicas del subjetivismo individualista se oponen directamente al punto de vista de Bally en este problema particular. La lista de factores que explican ahora el discurso cuasi-directo comprende: afecto en el lenguaje, fantasía en el lenguaje, empatía, gusto lingüístico, etcétera.[6]

También en 1914 —año de la polémica Kalepky-Bally— presentó Eugen Lerch su contribución al discurso cuasi-directo (*G-r.M.*, VI,

5 Kalepki señaló este error a Bally, quien lo corrigió parcialmente en su segundo trabajo.

6 Antes de seguir con el análisis del punto de vista de los vosslerianos, daremos aquí tres ejemplos de discurso cuasi-directo en alemán:

1) Der Konsul ging, die Hände auf dem Rücken, umber und bewegte nervös die Schultern. *Er hatte keine Zeit. Er war bei Gott überhäuft. Sie sollte sich gedulden und sich gefälligst noch fünfzig mal besinnen!* (Thomas Mann, *Buddenbrooks.*)

2) *Herrn Gosch ging es schlecht*: mit einer schönen und grossen Armbewegung wies er die Annahme zurück, er könne zu den Glücklichen gehören. *Das beschwerliche Greisenalter nahte heran, es war da, wie gesagt, seine Grube war geschaufelt. Er konnte abends kaum noch sein Glas Grog zum Munde führen, ohne die Hälfte zu verschütten, so machte der Teufel seinen Arm zittern. Da nützte kein Fluchen . . . Der Wille triumphierte nich mehr.* (Ibid)

3) Nun kreutzte Doktor Mantelsack im Stehen die Beine und blätterte in seinem Notizbuch. Hanno Buddenbrook sah vornüber gebeugh und rang unter dem Tisch die Hände. *Das B. der Buchstabe B war an der Reihe! Gleich würde sein Name ertönen, und er würde einen Skandal geben, eine laute, schreckliche Katastrophe, so guter Laune der Ordinarius auch sein mochte . . .* Die Sekunden dehnten sich martervoll. *"Buddenbrook" . . .* Jetzt sagte er *"Buddenbrook" . . .*
"Edgar" sagte Doctor Mantelsack . . . (*Ibid.*)

470). Lo definió: "discurso como hecho" (*Rede als Tatsache*). Mediante esta forma el discurso referido se transmite como si su contenido fuera un hecho que el autor mismo comunica. Lerch estudió el contraste entre el discurso directo, el indirecto y el cuasi-directo en función del grado de realidad inherente al contenido de cada uno, y llegó a la conclusión de que el más real de todos ellos es el cuasi-directo. Comprobó asimismo una preferencia estilística por el discurso cuasi-directo contra el indirecto, en relación con lo vívido y concreto de la impresión producida. Hasta aquí llega la definición de Lerch.

Un detallado estudio del discurso cuasi-directo apareció en un pequeño volumen de E. Lorck en 1921, con el título *Die "Erlebte Rede"*. En este libro, dedicado a Vossler, Lorck trata con cierta extensión la historia del presente tema.

Lorck definió el discurso cuasi-directo como "discurso experimentado" (*erlebte Rede*), a diferencia del discurso directo definido como "discurso repetido" (*gesprochene Rede*), y del indirecto, "discurso comunicado" (*berichtete Rede*).

Lorck explica su definición con los argumentos siguientes. Imaginemos a Fausto en la escena diciendo su monólogo: "Habe nun, ach! Philosophie, Juristerei . . . durchaus studiert mit heissem Bemühn . . ." Lo que el héroe enuncia en primera persona es experimentado en tercera por un miembro del auditorio. Y esta trasposición, que se produce en lo más profundo de la experiencia de la recepción, coloca en la misma línea estilística el discurso experimentado y la narrativa.

Ahora bien, si el oyente quisiera transmitir el discurso de Fausto que oyó y experimentó, a una tercera persona, lo citará en forma directa o indirecta. Pero si deseara evocar para sí mismo en su propia mente la vívida impresión de la escena experimentada, lo recordará así: "Faust hat nun, ach! Philosophie . . ." o, por tratarse de un caso de impresiones vividas en el pasado: "Faust hatte nun, ach! . . ."

Según Lorck, entonces, el discurso cuasi-directo es una forma de representar directamente la experiencia del discurso de otro, una forma de evocar una impresión vívida de ese discurso y, por lo tanto, poco útil para transmitir ese discurso a una tercera persona. En verdad, si el discurso cuasi-directo se usara con ese objeto, el acto de referir perdería su carácter comunicativo y parecería que la persona se hablara a sí misma o tuviera alucinaciones

Resulta natural, entonces, que el discurso cuasi-directo no se use en el lenguaje conversacional, y se destine solo a fines de representación artística. Allí, en la función que le es propia, el discurso cuasi-directo tiene enorme importancia estilística.

Por cierto que para un artista en proceso de creación, las imágenes de su fantasía tienen la máxima realidad; no solo las ve, también las oye. No las hace hablar (como en el discurso directo), las oye hablar. Y esta vívida impresión de voces oídas como en un sueño puede expresarse directamente solo en la forma del discurso cuasi-directo. Es la forma propia de la fantasía. Y así se explica que esta forma se iniciara en el mundo de la fábula de La Fontaine, y que sea el recurso favorito de artistas como Balzac y especialmente Flaubert, artistas muy dispuestos a sumergirse y perderse en el mundo de sus propias fantasías.

Y cuando el artista usa esta forma, solo se dirige a la fantasía del lector. No la utiliza para comunicar hechos o el contenido de pensamientos; no desea más que transmitir directamente sus impresiones, despertar en la mente del lector imágenes y representaciones vívidas. No se dirige al intelecto del lector, sino a su imaginación. Solo para el intelecto razonador y analítico habla el autor en estilo cuasi-directo; para la viva fantasía, habla el héroe. La fantasía es la madre de la forma.

La idea fundamental de Lorck, que expone ampliamente en otras obras,[7] le permite afirmar que *el papel creativo en el lenguaje no corresponde al intelecto sino a la fantasía.* Solo figuran a cargo del intelecto aquellas formas ya creadas por la fantasía, concluidas, productos inertes abandonados por su espíritu vital. El intelecto no crea nada por sí mismo.

Para Lorck el lenguaje no es ente ya producido (*ergon*) sino un eterno devenir y un acaecer vital (*energeie*). No es un medio o instrumento para lograr fines extralingüísticos sino un organismo vivo con su propio objetivo, que se propone y que realiza en sí mismo. Y esta autosuficiencia creativa del lenguaje se instrumenta con la fantasía lingüística. En el lenguaje, la fantasía se siente cómoda, en su elemento vital originario. Para la fantasía el lenguaje no es un medio, sino carne de su carne y sangre de su sangre. Le basta el puro juego del lenguaje, sin otra finalidad que el juego mismo. Los autores como Bally enfocan el lenguaje desde el ángulo del intelecto y son por eso incapaces de com-

7 *Passé défini, imparfait, passé indéfini.* ("Eine grammatischpsychologische Studie", von E. Lorck.)

prender las formas que aún viven en la lengua, en las que aún late el pulso del devenir y que se han transformado todavía en un medio para el uso intelectual. Bally no pudo comprender la originalidad del discurso cuasi-directo, en el cual no vio coherencia lógica y por lo tanto lo excluyó de la lengua.

Lorck intenta comprender e interpretar la forma del tiempo imperfecto en el discurso cuasi-directo desde el punto de vista de la fantasía. Distingue "Défini-Denkakte" y "Imparfait-Denkakte". La distinción entre estos actos no sigue las líneas de su contenido, sino las de las reales formas de su ejecución. Con el *Défini,* nuestra perspectiva se proyecta hacia afuera, al mundo de los contenidos y artefactos concebidos; con el *Imparfait* nuestra visión se hunde en lo interno, en el mundo del pensamiento en proceso de generación y formación.

Los "Défini-Denkakten" tienen carácter de determinación factual; los "Imparfait-Denkakten" lo tienen de impresión y experiencia vivida. Mediante ellos, la misma fantasía recrea el pasado vívidamente.

Lorck analiza el ejemplo siguiente:

L'Irlande poussa un grand cri de soulagement, mais la Chambre des lords. six jours plus tard, *repoussait* le bill: Gladstone *tombait.* (*Revue des Deux Mondes*, mayo, 1900, p. 159.)

Si los dos casos del imperfecto, afirma, se reemplazaran por el pretérito definido, notaríamos una gran diferencia. *Gladstone tombait* está coloreado por un tono emotivo en tanto *Glaastone tomba* sonaría como una fría comunicación formal. En el primer caso, es como si el pensamiento se prolongara sobre su objeto y sobre sí mismo. Pero lo que ocupa aquí la conciencia no es la idea de la caída de Gladstone, sino el sentimiento de la gravedad de lo ocurrido. "La Chambre des lords repoussait le bill" es otra cosa. Aquí se establece algo así como un suspenso ansioso por las consecuencias del suceso: el imperfecto de "repoussait" expresa tensa expectación. No hay más que leer en voz alta toda la oración para descubrir estas características en la orientación psíquica del hablante. La última sílaba de "repoussait" se pronuncia con un alto grado de tensión expresiva y expectación, tensión que se resuelve y se alivia en "Gladstone tombait". En ambos casos, el imperfecto está coloreado con emoción e impregnado de fantasía; más que denotar la acción, la experimenta y la recrea. En esto reside la significación del imperfecto para el

discurso cuasi-directo. En la atmósfera creada por esta forma, resulta imposible el pretérito definido.

Tal es la teoría de Lorck; él mismo denomina su análisis investigación en el campo de la psiquis lingüística (*Sprachseele*). El primero en explorar este campo (*"das Gebiet der Sprachseelenforschung"*), según Lorck, fue Karl Vossler, cuyas huellas siguió Lorck en sus estudios.

Lorck examinó el problema en sus dimensiones psicológicas estáticas. Gertraud Lerch, en un artículo publicado en 1922, también basado en las ideas vosslerianas, se dedica a establecer sus amplias perspectivas históricas. Su trabajo contiene muchas observaciones de gran valor, por lo cual nos detendremos a considerarlo en detalle.

El papel asignado a la fantasía en la teoría de Lorck le corresponde a la empatía (*Einfühlung*) en la de Lerch. La empatía encuentra la expresión adecuada en el discurso cuasi-directo. Un verbo para referir ("dijo", "pensó", y otros) es un prerrequisito en el discurso directo y el indirecto, porque de esta manera el autor coloca en su personaje la responsabilidad de lo que se dice. La omisión de ese verbo en el discurso cuasi-directo permite al autor presentar los enunciados de sus personajes de modo tal que sugieran que él mismo los toma en serio, y que no está en juego simplemente algo dicho o pensado, sino hechos reales. Esto es posible, afirma Lerch, solo sobre la base de la empatía del poeta con las creaciones de su propia fantasía, sobre la base de su propia identificación con aquellas.

¿Cómo surgió históricamente esta forma? ¿Cuáles son los rasgos históricos esenciales que sustentaron su desarrollo?

En francés antiguo, las construcciones gramaticales y psicológicas no se distinguían con tanta nitidez como ahora. Los componentes paratáxicos e hipotáxicos podían todavía mezclarse de muchas maneras. La puntuación se encontraba aún en estado embrionario. No existían, por lo tanto, límites claramente marcados entre el discurso directo y el indirecto. El narrador del francés antiguo aún no podía separar de su propio "yo" las figuras de su fantasía. Participaba desde adentro en las palabras y acciones de estas, actuando como intercesor y abogado. Aún no había aprendido a transmitir las palabras de otra persona en su aspecto literal externo, evitando interferir y complicarse personalmente. El temperamento del francés antiguo aún permanecía

ajeno a la observación desapasionada y reflexiva y al juicio subjetivo. Sin embargo, esta disolución del narrador en sus personajes no era solo el resultado de la libre elección de aquel, sino también producto de la necesidad: faltaban formas lógicas y sintácticas firmes para una clara demarcación mutua. El discurso cuasi-directo aparece entonces en el francés antiguo a raíz de su deficiencia gramatical y no como un recurso estilístico libre. El discurso cuasi-directo en este caso es el resultado de la simple incapacidad del autor para separar su propio punto de vista, su propia posición, de la de sus personajes.[8]

En el francés medio de la Baja Edad Media, ya no resulta verosímil esta inmersión de sí mismo en las mentes y sentimientos de otros. En los escritos históricos de la época, es muy raro encontrar el *praesens historicum,* y se mantiene nítidamente separado el punto de vista del narrador del que corresponde a las personas descriptas. La emoción cede el paso al intelecto. El discurso referido se hace impersonal y descolorido, y ahora se oye con más claridad la voz del narrador que la del hablante citado.

Después de este período despersonalizador llega el intenso individualismo del Renacimiento. Nuevamente el discurso referido se esfuerza por hacerse intuitivo. Nuevamente el relator trata de aunarse con su personaje, de asociarse más íntimamente con él. Es característica del Renacimiento la libre, fluctuante y caprichosa concatenación de tiempos y modos gramaticales, teñida de matices psicológicos.

En el siglo XVII, comenzaron a actuar reglas que regían estrictamente los tiempos y modos en el discurso indirecto (en especial gracias a Oudin, 1632), lo cual neutralizó el irracionalismo lingüístico del Renacimiento. Se estableció un armonioso balance entre los aspectos objetivos y subjetivos del pensamiento, entre el análisis referencial y la expresión de actitudes personales. Y por cierto que en todo esto intervino la Academia, ejerciendo una presión decisiva.

Al establecerse la *consecutio temporum* se creó un contraste que permitió distinguir claramente el discurso cuasi-directo y lo

8 He aquí un curioso pasaje de la *Cantilena de Sta. Eulalia* (segunda mitad del siglo IX):

Ell'ent adunet lo suon element;
melz sostendreiet les empedementz
qu'elle perdesse sa Virginitet.
Poros furer morte a grand honestet.

("Ella apela a todas su fuerzas: *mejor sufrir torturas que perder su virginidad.* Así murió con gran honor.")
Aquí, afirma Lerch, la firme e inamovible decisión de la santa coincide ("klingt zusammen") con la apasionada posición del autor a su favor.

convirtió en un recurso estilístico que podía usarse con toda libertad y conciencia. Aparece así por primera vez en La Fontaine, quien lo usó manteniendo el equilibrio entre lo objetivo y lo subjetivo, característico del neoclasicismo.

La omisión del verbo para referir indica la identificación del narrador con su personaje, y el uso del imperfecto (en contraste con el presente del discurso directo), así como la elección de los pronombres apropiados para el discurso indirecto, indican que el narrador mantiene su propia posición independiente, que no se confunde del todo con las experiencias de su personaje.

El recurso del discurso cuasi-directo, que con tanta elegancia superó el dualismo del análisis abstracto y la impresión directa, llevándolos a una armoniosa consonancia, fue muy útil para el fabulista La Fontaine. El discurso indirecto resultaba demasiado analítico e inerte. El discurso directo, aunque podía recrear dramáticamente el enunciado de otra persona, era incapaz de crear, al mismo tiempo, el escenario, el ambiente mental y emocional para su persecución.

En tanto La Fontaine se sirvió del nuevo recurso para lograr la identificación empática, La Bruyère lo hizo producir agudos efectos satíricos. No introdujo a sus personajes en el mundo de la fábula ni los describió con indulgencia, sino que cargó de animosidad y desprecio el discurso cuasi-directo. Rechaza a los personajes que describe. Todas las figuras de La Bruyère se van deformando por la lente de su objetivismo irónico.

En Flaubert se revela una mayor complejidad del recurso. Este autor no vacila en fijar su mirada precisamente en todo aquello que le disgusta y le repele, pero aun así es capaz de identificarse con lo que retrata, por odioso y despreciable que sea. El discurso cuasi-directo se hace en Flaubert tan ambivalente y turbulento como su propia actitud ante sus creaciones: íntimamente oscila entre la admiración y el rechazo. El discurso cuasi-directo, con su capacidad para transmitir al mismo tiempo tanto la identificación como la independencia y la distancia ante las propias creaciones, resultó un medio sumamente apropiado para corporizar esta relación de amor y odio que mantenía Flaubert con sus personajes.

Tales son las interesantes consideraciones que hace Gertraud Lerch acerca de nuestro tema. A su reseña histórica del desarrollo del discurso cuasi-directo en francés, añadiremos la información que proporciona Eugen Lerch sobre la época en que apareció

este recurso en el alemán. En esta lengua el discurso cuasi-directo tiene un desarrollo tardío. Como recurso deliberado, totalmente maduro, se usa por primera vez en la novela *Buddenbrooks*, de Thomas Mann (1901), quizá por influencia directa de Zola. El autor narra esta "épica familiar" en tonos emotivos, evocando a uno de los modestos miembros del clan Buddenbrook que recuerda toda la historia de la familia con vívidas reminiscencias. Podemos agregar que en su novela más reciente, *Der Zauberberg* (1924), utiliza el recurso aun con mayor sutileza y profundidad.

No sabemos que se haya dicho nada nuevo ni de mayor importancia sobre el tema que estamos investigando. Pasemos ahora a un análisis crítico de los puntos de vista de Lorck y Lerch.

En los estudios de ambos, se ataca al objetivismo hipostatizante de Bally con un subjetivismo individualista consistente y enfático. El conocimiento crítico subjetivo individual de los hablantes subyace a la noción de psiquis lingüística. El lenguaje en todas sus manifestaciones deviene expresión de las fuerzas psíquicas individuales y de las intenciones individuales de ideación. La generación del lenguaje resulta ser el proceso de generación de la mente y el espíritu en los hablantes individuales.

El subjetivismo individualista de los vosslerianos es tan inaceptable para explicar nuestro fenómeno concreto como el objetivismo abstracto de Bally. La realidad es que la personalidad del hablante, sus designios e intenciones subjetivas y sus estratagemas estilísticas conscientes no existen fuera de su objetivación material en el lenguaje. Sin medio de revelarse en el lenguaje, aunque sea en el habla interna, la personalidad no existe ni para sí misma ni para otros; puede iluminar y conocer por sí misma solo aquello para lo cual existe materia objetiva iluminadora, la luz materializada de la conciencia en forma de palabras, juicios de valor y acentos, ya establecidos. La personalidad subjetiva interior con su propia antoconciencia no existe como un hecho material, que sirva de base para una explicación causal, sino como un ideologema. La personalidad interior, con todas sus intenciones subjetivas y todas sus profundidades internas, no es sino un ideologema, vago y fluido hasta que logra definirse en los productos más estables y elaborados de la creatividad ideológica. Por lo tanto, no tiene sentido tratar de explicar fenómenos y formas ideológicas con la ayuda de factores e intenciones psíquicas subjetivas: sería explicar un ideologema de mayor claridad y precisión con otro más vago y confuso. El lenguaje ilumina la personalidad interior y su conciencia; las crea y las dota de comple-

jidad y hondura. No lo hace de otra manera. La personalidad es generada por el lenguaje, no tanto por las formas abstractas del lenguaje, sino por sus temas ideológicos. La personalidad, desde el punto de vista de su contenido subjetivo interno, es un tema del lenguaje, que sufre variación y desarrollo dentro de las vías de las construcciones más estables de la lengua. Por lo tanto, *una palabra no es una expresión de la personalidad interior; antes bien, la personalidad interior es una palabra expresada, o impulsada internamente.* Y la palabra es una expresión de intercambio social, de la interacción social de personalidades materiales, de productores. Las condiciones de ese intercambio enteramente material determinan y condicionan la configuración temática y estructural que recibirá la personalidad interior en un tiempo y en un ambiente dados; los modos en que logrará la autoconciencia; el grado de riqueza y seguridad de esta autoconciencia; y cómo ha de motivar y evaluar sus acciones. La generación de la conciencia interior dependerá del proceso generativo del lenguaje, en función, por supuesto, de la estructura ideológica concreta y gramatical de la lengua. La personalidad interna se genera junto con el lenguaje, en el sentido concreto y amplio de la palabra, como uno de sus temas más importantes y profundos. La generación del lenguaje, entretanto, es un factor en el proceso generativo de la comunicación social, inseparable de esta comunicación y de su base material. La base material determina la diferenciación en una sociedad, su orden sociopolítico; organiza jerárquicamente la sociedad y distribuye las personas que interactúan en ella. De tal modo se determina el lugar, el tiempo, las condiciones, las formas y los medios de la comunicación verbal, así como las vicisitudes de la emisión individual en un período dado en el desarrollo del lenguaje, el grado de su inviolabilidad, el grado de diferenciación en la percepción de sus diversos aspectos, la naturaleza de su individualización verbal e ideacional. Y esto encuentra su expresión sobre todo en las construcciones estables de la lengua, en los modelos de la lengua y sus modificaciones. Aquí la personalidad hablante no existe como un tema amorfo sino como una construcción más firme (este tema está sin duda inextricablemente unido con el contenido temático específico que le es propio). Aquí, en las formas del discurso referido, la lengua misma reacciona ante la personalidad como portadora de la palabra.

¿Pero qué hacen los vosslerianos? Proporcionan explicaciones que, aunque sutiles y genuinas, no hacen más que expresar la reflexión estructural comparativamente estable de la personalidad hablante en vagos términos temáticos que traducen hechos sociales, sucesos históricos, al lenguaje de las motivaciones indivi-

duales. Proveen una ideología de la ideología. No obstante, los factores materiales objetivos de estas ideologías —tanto de las formas de la lengua como de las motivaciones subjetivas para su uso— permanecen fuera de su campo de investigación. No queremos negarle valor al esfuerzo de ideologizar la ideología. Por el contrario, a veces es de suma importancia tematizar una construcción formal para acceder a sus raíces objetivas, raíces que, en definitiva, son comunes a ambos aspectos. El vivo interés en la ideología que introdujeron en la lingüística los idealistas vosslerianos ayuda a aclarar ciertos aspectos del lenguaje que se habían tornado inertes y oscuros en manos del objetivismo abstracto. Ello compromete nuestra gratitud. Atormentaron y acosaron la fibra ideológica del lenguaje cuando este parecía inanimado en manos de ciertos lingüistas, pero no hallaron una real explicación; se aproximaron a la bullente superficie de la historia, en permanente cambio, pero no a las profundas fuerzas motoras subyacentes. Es sintomático que Lorck, en una carta a Eugen Lerch incluida como apéndice en su libro, llega a hacer una afirmación algo sorprendente. Después de describir la pasividad y la esclerosis intelectualista del francés, agrega: "Existe una sola posibilidad de que rejuvenezca: el proletariado debe arrebatar la palabra a la burguesía" (*Für sie gibt es nur eine Möglichkeit der Verjüngung: anstelle des Bourgeois muss del Proletarier zu Worte kommen).*

¿Cómo se relaciona esto con el papel creativo de la fantasía en el lenguaje? ¿El que lo desempeña es miembro del proletariado?

Seguramente Lorck pensaba en algo más. Quizá se refiere a que el proletariado aportará nuevas formas de intercambio socioverbal, nuevas formas de interacción verbal entre los hablantes, y todo un mundo nuevo de entonaciones y acentos sociales. También traerá una nueva verdad lingüística. Algo así pensaría Lorck al hacer aquella afirmación, pero no se refleja en su teoría. En cuanto a la fantasía, un burgués no tiene nada que envidiarle a un proletario y dispone de más tiempo libre, por añadidura.

El subjetivismo individualista de Lorck, aplicado a nuestro problema concreto, demuestra su incapacidad para reflejar la dinámica de la interrelación entre el discurso que refiere y el referido. En ningún caso el discurso cuasi-directo expresa una impresión pasiva del enunciado de otro. Expresa, en cambio, una orientación activa, que no sólo implica un giro de primera a tercera persona, sino que impone sus propios acentos, que interfieren y entran en conflicto con los del enunciado referido. Tampoco coincidimos

con Lorck en que el discurso cuasi-directo sea la forma de discurso referido más cercana a la recepción y experiencia directa del discurso de otro. Cada forma de discurso referido percibe de un modo particular el discurso a referir. Gertraud Lerch parece comprender algo de la dinámica implícita, pero la expresa en términos de psicología subjetiva. Es como si ambos autores intentaran aplanar un fenómeno tridimensional. En el fenómeno lingüístico objetivo del discurso cuasi-directo no se combinan la identificación y el distanciamiento dentro de los límites de una psiquis individual: se combinan los acentos del personaje (identificación) con los del autor (distanciamiento) dentro de los límites de una misma construcción lingüística.

Tanto Lorck como Lerch descuidan un factor de extrema importancia para la comprensión del fenómeno: el juicio de valor inherente a cada palabra viva que se pone de manifiesto en la acentuación y la entonación expresiva de un enunciado. No existe el mensaje fuera de la acentuación y entonación vivas y concretas del discurso. En la forma cuasi-directa, reconocemos el enunciado de otra persona no tanto en función de su mensaje, considerado en abstracto, sino sobre todo en función de la acentuación y entonación del personaje citado, en función de la orientación valorativa de su discurso.

Percibimos los acentos y entonaciones del autor interrumpidas por los juicios de valor de otra persona. Y es aquí donde se manifiesta la diferencia entre el discurso cuasi-directo y el sustituido, en el que no aparecen nuevos acentos en presencia del contexto autoral que lo rodea.

Veamos nuevamente algunos ejemplos de discurso cuasi-directo en la liteartura rusa. He aquí una muestra muy característica, también de *Poltava* de Pushkin:

Fingiendo gran pesar, Mazeppa eleva hacia el Zar su humilde voz. "Dios lo sabe, *y el mundo entero puede atestiguar que él, miserable atamán, durante veinte años ha servido lealmente al Zar; infinitamente favorecido y prodigiosamente elevado... ¡Qué ceguera, qué absurda locura tendría que ser! ¿Puede pensarse acaso que él, ya al borde de la tumba, comience a entrenarse en la traición empañando la honestidad de su nombre? ¿Y no negó airado su ayuda a Stanislav; no rechazó la corona ucraniana con espanto y envió al Zar el pacto y las cartas del complot, como era su deber? ¿Acaso no hizo oídos sordos a los halagos del Kan y el Sultán Zargrad? Inflamado de fervoroso celo, gozoso dedicó su inteligencia y su espada a luchar contra los enemigos del Zar Blanco, no escatimó sufrimientos ni la propia vida, y ahora un maligno adversario cubre sus canas de vergüenza. ¿Quién? ¡Iskra y Kochubey! ¡Sus amigos de tantos años!...*" Y con lágrimas de odio encarnizado y fría insolencia, el infame exige el castigo... ¿de quién? ¡Viejo implacable! ¿Quién es

el padre de la implicada? Pero con glacial dureza aplaca las quejas de su corazón... (Las bastardillas son nuestras.)

La sintaxis y el estilo de este pasaje están determinados, por una parte, por los tonos valorativos del humilde y plañidero alegato de Mazeppa, y por otra parte, este "plañidero alegato" está sujeto a la orientación valorativa del contexto del autor, cuyos acentos narrativos, en este caso, se colorean con tonos de indignación que estalla finalmente en la pregunta retórica: "castigo... ¿de quién? ¡Viejo implacable! ¿Quién es el padre de la implicada?"

Es absolutamente posible recitar este pasaje en voz alta y transmitir la doble entonación de cada palabra, es decir, revelar con indignación la hiprocresía del alegato de Mazeppa por medio de la lectura correcta. Se trata de un caso bastante simple, con entonaciones retóricas algo primitivas y claramente marcadas. Pero en la mayoría de los casos, y especialmente en el área donde el uso del discurso cuasi-directo ha alcanzado gran expansión —el área de la moderna ficción en prosa —sería imposible transmitir la interferencia valorativa por medio de la voz. Además, el desarrollo del discurso cuasi-directo está ligado a la trasposición de los géneros de prosa a un registro silencioso, es decir, para lectura silenciosa. Solo este "silenciamiento" de la prosa pudo hacer posible la multiplicidad de niveles y la complejidad (superior a las posibilidades de la voz) de las estructuras entonacionales que son tan características de la literatura moderna.

En el siguiente pasaje de *El idiota* de Dostoievskiy, encontramos un ejemplo de esta interferencia de dos actos de habla que no puedan transmitirse adecuadamente por medio de la voz:

Pero ¿por qué no corrió hacia él el príncipe? ¿Por qué le dio un rodeo, como si no lo hubiera visto, siendo así que se habían cruzado sus miradas? (¡Sí, sus miradas se habían cruzado, y se habían mirado el uno al otro!) ¿No quería él mismo, hacía un instante, cogerlo de la mano y llevárselo consigo *allá*? ¿No quería ir mañana a verlo y decirle que había estado en casa de ella? ¿No se había desprendido él de su demonio al dirigirse allá, a mitad de camino, cuando de pronto la alegría habíale henchido el alma? ¿O era que, efectivamente, había algo en Rogochin, es decir, en toda la imagen de *aquel día*, de aquel hombre, en toda la proclividad de sus palabras, gestos, actos y miradas, que pudiese justificar los terribles presentimientos del príncipe y las torturantes sugestiones de su demonio? ¿Algo que saltase a la vista ello mismo, pero que fuese difícil analizar y expresar, imposible de justificar con suficientes razones, pero que, no obstante, producía, pese a toda esa dificultad e imposibilidad, una impresión total e irrebatible que involuntariamente se convertía en convicción plena?... ¿Convicción de qué? (¡Oh, y cómo le atormentaba al príncipe la rareza, la *bajeza* de aquella convicción, de *aquel ruin presentimiento*, y cómo se culpaba a sí mismo!) [9]

[9] F. Dostoievskiy. *Obras Completas*, t. II, Aguilar, Madrid, 1949, p. 637. (N. de la T.)

Consideraremos ahora brevemente el interesantísimo e importante problema de la *personificación fónica del discurso referido tal como lo expone el contexto del autor.*

La dificultad de la entonación con expresividad valorativa consiste aquí en el movimiento pendular permanente entre el punto de vista evaluativo del autor y el del personaje. ¿En qué casos y hasta qué límite puede un autor representar a su personaje? Entendemos que la representación no consiste en un mero cambio de entonación expresiva —cambio igualmente posible en una sola voz, en una sola conciencia— sino también en un cambio de voz en función de todo el conjunto de rasgos que la individualizan, un cambio de persona ("máscara") en función de todo el conjunto de rasgos que individualizan la expresión facial y la gesticulación, y, por fin, en la total coherencia de esta voz y esta persona a lo largo de toda la actuación del rol. En ese mundo individual cerrado ya no pueden infiltrarse ni trasvasarse las entonaciones del autor. Gracias a la coherencia de la otra voz y persona ya no es posible el paso gradual del contexto del autor al discuso referido y del discurso referido al contexto del autor. El discurso referido aparecerá como en un drama donde no existe un contexto que lo incluya y donde el texto de un personaje se alterna con el de otros personajes sin ninguna concatenación gramatical. De tal manera, las relaciones que se establecen entre el discurso referido y el contexto del autor por medio de la pura representación, resultan análogas a las relaciones entre las líneas alternativas de un diálogo. El autor queda al mismo nivel que su personaje, y se dialogiza su relación. De todo esto resulta necesariamente que la pura representación del discurso referido, mediante la lectura en voz alta de una obra de ficción, solo es admisible en los casos modificaciones lineales del discurso directo, y moderadamente la configuración estética fundamental del contexto. No hace falta decir que estos casos sumamente raros solo pueden implicar modificaciones lineales del discurso directo, y moderadamente pictóricos. Si los comentarios del autor interrumpen el discurso directo es imposible la pura representación, y lo mismo ocurre en caso de que el contexto valorativo del autor adquiera peso considerable.

Pero existe otra posibilidad: la representación parcial (sin transformación), que permite transiciones graduales de la entonación entre el contexto autoral y el discurso referido, y en algunos casos, en que se dan modificaciones bifaciales, permite acomodar todas las entonaciones en una sola voz. Por cierto que tal posibilidad solo es viable en los casos análogos a los citados. Las preguntas

y exclamaciones retóricas a menudo cumplen la función de trasladar de un tono a otro.

Solo nos resta resumir nuestro análisis del discurso cuasi-directo y, a la vez, recapitular toda la sección tercera de nuestra obra. Seremos breves: la sustancia del asunto está en la argumentación misma, y nos abstendremos de reiterarla.

Hemos realizado una investigación de las formas principales del discurso referido. No nos interesó proveer descripciones gramaticales abstractas; nos esforzamos en cambio por hallar en esas formas la documentación del modo en que la lengua percibió las palabras y la personalidad de otro emisor en los distintos períodos de su desarrollo. Nos orientaba la idea de que las vicisitudes del enunciado y de la personalidad hablante en la lengua reflejan las vicisitudes sociales de la interacción verbal, de la comunicación ideológico-verbal, en sus tendencias más vitales.

En cuanto fenómeno ideológico por excelencia, la palabra está en continua generación y cambio; refleja con gran sensibilidad todos los desvíos y alteraciones sociales. En las vicisitudes de la palabra están las vicisitudes de la sociedad de los usuarios de la palabra. Pero la generación dialéctica de la palabra es susceptible de investigación por diversos caminos. Se puede estudiar la *generación de ideas*, es decir, la historia de la ideología en el sentido preciso; la *historia del conocimiento*, como historia de la generación de la verdad (ya que la verdad es eterna solo en cuanto verdad eternamente generada); la *historia de la literatura*, como generación de veracidad artística. Ese es un camino. Otro, íntimamente relacionado y en estrecha colaboración con el primero, es el estudio de la *generación de la lengua misma*, como *material ideológico*, como *medio para la reflexión ideológica de la existencia*, ya que la reflexión y la refracción de la existencia en la conciencia humana solo se produce en y por medio de la palabra. No puede estudiarse, por supuesto, la generación de la lengua, sin tener en cuenta la existencia social que refracta y los poderes refractantes de las condiciones socioeconómicas. La generación de la palabra no puede estudiarse sin tener en cuenta la generación de la verdad y de la veracidad artística en la palabra y la sociedad humana para la cual existe esa verdad y esa veracidad. De tal manera, estos dos caminos, en su constante interacción mutua, estudian la *reflexión y refracción de la generación de la naturaleza y la historia en la generación de la palabra.*

Pero existe un tercer camino: la *reflexión de la generación social de la palabra en la palabra misma*, con sus dos ramificaciones: la

historia de la filosofía de la palabra y la *historia de la palabra en la palabra.* En esta última dirección se ubica nuestro trabajo. Somos muy conscientes de la imperfección de nuestra obra y solo esperamos que sea decisivo el planteo real del problema de la palabra en la palabra. La historia de la verdad, la historia de la veracidad artística y la historia de la lengua pueden recibir grandes beneficios del estudio de las refracciones de su fenómeno fundamental —el *enunciado concreto*— en construcciones de la lengua.

Para finalizar, unas palabras adicionales acerca del discurso cuasi-directo y la tendencia social que expresa.

El surgimiento y el desarrollo del discurso cuasi-directo deben estudiarse en estrecha asociación con el desarrollo de otras modificaciones pintorescas del discurso directo y del indirecto. Podríamos ver entonces que el discurso cuasi-directo se ubica en la senda principal de desarrollo de las lenguas europeas modernas, y que señaliza un cruce muy importante en las vicisitudes sociales del enunciado. El triunfo de las formas extremas del estilo pintoresco en el discurso referido no puede explicarse, por supuesto, ni en función de factores psicológicos ni de los propósitos estilísticos individuales propios del artista, sino en función de la *extensa subjetivización general de la palabra-enunciado ideológica.* No es más un monumento, ni siquiera un documento, de una posición ideacional sustantiva; se presenta solo como expresión de un estado subjetivo accidental. Los revestimientos tipificadores e individualizadores que ofrece el enunciado han alcanzado tan alto grado de diferenciación en la conciencia lingüística que llegan a oscurecer y relativizar totalmente el núcleo ideacional de un enunciado, que implica una posición social responsable. El enunciado ya no constituye el objeto de una consideración ideacional seria. La palabra categórica, la palabra "de los propios labios", la palabra *declaratoria* sigue viva solo en los escritos científicos. En todos los otros campos de la creatividad ideológico-verbal, no predomina la palabra "franca" sino la "urdida". En estos casos, toda la actividad verbal consiste en juntar "palabras de otras personas" y "palabras que parecen ser de otras personas". Incluso en las humanidades se desarrolló la tendencia de suplantar afirmaciones responsables sobre un problema por una descripción de la situación contemporánea con respecto a ese tema, incluyéndose la computación de "los puntos de vista que prevalecen en la actualidad", lo cual es considerado a menudo como la "solución" más seria del problema. Todo esto indica la alarmante inestabilidad así como la inseguridad de la palabra ideológica. La

expresión verbal en la literatura, en la retórica, en la filosofía y en los estudios humanísticos se ha convertido en el reino de las "opiniones", y el rasgo predominante de estas opiniones no es *qué* se "opina" realmente en ellas sino *cómo* —de qué manera individual o típico— se realiza el acto de opinar. Esta etapa en las vicisitudes de la palabra en la Europa burguesa actual y aquí en la Unión Soviética (en nuestro caso, hasta hace muy poco tiempo) puede caracterizarse como la etapa de *la transformación de la palabra en una cosa*, la etapa de la *depresión en el valor temático de la palabra.* Los ideólogos de este proceso, tanto aquí como en Europa occidental, son los movimientos formalistas en poética, en lingüística y en filosofía del lenguaje. No hace falta mencionar aquí los factores sociales subyacentes que explican este proceso, y tampoco es necesario repetir la fundada afirmación de Lorck acerca del único camino por el que puede producirse el restablecimiento de la palabra ideológica, la palabra con su tema intacto, la palabra impregnada de juicio de valor social categórico y seguro, la palabra que realmente significa y asume la responsabilidad de lo que dice.

Apéndice I

Acerca de los primeros prolegómenos de semiótica en Rusia

Ladislav Matieyka

1

La moderna especulación filosófica sobre la naturaleza de los signos y su papel en la comunicación social tiene en la civilización greco-romana una tradición que se inicia en la antigüedad remota. Esta tradición incluye tanto al pensamiento platónico como al aristotélico, en lo referente a la relación entre los sonidos lingüísticos y la mente humana. Comprende a los estoicos y su enfoque dialéctico de la oposición entre el significante y el significado y, asimismo, mantiene una conexión vital con la semiótica medieval, que veía en los signos algo material en representación de algo espiritual, y consideraba las palabras como los signos más importantes entre los signos.

En Rusia, la moderna investigación acerca de la naturaleza de los signos verbales contó con el estímulo de los brillantes lingüistas de la escuela de Kazan, especialmente Baudouin de Courtenay, cuyas observaciones fenomenológicas sobre la conexión sistemática entre sonido y sentido hallaron numerosos adeptos de talento en los principales centros académicos rusos de comienzos del siglo xx. Además, la ciencia rusa de los signos adquirió sólidos fundamentos a través de las contribuciones, tanto a la investigación como a la enseñanza, del prominente profesor moscovita F. F. Fortunatov, para quien la noción de que el lenguaje humano es un sistema de signos constituyó uno de los más fundamentales conceptos de la lingüística. También el empirista clásico inglés John Locke, cuya doctrina de los signos luego influyó en la semiótica norteamericana, debe considerarse una poderosa fuente intelectual en la Rusia prerrevolucionaria, momento en que los filósofos anglosajones reclutaron muchos observantes seguidores entre marxistas y no marxistas. Pero el impacto más decisivo en la semiótica rusa moderna fue sin duda producido por Ferdinand

de Saussure, el fundador espiritual de la escuela ginebrina de lingüística.

Los jóvenes lingüistas rusos de los años inmediatamente anteriores a la revolución conocieron a Saussure no solo a través de su póstumo *Cours de Linguistique Générale (Curso de lingüística general)*, sino también a través de la interpretación de las enseñanzas saussureanas por Sierguiey Kartsievskiy, quien retornó a Rusia en 1917, luego de varios años de estudio en Ginebra.

Como lo recuerda Roman Iakobson en sus *Selected Writings:*

> Era en aquellos años cuando los estudiantes de psicología y de lingüística de nuestra universidad nos interesábamos apasionadamente por los nuevos intentos de los filósofos para desarrollar una fenomenología del lenguaje y de los signos en general; aprendimos a percibir la sutil distinción entre el *signatum* (el significado) y el *denotatum* (el referente); luego, a asignar una posición intrínsecamente lingüística, primero al *signatum,* y luego, por interferencia, también a su inalienable contraparte, es decir al *signans.*[1]

La lingüística rusa, al comenzar la década del 20, refleja claramente el impacto de los diversos aspectos del *Curso* saussureano En el libro de Iacobson sobre la versificación checa publicado en 1923, aparecen —críticamente filtradas— referencias a Saussure y a su influencia. El mismo año se hacen reiteradas referencias a Saussure y a su escuela de Ginebra, en *Russkaia riech* [Lengua rusa], un compendio de estudios de varios jóvenes lingüistas rusos asociados mutuamente (como lo deja ver en una nota al pie introductoria el compilador del volumen, Liev Shchierba, por su común dependencia de las enseñanazs lingüísticas de Baudouin de Courtenay.[2] Además, en 1923, el joven especialista en sintaxis M. N. Pietierson publicó un lúcido bosquejo de los conceptos fundamentales de Saussure en el diario *Piechat i rievoliutsiia* (La Prensa y la revolución).[3] Durante la década del 20 la influencia de Saussure, especialmente en los discípulos, y los discípulos de los discípulos de Baudouin de Courtenay dominó hasta un extremo tal que V. N. Voloshinov estaba muy cerca de la verdad al decir: "Puede sostenerse que la mayoría de los pensadores rusos en lingüística se hallan bajo la determinante influencia de Saussure y sus discípulos, Bally y Sechehaye."

En el *Curso* de Saussure, como sabemos, se considera el concepto de signo como el verdadero eje de la comunicación verbal y, en

1 "Retrospect", *Selected Writings*, t. I, Mouton, Gravenhage, 1962, p. 631.
2 Compilado por L. V. Shchierba, *Russkaia Riech*, Petrogrado, 1923, p. 11.
3 M. M. Pietierson, "Obshchaia lingvistika", *Piechat i reivoliutsiia*, Nº 6, 1923, pp. 26-32.

general, de cualquier comunicación de sentido. "La lengua", dice, "es un sistema de signos que expresan ideas."[4] Aunque Saussure distingue varios sistemas de signos, el lenguaje humano es para él el más importante de todos. Según su interpretación, la naturaleza semiótica del lenguaje humano necesariamente implica su carácter social. La lengua como sistema es una institución social. Como dice Saussure, "no existe más que en virtud de una especie de contrato establecido entre los miembros de una comunidad. Por otra parte, el individuo tiene necesidad de un aprendizaje para conocer su funcionamiento; el niño la va asimilando poco a poco".[5] Puesto que la lengua es solo uno entre varios sistemas semióticos, Saussure considera la lingüística como una rama de la ciencia general de los signos.[6] Usando el griego *semeion* (signo) como base derivacional, llama a la ciencia de los signos que tiene en mente *semiología*, denominación distinta del término *semiótica*, de John Locke, luego adaptado y desarrollado hábilmente por Charles Sanders Peirce.

Apenas cabe duda alguna de que el énfasis de Saussure en la naturaleza semiótica del lenguaje humano y en su intrínseco carácter social, halló en Valentín Voloshinov un lector que, aunque crítico, sufrió muchas influencias. En realidad, la parte esencial de *El signo ideológico y la filosofía del lenguaje*, de Voloshinov, puede considerarse la primera introducción de importancia a la semiótica en Rusia, por su entusiasta desarrollo del concepto binario del signo y de la noción de la base social de la semiótica en general. "Todo lo que es ideología posee sentido", sostiene Voloshinov en el capítulo inicial de su libro. "Representa, describe o está en lugar de algo situado fuera de sí mismo; en otras palabras, es un signo; sin signos, no hay ideología." Como consecuencia, el estudio de los signos es para Voloshinov un estudio de ideología, y la filosofía del lenguaje es la filosofía del signo.

Al desarrollar las observaciones de Saussure sobre el origen del lenguaje en la comunidad de hablantes (*masse parlante*), Voloshinov insiste en que el signo puede surgir solo de un territorio interindividual. "Es esencial", dice, "que ellos [los individuos] formen un grupo (una unidad social); solo entonces el medio sígnico puede configurarse entre ellos." A diferencia de Saussure, sin embargo, no considera que los signos sean de naturaleza básicamente psicológica. Mientras que para Saussure la lengua "es un sistema de signos en el que solo es esencial la unión del

4 Ferdinand de Saussure, *Curso de lingüística general*, Losada, Buenos Aires, 1945, p. 60.
5 *Ibid.*, p. 58.
6 *Ibid.*, p. 60.

sentido y de la imagen acústica, y donde las dos partes del signo son igualmente psíquicas",[7] para Voloshinov "un signo es un fenómeno del mundo exterior". Para él, localizar los signos en la psiquis llevaría a trasformar la semiótica en el estudio de la conciencia y de sus leyes. Voloshinov se resiste a pasar por alto las propiedades físicas del signo y a considerarlas como si fueran "simples medios técnicos para la realización del efecto interno que es el entendimiento". Mientras Saussure encara su semiología como "parte de la psicología social y por consiguiente, de la psicología general",[8] para Voloshinov el estudio de los signos "de ningún modo depende de la psicología, y no necesita basarse en ella". Está convencido, al contrario, de que la psicología objetiva debe basarse en el estudio de los signos. Según su enfoque dialéctico, el carácter binario de cada signo implica que los aspectos físicos y significativos son inseparables y no pueden estudiarse aisladamente uno del otro precisamente porque la unidad de la oposición binaria es la base de la semioticidad.

Ferdinand de Saussure, siguiendo fielmente el espíritu del dualismo cartesiano, insiste enfáticamente en una neta separación entre el acto real de habla y el sistema abstracto de normas internalizadas por la competencia lingüística de los hablantes. "Al separar la lengua del habla", dice, "se separa a la vez: 1) lo social de lo individual; y 2) lo que es esencial de lo que es accesorio o más o menos accidental."[9] Las implicaciones epistemológicas de tal divorcio analítico entre sistema lingüístico (*la langue*) y acto de habla (*la parole*) se convirtieron en el desafío más importante para los discípulos rusos de Saussure. No todos estaban dispuestos a aceptar las consecuencias metodológicas de los dos caminos que resultaban del divorcio saussureano entre lengua y habla. En obvia oposición a la insistencia de Saussure en que "hay que elegir entre dos caminos que es imposible tomar a la vez",[10] Iuriy Tinianov y Roman Iakobson propusieron, en 1928, la elaboración del principio que *vinculara* estas dos categorías (es decir, *la langue* y *la parole*).[11] También Voloshinov, aplicando su enfoque dialéctico, consideró el acto de habla y el sistema lingüístico en una unión indivisible que no puede ser estudiada aislando un polo del otro. A través de todo su libro, aclara que no es posible manejar adecuadamente la emisión concreta sin, simultáneamente,

7 *Ibid.*, p. 58.
8 *Ibid.*, p. 60.
9 *Ibid.*, p. 57.
10 *Ibid.*, p. 65.
11 Cf. Iuriy Tinianov y Roman Iakobson, "Problemi Izuchieniia Litieraturi i Iazika", Noviy Lief, t. 12, 1928, p. 36 ("Problemas en el estudio de la literatura y la lengua", *Readings in Russian Poetics*, editado por L. Matleyka y K. Pomorska, p. 79, MIT, Cambridge, 1971).

tener en cuenta el sistema lingüístico. Y a la inversa, no se puede en su opinión entender analíticamente el sistema lingüístico sin la simultánea consideración de las emisiones concretas. O sea, según sus palabras, "la realidad concreta de la lengua-habla no es el sistema abstracto de las formas lingüísticas, ni la aislada emisión monologal, ni el acto psicofisiológico de su implementación, sino el hecho social de la interacción implementado a través de una emisión o de emisiones". De este modo Voloshinov sitúa a la investigación lingüística en un marco sociológico en el que no solo es preciso tener en cuenta la oposición entre lengua y habla, sino también la oposición entre hablante y oyente. En un modelo analítico tan complejo, ni el rol del hablante ni el del oyente están privilegiados; deben considerarse complementarios y mutuamente dependientes en el proceso por el cual el sistema lingüístico abstracto se despliega para ejecutar la emisión concreta. Mientras que el dualismo de Saussure divide la complejidad de la operación semiótica en partes a fin de facilitar su análisis, la preferencia dialéctica de Voloshinov lo lleva a tratar de reemplazar la dualidad intrínseca por una estructura única y unificadora. En explícita oposición al divorcio saussureano entre sistema y emisión, Voloshinov insiste en que:

1) La ideología no ha de divorciarse de la realidad material del signo (situándola, por ejemplo, en la "conciencia", o en otras regiones indeterminadas e inasibles).

2) El signo no debe estar divorciado de las formas concretas de intercambio social (puesto que el signo es parte del intercambio social organizado y no puede existir, en tanto tal, fuera de él, convertido en un simple artefacto físico).

3) La comunicación y las formas de la comunicación no pueden hallarse divorciadas de sus bases materiales.

La bifurcación saussureana de lengua sistemática versus habla implicó la necesidad de imponer límites estrictos entre el aspecto sincrónico de un sistema lingüístico y la historia de la lengua. "La oposición entre los dos puntos de vista, —sincrónico y diacrónico—", dice, "es absoluta y no tolera componendas." [12] En consecuencia, Saussure divide el estudio del lenguaje en dos distintas partes, definidas en el *Curso* como sigue:

La *lingüística sincrónica* se ocupará de las relaciones lógicas y psicológicas que unen términos coexistentes y que forman sistema, tal como aparecen a la conciencia colectiva.

12 *Curso*, p. 151.

La *lingüística diacrónica* estudiará, por el contrario, las relaciones que unen términos sucesivos no apercibidos por una misma conciencia colectiva, y que se reemplazan unos a otros sin formar sistema entre sí.[13]

Fue precisamente esta separación entre lingüística sincrónica y diacrónica lo que constituyó el principal tópico de la controversia metodológica en Rusia durante la década del 20. En 1922, Sierguiey Kartsievskiy aplicó el enfoque sincrónico saussureano a la descripción del sistema de verbos rusos, y empleó como epígrafe de su artículo la frase de Saussure: *"La langue est un système dont toutes les parties peuvent et doivent être considérées dans leur solidarité synchronique"*.[14] Al año siguiente, en 1923, V. V. Vinogradov, reconociendo la influencia metodológica de Saussure, Baudouin de Courtenay, y Kartsievskiy, propuso la aplicación de un riguroso método sincrónico al análisis del estilo en el arte verbal. En su propuesta, la primera tarea de todo análisis estilístico consiste en investigar el sistema específico de los medios lingüísticos y su organización, tal como lo usa un escritor dado; tal tarea requiere categóricamente, para Vinogradov, una clasificación de elementos y una exhaustiva descripción de las formas estilísticas y sus funciones.[15] De aquí que el centro mismo de la atención de Vinogradov fuera un texto literario visto como un corpus concreto de datos que representan un determinado tipo lingüístico y que caracterizan a un grupo social específico (un dialecto). La descripción y clasificación propuestas son, como lo admite Vinogradov, inevitablemente estáticas. Desde esta posición, que se adhiere estrictamente a la dicotomía saussureana de sincronía y diacronía, Vinogradov atacó a los seguidores del así llamado método formal, remisos en adoptar la separación dualista de Saussure, y que insistían en que un enfoque verdaderamente explicativo debía "superar lo estático y descartar lo absoluto".[16]

Entre las respuestas a la falacia dualística de Saussure y a su versión rusa, la recusación más franca apareció en 1927 en una serie de tesis polémicas firmadas por Iuriy Tinianov y Roman Iakobson. "La pura sincronía prueba ahora ser una ilusión", afirman los autores. "Todo sistema sincrónico tiene su pasado y su futuro como elementos estructurales inseparables del sistema." Mientras que Saussure sostiene que "es sincrónico todo lo que se refiere al aspecto estático de nuestra ciencia y diacrónico todo

13 *Ibid.*, p. 174.
14 S. Kartsievskiy, "Études sur le système verbal du russe contemporain", *Slavia*, 1, 1922, p. 242.
15 Cf. V. V. Vinogradov, "O zadachaj stilistiki", *Russkaia riech*, Petrogrado, 1923, p. 286.
16 Roman Iakobson, "Futurizm", *Iskusstvo*, agosto 2 de 1919; cf. sus *Selected Writings*, 1, 1962, p. 651.

lo que se relaciona con las evoluciones",[17] Tinianov y Iakobson proclaman:

La oposición entre sincronía y diacronía fue una oposición entre el concepto de sistema y el concepto de evolución; pierde su importancia en principio apenas reconocemos que todo sistema existe necesariamente como evolución, mientras que, por otra parte, la evolución es inevitablemente de naturaleza sistemática.[18]

Para Iakobson, el rechazo de la falacia saussureana se convirtió en uno de los temas recurrentes en su carrera de investigador. En 1928, renovó su ataque contra el engañoso dualismo saussureano al decir:

F. de Saussure y su escuela abrieron un nuevo sendero en la lingüística estática, pero en cuanto al campo de la historia de la lengua, se mantuvieron en la senda de los neogramáticos. La enseñanza saussureana de que los cambios fonéticos son factores destructivos, fortuitos y ciegos, limita el papel activo de la comunidad de hablantes que perciben cada etapa dada en las desviaciones del patrón lingüístico habitual como un sistema ordenado. Esta antinomia entre los estudios lingüísticos sincrónicos y diacrónicos debe ser superada a favor de una transformación de la fonética histórica en la historia de los sistemas fonémicos.[19]

El tenor de este argumento vuelve a aparecer, sin cambios esenciales, 40 años más tarde en *Retrospect*, de Iakobson, segundo volumen de sus *Selected Writings* (1971).

Según el *Curso* de Saussure, la dualidad interna de sincronía y diacronía amenaza la lingüística con especiales dificultades y exige una completa separación de ambas facetas: lo que se puede investigar es, ya sean las relaciones coexistentes dentro del sistema lingüístico "d'où toute intervention du temps est exclue", o bien cambios singulares sucesivos sin referencia alguna al sistema. En otras palabras, Saussure anticipó y anunció un enfoque nuevo, estructural, de la lingüística sincrónica, pero continuó el viejo y atomizante dogma de los neogramáticos en lingüística histórica. Su engañosa identificación de las dos oposiciones —sincronía versus diacronía, y estática versus dinámica— fue refutada por los lingüistas postsaussureanos.[20]

Debe señalarse que no todos los lingüistas postsaussureanos rechazaron la dicotomía de Saussure entre sincronía y diacronía, y estático versus dinámico. Esta dicotomía se mantiene por cierto en el actual renacimiento de la semiótica saussureana en Francia, especialmente en la escuela de Claude Lévi-Strauss, quien, por

17 *Curso*, p. 149.
18 *Readings in Russian Poetics*, p. 80.
19 *Chasopis pro moderni Filologii*, XIV, Praga, 1928; cf. "The concept of the sound law and the teleological criterion", *Selected Writings*, t. I, pp. 1-2.
20 "Retrospect", *Selected Writings*, t. II, La Haya, 1971, p. 721.

su parte, acepta sin reservas la sincronía saussureana. Igualmente en los EE. UU., el enfoque saussureano sincrónico aún domina el estructuralismo lingüístico tanto entre postbloomfieldianos como entre neosaussureanos. En cambio, el rechazo del dualismo de Saussure por los representantes de la escuela rusa formalista fue seguido en pleno por la escuela estructuralista de Praga, y se convirtió en un rasgo característico de sus estudios semióticos. Igualmente, el rechazo del dualismo de Saussure pasó a ser típico en la filosofía del lenguaje de Voloshinov y, en general, en la escuela de Leningrado de Bajtin.

Mientras que Saussure señala que el sistema sincrónico existe en la conciencia colectiva de los hablantes, para Voloshinov un sistema sincrónico de ningún modo es una entidad real. "Desde un punto de vista objetivo", afirma, "no existe tal sistema en ningún momento real del tiempo histórico." Un sistema sincrónico es en su opinión solo una construcción descriptiva de un analista, cómoda para el registro de sus observaciones:

Este sistema es meramente una abstracción a la que se llega con una buena cantidad de problemas y con un definido objetivo de atención práctica y cognitiva; el sistema lingüístico es el producto de una reflexión sobre la lengua, y no por cierto una reflexión del tipo de la que se lleva a cabo en la conciencia del hablante nativo, ni tampoco de la que se realiza con el inmediato propósito de hablar.

La naturaleza estática del modelo sincrónico de Saussure y su artificial separación del continuum permanentemente cambiante del creativo fluir de la lengua fue correctamente interpretada por Voloshinov como el renacimiento del espíritu cartesiano en el área de la investigación lingüística. Como dialéctico, objetó la tendencia segregadora del dualismo cartesiano, e intentó ver entre las fuerzas evolucionarias y la sistematización una interacción continua, indivisible aunque antitética. A la vez, empero, Voloshinov era completamente consciente del impacto del cartesianismo saussureano entre sus contemporáneos. "Los puntos de vista históricos de Saussure", admite ampliamente, "son muy característicos del espíritu del racionalismo que sigue influyendo en la filosofía del lenguaje y que considera a la historia como una fuerza irracional deformadora de la pureza lógica del sistema lingüístico."

La naturaleza estática de un sistema abstracto de normas construido en el formalismo de la lingüística cartesiana halló un crítico convincente en Wilhem von Humboldt, para quien la lengua era un proceso generativo continuo, en incesante cambio. Mientras que la tradición de la lingüística cartesiana tendía a considerar a toda lengua como un sistema cerrado y estable de reglas, como un instrumento normativo acabado, heredado de las generaciones anteriores, Humboldt la consideró una actividad creativa natural de la humanidad. Aunque los diversos aspectos de las observaciones de Humboldt sobre la lengua no pueden discernirse completamente en el crepúsculo de sus grandiosas generalizaciones, sin embargo a menudo se lo ha visto como el líder de la reacción romántica contra la era racionalista, que dominó la lingüística de los siglos XVII y XVIII.[21] En Rusia, la tradición lingüística humboldtiana ha sido habitualmente considerada como una oposición a la tradición de la lingüística cartesiana. Significativamente, el más franco seguidor de la corriente humboldtiana en la historia de la lingüística rusa fue el sintaxista Aliexandier Potiebnia, teórico sobresaliente del movimiento simbólico ruso y blanco principal de la generación inspirada en Ferdinand de Saussure. En la década del 20, se consideraba a la tradición lingüística humboldtiana en directo contraste con las modernas tendencias de la lingüística, como lo destaca el lingüista moscovita R. Shor, quien, en 1927, en *Crisis en la lingüística contemporánea*, llegó a la siguiente conclusión:

"La lengua no es un artefacto (*ergon*) sino una actividad natural y congénita de la humanidad", sostenían los lingüistas románticos del siglo XIX Teóricamente, la lingüística actual sostiene otra cosa: "La lengua no es una actividad individual (*energeia*) sino un legado histórico cultural de la humanidad (*ergon*)."[22]

Así el énfasis humboldtiano en el aspecto creativo del lenguaje humano se identificó como una típica expresión del romanticismo, en directa oposición con la lingüística moderna. Para Voloshinov,

21 Una interpretación diametralmente opuesta sobre von Humboldt aparece en *Cartesian Linguistics*, de Noam Chomsky, Harper and Row, Nueva York, 1966. (Hay traducción castellana, *Lingüística cartesiana*, Gredos, Madrid 1969.) Véase, por ejemplo, p. 9: "El énfasis cartesiano en el aspecto creador del uso del lenguaje como característica esencial y definida del lenguaje humano, encuentra su más potente expresión en el intento de Humboldt de desarrollar una teoría completa de la lingüística general". Igualmente véase la nota 36 de Chomsky en la p. 49: "Considerado en relación con los antecedentes que aquí estamos examinando (el tratado de Humboldt) parece que marca el punto final del desarrollo de la lingüística cartesiana más bien que el comienzo de una nueva era en el pensamiento lingüístico".

22 R. Shor, "Krizis sovriemiennoy lingvistiki", *Iafietichieskiy sbornik*, t. V, 1927, p. 71 (citado por V. N. Voloshinov).

igualmente, Humboldt era una antítesis de Descartes, y efectivamente, la más prominente oposición al objetivismo abstracto en la filosofía del lenguaje europea. A diferencia de R. Shor, sin embargo, Voloshinov no consideró el interés humboldtiano en los aspectos creativos del lenguaje humano como irrelevante para la investigación lingüística; por el contrario, lo entendió como uno de los conceptos más importantes de su propia filosofía del lenguaje.

En contraste con la tradición de la lingüística cartesiana, la lingüística humboldtiana implica, según Voloshinov, la necesidad de una verdadera explicación de los fenómenos lingüísticos, y en cambio los procedimientos descriptivos y clasificadores a lo sumo pueden considerarse preliminares. El énfasis humboldtiano en el aspecto creativo como la característica fundamental del lenguaje humano se halla, en la concepción de Voloshinov, en directa contradicción con el interés en la lógica interna del sistema de signos mismo, tomado como se lo hace en álgebra, sin una adecuada relación con la realidad concreta o con los participantes de la comunicación. La presentación sistemática de la gramática, léxico y fonética es para Voloshinov solo reflexión sobre la lengua y ejercicios especulativos de lógica, segmentación, clasificación, abstracción y algebrización.

Así, la primera meta de la investigación lingüística debería ser exactamente aquella que revela el aspecto creativo del lenguaje humano; y tal tarea, en la concepción de Voloshinov, no puede cumplirse sin un adecuado estudio de los enunciados, es decir sin dar razón del aspecto creativo del lenguaje humano en su función social. Como lo dice Voloshinov,

> La tarea de identificar el objeto real de estudio en la filosofía del lenguaje no es nada fácil; con cada intento de delimitar el objeto de la investigación, de reducirlo a un compacto conjunto objetivo de dimensiones definidas y discernibles, perdemos la verdadera esencia de lo que estamos estudiando: su naturaleza semiótica e ideológica.

La naturaleza semiótica de la comunicación humana no puede captarse, en opinión de Voloshinov, si se descuida el carácter innovador del acto de habla y su importancia, considerándolos fenómenos superficiales, como "meras refracciones y variaciones fortuitas, o puras y simples distorsiones de formas normativamente idénticas". En la lingüística cartesiana y en general en la escuela del objetivismo abstracto, según la opinión de Voloshinov, el factor de la identidad estable de las formas lingüísticas prevalece sobre su mutabilidad, lo abstracto sobre lo concreto, la sistema-

ticidad sobre la historicidad, las formas de las partes aisladas sobre la propiedad de la estructura íntegra. Para Voloshinov, la lingüística cartesiana y su continuador, el objetivismo abstracto, dejó de lado el acto de habla y la emisión que es su producto como algo individual, porque el sistema abstracto de reglas y normas pasó a convertirse en el objeto exclusivo de la investigación lingüística.

En cambio, la lingüística humboldtiana y su continuador, el subjetivismo idealista, rechazó el sistema de reglas —estático y normativo—, como una reflexión artificial sobre el lenguaje, y convirtió a la innovación creativa, a la variabilidad estilística del acto de habla en el foco primordial de atención. Aunque Voloshinov coincide con los seguidores de la tendencia humboldtiana en conceder al estudio del enunciado toda la atención de los estudios lingüísticos, está en desacuerdo con el énfasis puesto en el carácter individual de la emisión y con los intentos de explicar el aspecto creativo del lenguaje humano en términos de la vida psíquica individual del hablante. Y precisamente por esta razón, se opone a algunos seguidores de la tradición humboldtiana, particularmente a la escuela de Vossler:

En realidad, el acto de habla, o con mayor precisión, su producto —el enunciado— de ningún modo puede considerarse un fenómeno individual en el sentido exacto de la palabra, y no puede explicarse en función de la individual condición psicológica o psicofisiológica del hablante.

Así Voloshinov no se adhiere completamente ni a la lingüística cartesiana ni a la humboldtiana ni a sus seguidores. En su intento de operar dialécticamente, considera al subjetivismo individualista y al objetivismo abstracto como tesis y antítesis, y propone una síntesis dialéctica que supere estas tendencias opuestas, una síntesis que constituiría una negación de ambas —tanto de la tesis como de la antítesis—. El centro verdadero de la realidad lingüística es para Voloshinov el acto de habla significativo, encarado como una estructura social, vital en todos sus aspectos para la operación semiótica.

El diálogo en el sentido más amplio es para Voloshinov un caso ejemplar de interacción verbal, puesto que ofrece los rasgos más esenciales de la operación semiótica: no solo el hecho de habla con sus aspectos físicos y semánticos en relación con otro hecho de habla, sino también la oposición entre los participantes del hecho de habla y las condiciones de su contacto verbal en un contexto dado.

3

Aunque Voloshinov tenía muchas serias reservas con respecto a la escuela de Vossler, sin duda compartía con los vosslerianos algunos de sus puntos de vista básicos, incluyendo la idea de la importancia del diálogo como enfoque para una más correcta comprensión de la interacción verbal. Particularmente señaló el libro de Leo Spitzer sobre la lengua coloquial italiana, valorando su énfasis en el papel del hablante y del oyente en la conversación concreta.[23] También Mijail M. Bajtin, cuya vinculación intelectual con Voloshinov en los comienzos de la década del 20 fue muy estrecha, dio gran valor a las observaciones de Spitzer sobre el papel esencial de los participantes del hecho de habla, en la estructura de la emisión. En su estudio de la tipología del discurso, Bajtin cita a Spitzer:

> Cuando reproducimos en nuestro propio discurso algo de lo que dijo nuestro interlocutor, se produce inevitablemente un cambio de tono aunque más no sea que por el hecho de que el emisor se ha trasladado: las palabras del "otro" en nuestros labios suena siempre como algo extranjero, y muy a menudo con una entonación burlona, exagerada, irrisoria... En este sentido, quiero especialmente destacar la repetición cómica o agudamente irónica del verbo que usa nuestro interlocutor al preguntar, en nuestra subsiguiente respuesta. En esta situación puede verse que muchas veces recurrimos no solo a lo gramaticalmente incorrecto, sino aun a construcciones muy audaces, a veces completamente imposibles, con el solo propósito de repetir de algún modo parte del discurso de nuestro interlocutor, dándole un sesgo irónico.[24]

La trama del diálogo naturalmente nos llevó al papel crucial de la entonación en semántica, y a lo inadecuado del análisis gramatical, reducido a los límites de una oración individual, completa y bien construida (como se la suele llamar). El interés en el carácter binario del intercambio verbal implicó la urgente necesidad de considerar unidades sintácticas que fueran más comprensivas o menos comprensivas que una oración individual completa. El problema de la corrección e incorrección en la formación de una oración se mostró en un nuevo aspecto. Las oraciones incompletas, la dependencia del antecedente, y el concepto del enunciado como un todo surgieron como estimulantes desafíos para la investigación sintáctica. Al mismo tiempo, se puso de manifiesto que la sintaxis morfológica era una herramienta pobre para el estudio del enunciado como un todo, de la interdependencia sintáctica de la estructura del enunciado y, en general, de las diversas manifestaciones de la interacción verbal.

23 Leo Spitzer, *Italienische Umgangssprache*, Leipzig, 1922.
24 M. M. Bajtin, "Discourse Typology in Prose", en *Readings in Russian Poetics*, editado por L. Matleyka y K. Pomorska, MIT, Cambridge, 1971, pp. 186-187.

En la investigación lingüística rusa, la importancia teórica de la trama dialogal fue subrayada en términos modernos ya en 1915 por el discípulo de Baudouin de Courtenay, Liev Shchierba en su estudio sobre los dialectos lusatianos del este. Al desarrollar las observaciones de Shchierba acerca de la naturalidad del diálogo y la artificialidad del monólogo, Liev lakubinskiy, eminente teórico de la escuela formalista rusa, dedicó un completo estudio al problema del diálogo, que fue publicado en *Russkaia riech* (Lengua rusa), de Shchierba, en 1923.

Según lakubinskiy, el diálogo proporciona la trama natural para la investigación lingüística sobre la interacción verbal, que él considera uno de los más fundamentales conceptos lingüísticos. El estudio del diálogo implica la necesidad de considerar la comunicación verbal en su marco social. lakubinskiy considera la relación entre los interlocutores que se oponen en el intercambio verbal como la base para una interpretación adecuada de las emisiones en términos semánticos así como para el estudio de las oraciones incompletas y su dependencia de distintos tipos de antecedentes. Las observaciones de lakubinskiy acerca del "discurso por alusiones" revelaron muy claramente las insuficiencias de los procedimientos sintácticos desarrollados originariamente por el solo análisis de oraciones monologales aisladas. Los criterios fonológicos y morfológicos, por elaborados que fueran, mostraron ser puntos de partida inadecuados para el análisis de las consecuencias semánticas de la interacción verbal desplegada en el diálogo.

El estudio de la interacción verbal desvió el foco de atención hacia la crucial importancia de la entonación, o, como lo dice lakubinskiy, "el papel comunicativo de la relación de los sistemas dinámicos, entonacionales y de timbre en la percepción del discurso". A fin de ilustrar la función significativa de la entonación, lakubinskiy cita el famoso pasaje del *Diario de un escritor*, de Dostoievskiy, sobre la "palabra irreproducible" de los borrachos, que de pronto hizo que el escritor se diera cuenta de "que todos los pensamientos, todos los sentimientos, e incluso todo el séquito de razonamientos" puede expresarse por medio de variantes entonacionales de una misma obscenidad. Más tarde, el mismo pasaje de Dostoievskiy fue citado por Voloshinov en su examen del vínculo entre entonación y sentido; echo aún más curioso: también lo usó Liev Vigotskiy en *Mishlieniie i riech* (Pensamiento y Lenguaje), 1934, una significativa contribución rusa a la psicología que recuerda en muchos aspectos no solo el estudio del diálogo de lakubinskiy, sino también la filosofía del lenguaje de Voloshinov.

En términos generales, puede verse que el formalista Liev Iakubinskiy, más que ningún otro investigador del diálogo y del acto de habla, ejerció una importante influencia en la élite intelectual rusa en la década del 20 y comienzos de la del 30, muy poco tiempo antes de que los mecanicistas y reflexólogos marxistas comenzaran a dominar la vida intelectual en la Unión Soviética.

El estudio del diálogo no solo proporcionó un nuevo enfoque de las características estructurales de la emisión sino que, tanto para Voloshinov como para Vigotskiy, se convirtió en una base para iniciarse en los misterios del habla interna y sus relaciones con los pensamientos humanos. "Solo descubriendo las formas de emisiones completas y especialmente las formas del discurso dialogal", afirma Voloshinov, "puede hacerse la luz en las formas del habla interna y en la peculiar lógica de su concatenación." Las observaciones de Liev Vigotskiy manifiestan idéntica actitud mental:

Nuestras experiencias nos convencieron de que el habla interna debe ser contemplada no como habla menos sonido, sino como una función del lenguaje enteramente diferente. Su principal rasgo distintivo es lo peculiar de su sintaxis. Comparada con el habla externa, el habla interna se nos muestra inconexa e incompleta.[25]

Voloshinov llegó a la conclusión de que el habla interna era profundamente diferente de su implementación en enunciados. "Resulta claro desde el vamos", sostiene, "que sin excepción todas las categorías elaboradas por los lingüistas para el análisis de las formas del habla externa (las lexicológicas, las gramaticales, las fonéticas) son inaplicables para el análisis del habla interna, o si son aplicables, solo lo son en versiones completa y radicalmente revisadas." Y Vigotskiy, en obvia coincidencia con Voloshinov, dice:

Todas nuestras observaciones indican que el habla interna es una función autónoma del lenguaje. Podemos confiadamente contemplarla como un plano diferente del pensamiento verbal. Es evidente que la transición del habla interna a la externa no constituye una simple traducción de una a otra. No puede lograrse con la mera vocalización de un habla silenciosa. Se trata de un proceso dinámico complejo, que implica la transformación de la estructura predicativa e idiomática del habla interna, en un habla sintácticamente articulada e inteligible para los demás.[26]

La emisión y el diálogo igualmente tuvieron un lugar fundamental en los análisis semióticos de M. M. Bajtin, quien por cierto susten-

25 Liev Siemionovich Vigotskiy, *Thought and Language*, traducido al inglés por E. Hanfmann y G. Vakar, MIT, Cambridge, 1962, p. 138. (Hay vers. cast.: *Pensamiento y Lenguaje*, Lautaro, Bs. As., 1964, p. 151.)
26 *Ibid.*, p. 160.

taba opiniones sobre la comunicación verbal en común con V. N. Voloshinov, y fue capaz de elaborar algunos de ellos con una admirable lucidez. En su libro sobre el arte verbal de Dostoievski (*Probliemi tvorchiestva Dostoievskogo*, Leningrado, 1929), Bajtin demostró que los diversos tipos de relación de un acto de habla con otro eran de central importancia para la comprensión del arte verbal —particularmente ficción en prosa—. En la introducción a la parte teórica de su obra, Bajtin escribe:

> Un grupo de determinados mecanismos verbales usados en el arte literario atrajo recientemente la atención especial de los investigadores. Dicho grupo comprende la estilización, la parodia, el *skaz* (en su sentido estricto de narración oral de un narrador) y el diálogo. Dejando de lado las fundamentales diferencias entre los mismos, todos estos mecanismos tienen un rasgo en común: en todos ellos el discurso mantiene un doble foco dirigido al objeto referencial del habla, como en cualquier discurso, y simultáneamente, a un segundo contexto del discurso, un segundo acto de habla de otro emisor. Si no tomamos en cuenta este segundo contexto, si interpretamos la estilización o la parodia en la misma forma que lo hacemos con el lenguaje común, focalizado únicamente en su objeto referencial, entonces fracasaremos en la captación de estos mecanismos en lo que realmente son: tomaremos la estilización por estilo directo y la parodia leída como un escrito pobre.[27]

El papel del diálogo, de la interacción verbal, y del discurso de doble orientación siguió siendo un productivo punto de vista para Bajtin, después de muchas décadas de forzado silencio. En su libro *Tvorchiestvo Fransua Rablie* (Rabelais y su mundo)[28] publicado por primera vez en 1965, Bajtin empleó el esquema analítico del diálogo y de la interacción verbal para iluminar la genial creatividad de Rabelais, aun convencido, como lo había estado siempre, de que el análisis del arte verbal ofrecía la mejor oportunidad para ilustrar los aspectos creativos del uso del lenguaje, e implícitamente, las características más fundamentales de la semiótica verbal.

4

Aunque Voloshinov en *El signo ideológico y la filosofía del lenguaje*, se refirió amplísimamente a N. I. Marr y sus ideas sobre el lenguaje y la antropología, disentía al parecer con el dogma de Marr sobre el carácter de clase de la lengua y sobre las relaciones causales entre lengua y lucha de clases. En su libro, Voloshinov sostiene que "la clase no coincide con la comunidad sígnica", que "varias clases distintas han de usar una y la misma

27 *Readings in Russian Poetics*, p. 176.
28 Mijail Bajtin, *Rabelais and His World*, traducción al inglés de H. Iswolski, MIT, Cambridge, 1968.

lengua" y que "la palabra es neutral con referencia a su función ideológica específica". En contraposición, N. I. Marr, al examinar el marxismo y la teoría jafética, en 1930, apodícticamente repite que el lenguaje humano ha sido lenguaje de clase desde su origen mismo, y que no existe lenguaje humano que no sea de clase. Y, en realidad, podemos suponer que la discrepancia entre el marxismo de Marr y el marxismo de Voloshinov pudiera haber sido una de las razones de la caída de Voloshinov.

Los mecanicistas, reflexólogos y marristas que en 1930 obtuvieron el control absoluto sobre todos los aspectos de los estudios humanísticos en la Unión Soviética no se sentían muy halagados por la afirmación de Voloshinov de que la lingüística se mantenía "en una fase de materialismo predialéctico y mecanicista, una de cuyas expresiones es la persistente hegemonía de la causalidad mecanicista en todos los dominios de los estudios ideológicos". Los poderosos guardianes del marxismo oficial no estaban obviamente dispuestos a aceptar con ecuanimidad las palabras de Voloshinov: "La esfera de aplicación de las categorías de causalidad mecánica es extremadamente restringida, y aun dentro de las mismas ciencias de la naturaleza se restringe cada vez más, cuanto con mayor profundidad y amplitud extiende su dominio la dialéctica en los principios básicos de estas ciencias." Al parecer Voloshinov fue impotente para persuadir a sus poderosos oponentes sobre la verdadera naturaleza marxista de su síntesis dialéctica que, como un arco iris, formaba una bóveda sobre la oposición polar entre la lingüística cartesiana y la humboldtiana. Su combinación del concepto binario del signo con el incesante, inmanente flujo del proceso generativo del lenguaje se volvió un concepto sospechoso en principio. El especial énfasis de Voloshinov en el carácter social del signo, en el carácter social de la lengua, en la conciencia individual, y en el carácter social del habla interna y el pensamiento humano en general no le fueron de ninguna utilidad. En la década de 1930, en la Unión Soviética, la naturaleza binaria del sino y el incesante proceso generativo de la creatividad lingüística llegaron a ser tema demasiado peligrosos si se quería sobrevivir.

Aunque los detalles son obscuros y probablemente seguirán en la sombra para siempre, es evidente que Voloshinov no sobrevivió. Desapareció en la década del 30 y, junto con él, *El signo ideológico y la filosofía del lenguaje* así como *El freudismo* fueron condenados a hundirse en el olvido. Los prolegómenos a la semiótica se convirtieron en prolegómenos de una tragedia intelectual. Por décadas, el concepto de signo fue tabú. En la década del 50, cuando se hizo evidente que los avances tecnológicos en el procesa-

miento de datos estaban intrínsecamente vinculados con los logros de la moderna lingüística semiótica, la lógica y el álgebra aplicada, los conservadores guardianes de la "Verdad" marxista aflojaron su garra para permitir que la Unión Soviética se pusiese a la par del Oeste en la aplicación de métodos para el procesamiento de datos en la industrialización, la exploración del universo, y por cierto, en la guerra. Aún en 1959, en un artículo programático publicado por varios autores en la *Izviestiia Akadiemiy Nauk*, U.R.S.S., publicación oficial de la Academia Soviética de Ciencias, el lingüista V. V. Vinogradov abiertamente afirmó que los científicos continuaban siendo aprensivos con respecto a la semiótica.[29] En realidad V. V. Vinogradov fue el primero (o tal vez uno de los primeros) que luego se atrevió a acordar algún crédito a V. N Voloshinov. Hasta hoy las referencias al aporte de Voloshinov han sido escasas. Aun autores que encararon el problema de la semiótica, como por ejemplo lo hizo A. G. Volkov en su *Lengua como sistema de signos (Iazik kak sistiema znakov)*, publicado por la Editorial Universitaria de Moscú en 1966, no tuvo el valor de mencionar el nombre de Voloshinov. Esto en general es cierto también para la mayoría de los estudios recientes sobre semiótica en *Voprosi Filosofiy* (Problemas de Filosofía), periódico oficial de la Academia Soviética de Ciencias. Asimismo, la *Primera Conferencia Internacional sobre el Signo y el Sistema Lingüístico*, que tuvo lugar en Alemania, en 1959, evitó completamente la mención del nombre de Voloshinov, aunque muchos eruditos rusos y muchos semiólogos marxistas y no marxistas tomaron parte en las discusiones. El nombre de Voloshinov fue incluso evitado en la comunicación de V. Zviegintsiev "Hombre y signo" (*Chieloviek i znak)*, publicada en 1967 en el "Festschrift", *To Honor Roman Jakobson*, Mouton, La Haya, aunque V. Zviegintsiev, editor perfectamente informado acerca de los estudios sobre lingüística moderna en la Rusia Soviética, tuvo que estar enterado del honroso reconocimiento de Roman Iakobson con respecto a la contribución de Voloshinov a la semiótica. Así, la visión audaz y penetrante de Valentín Voloshinov ha sido solo a medias rescatada, y *El signo ideológico y la filosofía del lenguaje* es aún un libro discutido, cosa que es en verdad. Es un libro discutido pero, al mismo tiempo, es un libro de observaciones brillantes sobre la principalísima importancia del signo en *la comunicación humana, en la conciencia humana*, y en aquello que hace humanos a los hombres; es un libro sobre el milagro del lenguaje que, siendo un proceso generativo, "solo puede ser captado con la ayuda de otro proceso generativo."

29 Véase R. A. Budagov, V. V. Vinogradov, B. V. Gornung, M. M. Diesnitskaia, y B. A. Sieriebrienikov, "Tieorietichieskiie voprosi iazikoznaniia", *Izviestiia A. N.*, XVII, 1959, p. 216.

Apéndice II

El método formal y el método sociológico (M. M. Bajtin, P. N. Miedviediev, V. N. Voloshinov) en la teoría y el estudio de la literatura en Rusia

I. R. Titunik

Durante la década del veinte, especialmente en el segundo lustro, la atención masiva en el mundo de los estudios literarios en Rusia se centró en lo que se llamó el *método formal o la escuela formalista.* El contingente de brillantes jóvenes estudiosos de la lengua y la literatura a los que luego se conoció comc los formalistas comenzó a trabajar alrededor de 1916, como *Opoiaz,*[1] primitivamente reunidos con el objetivo de establecer una ciencia autónoma de la literatura basada en la "poética concreta", esto es, en las características intrínsecas y específicas del arte verbal. Sin duda alguna, el formalismo fue el movimiento más avanzado científicamente, el más dinámico e influyente en el pensamiento literario ruso de ese tiempo. Mantenerse neutral ante el desafío de la nueva escuela era prácticamente imposible.

La situación que sobrevino alrededor de 1925 distó mucho, sin embargo, de ser un simple ordenamiento de las fuerzas en favor y en contra.

En ese momento, los formalistas ya habían atraído hacia su tarea a huestes de discípulos, partidarios, y compañeros de ruta de diversas clases y grados. Pero entre los nuevos adherentes se hallaban muchos "epígonos" y "eclécticos" cuya actividad intelectual difundió falsas concepciones sobre lo que era la orientación científica del movimiento, y creó rótulos espurios de formalismo

1 *Opoiaz* es el acrónimo de *Obshchiestvo Izuchieniia poetichieskogo iazika* (Sociedad para el estudio de la lengua poética). Era uno de los dos grupos que comprendía el movimiento formalista; el otro grupo, el Círculo Lingüístico de Moscú, dejó de actuar como tal a comienzos de la década del veinte. Un informe detallado sobre la "historia y doctrina" del formalismo ruso, con bibliografía, se brinda en *Russian Formalism*, de V. Erlich, La Haya, 1955. La antología *Readings in Russian Poetics (Formalist and Structuralist Views)* [que citaremos en adelante como *Readings*], compilada por L. Matieyka y K. Pomorska, MIT, Cambridge, 1971, ofrece traducciones inglesas de muchos de los más importantes estudios formalistas de teoría y análisis literario. El libro incluye también ensayos de los editores sobre formalismo ruso.

que los "opoiazistas", aunque reiterada y abiertamente críticos, tuvieron dificultad en superar.[2]

Del otro lado estaban los numerosos oponentes al movimiento, no menos mezclados en carácter. Algunos de ellos eran enemigos irreductibles que, fuera de desacreditar y demoler al formalismo a toda costa, no vacilaron en ensalzar a través de sus argumentos contrarios, al "formalismo" defendido por los nuevos entusiastas descarriados del movimiento. A la vez, hubo muchos otros críticos del formalismo que, si bien se manifestaban en desacuerdo con los principios fundamentales, revelaban admiración por ciertos aspectos del trabajo de los formalistas, y aun una voluntad de llegar a cierto acuerdo con ellos. En ambas variantes de oponentes, había marxistas de distintas posiciones.

Cuando finalizaba la década del 20 y comenzaba la del treinta, el movimiento formalista y la controversia en la que se hallaba envuelto fue sufriendo cada vez más los efectos de los cambios que se estaban produciendo en la vida política y gubernamental de la Unión Soviética. El interés por las discusiones, por los debates libremente desarrollados y las polémicas, eran poco a poco suplantados por las exigencias dogmáticas. En forma creciente, el formalismo llegó a ser visto como una "herejía"; pero los más siniestros resultados de esta tendencia solo un tiempo después se convertirían en la realidad de la vida soviética. Mientras tanto, aunque la lealtad a la posición llevada al rango de dogma fuera el requisito previo, aún era posible disputar con el formalismo en términos racionales. Durante este período —los últimos años de la década del veinte y primeros de la del treinta— un grupo de jóvenes que se reconocían como marxistas (cuyo marxismo empero consistía en poner a prueba cosas distintas de las aceptadas, y que iban a sufrir lamentables consecuencias a pesar, o mejor, debido a su marxismo) estaban desarrollando investigaciones sobre teoría lingüística y literatura. Al parecer era M. M. Bajtin el más importante de este grupo; entre sus miembros se hallaban P. N. Miedviediev y V. N. Voloshinov.[3]

2 Véase B. Eyjlenbaum, "The Theory of the Formal Method", en *Readings*, pp. 5 y 18.
3 Solo en fecha bastante reciente la existencia misma de este grupo se volvió materia de información pública. Menciones breves de un "grupo", "círculo", "escuela" de Bajtin, aparecieron en dos libros de A. A. Lieontiev (*Psijolingvistika*, Leningrado, 1967, pp. 86-88; y *Iazik, riech, riechievaia dieiatelnost*, Moscú, 1969, p. 79). Resulta muy curioso que todas las citas que presentan el punto de vista de Bajtin en los libros de Lieontiev pertenecen al libro de Voloshinov sobre la filosofía del lenguaje. Hasta ahora, la más completa relación sobre el grupo Bajtin es en informe de una reunión llevada a cabo en la Universidad de Moscú en homenaje al 75º aniversario del nacimiento de M. M. Bajtin, y publicado en *Voprosi iazikoznaniia*, 2, 1971, pp. 160-162. El informe resume el contenido de cuatro conferencias pronunciadas en la reunión. Incluida en las observaciones del segundo orador se halla la siguiente definición del grupo de Bajtin: "Quienes rodeaban a M. M. Bajtin de cerca eran sus alumnos, discípulos y colaboradores, V. N. Voloshinov, los investi-

Lo que exactamente fue la relación del grupo de Bajtin con los formalistas es una cuestión que no admite fácil respuesta, y que tal vez nunca sea del todo resuelta, en cuanto a la situación real, histórica. Para decir verdad, los tres nombrados, en un grado u otro, enuncian posiciones antiformalistas y significativamente lo hacen en tanto irreductibles oponentes marxistas del formalismo. A la vez pueden esgrimirse argumentos perfectamente defendibles en otro sentido: que el grupo de Bajtin y los formalistas compartían cierto número de cruciales intereses en común; que las teorías formalistas nutrieron y estimularon el pensamiento del grupo Bajtin —y no solo por reacción—; que en algunos aspectos, específica y concretamente en el dominio de la poética, el grupo Bajtin empleaba conceptos muy próximos de los que estaban aún siendo formulados, calificados y desarrollados luego por el método formal a medida que evolucionaba; finalmente, que ambas líneas estaban destinadas a converger, y en efecto convergieron, pero solo en otro lado y bajo diferentes auspicios, en el estructuralismo de la Escuela de Praga, y especialmente en la obra de Ian Mukarovski.

Sin embargo, la conclusión de que el grupo Bajtin fuera realmente formalista o neoformalista, y que trabajara bajo una carátula de marxismo y antiformalismo a fin de sobrevivir profesionalmente, no solo sería una exageración y distorsión de los hechos, sino que también obscurecería lo fundamental del problema. Lo que el grupo Bajtin claramente quería era un nuevo punto de partida sobre nuevas premisas: las premisas de una semiología marxista, o como ellos lo denominaron, un estudio marxista de las ideologías (*nauka ob idielogiiaj*). En su opinión solo sobre la base de un estudio semejante y dentro de su contexto comprensivo podría construirse una teoría apropiada y un estudio de la literatura. En contradicción con el método formal, declararon que su método era el *método sociológico.* Admitir la superposición y el paralelismo de ambos métodos ni era oportuno en esas circunstancias, ni venía realmente al caso. Lo que venía al caso era la *contradicción*: contradicción en la perspectiva y orientación básicas, con todas las consecuencias que de allí resultaran. Así surgió la utilidad y la necesidad de oponerse al formalismo, no como un intento de destruirlo sino de usarlo para fijar perspectivas en las que las premisas "verdaderas" pudieran mostrarse en contradicción concreta con las "equivocadas".

Esta tarea —específicamente el alumbramiento de una teoría y estudio marxistas de la literatura a través del análisis crítico del

---

gadores de la literatura P. N. Miedviediev y L. V. Pumpianskiy, el hinduista M. I. Tubianskiy, el biólogo I. I. Kanaiev, el escritor K. Vaginov, el musicólogo I. I. Solliertinsgiy". También se examina brevemente aquí la relación de Bajtin con la *Opolaz.*

formalismo— fue llevada adelante por P. N. Miedviediev. En 1928, produjo un estudio con el título de *Formallniy mietod v litieraturoviedieniy* (El método formal en la investigación literaria), sintomáticamente subtitulado *Krititsieskoie vviedieniie v sotsiologichieskuiu poetiku* .(Introducción crítica a la poética sociológica).[4] El libro fue publicado por el Instituto de Historia Comparada de Lenguas y Literaturas Occidentales y Orientales en su colección "Problemas de Metodología y Teoría del Lenguaje y la Literatura", la misma colección en la que, al año siguiente, apareció *El signo ideológico y la filosofía del lenguaje,* de V. N. Voloshinov. Ambos libros se complementan significativamente entre sí, comparten una total identidad de supuestos y perspectivas, conceptos y terminología, y aun coinciden estrechamente en el tratamiento verbal del tema en cierto número de pasajes. La naturaleza y el planteo del problema con el formalismo fue, por cierto, del todo distinto. Para Voloshinov, la crítica a las bases epistemológicas del formalismo en general, movimiento que él denominaba "objetivismo abstracto", comprendía parte de un doble análisis crítico a partir del cual se vislumbraba la configuración de una nueva concepción marxista del lenguaje como medio por excelencia de creatividad ideológica. En el caso de Miedviediev, el método formalista ruso constituía la materia prima cuyo tratamiento debería servir al propósito de delinear, por análisis contrastivo, una poética sociológica marxista, concebida —en total acuerdo con Voloshinov—, como una de las ramas de ese amplio, comprensivo "estudio de ideologías. . . que abarca, sobre la base de una unidad de principios en la concepción del objeto de estudio y de una unidad de métodos de estudio, todos los dominios de la creatividad ideológica de la humanidad (pág. 11)".

El problema clave, tanto en el estudio general de las ideologías como en el estudio particular de la literatura, era lo que Miedviediev llamaba el "problema de la especificación". Tal como él lo entendía, las bases mismas para el estudio de las ideologías y de todas su ramas se hallaban ya firmemente arraigadas en la unitaria, monista filosofía del marxismo, que proveyó todos los dominios del sentido definitivo de la ideología, su función y relación en la sociedad humana y en la historia, y de aquí que tales bases

4 Aparentemente, este estudio no cayó muy bien a las autoridades. En 1934 se publicó una nueva versión bajo el nuevo título, *Formalizm I Formalisti* [El Formalismo y los Formalistas]. Se trata esencialmente del mismo estudio, pero intercaladas, en un estilo virulento, abiertas condenas al formalismo. Ello no salvó empero a Miedviediev de ser, como lo dice la *Kratkaia litieraturnaia entsiklopiediia* [Enciclopedia Literaria Concisa], (vol. 4, Moscú, 1967, p. 723) "reprimido (ilegalmente" poco después. Hemos tomado todas las citas para este ensayo de la edición de 1928. Por razones de conveniencia, las páginas que se refieren a dicha edición aparecen, luego de las citas, entre corchetes.

no constituyeran problema. El problema residía, en cambio, en las propiedades específicas de cada uno de los dominios, en la elucidación de lo distintivo entre unos y otros. La urgencia de este problema se evidenciaba en el hecho de que se había producido una peligrosa disyunción entre la teoría holística (marxista) y el análisis concreto y, como resultado, todo objeto que se investigara inevitablemente o quedaba despojado de su especificidad o su especificidad quedaba aislada de todos sus vínculos sociales y tratada como un valor en sí. Precisamente, Miedviediev buscaba una salida para este dilema:

Lo que está faltando es un estudio sociológico, que resuelva las propiedades específicas de los materiales, formas y objetivos correspondientes a cada uno de los dominios de la creatividad ideológica.

Cada uno de ellos, después de todo, gobierna su propio "lenguaje", con sus propias formas y operaciones, y sus propias leyes específicas que refractan la realidad unitaria de la existencia. Esta especificidad del arte, ciencia, ética y religión no debe por cierto obscurecer su unidad ideológica en tanto superestructuras de una base única y común, inspirada cada una de ellas en una coherencia socioeconómica unitaria; pero su especificidad no debe desaparecer en aras de una formulación general de dicha coherencia.

En el campo de los estudios literarios, el problema de la especificación se convirtió en el punto vital de la contradicción entre el método formal y el método sociológico, precisamente porque aquí se estaban confrontando diferentes grupos de premisas con idénticos propósitos. Los formalistas, que como lo reconoce el mismo Miedviediev, habían "hecho progresos precisamente como especificadores" y "logrado éxito al dotar al problema concerniente a la especificación en la ciencia literaria de una gran agudeza y sustentación teórica (pág. 54)", representaban un desafío que el método sociológico marxista no podía ignorar ni dejar de lado. Los logros y/o aserciones de los formalistas en materia de "especificación" habían creado un campo de vitales y productivas contradiciones en uno y el mismo objeto, un campo que proporcionaba a los marxistas el terreno de prueba para sus propias concepciones:

El estudio marxista de la literatura entra en contacto con el método formalista, y en conflicto con él, en el campo del principalísimo y más urgente problema común a ambos: el problema de la especificación. Por lo tanto, la crítica del formalismo puede y debe ser "inmanente" en el mejor sentido de la palabra. Debe examinarse cada argumento de los formalistas y probarse que es falso en su mismo y propio campo —el campo de las características distintivas del hecho literario—. El objeto mismo de estudio —la literatura en toda su singularidad— debe abrogar y liberarse de las definiciones formalistas en tanto definiciones inadecuadas para él y su singularidad.

Como lo afirma Miedviediev en las palabras finales de su estudio (un extraordinario y valiente aparte en tales circunstancias):

Creemos que la ciencia marxista debe estar agradecida a los formalistas agradecida porque la teoría de los formalistas puede ser provechosa como objeto de crítica seria en cuyo proceso las bases para la investigación literaria marxista han de elucidarse y manifestar su superioridad.

Toda ciencia nueva —y la de investigación literaria marxista es muy nueva— debe apreciar mucho más un buen enemigo que un pobre aliado (p. 232).

Lo que, en la perspectiva marxista de Miedviediev y Voloshinov, permitió el estudio objetivo de la literatura y lo que hizo que este estudio fuera necesariamente sociológico, fue, por cierto, la inalienable *cualidad social* de la literatura. Esta cualidad social fue afirmada para toda la creatividad ideológica. Como lo asevera Voloshinov, todo lo ideológico es semiótico, y todo signo, *en tanto signo*, es un fenómeno social. Fue precisamente la cualidad social de todos los productos ideológicos lo que no supieron captar otros enfoques y métodos —positivista, formalista, subjetivo-psicológico, idealista—, por falta de instrumentos, con el resultado de que inevitablemente fracasaron en la representación y en la reconstrucción de sus objetos de estudio.

Al mismo tiempo, sin embargo, la naturaleza social de la literatura se prestaba a una interpretación errónea aun desde un punto de vista sociológico. Es decir, la literatura podía verse meramente en función de contenidos y relaciones sociales, como un reflejo directo de la vida social o como un agente que registra los efectos de otros sistemas ideológicos. Y tal en efecto ha sido el punto de vista y la práctica de la crítica literaria y la investigación con "inquietudes sociales" en Rusia desde mediados del siglo XIX. La consecuencia de este género de "sociología literaria" fue una ingenua identificación de la literatura con la "vida real" y una completa pérdida de contacto con las propiedades específicas y distintivas de la literatura misma. Aun bajo el marxismo, esta noción sobrevivió en la doctrina de que la literatura deriva directamente de bases socioeconómicas.[5]

La literatura, sostenía Miedviediev, no solo participa del proceso social, sino que es en y por sí misma una entidad social:

La literatura ingresa en el ambiente de la actividad ideológica como una de sus ramas autónomas, ocupando allí un lugar especial como un conjunto de producciones verbales organizadas de modo diferenciado con una estructura de

5 Véase la crítica de Voloshinov a esta doctrina, en la página 30 de este libro.

tipo específico y peculiar a estas particulares producciones. Tal estructura, como cualquier otra estructura ideológica, refracta el proceso generativo de la existencia socioeconómica, y lo hace en su propio y especial modo... En su contenido, la literatura refleja su esfera ideológica, es decir, formaciones ideológicas diversas, no artísticas (éticas, cognitivas, etc.). Pero al reflejar estos otros signos, la literatura misma crea nuevas formas, nuevos signos de comunicación ideológica; y estos signos —obras de literatura— pasan a ser una parte funcional de la realidad social circundante. Al propio tiempo, al reflejar algo ajeno a sí mismas, las obras de literatura constituyen en y por sí mismas fenómenos del ambiente ideológico, de valor autónomo y carácter distintivo. Su funcionalidad no se limita meramente al papel técnico auxiliar de reflejar otras ideologías. Poseen un rol ideológico autónomo y un tipo de refracción absolutamente propio de la existencia socioeconómica (pp. 27-29).

Lo que esencialmente Miedviediev propone es un elaborado y dinámico "sistema de sistemas" (tomando en préstamo un término de un contexto que se discutirá más adelante) en el que cada dominio ideológico es un sistema autónomo de tipo especial en una compleja (mediatizada) interrelación e interacción con todos los demás sistemas y en una igualmente compleja dependencia última de una "común base socioeconómica". La literatura debe considerarse simplemente un miembro-sistema. Está compuesto de obras de literatura —producciones ideológicas con una estructura peculiar y distintiva para ellas mismas—, que operan en el ambiente inmediato de la cultura literaria en una fase particular del desarrollo (proceso generativo) de una determinada literatura, cuyo ambiente es solo uno de una atmósfera global de ambientes por así decirlo, gobernada por la base socio-económica unitaria, igualmente en proceso de generación que "sabe hablar el lenguaje de la literatura tal como sabe hablar todos los demás lenguajes ideológicos (pág. 43)". Así este "sistema de sistemas" es penetrado una y otra vez por la cualidad social, y todo él, desde los más pequeños detalles técnicos hasta los más elaborados nexos de interrelaciones, cae dentro de la competencia de la investigación sociológica.

Lo que se necesita para construir una verdadera ciencia de la literatura es, según Miedviediev, una *poética sociológica* cuya preocupación ha de ser precisamente el problema de la especificación en literatura, hallar la solución a interrogantes como:

¿Qué es una obra literaria y cuál es su estructura? ¿Cuáles son los elementos de dicha estructura y cuáles las funciones artísticas de estos elementos? ¿Qué son género, estilo, plan, asunto, motivo, héroe, metro, ritmo, melodía, etcétera? ¿Cómo se refleja la esfera ideológica en el contenido de una obra y qué funciones caben a este reflejo en la totalidad de la estructura artística global? (p. 45).

Y a la par de la poética sociológica, en realidad en necesaria de-

pendencia y relación dialéctica con ella, una historia sociológica de la literatura que estudie:

la vida concreta de una obra de arte en la unidad del ambiente literario en evolución; el ambiente literario dentro del proceso generativo del ambiente ideológico que lo abarca; y, finalmente, el ambiente ideológico en el proceso de generación del ambiente socioeconómico por el cual está penetrado (p. 42).

Tal es el esquema general presentado por Miedviediev para la construcción de una teoría e investigación de la literatura.

Naturalmente, la contradicción entre los puntos de vista formalista y sociológico tenía que expresarse en términos categóricos. No había lugar a compromiso en la posición de Miedviediev. Las premisas formalistas podían ser verdaderas o falsas, y todo lo demás dependía de las premisas. Aunque los formalistas mismos jamás propusieron una "teoría de escuela" unificada y en realidad evitaban deliberadamente el hacerlo, debía postularse para ellos alguna posición fundamental, y no solo postularse sino fijarse y "galvanizarse".[6] Se afirmó que la posición formalista consistía básicamente en sostener que la literatura era un fenómeno extrasocial, o más bien, que lo que constituía lo "literario" de la literatura —su especificidad—, era algo válido por sí mismo, autónomo y con capacidad de perpetuarse de por sí que debía y tenía que ser aislado del medio social en el cual existía, a fin de ser convertido en objeto de conocimiento; que mientras las fuerzas sociales y los hechos podían, y efectivamente lo hacían, a veces incluso drásticamente, afectar a la literatura *desde afuera*, la naturaleza real, intrínseca de la literatura se mantenía inmune, exclusivamente y por siempre fiel solo a sí misma; que, por lo tanto, un adecuado y provechoso estudio de la literatura solo era posible en términos de "inmanencia". Se sostuvo que esto era la base —desde luego— para un programa de especificación literaria, pero una base que hipostasiaba el problema contrastando y pugnando por ello con la perspectiva del método sociológico sobre el mismo problema:

Las corrientes especificatorias de nuestros formalistas son diametralmente opuestas a las corrientes marxistas. Las formalistas consideran que la espe-

6 El problema residía en que el método formal no era, hablando propiamente, una "metodología" o una "doctrina", como convincentemente lo explica B. Eyjienbaum en "La teoría del método formal". A fin de que la doctrina sociológica marxista pudiera oponerse a la "doctrina" formalista, ésta debía formularse como tal. Para tal fin, Miedviediev no dudó en construir hipótesis de trabajo formalistas como principios invariables, y centros de atención formalistas como juicios de valor. Así la historia del método formal fue encarada no en términos de evolución como Eyjienbaum insistía en que se hiciese, sino como el sistemático cumplimiento de un programa preconcebido. Todo lo que en los escritos formalistas no fuera consistente con este "programa" se consideraba como evidencia de "violación" de su propia doctrina de parte de uno u otro formalista. El cuadro del método formal logrado mediante este procedimiento no refleja la vía que realmente siguieron los formalistas. Tenían, es cierto, una teoría general; solo que era una teoría general (plagiando una frase) en continuo proceso de generación.

cificación debe consistir en aislar un dominio ideológico particular y separarlo de todas las demás fuerzas y energías de la vida ideológica y social. Ven la especificidad, la singularidad, como una fuerza estática en sí misma, hostil a todo lo demás; es decir, conciben la singularidad en términos no dialécticos, y de allí que sean incapaces de incorporarla al proceso vital de la interacción tal como se da en la unidad concreta de la vida histórico-social (p. 54).

Esta era, tal como lo presenta Miedviediev, la naturaleza de la contradicción esencial entre los supuestos básicos del método formal y los del método sociológico. Las implicaciones y consecuencias del supuesto básico de los formalistas se hallaban ya concretamente representadas por un conjunto elaborado de teorías y análisis producidos durante un período de alrededor de doce años, y que cubrían virtualmente todos los temas dentro del dominio de la poética. De someter tales teorías y análisis a la crítica desde el punto de vista sociológico, quizá fuera posible refutar la interpretación formalista de dichos temas, y a la vez elaborar laboriosamente su interpretación sociológica es decir, construir una poética sociológica. Y fue exactamente esta la tarea que Miedviediev intentó llevar a cabo a través de largos, complejos, detallados y analíticos argumentos. Resumir tales argumentos en igual forma sería una tarea formidable en sí y una carga mucho mayor de lo que este ensayo puede afrontar. A riesgo de privar al debate de gran parte de su sustancia real, se centrará la atención aquí solo en algunos de sus aspectos, que se relacionan con los conceptos avanzados por V. N. Voloshinov en *El signo ideológico y la filosofía del lenguaje*, y que pueden identificarse con los términos de "enunciado", "forma global" y "proceso generativo".

Los formalistas, dice Miedviediev, aunque acertados al querer revelar la especificidad de la literatura, cometen un error fundamental en el comienzo de sus investigaciones al buscar tal especificidad en la noción de "lengua poética". (En adelante salvo indicación contraria, este resumen refleja el punto de vista de Miedviediev.) El error provenía de la vinculación de los formalistas con la lingüística y sus categorías (fonética, morfología, sintaxis), y de su adhesión a la tendencia de los lingüistas a divorciar forma y sentido, apropiándose de la primera como su verdadero objeto de estudio y relegando el último a otras disciplinas. El hecho en cambio, es que no existe algo que pueda llamarse lengua poética ni en el sentido dialectológico ni como resultado de la oposición, postulada por los formalistas, entre "lengua poética" y "lengua práctica". No es posible afirmar que haya una división entre lengua poética y no poética, pero sí decir que la lengua puede cumplir diferentes *funciones*, la poética entre ellas. Lo que determina la función poética del lenguaje es el contexto poético, las obras literarias:

"La lengua adquiere propiedades poéticas solo en construcciones poéticas concretas. Estas propiedades no pertenecen a la lengua en su capacidad lingüística sino precisamente a la construcción, cualquiera que sea su tipo (p. 117)."

De allí que el punto de partida adecuado para la investigación de la especificidad de la literatura no es la lengua poética (una ficción en todo caso) sino el contexto poético, la construcción poética, las obras literarias de arte mismas.

Una vez sentada esta premisa, el aparato lingüístico integro que los formalistas aplicaban a su estudio de la literatura muestra su irrelevancia. Las unidades del análisis lingüístico (fonema, morfema, sintagma) no pueden ser, y no son, los componentes verbales básicos de las construcciones poéticas, sino que dichos componentes deben ser, y son, las unidades reales del discurso, los enunciados. La obra literaria es un tipo especial de enunciado global, u organización de enunciados. Y puesto que el enunciado por su naturaleza misma es ideológico, el problema del sentido, en lugar de ser relegado pasa a ser un factor central de la construcción poética; y se hace necesaria una concepción totalmente diferente de la construcción poética que la sostenida por los formalistas.

El enfoque apropiado del problema de la construcción poética no reside en la definición de su exclusividad (es decir, en función de lo poético versus lo ideológico), sino en el descubrimiento de su integración:

de aquel elemento en una obra poética que podría integrarse con la realidad material de la palabra y con el significado de la misma, el cual, como un instrumento, uniría lo profundo y lo común del sentido con la realidad dada del sonido emitido, [haciendo así] posible la transición coherente y consistente de la periferia de una obra a su sentido interno, de la forma externa a la significación ideológica interna (p. 162).

Y ese instrumento es la "evaluación social", el código común asumido e históricamente generado que define la mentalidad y perspectivas, la elección, rango y jerarquía de intereses esto es, la esfera ideológica—, de un grupo social dado en un momento particular de su existencia. La evaluación social es la mediadora entre la forma y la realización; la evaluación social dota a cada acto particular de habla —a cada una y a todas las emisiones—, de su sentido real, aquí y ahora, "definiendo su fisonomía individual, de clase y de época (p. 165)".

El carácter especial de la emisión poética consiste en el hecho de que mientras que las emisiones en todos los demás dominios ideológicos se organizan con propósitos exteriores a la expresión ver-

bal, en la literatura "la evaluación social se realiza totalmente y logra su estructura final en la emisión misma ... La entidad de la emisión no está puesta aquí para servir a ninguna otra entidad. La evaluación social aquí se moldea y estructura completamente en la pura expresión (p. 172)".

De esta base emerge el problema de la "forma global", en que el concepto de género tiene cardinal importancia. Los formalistas llegaron al problema del género solo después de haber elaborado los componentes de la construcción literaria en el campo de la lengua poética y sin referencia a noción alguna de género. Inevitablemente, interpretaron el género como una unión mecánica de recursos —un conjunto establecido de recursos con algún dominante especial—. Así los formalistas equivocaron enteramente la significación real del género.

El género no es algo que esté determinado y definido por los componentes de una obra literaria o por coleciones de obras literarias, sino algo que efectivamente determina y define a estos. El género es "una forma arquetípica de una emisión global de una obra. Una obra realmente existe solo en forma de un género determinado. El valor construccional de cada uno y de todos los elementos de una obra no puede entenderse sino solo en conexión con un género (p. 175)".

Es el género lo que da forma y sentido a una obra literaria como entidad total, y a todos los elementos comprendidos en dicha entidad. Género es el área en la que construcción y asunto se encuentran y se funden juntos, el área precisamente en la que la evaluación social genera formas de esa estructuración acabada (*zaviershlenile, zaviershimosch*) que constituye la verdadera *differentia specifica* del arte.

Los géneros son definibles en función de combinaciones especificas de rasgos provenientes de la doble orientación en la vida, en la realidad que cada tipo de "forma global" artística gobierna una orientación a la vez desde afuera hacia adentro y desde adentro hacia afuera. Lo que está en juego en primera instancia es la situación real de una obra como hecho social: su definición en el tiempo y el espacio reales; sus medios y modo de realización; el tipo de público presupuesto y la relación establecida entre autor y público; su vinculación con las instituciones sociales, con los hábitos sociales y con las demás esferas ideológicas; en una palabra: su definición "situacional" total.

Por otra parte, está implicada la orientación temática de la obra, su unidad temática. Cada género tiene capacidad para tratar solo

ciertos spectos de la realidad; a cada uno corresponden ciertos principios de selección, ciertas maneras de visualizar y conceptualizar la realidad; cada uno opera dentro de una determinada escala de profundidad y línea de tratamiento. Estos dos tipos de orientación están inseparablemente vinculados y son interdependientes. Tal concepto de género ofrece un principio dinámico, creativo, para la interpretación e integración de todos los componentes de la construcción, incluyendo todos aquellos componentes que los formalistas esbozaron en sus estudios, pero privándolos de todo sentido de contenido y reduciéndolos a entidades prefabricadas con funciones fijas solo hábiles para operar a través de un conjunto convencional de reglas, y así haciendo literatura, en realidad, de modo absolutamente similar a una partida de ajedrez.

La doctrina formalista sobre la evolución literaria, sobre la historia literaria, adolecía del mismo defecto que su teoría del género; en realidad, tal defecto residía en su concepción misma de la literatura y se manifestaba en todos los niveles de análisis. Así las fases en la formación de su doctrina sobre la historia literaria podría resumirse del modo siguiente: sobre la base de la investigación de la lengua poética los formalistas llegaron a la noción del artificio como componente básico de la literatura; las obras literarias se definían como conjuntos de artificios; tipos específicos de tales conjuntos definían a los géneros literarios, las escuelas los movimientos; y la historia de la literatura entonces era la historia del montaje, desmontaje y remontaje de artificios (¡los mismos artificios!)

Para explicar cómo fue efectuándose este proceso de cambio histórico, los formalistas tuvieron que sustentar sus principios de "automatización" y de "perceptibilidad". Estos principios, no obstante la expresa intención de los formalistas de estudiar la literatura como una "entidad externa a la conciencia", importaban en cambio una especie de abierta noción tecnopsicológica de la percepción artística. En lugar de prescindir de la conciencia subjetiva, los formalistas idearon una teoría que presuponía una conciencia subjetiva que "siente" el efecto artístico y la pérdida de tal efecto. Además, por necesidad, este "sentimiento" se da dentro de los confines de una conciencia individual o, en el mejor de los casos, en la conciencia individual de una misma generación de personas, porque "no puede haber absolutamente ninguna conexión entre las automatización y la perceptibilidad asignadas a dos individuos que se suceden en el tiempo, así como no puede existir conexión entre la náusea de un hombre y la gula del otro (p. 203)". *Por añadidura, el esquema formalista de la evolución literaria,*

surgido de estos principios y representado por ellos como un proceso dialéctico, no importaba otra cosa que el juego de dos fuerzas que se alternan, como líneas "posterior" y "anterior"; y que han de seguir haciéndolo *ad infinitum*. Así los formalistas no se libraban del psicologismo sino de la historia y de la ideología.

La solución real, objetiva al problema de la historia literaria reside en concebir la literatura tal como efectivamente es en su existencia real, un proceso generativo y dinámico de un tipo especial dentro del proceso dinámico generativo de la interacción o comunicación social. Es decir, la solución del problema de la historia literaria debe buscarse en la "dialéctica" entre lo "intrínseco" y lo "extrínseco":

El proceso generativo de la comunicación social condiciona todos los aspectos de la literatura y cada obra literaria en particular con respecto a su creación y recepción. Por otra parte, el proceso generativo de la comunicación también está condicionado por el proceso generativo de la literatura, que es uno de sus factores. En el proceso generativo, no se trata en absoluto de combinaciones de elementos de una obra que cambia mientras los elementos permanecen idénticos, sino de elementos cambiantes en sí mismos, y de sus combinaciones que igualmente cambian como totalidad: se trata del cambio de la configuración global.

La generación de la literatura y de una obra individual solo se puede comprender dentro de la trama global de la esfera ideológica. Cuanto más separamos una obra de ese contexto, más ciertos estamos de hallar una obra inerte y sin vida en sí misma.

La esfera ideológica, como sabemos, está en incesante proceso de generación Y tal proceso de generación, como cualquier otro proceso, es dialéctico por naturaleza. Por eso, en cualquier momento dado de dicho proceso, descubriremos conflictos y contradicciones internas dentro de la esfera ideológica. La obra literaria de arte también es arrastrada hacia estos conflictos y contradicciones. Ella absorbe y asimila como intrínsecos ciertos elementos del ambiente ideológico, rechazando otros elementos como extrínsecos. Y de allí que lo "intrínseco" y lo "extrínseco" dialécticamente cambian de lugar en el proceso de la historia sin mantenerse por ello, es obvio decirlo, absolutamente idénticos todo el tiempo. Lo que hoy se muestra como un hecho extrínseco a la literatura —un pedazo de la realidad extraliteraria—, puede mañana integrar la literatura como uno de sus factores estructurales intrínsecos. Y a la inversa, lo que fue hoy literario puede convertirse en un pedazo de la realidad extraliteraria mañana (p. 206). (...) La concepción dialéctica de lo "extrínseco" y lo "intrínseco" en la literatura y en la realidad extraliteraria (ideología u otras) es la *conditio sine qua non* para la construcción de una historia de la literatura genuinamente marxista (p. 208).

Esta, es, en términos generales y solo referidos a algunos de los puntos principales, la posición de Mediedviediev. En sus propios términos y de acuerdo con sus propios objetivos, declara la irreconciliabilidad terminante y absoluta entre el método formal y el

sociológico. Sin embargo, desde otro ángulo, esta conclusión no prueba enteramente que así sea el caso.

Para comenzar, los formalistas realmente jamás negaron que la literatura fuera un hecho social, aunque, por cierto, insistieron en que era un hecho social *sui generis*,[7] con una especificidad y coherencia peculiar, posición idéntica a la de la poética sociológica de Miedviediev. No obstante, lo que al comienzo les interesó a los formalistas no fue el problema de la literatura en sus dimensiones sociales totales. Su motivación inicial fue desviar la atención, a partir de lo que había constituido la preocupación fundamental de los estudios literarios —las causas y efectos de la literatura, sus creadores, sus vinculaciones sociales y sus funciones, su significación filosófica o metafísica— hacia aquellos temas silenciados, minimizados o totalmente descuidados, a saber, el objeto propio y real de estudio, la materia literaria en sí. Los formalistas trabajaban —como lo dice Boris Eyjienbaum en su lúcido resumen del método formal, en 1925—, con "principios teóricos surgidos del estudio de la materia concreta, con sus específicas características" y se adherían a aquellas principios "hasta el límite en que esa materia sirve de prueba. Si ella exige mayor elaboración o cambio, continuamos elaborando o alterando dichos principios".[8]

No se trataba de llegar a una doctrina, ni aun a una "metodología", sino de lograr un proceso de estudio capaz de ser descrito a partir del comienzo mediante hipótesis de trabajo y procediendo paso a paso —un proceso en el cual cada paso sucesivo requeriría calificar y revaluar los precedentes, a medida que el contexto de estudio se volviera constantemente más complejo y comprensivo. En esto precisamente consistía el "factor de evolución" en el método formal, que Eyjienbaum justamente subrayó una y otra vez.

En contraste, el método sociológico de Miedviediev puede ser descrito como un proceso que comienza por el final, proceso que requiere una teoría general predeterminada que ubica de antemano todas las cosas en su lugar respectivo y cuyo modo de operar global y rector debe inevitablemente ser el *eclecticismo*. Y Miedviediev, en realidad, abierta y explícitamente declara que el eclecticismo es el *camino* para el marxista, y que el marxismo

7 Véase "The Theory of the Formal Method", *Readings*, p. 33. Hecho bastante singular, la separación más extrema y explícita entre literatura y sociedad fue obra del marxista de la escuela literaria sociológica P. N. Sakulin, debido a una algo errónea admiración por los puntos de vista formalistas. Véase Miedviediev, *Formalinii Mietod*, pp. 48-50.
8 "The Theory of The Formal Method", pp. 3-4.

garantiza por sí mismo el éxito (pág. 42). Los formalistas eran muchísimo más prudenetes al respecto; trabajaron suponiendo, para citar otra vez a Eyjienbaum, "que hay una diferencia entre teoría y convicción".[9]

Así la contradicción entre poética sociológica y formalismo ha de establecerse en términos algo diferentes, que no excluyen una conexión entre ambos: mientras la poética sociológica, en la concepción de Miedviediev, ha de implementar la naturaleza social (según la determinan los conceptos marxistas) del hecho literario desde el comienzo mismo de la investigación y en todos los niveles de análisis, el formalismo sotenía que el hecho literario dedía primeramente estudiarse *como tal* antes de que su naturaleza social total pudiera captarse adecuadamente. Desde este punto de vista, puede decirse que la evolución del método formal en realidad fue elaborándose a través del problema de la especificación hacia, no tal vez la poética sociológica estrictamente hablando, pero sí ciertamente una concepción de la literatura en su relación dinámica con la vida social.

En 1928, Roman Iakobson y Iuriy Tinianov, sin duda los dos más profundos pensadores vinculados al movimiento formalista, presentaron una serie de "tesis" con el título de "Probliemi izuchieniia i litieraturi i iazika" (Problemas en el estudio de la Literatura y la Lengua) que analizaban un programa llamativamente similar en aspectos cruciales al de Miedviediev, pero sin compromiso con los presupuestos marxistas. Tales "tesis" no representaban, por cierto, las propuestas iniciales ni lo ya realizado por los formalistas, sino lo que, ante nuevas exigencias y replanteos, se estaba llevando a cabo. Con el fin de demostrar las coincidencias entre la poética sociológica de Miedviediev y la etapa alcanzada en 1928 por el método formalista, nos tomaremos la libertad aquí de enhebrar un conjunto de extractos del documento compuesto por Iakobson y Tinianov:

La historia de la literatura (. . .), siendo simultánea de otras secuencias históricas, se caracteriza como todas estas secuencias, por un intrincado complejo de leyes estructurales específicas. Sin la elucidación de estas leyes, es imposible establecer de un modo científico la correlación entre las secuencias literarias y otras secuencias históricas (. . .).

La materia literaria y extraliteraria que se usa en la literatura puede entrar en la órbita de la investigación científica solo cuando se la considera desde un punto de vista funcional (. . .). La oposición entre sincronía y diacronía fue una

9 *Ibid.*, p. 4.

oposición entre el concepto de sistema y el concepto de evolución; de allí que pierda su importancia en principio apenas reconocemos que todo sistema necesariamente existe como una evolución, mientras que, por otra parte, la evolución inevitablemente es de naturaleza sistemática (...).

Un registro indiferenciado de fenómenos coexistentes no basta; lo importante es su relevancia jerárquica en una época dada...

El análisis de las leyes estructurales de la lengua y la literatura y su evolución lleva inevitablemente a establecer secuencias limitadas de tipos estructurales de existencia real (tipos de evolución estructural). El descubrimiento de las leyes inmanentes de la historia de la literatura nos capacita para determinar el carácter de cada cambio específico en los sistemas literarios. Sin embargo, estas leyes no nos permiten explicar el ritmo de evolución o la vía de evolución elegida, si se dan muchas vías de evolución teóricamente posibles. Esto se debe al hecho de que las leyes inmanentes de la evolución literaria forman una ecuación indeterminada; aunque admiten solo un número limitado de posibles soluciones, no necesariamente especifican una única solución.

El problema de la específica elección de la vía, o al menos de la dominante, puede resolverse solo por medio del análisis de la correlación entre las secuencias literarias y las demás secuencias históricas. Esta correlación (un sistema de sistemas) posee sus propias leyes estructurales, que hay que someter a investigación. Podría ser metodológicamente fatal considerar la correlación de sistemas sin tomar en cuenta las leyes inmanentes de cada sistema.[10]

Como se evidencia en las tesis de Iakobson-Tinianov, ciertos conceptos, coincidentes con puntos del programa de Miedviediev, se hallaban por entonces en proceso de formulación y desarrollo por parte del método formalista. La idea de "función" en relación con la lengua poética había sido ya anticipada en 1923 por Iakobson. El papel funcional del sentido, es decir, el sentido de las palabras en contextos poéticos, era sometido a investigación sistemática en la primera obra importante de Iuriy Tinianov, *Problema stijotvornogo iazika* (El problema de la lengua del verso), Leningrado, 1924.[11] Realmente, la funcionalidad se volvió un requisito clave que obligó a los formalistas a convertir gradualmente todos los conceptos estáticos de figura, composición, género, y aun literatura, en conceptos dinámicos. Claramente enunció Tinianov el principio subyacente:

La unidad de una obra [literaria] no es un conjunto simétrico cerrado, sino una integridad dinámica en desarrollo; entre sus elementos no se halla el signo

10 *Readings*, pp. 79-81.
11 Dos capítulos de este libro se hallan traducidos al inglés en *Readings*: "El ritmo como factor constructivo del verso", pp. 126-135, y "El sentido de la palabra en el verso", pp. 136-145. Este capítulo muestra algunas notables semejanzas con los puntos anticipados por V. N. Voloshinov en *El signo ideológico y la filosofía del lenguaje.*

> estático de la igualdad y la adición, sino siempre el signo dinámico de la correlación y de la integración. La forma de una obra literaria debe percibirse como una entidad dinámica.[12]

Y conjuntamente con los conceptos de "función" e "integridad dinámica" se planteaba la esencial historicidad (diacronismo) de la literatura. En otro artículo de 1924, Tinianov había escrito:

> Solo en términos de su evolución estaremos en condiciones de llegar a una "definición" analítica de la literatura. Ya instalados en esta posición, descubrimos que las propiedades de la literatura que parecían ser básicas y originarias, cambian constantemente y no caracterizan a la literatura como tal. A esta categoría pertenece el concepto de "cualidad estética", en el sentido de "lo bello".
>
> Lo que se mantiene estable resulta ser lo que siempre se dio por sentado: la literatura es una construcción verbal que se deja percibir precisamente como una construcción, es decir, la literatura es *una construcción verbal dinámica.*
>
> El requerimiento de un dinamismo incesante es lo que causa la evolución, al ver que todo sistema dinámico necesariamente se vuelve automatizado y entra en juego dialécticamente un principio de construcción de clase opuesta.[13]

Esta via de razonamiento requería la consideración de soluciones deliberadamente postergadas en los primeros pasos del desarrollo del método formal. La comprensión teórica de la naturaleza dinámica y evolutiva de la literatura planteaba necesariamente el problema de la relación entre literatura y factores extraliterarios, o sea, lo que en el programa de Miedviediev sería la "dialéctica de lo 'intrínseco' y lo 'extrínseco' ".

Este planteo de nuevos problemas no solo avanzó y amplió el contexto de estudio de los formalistas, sino que, en el modo típicamente característico del método formal, requirió la reconsideración y reevaluación de su aparato teórico. Habiendo iniciado su trabajo con una penetrante oposición entre lenguas "poéticas" y "prácticas", los formalistas fueron gradualmente reordenando sus perspectivas hasta que se vio claramente que la lengua era el nexo de relación entre literatura y sociedad, que la lengua brindaba las vías de acceso al estudio de la literatura en sus dimensiones sociales totales. Las nuevas perspectivas fueron delineadas en el artículo de Tinianov, *O litieraturnoy evoliutsii* (Sobre la evolución literaria), en 1927, artículo del que nuevamente, nos tomaremos la libertad de presentar una serie de extractos:

12 *Ibid.*, p. 128.
13 "Litieraturniy fakt" (Hecho literario), *Arjaisti i Novatory*, reimpreso en Munich, 1967, pp. 14-15.

A fin de estar en condiciones de investigar el problema básico [de la evolución literaria], hay que convenir previamente en que la obra literaria es un sistema y en que la literatura es un sistema. Solo luego de aceptado este entendimiento básico puede construirse una ciencia literaria que no pase revista a un caos de fenómenos diversos y órdenes de fenómenos, sino que los estudie.

El punto que se refiere al papel de los órdenes de fenómenos vinculados con la literatura en la evolución literaria, por esta misma causa no se desecha, sino que, al contrario, se plantea...

¿Es posible el estudio llamado "inmanente" de una obra como sistema fuera de sus correlaciones con el sistema de la literatura? Tal estudio aislado de una obra literaria sería una abstracción no menos que la abstracción de aislar elementos y examinarlos fuera de la obra en que aparecen. Este tipo de abstracción es constante y efectivamente aplicado por la crítica literaria a las obras contemporáneas, porque la relación de una obra contemporánea con la literatura contemporánea es un hecho que se da por sentado aunque no se exprese (...). Pero aun con respecto a la literatura contemporánea el procedimiento del estudio aislado no es realmente posible.

La existencia misma de un hecho como hecho *literario* depende de su calidad diferencial, es decir, de su correlación con el orden literario o con el extraliterario, en otras palabras, de su función. Lo que es un hecho literario en una época, en otra sería asunto de comunicación social general, y viceversa, según el sistema literario global dentro del cual opera el hecho considerado (...).

El sistema del orden literario es primero y antes que nada *un sistema de las funciones del orden literario en incesante correlación con los demás órdenes.* Las órdenes cambian con respecto a su constitución, pero la diferenciación de las actividades humanas se mantiene (...). ¿Qué constituye la correlación de la literatura con los órdenes vecinos? Además, ¿qué son los órdenes vecinos? Todos tenemos la respuesta lista: las convenciones sociales [*bit*].

Pero para resolver el problema de la correlación de la literatura y las convenciones sociales debemos preguntar: *¿cómo* y *respecto* de qué asunto las convenciones sociales tienen relación con la literatura? Después de todo, las convenciones sociales son, constitutivamente, multiformes, polifacéticas, con solo la función de que todos sus aspectos son específicos. *Las convenciones sociales se relacionan con la literatura en primer lugar por su aspecto verbal* Exactamente la misma correlación aplica la literatura a las convenciones sociales. La correlación del orden literario y el orden de las convenciones sociales se realiza a lo largo de líneas verbales; la literatura tiene una función *verbal* con respecto a las convenciones sociales.[14]

14 *Readings*, pp. 67, 68-69, 72-73 (traducción algo libre). El término *bit* (aquí vertido como "convenciones sociales") es muy difícil de traducir; lo más cercano sería "cultura" o "mores" tal como se usa en el campo de la antropología. Las diferentes versiones de *bit* infortunadamente tienden a confundir la relación del concepto en contextos distintos. Y así, por ejemplo, con la directa inspiración de Tinianov, Eyjienbaum comenzó a investigar lo que ambos llamaban *litieraturnïy bit*; esto se tradujo como "ambiente literario" ("literary environment") en los *Readings* (pp. 56-65), además, es similar a lo que Voloshinov llama en *El signo ideológico y la filosofía del lenguaje* ya que pareció el término más adecuado al contexto específico. El concepto de *bit* en Tinianov, "ideología vital" o "conductal" (*shizniennaia idielogiia*). Por ejemplo, en "Litieraturnii fakt" (*Arjaisti i Novatori*, p. 19), Tinianov escribe: "*Bit* abunda en rudimentos de varias actividades intelectuales; por su naturaleza misma, *bit* es ciencia rudimentaria, arte y tecnología rudimentarios. Difiere de la ciencia, arte y tecnología totalmente desarrollados, por su modo de operar."

Y así los formalistas señalaban el camino para el estudio de un "sistema dentro de un sistema" sin recurrir al eclecticismo en el que Miedviediev estaba obligado a basarse.

En cuanto a la imputación formulada por Miedviediev contra el concepto formalista de evolución literaria, en el sentido de que se trataba de nociones crudamente "tecnopsicológicas", es ese ensayo un caso que revela de manera flagrante su incapacidad (o su negativa) para percibir sus propios principios en acción. "Automatización" y "perceptibilidad" pertenecen por cierto al dominio de la experiencia social y no del "sentimiento" privado; no son respuestas subjetivas, sino "intersubjetivas".[15]

Lo que se implica aquí es el importantísimo problema de las *normas*. Este problema de las normas, tal como se presentaba en las tesis de Iacobson y Titianov, continúa la clase del estudio productivo y comprensivo de la estructura literaria, de los tipos de estructuras literarias (géneros), y de la evolución literaria. Iakobson había dedicado un temprano artículo, "O judoshiestviennom rielizmie" (Sobre el realismo en el arte),[16] esencialmente al tema de las normas, trayendo a discusión los procesos comunicativos del arte verbal y a los participantes de dichos procesos. Así se colocaron los cimientos del puente entre el método formalista y el método semiológico del estructuralismo checo. Así mismo fue en la obra de la escuela de Praga, que dio prominente relevancia, tomando el título de uno de los principales estudios de Ian Mukarovski, "a la función, norma y valor estéticos como hechos sociales",[17] donde puede decirse que logran su síntesis, lógica e inevitable, los métodos formal y sociológico.

Con el precedente esbozo sobre la relación entre los métodos formal y sociológico se intentó proveer una base general para sostener que el grupo Bajtin, aunque operara con premisas nuevas y diferentes y por ello no derivadas de la escuela formalista, compartió no obstante intereses decisivos con los formalistas, y empleó conceptos de literatura significativamente paralelos y coincidentes con los conceptos formalistas, posibilitando así la eventual convergencia de ambos "métodos".

15 Véase V. Ierlich, *Russian Formalism*, La Haya, 1955, p. 152.
16 Traducido al inglés en *Readings*, pp. 38-46. Como lo señalan L. Matieyka y K. Pomorska (*Ibid.*, p. 7), este artículo apareció en 1921 en checo, y probablemente no atrajo la atención de los colegas rusos en Iakobson hasta cerca de 1927.
17 Ian Mukarovski, *Iestietitka funktse, norma a hodnota iako socialni fakti*, Praga, 1936. La obra puede conseguirse en traducción inglesa: Nº 3, en Michigan Slavic Contributions, Ann Arbor, 1970. Sobre el formalismo ruso y la escuela de Praga, véase el capítulo "Formalism Redefined" en V. Erlich, *Russian Formalism*, pp. 128-136.

Entretanto, empero, en áreas de estudio especiales, pudo justificadamente sostenerse (y así se sostuvo) que los miembros del grupo Bajtin, sobre todo el mismo M. M. Bajtin y V. N. Voloshinov, se inspiraron directamente en las investigaciones formalistas y cumplieron la función de "seguidores" del método formal ("seguidores" en el mejor espíritu del método formal mismo, es decir, los que convalidan, reafirman, desarrollan). Puede decirse también que fue precisamente en estas áreas donde Bajtin y Voloshinov hicieron sus más sustanciales contribuciones concretas a los estudios literarios. El plan genral de las áreas de estudio en cuestión puede identificarse a través de la definición de Voloshinov del "discurso referido":[18] "discurso dentro del discurso, enunciado dentro del enunciado, y al mismo tiempo, discurso sobre el discurso, enunciado sobre el enunciado".

Ya en 1918, los formalistas habían incluido en la agenda de los estudios literarios los problemas de la parodia, la estilización y el *skaz*.[19] La consideración de estos problemas prometía abrir el acceso a la investigación de las operaciones estilísticas vitales del arte verbal y del papel de dichas operaciones en la construcción cuanto a la ficción en prosa. Tales problemas eran manejados en realidad como contrapartes del problema de la textura sonora y el ritmo en el verso, que constituía el interés primordial de los fomalistas. Este era especialmente el caso del *skaz*, terreno en el que se afirmaba que la entonación, tonos de voz, gestos verbales, y pantomima tenían un papel fundamental.

Una dimensión adicional de estudio surgió a través del concepto de diálogo, debido en buena medida, al artículo de L. Iakubinskiy en 1923, "O dialogichieskoy *riechi*" (Sobre el discurso dialogal), en el cual se planteaba la primacía del diálogo como la forma de discurso más "natural" (en ambos sentidos, biológico y social, de la naturaleza humana).[20] V. V. Vinogradov dedicó, a partir de 1923, una serie completa de esclarecedoras investigaciones teóricos o de obras literarias y en la evolución literaria, especialmente en

18 El término ruso *chushaia riech* significa al mismo tiempo "discurso referido" en el sentido técnico, y, literalmente, "discurso de otro" u "otro discurso" o "discurso ajeno". Así el término ruro mismo incluye el doble de referencia tan vital para las teorías de Voloshinov y de Bajtin. Esta doble referencia no se puede reproducir en inglés con una sola palabra, y tuvo que ser repartida entre "discurso referido" y "discurso de otro". (Lo mismo en la versión española. N. de la T.)
19 El término ruso *skaz*, en tanto término literario técnico, no tiene equivalente en inglés. Asociado en general con habla oral o más bien, con la ilusión del habla en la narrativa de una obra literaria, tal vez quede mejor descrita como narración con acusados rasgos de hecho de habla. Preferimos conservar aquí y en toda esta obra, el término ruso. (Lo mismo en la versión española. N. de la T.)
20 El artículo de Iakubinskiy no fue, por lo que yo sé, traducido al inglés. El original ruso apareció en *Russkaia riech*, t. I, Petrogrado, 1923.

histórico-literarias a los problemas del monólogo, considerados en la perspectiva del diálogo, así como a los de la parodia, la utilización y el *skaz*.[21] Todos estos estudios iniciadores y embrionarios realizados por los formalistas fracasaron sin embargo en el logro de un principio global a través del cual pudiera reconocerse completamente la interrelación de las distintas soluciones y constituir una base para un campo unificado de investigación.

En 1926, V. N. Voloshinov publicó un artículo titulado "Slovo v shizni i slovo v poezii" (La palabra en la vida y la palabra en la poesía).[22] En tanto que su propósito fundamental e inmediato era bosquejar la teoría previa para la construcción de una poética sociológica (*tarea en la cual es un importante predecesor del libro de* Miedviediev), el efecto logrado en el curso de su disertación fue el de definir un centro conceptual en torno a todos los problemas que se refieren al monólogo, diálogo, estilización, parodia, *skaz* y, en su sentido estricto, al "discurso referido". De este modo, preparó el camino para el fundamental estudio del propio Voloshinov sobre el discurso referido y para la magna obra de Bajtin acerca de la "estructura polifónica".

Considerando como punto de partida la idea de que toda instancia del intercambio verbal opera dentro de un sistema de juicios de valor presupuestos (el código de la "evaluación social"), Voloshinov describe la obra poética como un "condensador potente de juicios sociales de valor inarticulados" en el cual los papeles vitales están a cargo de los tres participantes en el acto del discurso denominados "autor", "oyente", y "héroe":

Primero y ante que nada, los juicios de valor determinan la selección de palabras que realiza el autor y la recepción de dicha selección (co-selección) por el oyente. El poeta, después de todo, elige palabras no del diccionario sino del contexto de la vida, donde las palabras están en maceración y son penetradas por los juicios de valor. Así, el autor selecciona los juicios de valor asociado con las palabras, y lo hace además desde el punto de vista de los portadores encargados de estos juicios de valor. Puede decirse que el poeta trabaja constantemente en conjunción con la simpatía o antipatía de su oyente, con su aceptación o con su rechazo. Por añadidura, la evaluación opera también con relación al objeto del enunciado: el héroe.

La simple selección de un epíteto o de una metáfora es ya un acto evaluativo activo orientado hacia estas dos direcciones: hacia el oyente y hacia el héroe.

21 Ninguno de los estudios de Vinogradov que tienen importancia para nuestro tema ha sido, por lo que sé, traducido al inglés. Sus títulos se incluyen en la bibliografía del libro de V. Erlich. *Russian formalism*, p. 258.
22 Zviezda, 6, 1926, pp. 244-267. Voloshinov es también el autor de un larguísimo ensayo en tres partes titulado "Stilistika judoshiestviennoi riechi" (La estilística del arte verbal). *Litieraturnaia uchieba*, 2, 1929; pp. 46-66; 3, pp. 65-87; 5, pp. 43-57. Este ensayo pasa revista esencialmente a las ideas básicas de *El signo ideológico y la filosofía del lenguaje*, con el definido propósito de instruir y guiar a escritores noveles.

El oyente y el héroe son partícipes constantes en el hecho creativo que ni por un instante deje de ser un hecho de viviente comunicación que involucha a los tres participantes.[23]

En efecto, el *principio* del diálogo se ha establecido para todo discurso, con un sentido particular y específico para el arte verbal. Por "autor", "oyente" y "héroe" con relación al arte verbal, Voloshinov clara y explícitamente quiere decir factores internos a la estructura artística de una obra literaria, y no el escritor real y viviente, la referencia, y el público lector, que son factores de orden distinto. "Autor", "oyente" y "héroe" son más bien "los factores constitutivos esenciales de una obra de literatura . . . las fuerzas vitales que le dan su forma y estilo, y son perfectamente detectables por cualquier investigador competente".[24]

Cada uno de los participantes representa un contexto del discurso en relación activa y dinámica con los otros dos. El contexto del discurso del autor es "dominante" en el sentido de que coincide con el mensaje como totalidad, de que abarca los demás contetxos y los incorpora al mismo. Pero a la vez, al presentar el contexto del héroe, el autor establece una relación con dicho contexto a través de la cual influye sobre este de algún modo, o por la cual su propio contexto autoral se ve afectado. De igual manera, al mismo tiempo que propone un oyente, el autor entra en una relación con el contexto de respuesta de este último, asumido o anticipado, que produce efectos en el contexto del héroe (relación oyente-héroe) y/o en el del propio autor (relación autor-oyente). Así se manifiesta, como el centro primordial de organización de la estructura literaria, la tríada comunicativa del emisor del mensaje (hablante, autor, remitente, codificador, etcétera); el destinatario (oyente, lector, receptor ,decodificador, etcétera), a quien se dirige el mensaje; y el contenido del mensaje (referente, objeto "héroe"), de quien o de que se trata en el mensaje. Los tres están ligados entre sí por una compleja red de interrelaciones evaluativas de gran variabilidad; y esa red se convierte en el foco unificador de la investigación para una amplia gama de problemas literarios.

En la tercera y última sección de *El signo ideológico y la filosofía del lenguaje*, Voloshinov se centró sobre los principios fundamentales que gobiernan el fenómeno del discurso referido. Su interés no se dirigía estrictamente al arte verbal, pero si era en el arte verbal donde Voloshinov advertía la expresión más completa

23 *Zviezda*, 6, 1926, p. 258.
24 *Ibid.*, p. 260.

e intrincada de tales principios en acción. Así, la investigación de Voloshinov sobre la interrelación dinámica de los mensajes referidos y los que refieren, aunque presentada como el estudio de un problema especial, "cardinal" en sintaxis, tiene también una definida relación con los problemas literarios. En realidad, Voloshinov demuestra claramente la interconexión vital entre los estudios de lengua y literatura.

Las implicaciones literarias del análisis de Voloshinov se relacionan por lo menos con dos áreas decisivas, dos dimensiones, de los estudios literarios. En primer lugar, la correlación entre las formas del discurso referido (modelos y variaciones) y la generación socioideológica de la lengua tiene una influencia directa sobre la historia literaria. En opinión de Voloshinov: "La sociedad tiene la función de seleccionar y dar carácter gramatical (adaptar a la estructura gramatical de su lengua) solo aquellos factores de la recepción activa y valorativa de los enunciados, que son socialmente vitales y constantes, y por lo tanto están arraigados en el ser económico de la particular comunidad de hablantes (p. 145 de este libro)". Las formas del discurso referido son por tal causa importantes no como categorías gramaticales abstractas sino como procesos de lengua en dinámica interrelación con otros procesos sociales:

Estamos lejos de sostener que las formas sintácticas —por ejemplo las del discurso directo o indirecto— expresan directa e inequívocamente las tendencias y formas de una recepción activa y valorativa del enunciado de otro. Nuestra manera de recebiri el discurso no opera, por cierto, directamente en las formas del discurso directo e indirecto. Tales formas no son más que modelos y sus modificaciones solo pudieron surgir y tomar forma de acuerdo con las tendencias que rigen la recepción del discurso; y por otra parte, una vez que estos modelos han asumido forma y función en la lengua a su vez ejercen influencia, regulándolas o inhibiéndolas en su desarrollo sobre las tendencias de la recepción valorativa que opera dentro del cauce prescrito por la formas existentes (pp. 145-146 de este libro).

Por eso, la implementación concreta de las formas del discurso referido (las modificaciones y variantes de los modelos) han de registrarse no solo entre las características distintivas primordiales que marcan los cambios periódicos en el desarrollo total de las ideologías, y que por consiguiente marcan también las épocas de la historia literaria, sino que deben figurar asimismo entre las características distintivas primordiales de todos los movimientos, tendencias y escuelas literarias; es decir, que han de considerarse como rasgos constituyentes fundamentales del proceso mismo de la evolución literaria como tal.

Lo fundamental es que los modelos del discurso referido cambian históricamente en relación con el peso, valor y situación jerárquica de los mensajes referidos y referentes en su interrelación. El discurso directo en la literatura medieval no es lo mismo que el discurso directo, en, digamos, la literatura renacentista o la de la segunda mitad del siglo XIX. Además, ante el influjo de las tendencias literarias y extraliterarias en desarrollo, algunas modificaciones y variantes avanzan hasta ocupar posiciones dominantes, con capacidad de organizar la estructura. Tal es, por ejemplo, el papel de las formas de las citas cuasi-textuales en la moderna ficción en prosa, formas que subyacen a fenómenos tales como los llamados comúnmente "monólogo interior" o "corriente de conciencia". Al mismo tiempo, realidades literarias tan difíciles de definir como el clasicismo, romanticismo, realismo, simbolismo, etcétera, son igualmente susceptibles de definirse en función de coordenadas de las variables históricas en la interrelación de los contextos referente y referido. Esta posibilidad, claramente demostrada en el análisis del discurso referido, de Voloshinov, ha sido apenas reconocido por los estudiosos de la literatura.

Con su distinción entre las tendencias "lineal" y "pictórica" en el dinamismo de la relación discurso referente-discurso referido, su exposición de las opuestas orientaciones "analítica del referente" y "analítica de la textura" en el discurso indirecto, y su presentación del sistema completo de modificaciones y variantes del discurso directo, incluyendo fundamentalmente el discurso cuasi-directo, la concepción de Voloshinov del discurso referido provee también puntos centrales para el análisis estilístico concreto de textos, principalmente, aunque no por cierto exclusivamente, textos de los géneros narrativos. Todo texto representa una selección y una combinación de procedimientos de referir y ser referido. El análisis de la organización específica de estos procedimientos en una obra literaria revela su estructura estilística, no por cierto en el sentido de un inventario de sus ingredientes estilísticos, sino precisamente en el de su modo de operación estilístico cargado de valor. Así, por ejemplo, en relación con lo que él llamó "discurso directo, anticipado y diseminado", Voloshinov tomó un cuento de Dostoievsky, *Skiviernii aniekdo*, (Una historia enojosa), y de su análisis sacó esta conclusión:

...casi todas las palabras del relato (en lo que respecta a su expresividad, su color emocional, su posición acentual en la frase) figuran simultáneamente en dos contextos que intersectan, en dos actos de habla: en el discurso del autor-narrador (irónico y burlón) y en el discurso del héroe (que está muy lejos de la ironía). Esta presencia simultánea de dos actos de habla, cada *uno con diferente orientación en cuanto a su expresividad*, explica también

la extraña estructura de la oración, los giros y pecularidades de la sintaxis el originalísmo estilo del cuento. Si se hubiera usado solo uno de los actos de habla, las oraciones se habrían estructurado de otra manera, el estilo habría sido diferente (p. 168 de este libro).

La gama de los procedimientos va desde las relaciones directas, neta y mutuamente delimitadas entre contexto referente y referido hasta las formas "mezcladas" extremadamente complejas, y aun altamente ambiguas, en las que el fenómeno de la "interferencia del discurso" asume el rol clave. No es preciso decir que todos los procedimientos implican procesos evaluativos, als formas simples tanto como las complejas. Toda obra literaria opera en uno o más registros de esta gama; muchas obras literarias, especialmente las novelas modernas, se caracterizan por sistemas de registros con transiciones variadas y a menudo sutilmente matizadas de una a otra. No advertir esta interrelación y acción recíprocas de los contextos referidos y contextos referentes, como lo hacen muchos estudios sobre "mostrar y decir", sobre los modos de narración dramático y objetivo, sobre la narración del punto de vista, sobre autores y narradores "confiables" y "no confiables", sobre la técnica de la "corriente de conciencia" y demás tópicos por el estilo, es no captar la integridad central del texto.[25]

En su prefacio a *El signo ideológico y la filosofía del lenguaje*, Voloshinov señaló que el objeto de estudio en la Parte III del libro,

"el problema del enunciado dentro del enunciado, tiene una amplia significación que se extiende más allá de los confines de la sintaxis. El hecho es que una cantidad de principalísimos fenómenos literarios —el discurso de los personajes (la construcción de los personajes, en general), el *skaz*, la estilización y la parodia— no son sino variedades diferentes de la refracción de 'discurso ajeno'. La comprensión de esta clase de discurso y de su dependencia sociológica es una condición esencial para el tratamiento productivo de todos los fenómenos literarios mencionados".

Sin embargo, los esfuerzos del propio Voloshinov no lograron y no pudieron (teniendo en cuenta que la sintaxis era el centro primor-

25 Las ideas de Voloshinov con respecto al discurso referido (en realidad, las ideas del grupo Bajtin en general) fueron retomadas de manera fresca y vital en las investigaciones literarias rusas, a través de los estudios semióticos de la extraordinaria escuela "Tartu" o "Lotman" de reciente desarrollo. (Sobre esta escuela, véase la introducción inglesa a la reedición de la Brown University, de Iu. M. Lotman, *Liektsii po strukturallnoi poetikie* (Disertaciones sobre poética estructural), Providence, Rhode Island, 1968, pp. 7 y 10.) Un caso concreto y oporutno es B. A. Usponskii, *Poetika kompozitsii* (La poética de la composición), Moscú, 1970. Uspenskii no sólo aplica en todo su estudio las teorías de Voloshhinov, sino que también, virtualmente por primera vez en los estudios literarios rusos, reconoce ampliamente sus méritos. En forma muy sintomática, la nueva semiótica rusa del arte hace explícita su deuda no solo para con el grupo Bajtin sino también para con los teóricos formalistas, especialmente Tinianov, Iakobson, y Vinogradov.

dial de su atención) abarcar el tratamiento completo de las implicaciones de su teoría para el estudio de la literatura. En realidad ni la estilización, ni la parodia ni el *skaz* fueron tratados. No fue Voloshinov sino más bien M. M. Bajtin quien elaboró completa y sistemáticamente la teoría y el análisis del "discurso ajeno". El tratamiento de este tema forma la base teórica del extraordinario tratado de Bajtin sobre el arte de la novela polifónica, tal como la ejemplifican las obras de su gran creador, Fiodor Dostoievskiy.

Bajtin sostiene que reconocer la duplicidad en fenómenos tales como la estilización, la parodia, el *skaz*, y en cualquier enunciado del intercambio dialogal, es decir, reconocer que "en todos ellos el discurso mantiene un doble centro, enfocado hacia el objeto referencial del habla, como en el discurso común, y simultáneamente, hacia un segundo contexto de discurso, un segundo acto de habla que parte de otro emisor (p. 176)", revela ya lo inadecuado de la estilística tradicional, con su marco de referencia exclusivamente "monologal", y requiere un enfoque enteramente nuevo que toma en cuenta fundamentalmente el principio de duplicidad.

Este nuevo enfoque se establece a través de un sistema de análisis basado en la interrelación de los contextos de "habla del autor" y "habla de otro". El habla del autor se define como discurso con directa e inmediata referencia a su objeto, que expresa la "autoridad conceptual suprema". Es

> manejado estilísticamente como un discurso dirigido a su directa denotación referencial: ha de ser adecuado a su objeto (cualquiera que sea su naturaleza, poética u otra); debe ser expresivo, lleno de fuerza, enérgico, elegante, etcétera. Desde el punto de vista de su directa misión referencial: denotar, expresar, servir de vehículo o pintar algo; y su tratamiento estilístico se orienta hacia la comprensión coincidente de su referente (p. 178).

A este específico contexto de habla, le asigna Bajtin el nombre de "monólogo". El discurso directo de otro —el discurso de los héroes, de los personajes de una obra—, si bien tiene también sentido directo y referencial, ocupa una posición distinta, "descansa en un plano diferente" de aquel en que se encuentra el discurso directo del autor. En realidad está incluido en él y

26 *Problemi tvorchiestve Dostoievskogo* (Problemas del arte creativo de Dostoievskiy), Leningrado, 1929. En 1963, luego de la rehabilitación de Bajtin, apareció una edición nueva y ampliada de su libro con el título de *Problemi poetiki Dostoievskogo* (Problemas de la poética de Dostoievskiy). Por lo que yo sé, no ha aparecido ninguna traducción ni edición del texto completo en inglés. Como uno de los capítulos se refiere a *Notas desde el Subterráneo*, se tradujo para la edición de esta obra realizada por R. G. Durgy, en la Crowell Critical Library, pp. 203-216, Crowell, Nueva York, 1969. El capítulo básico también de la edición de 1929, "Discourse Typology in Prose", aparece en *Readings*. Los números de páginas entre corchetes, a continuación de las citas del presente ensayo, se refieren a los *Readings*.

subordinado al contexto del autor, y por lo tanto sujeto a un tratamiento estilístico diferente:

La palabra del héroe es tratada precisamente como la palabra de otro emisor, como perteneciente a un personaje de una determinada y específica individualidad o tipo, es decir, es tratada como un objeto de las intenciones del autor, y de ningún modo en función de su propio objetivo referencial (p. 178).

A este tipo de emisión llama Bajtin emisión "representada" u "objetivada".

La emisión monologal (discurso directo del autor) y la emisión objetivada (discurso directo de los personajes) son los dos primeros grados de distinción en la teoría de Bajtin sobre las formas del discurso. En su clasificación, ambas son emisiones "a una sola voz":

La emisión no mediata, intencional, se centra en su objeto referencial, y constituye la suprema autoridad conceptual dentro del contexto dado. La emisión objetivada está centrada también solo en su objeto referencial, pero, a la vez, es ella misma el objeto de otra intención, la del autor. Pero esta otra intención no debe penetrar en la emisión objetivada: toma a esta emisión como una totalidad, y, sin alterar su sentido ni su tono, la subordina a sus propios fines. No debe imponer a la emisión objetivada un sentido referencial diferente. Una emisión que se objetiva lo hace sin saberlo, tal como un hombre que se ocupara de sus cosas, sin saber que lo observan. Una emisión convertida en objeto suena como si fuera una emisión directa, intencional Las emisiones del primero y del segundo tipo de discurso tienen cada una una intención, cada una una voz: son emisiones a una sola voz (p. 180).

A partir de estas emisiones básicas "a una sola voz", Bajtin avanza hacia las emisiones o enunciados "a dos voces":

Un autor puede utilizar un acto de habla ajeno para cumplir sus propios fines y de tal modo que asigne una nueva intención al enunciado, que, no obstante conserva su propia intención referencial. En estas circunstancias y de conformidad con el propósito del autor, tal emisión puede reconocerse como proveniente de otro emisor. Así, dentro de una sola emisión, pueden confluir dos intenciones, dos voces (p. 180).

Entre tales emisiones a dos voces se incluyen la estilización, la parodia y el *skaz.*

Hay una diferencia decisiva entre la doble-vocalidad de la estilización y la de la parodia. "La estilización presupone el estilo; presupone que el conjunto de artificios estilísticos que reproduce tuvo alguna vez una intencionalidad directa e inmediata, y expresó la suprema autoridad conceptual (p. 181)". El efecto de la estilización es "convencionalizar" tal estilo. Por eso. la estilización implica

cierta coincidencia, una conformidad entre las dos voces involucradas: "Al penetrar la intención del autor en otro acto de habla y estar enclavada en él, no choca con la otra intención: la sigue en su propia dirección, solo que convirtiéndola en convencional (pág. 185)." Tal enunciado a dos voces es al mismo tiempo "unidireccional". La parodia, por el contrario, implica la presencia dentro de una emisión de dos intenciones antagónicas no solo diferentes, sino también *opuestas*: "La segunda voz, alojada en el discurso ajeno, choca antagónicamente con la voz original que la hospeda y la obliga a servir a propósitos opuestos a los suyos propios. El discurso se convierte en un campo de batalla de intenciones opuestas (pág. 185)." Bajtin llama a esta emisión a dos voces, "varidireccional". El *skaz*, definido simplemente como la "narración del narrador" se halla en la misma gama que la estilización y la parodia; puede ser unidireccional (*skaz* estilizado) o multidireccional (*skaz* paródico).

Lo que vincula las variantes unidireccional y varidireccional de este tercer tipo de discurso a dos voces es la pasividad de la "otra voz": "...en la estilización, la narración del narrador, y la parodia, el otro acto de habla es totalmente pasivo en manos del autor, que se apodera de él. El autor, por así decirlo, toma el acto de habla de alguien que se halla indefenso y sometido, e implanta en él sus propias intenciones, haciendo que sirva a sus nuevos propósitos (pág. 190)". En este particular, contrastan con otro conjunto de variantes del mismo tercer tipo en las que la relación entre los dos actos de habla es *activa*. Aquí encontramos formas tales como la polémica oculta y el diálogo oculto, y en realidad, las formas del diálogo mismo y todas las formas de habla "conscientes de otro acto de habla". En estas variantes, "el otro acto de habla se mantiene fuera de los alcances del discurso del autor, pero es implicado o aludido en dicho discurso. No se reproduce el acto de habla ajeno con una nueva intención, sino que este acto de habla configura el discurso del autor manteniéndose fuera de sus límites (pág. 187)". Estas variantes activas del tercer tipo de discurso tienen un papel especialmente importante en la creación de la estructura polifónica.

La estructura polifónica toma su especial forma y sentido sobre el fondo de la estructura "homofónica", o en contraste con ella. Contrastan precisamente en tanto estructuras monologales y dialogales en el sentido que los términos monólogo y diálogo toman en el sistema de análisis de Bajtin. En la estructura homofónica, "cualesquiera que sean los tipos de discurso empleados por el autor-monologuista y cualquiera su despliegue composicional, la inten-

ción del autor debe dominar y debe constituir un todo compacto, inequívoco".[27] La voz del autor, como portadora de la suprema autoridad conceptual, regula permanentemente, y resuelve en última instancia cualquier interacción de otras voces en el texto; en realidad, solo desde su posición unitaria puede entenderse que todas las demás voces se perciban y juzguen (como un caso especialmente relevante hay que citar a Tolstoy). En la estructura polifónica, las demás voces del texto recobran sus derechos, por así decir; adquieren el status de centros verbales y conceptuales maduros cuyas relaciones, tanto entre sí como con la voz del autor, se vuelven intensamente dialogales y no son susceptibles de subordinarse a "la dictadura verbal-conceptual de la unidad monologal de estilo y tono".[28]

La teoría del discurso y el sistema de análisis elaborado por Bajtin tienen un sentido mucho más amplio, por cierto, que el de un instrumento para poner de manifiesto el arte polifónico de Dostoievski (aunque no hay que pasar por alto el gran aporte de Bajtin sobre este particular). Conjuntamente con Voloshinov, Bajtin fundamentalmente reorientó la totalidad del campo de la investigación estilística a partir de una descripción componencial, taxonómica, hacia un descubrimiento sistemático de las formas de discurso en los términos dinámicos de "discurso dentro del discurso y discurso acerca del discurso", ya que solo en estos términos puede captarse la *estructura* real de tales formas. En esto, también, por cierto, consiste la dimensión sociológica esencial del estudio. Como lo afirma Bajtin,

El problema de la orientación del discurso hacia otro enunciado tiene una significación sociológica del más alto orden. El acto de habla es social por naturaleza. La palabra no es un objeto tangible, sino un medio de comunicación social siempre móvil, siempre cambiante. Nunca descansa en una conciencia, en una voz. Su dinamismo consiste en moverse de hablante en hablante, de contexto en contexto, de generación en generación. A través de todos ellos, la palabra no olvida su paso viajero, y no puede librarse completamente del poder de estos contextos concretos en los cuales ha intervenido. Ningún miembro de la comunidad puede apoderarse de la palabra como si fuera un instrumento neutral del sistema lingüístico, libre de intenciones y desocupada de las voces de sus anteriores poseedores. Por el contrario, recibe la palabra de otra voz, una palabra plena de esa otra voz. La palabra entra en su contexto viniendo de otro contexto, penetrada de las intenciones de otros hablantes. Su propia intención halla la palabra ya ocupada. Así la orientación de la palabra entre las palabras, las percepciones diversas de otros actos de habla y los distintos medios de reaccionar ante ellos son tal vez los problemas más cruciales en la sociología del uso lingüístico, de cualquier tipo de uso lingüístico, incluso el artístico (p. 195).

27 *Problemi tvorchiestva Dostoievskogo*, p. 134.
28 *Ibid.*

Bajtin llamada a su estudio de la estructura polifónica "análisis sociológico inmanente", residiendo el carácter sociológico inmanente de la literatura, tal como se indicó, en el uso lingüístico. Inequívocamente, hay una fundamental coincidencia entre este punto de vista y el arriba mencionado, al que llegó Iurii Tinianov. Por lo demás, en la posición de Bajtin no hay nada que ni remotamente sugiera la necesidad de un eclecticismo. Aun admitiendo que su estudio no es ni siquiera el comienzo para elaborar una explicación sociológica del fenómeno literario en cuestión, Bajtin insistió en que constituye un requisito indispensable de tal explicación:

La materia misma que ha de ser el sujeto de una explicación sociológica debe primero identificarse y elucidarse como fenómeno social intrínseco, porque solo así puede la explicación sociológica hallarse en concordancia con la estructura del hecho que pretende explicar.[29]

Con esta sintomática distinción en la terminología, que señala no tanto una diferencia en los principios básicos sino en los énfasis básicos, esta afirmación de Bajtin se halla en completo acuerdo con las tesis de Iakobson-Tinianov, y ratifica la idea de que la poética sociológica del grupo Bajtin (salvo el eclecticismo de Miedviediev, es decir, salvo las presuposiciones marxistas) y el método formal, ambos en camino hacia un estudio complejo y comprensivo de la literatura como un sistema de signos dentro de un sistema de signos, representan métodos paralelos, superpuestos, interdependientes, y por último, completamente conciliables.

29 *Ibid.*, p. 213.

Indice

Colección Semiología y Epistemología
Dirigida por Armando Sercovich

Charles Sanders Peirce
La ciencia de la semiótica

Ferruccio Rossi-Landi
Ideologías de la relatividad lingüística

Talleres Gráficos GARAMOND S. C. A.,
José A. Cabrera 3856, Cap. Fed.,
terminó de imprimir este libro
en el mes de Enero de 1976.